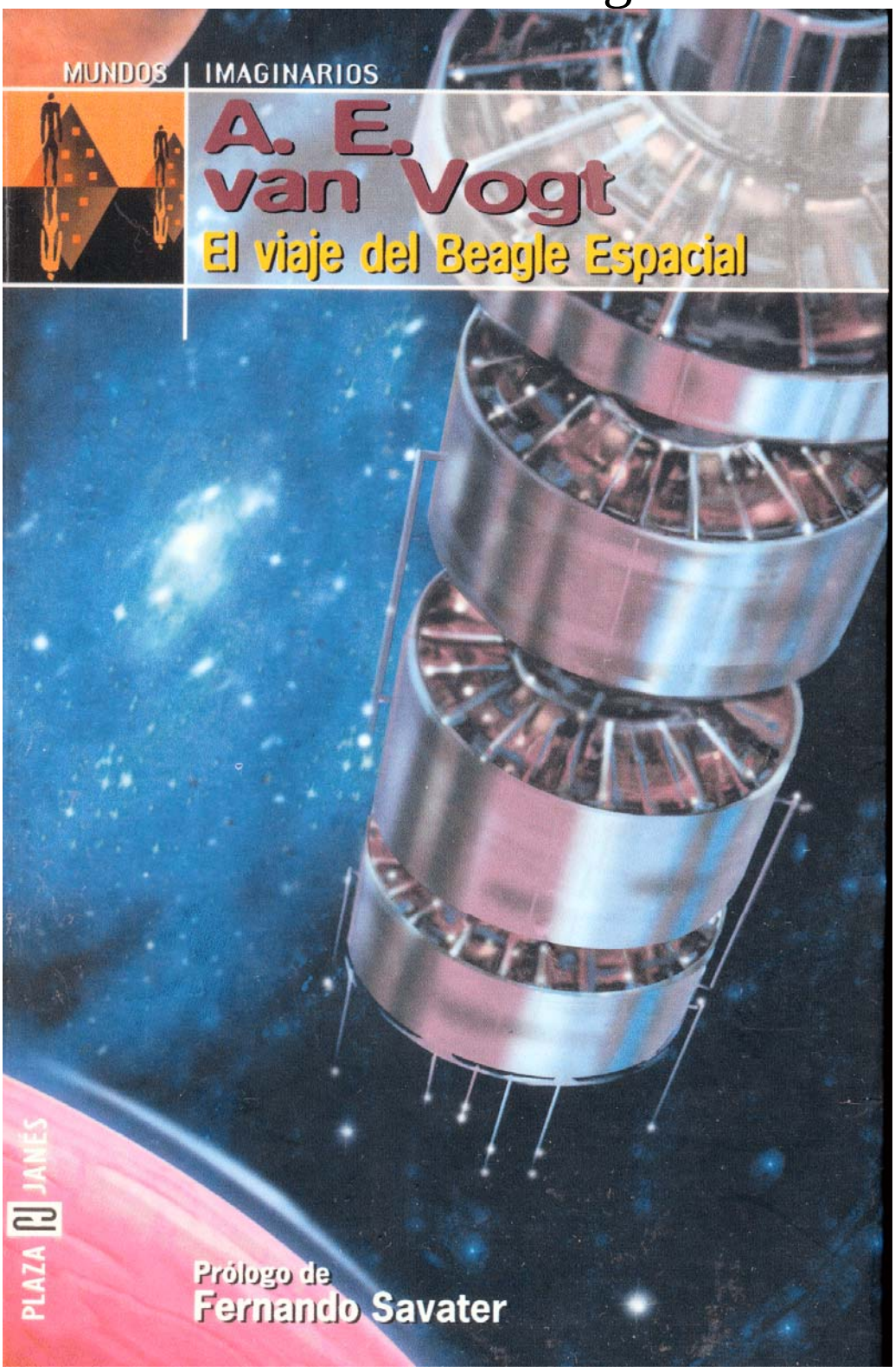
El viaje del Beagle Espacial
A. E. van Vogt



A Ford McCormack

Librodot

PRÓLOGO

ES PELIGROSO ASOMARSE AL EXTERIOR Con cierta altanería, algunos dómines enseñan que la diferencia cualitativa que hay entre la Gran Literatura y las obrillas de mero entretenimiento es que las primeras admiten periódicas y suculentas relecturas, mientras que las segundas son de usar y tirar. Es decir, que si volvemos sobre éstas nos dan cada vez menos (entretenimiento) mientras que las obras maestras cada vez nos dan (lo que nos den) más y mejor. Sin oponerme frontalmente a esta doctrina rigurosa, que considero cierta en lo esencial, aventuro dos reservas y una restricción mental ante tal jerarquía literaria. Objeciones: primera, que no hay por qué devaluar lo que hace disfrutar una vez y nunca más, como los grandes vinos, los mejores cigarros puros y los condones; segunda, algunos buenos libros de entretenimiento, dejando pasar un tiempo suficiente y gracias a la pérdida de memoria propia de la edad, pueden ser releídos de modo satisfactorio... siempre que uno no exagere demasiado las ventajas compensatorias de la madurez (léase envejecimiento). En cuanto a la restricción mental, es muy sencilla y se refiere a que cada cual tiene derecho a añadir a la lista oficial de Grandes Obras algunas otras fruto de su gusto personal, que quizá para los demás sean de simple «entretenimiento». Concretamente, a mí me ocurre con esta novela.

Leí por primera vez *The Voyage of the Space Beagle* hace más de treinta años, en la admirable colección Nebulae, donde también pude descubrir maravillas como *Mundo tenebroso* de Daniel E Galouye, *La mente asesina de Andrómeda* de Fredric Brown o *La nube purpúrea* de M. P. Shiel. En aquella edición castellana se titulaba *Los monstruos del espacio,* nombre truculento y un poquito pueril pero que bien mirado responde perfectamente al contenido de la narración. Su esquema argumental es uno de los dos básicos de la ficción interplanetaria, la nave que viaja por el espacio y tropieza con criaturas extraterrestres (el otro, obviamente, es el que cuenta cómo criaturas extraterrestres viajan por el espacio hasta tropezar con nosotros). En su género, A. E. van Vogt no es un creador de temas como H. G. Wells, ni un poeta como Ray Bradbury o Theodore Sturgeon, ni un moralista como Zenna Henderson, ni tiene la inatacable formación científica de Arthur C. Clarke o cultural de Isaac Asimov. Pero en cambio es capaz de llevar a su perfecta intensidad con toques intensamente originales los planteamientos que otros se encargan de trivializar de modo promiscuo e irremediable. Tal es su logro en *El viaje del Beagle Espacial, lo* mismo que el trillado tema de la batalla contra los alienígenas invasores cobra nuevos contrastes en su interesantísima *La guerra contra los Rull.*

Esta novela fue escrita hace más de medio siglo y ese plazo en nuestra época, cuando se trata de ciencia (aunque sea ficción), resulta verdaderamente enorme. El «nexialismo» del protagonista Grosvenor, con su mezcla de obviedades interdisciplinares y persuasión hipnótica irresistible, nos resulta hoy bastante opaco... aunque quizá la realidad virtual no vaya por caminos tan diferentes. La ausencia de mujeres en el *Beagle Espacial* se nos hace ahora realmente chocante, porque estamos ya acostumbrados a verlas en naves interestelares pertenecientes a dos sagas fílmicas que deben muchísimo precisamente a este libro: la *Enterprise* de *Star Trek y* la *Nostromo* de *Alien.* En cuanto a la doctrina histórica de los ciclos, con elementos de Spengler y Toynbee, de la que tan reverentemente vemos hacer uso en el relato, la verdad es que considerar obligatorio que cada civilización comience por una fase

campesina hasta en planetas en los que quizá no hay nada para cultivar, debió de sonar raro incluso hace cincuenta años...

Pero en cambio no ha envejecido nada la propuesta de un espacio cerrado e hiperracional, perdido en la infinitud galáctica, en el que de pronto se introduce un depredador que pretende utilizar a los humanos como alimento o medio reproductivo (el extrarrestre que proporciona título a *Alien* es una combinación de dos criaturas de este libro, Coeurl e Ixtl). Tampoco ha perdido vigencia la noción de que la vida puede adoptar cualquier tipo de forma para perpetuarse, sólo localmente limitadas por las condiciones físicas de nuestro planeta pero que no tienen por qué ser operativas en otros puntos del universo (¿hará falta recordar a nuestros lectores bachilleres que *Beagle* se llamaba el barco en el que Charles Darwin realizó el siglo pasado el exótico viaje que le permitió intuir lo fundamental de su doctrina evolutiva?). Y desde luego no han perdido actualidad las pugnas por el poder en la modernidad entre técnicos y militares, así como la dificultad irresoluble de establecer una organización social democrática plenamente basada en argumentos racionales. Sobre todo sigue vigente el brío narrativo, dinámico y escueto, de van Vogt: con el tiempo, varía mucho más lo que pensamos que lo que nos hace emocionar.

Tengo entendido que A. E. van Vogt aún vive a los ochenta y siete años, presa del Alzheimer en un asilo.[1] Otro viaje por la oscuridad infinita que nunca comienza ni nunca acaba. Al final de este libro, un personaje comenta: «Es duro creer que los seres humanos somos básicamente tan desvalidos»; y Grosvenor responde: «Es aún peor de lo que usted piensa. »

FERNANDO SAVATER

Madrid, enero de 2000

[1] A. E. van Vogt murió unos días después, el 26 de enero. (N. del E.)

Librodot

1

Coeurl merodeaba sin pausa. La noche oscura, sin luna, casi sin estrellas, se resistía ante el alba rojiza y lúgubre que se arrastraba por la izquierda. Era una luz vaga que no daba ninguna sensación de calor. Poco a poco, esa luz fue mostrando un paisaje de pesadilla.

Alrededor de Coeurl cobraron forma unas piedras negras, melladas, y una llanura negra y sin vida. Por encima del horizonte grotesco miraba un sol rojo pálido. Unos dedos de luz hurgaban entre las sombras. Y aun no había rastros de la familia de criaturas de id que llevaba siguiendo casi cien días.

Finalmente se detuvo, enfriado por la realidad. Sus enormes patas delanteras se sacudieron con un movimiento que arqueó cada afilada garra. Los gruesos tentáculos que le salían de los hombros ondularon, tensos. Torció la voluminosa cabeza de gato a un lado y a otro, mientras los zarcillos parecidos a pelos que formaban cada oreja vibraron frenéticamente, probando cada brisa, cada latido en el éter.

No hubo respuesta. No sentía ningún cosquilleo en el complejo sistema nervioso. No había ningún indicio de la presencia de las criaturas de id, su única fuente de alimento en ese planeta desolado. Desesperado, Coeurl se agazapó, una enorme figura felina recortada contra la línea débil y rojiza del horizonte, como un deforme grabado de un tigre negro en un mundo sombrío. Lo que más lo mortificaba era que había perdido el contacto con ellas. Tenía un equipo sensorial que normalmente podía detectar id orgánico a kilómetros de distancia. Admitía que él ya no era normal. Su repentina imposibilidad de mantener aquel contacto indicaba una crisis física. Era la enfermedad mortal de la que había oído hablar. Siete veces en el último siglo había encontrado coeurls demasiado débiles para moverse, con los cuerpos normalmente inmortales consumidos y condenados por la falta de alimento. Entonces, con avidez, les había aplastado los cuerpos entregados y les había sacado todo el id que aún los mantenía con vida.

Coeurl se estremeció de entusiasmo recordando esas comidas. Entonces lanzó un gruñido audible, un sonido desafiante que vibró en el aire y sonó y resonó entre las piedras mientras le recorría los nervios de la espalda. Era una expresión instintiva de su voluntad de vivir.

Y de repente se puso tieso.

Por encima del lejano horizonte vio un punto diminuto que brillaba. El punto se acercó. Creció rápidamente y fue una enorme pelota de metal que se transformó en una nave gigantesca y redonda. El inmenso globo, brillante como plata bruñida, pasó silbando por encima de Coeurl, reduciendo la velocidad de manera visible. Se alejó sobre unas negras colinas que había por la derecha, flotó casi inmóvil durante un segundo y después descendió perdiéndose de vista.

Coeurl salió disparado de su asustada inmovilidad. Con velocidad felina, bajó corriendo entre las piedras. En sus ojos redondos y negros ardía un deseo desesperado. Los zarcillos de las orejas, a pesar de la falta de energías, vibraron recibiendo un mensaje de id en tales cantidades que las punzadas de hambre hicieron que le doliera el cuerpo.

El sol distante, ahora tirando a rosa, estaba alto en el cielo púrpura y negro cuando Coeurl se arrastró saliendo de entre unas piedras y miró desde las sombras las ruinas de la ciudad que se extendía allá abajo. La nave plateada, a pesar de su tamaño, parecía pequeña ante la enorme extensión de la ciudad desmoronada y desierta. Pero alrededor de la nave había una sensación de vida contenida, una inactividad dinámica que, después de un rato, empezó a destacarse, dominando el primer plano. La nave descansaba en una cuna hecha por su

propio peso en la llanura rocosa y resistente que empezaba bruscamente en las afueras de la metrópoli muerta.

Coeurl observó a los dos seres bípedos que habían salido del interior de la nave. Andaban cerca del pie de una escalera mecánica que habían hecho descender desde una abertura brillantemente iluminada a unos treinta metros por encima del suelo. La necesidad perentoria engrosó la garganta de Coeurl. El impulso de salir corriendo y aplastar a esas criaturas de aspecto endeble le oscurecía el cerebro.

Unos jirones de recuerdo detuvieron ese impulso cuando todavía no era más que electricidad corriéndole por los músculos. Era un recuerdo del pasado distante de su propia raza, de máquinas que podían destruir, de energías más potentes que todas las fuerzas de su propio cuerpo. El recuerdo envenenó los depósitos de su fortaleza. Tuvo tiempo de ver que los seres llevaban algo puesto encima de sus cuerpos verdaderos, un material brillante y transparente que relucía y destellaba bajo los rayos del sol.

La astucia permitió a Coeurl entender la presencia de aquellas criaturas. Aquello, razonó por primera vez, era una expedición científica que venía de otra estrella. Los científicos investigarían y no destruirían. Los científicos se abstendrían de matarlo si no los atacaba. Los científicos, a su manera, eran tontos.

Envalentonado por el hambre, salió del escondite. Vio que las criaturas advertían su presencia. Se volvían hacia él y miraban. Las tres que estaban más cerca de él regresaron despacio hacia grupos más grandes. Un individuo, el más pequeño de su grupo, sacó una barra opaca de metal de una funda que llevaba en el costado del cuerpo y la sostuvo con tranquilidad en una mano.

Ese acto alarmó a Coeurl, que sin embargo siguió corriendo. Era demasiado tarde para volver. Elliott Grosvenor se quedó donde estaba, detrás de todo, cerca de la escalera. Se estaba acostumbrando a quedarse en segundo plano. Como único nexialista a bordo del Beagle Espacial, durante meses había sido ignorado por especialistas que no entendían bien qué era un nexialista y a los que tampoco les importaba demasiado. Grosvenor tenía planes para rectificar eso. Hasta el momento no se había presentado la oportunidad. El comunicador que llevaba en la cabeza del traje espacial se activó de repente. Por él se oyó la suave risa de un hombre que dijo:

-Yo, personalmente, no me voy a arriesgar con algo tan grande.

Grosvenor reconoció la voz de Gregory Kent, director del departamento de química. Hombre de poca estatura, Kent tenía gran personalidad. En la nave contaba con numerosos amigos y partidarios, y ya había anunciado su candidatura a director de la expedición para las siguientes elecciones. De todos los hombres que estaban ante el monstruo que se iba acercando, Kent era el único que había sacado un arma. Ahora acariciaba el largo y delgado instrumento de metalita.

Se oyó otra voz. El tono era más grave y más relajado. Grosvenor reconoció que era la voz de Hal Morton, director de la expedición.

-Ésa es una de las razones por la que está en este viaje -dijo Morton-. Porqué deja muy pocas cosas libradas al azar.

Era un comentario amistoso. Pasaba por alto el hecho de que Kent ya se había definido como el adversario de Morton para la dirección. Eso, por supuesto, quizá no era más que una muestra de virtuosismo político para hacer creer a los oyentes más ingenuos que Morton no sentía ninguna animadversión hacia su rival. Grosvenor no dudaba de que el director era capaz de esas sutilezas. La imagen que tenía de Morton era la de un hombre sagaz, razonablemente honesto y muy inteligente, que manejaba la mayoría de las situaciones con automática habilidad.

Grosvenor vio que Morton se adelantaba, colocándose un poco por delante de los demás. Su cuerpo fuerte se destacaba, enfundado en el traje transparente de metalita. Desde

aquella posición, el director miró cómo se acercaba la bestia felina por la llanura de piedras negras. Los comentarios de otros jefes de departamento golpetearon en las orejas de Grosvenor a través del comunicador.

-No me gustaría nada encontrarme con esa criatura en un callejón una noche oscura.

-No diga tonterías. Es obvio que se trata de un ser inteligente. Quizá un miembro de la raza dominante.

-Su desarrollo físico -dijo una voz que Grosvenor identificó como perteneciente a Siedel, el psicólogo- sugiere una adaptación de tipo animal a su medio ambiente. Por otra parte, venir hacia nosotros como lo está haciendo no es el acto de un animal sino de un ser inteligente que sabe de nuestra inteligencia. Ustedes pueden advertir lo agarrotados que son sus movimientos. Eso denota cautela y conciencia de nuestras armas. Me gustaría observar bien las terminaciones de esos tentáculos de los hombros. Si consisten en apéndices, manos o ventosas, podemos empezar a suponer que desciende de los habitantes de esta ciudad. -Hizo una pausa-. Sería muy útil establecer comunicación con él. Pero a simple vista yo diría que ha degenerado hasta un estado primitivo.

Coeurl se detuvo cuando aún estaba a tres metros de los seres más cercanos. La necesidad de id amenazaba con abrumarlo. Su cerebro flotó hasta el feroz filo del caos, donde le costó un terrible es fuerzo detenerse. Sentía como si tuviera el cuerpo bañado por un líquido fundido. La visión era cada vez más borrosa.

La mayoría de los hombres se acercaron. Coeurl vio que lo estaban examinando con franca curiosidad. Movían los labios dentro de los cascos transparentes que llevaban puestos. Su forma de intercomunicación -suponía que era eso lo que sentía- le llegaba en una frecuencia que estaba dentro de su capacidad de recepción. Los mensajes eran ininteligibles. En un esfuerzo por parecer amistoso, transmitió su nombre desde los zarcillos de las orejas, señalándose al mismo tiempo con un tentáculo.

Una voz que Grosvenor no reconoció dijo arrastrando las palabras:

-Morton, cuando movió esos pelos oí una especie de estática en mi radio. ¿Cree usted que...?

El uso por parte de Morton del nombre de quien había hablado, lo identificó. Gourlay, jefe de comunicaciones. Grosvenor, que estaba grabando la conversación, se alegró. La llegada de la bestia quizá le permitiría obtener grabaciones de todos los hombres importantes que iban a bordo de la nave. Era algo que trataba de hacer desde el principio.

-Ah -dijo Siedel, el psicólogo-, los tentáculos terminan en ventosas. Si el sistema nervioso es suficientemente complejo podría, con la necesaria capacitación, manejar cualquier máquina.

-Creo que lo más conveniente es que entremos en la nave y comamos -dijo el director Morton-. Después nos pondremos a trabajar. Quiero que se haga un estudio sobre el desarrollo científico de esta raza, sobre todo qué fue lo que la destruyó. En la Tierra, al principio, antes de que hubiese una civilización galáctica, las diversas culturas alcanzaban la cima y después se desmoronaban. Del polvo siempre brotaba una nueva. ¿Por qué no sucedió lo mismo aquí? A cada departamento se le asignará un campo especial de investigación.

-¿Y el gatito? -dijo alguien-. Me parece que quiere venir con nosotros.

Morton se rió entre dientes.

-Ojalá tuviéramos la manera de llevarlo con nosotros -dijo con voz seria-, sin capturarlo por la fuerza. ¿Qué cree usted, Kent?

El pequeño químico movió la cabeza, diciendo que no de manera contundente.

-Esta atmósfera contiene más cloro que oxígeno, aunque no es mucho lo que contiene de ambos elementos. Nuestro oxígeno seria dinamita para sus pulmones.

A Grosvenor le parecía evidente que el ser felino no había tenido en cuenta ese peligro. Miró cómo el monstruo seguía a los primeros hombres que subían por la escalera y se metían por la enorme puerta.

Los hombres se volvieron hacia Morton, quien los saludó con una mano y dijo:

-Abran la segunda compuerta y déjenle oler el oxígeno. Eso lo curará.

Un rato más tarde la asombrada voz del director resonó con fuerza en el comunicados.

-¡Bueno, que me lleve el diablo! ¡No nota la diferencia! Y eso significa que no tiene pulmones, o que sus pulmones no utilizan el cloro. ¡Claro que puede entrar! Smith, esto es una mina de oro para un biólogo, y además inofensiva si tomamos precauciones. ¡Qué metabolismo!

Smith era un hombre alto, delgado y huesudo con una cara larga y triste. Su voz, inusitadamente fuerte para su apariencia, resonó en el comunicados de Grosvenor.

-En los diversos viajes de exploración en que participé, sólo vi dos formas superiores de vida. Las que dependen del cloro y las que necesitan oxígeno, los dos elementos que permiten la combustión. He oído vagos informes acerca de una forma de vida que respira flúor, pero todavía no he visto un ejemplo. Casi estaría dispuesto a jugarme mi reputación a que no existe ningún organismo complejo que pueda adaptarse a la utilización de ambos gases. Morton, no tenemos que dejar escapar a esta criatura si podemos remediarlo.

El director Morton se echó a reír.

-Parece que tiene muchas ganas de quedarse -dijo después en tono serio.

Había subido por la escalera mecánica y entró en la cámara estanca con Coeurl y los dos hombres. Grosvenor se apresuró a adelantarse, pero no era más que uno entre una docena de hombres que también se metieron en aquel amplio espacio. La enorme puerta se cerró y el aire empezó a entrar con un silbido. Todo el mundo se mantenía a una buena distancia del monstruo felino. Grosvenor observó la bestia con una creciente sensación de desasosiego. Lo asaltaron varios pensamientos. Ojalá pudiera comunicárselos a Morton. Tendría que haber podido hacerlo. La regla a bordo de esas naves expedicionarias era que todos los directores de departamento debían tener acceso fácil al director de la expedición. Como jefe del departamento nexial, aunque fuera el único miembro, a Grosvenor tendría que habérsele aplicado la misma regla. El comunicador de su traje espacial tendría que estar preparado para que él pudiera hablar con Morton como lo hacían los demás jefes de departamento. Pero todo lo que él tenía era un receptor general. Eso le concedía el privilegio de escuchar a todos los grandes hombres cuando estaban haciendo su trabajo de campo. Si quería hablar con alguien, o si estaba en peligro, podía accionar un interruptor que abría un canal a un operador central.

Grosvenor no cuestionaba el valor general del sistema. Había cerca de mil hombres a bordo, y era evidente que no podían hablar todos con Morton cuando les daba la gana.

La puerta interior de la cámara se estaba abriendo. Grosvenor salió junto con los demás. A los pocos minutos estaban todos en una serie de ascensores que llevaban a las dependencias. Hubo un breve intercambio de ideas entre Morton y Smith.

-Lo mandaremos solo allá arriba, si es que quiere ir -dijo finalmente Morton.

Coeurl no puso ninguna objeción hasta que oyó que la puerta del ascensor se cerraba a sus espaldas y que la jaula cerrada empezaba a subir rápidamente. Entonces giró soltando un gruñido. De repente, su razón se transformó en caos. Se lanzó contra la puerta. El golpe dobló el metal y el dolor desesperado lo enloqueció. Ahora era un animal atrapado. Aplastó el metal con las garras. Arrancó los paneles soldados con los gruesos tentáculos. La maquinaria chirrió en protesta. Todo se sacudía porque la fuerza magnética tiraba de la jaula a pesar de que las piezas metálicas que sobresalían iban raspando las paredes exteriores. Finalmente, el ascensor llegó a destino y se detuvo. Coeurl quitó el resto de la puerta y se lanzó a toda velocidad por el pasillo. Esperó allí hasta que llegaron los hombres con las armas preparadas.

-Somos unos tontos -dijo Morton-. Tendríamos que haberle mostrado cómo funciona. Creyó que lo habíamos traicionado o algo parecido.

Señaló hacia el monstruo. Grosvenor vio cómo el brillo salvaje se apagaba en los ojos de la bestia, negros como carbones, mientras Morton abría y cerraba varias veces la puerta de un ascensor cercano. Fue Coeurl quien terminó la lección. Entró al trote en una habitación grande que daba sobre el pasillo.

Se echó sobre el suelo alfombrado y se esforzó por reducir la tensión eléctrica de los nervios y los músculos. Estaba furioso por el miedo que había mostrado. Le parecía que había perdido la ventaja de aparecer como un individuo dulce y tranquilo. Su fortaleza debía de haberlos sobresaltado y consternado.

Eso implicaba un mayor peligro para la tarea pendiente: apoderarse de la nave. En el planeta del que procedían esos seres habría cantidades ilimitadas de id.

2

Sin pestañear, Coeurl observó a dos hombres que despejaban escombros en la puerta metálica de un enorme y viejo edificio. Los seres humanos habían almorzado, se habían vuelto a poner sus unidades espaciales y ahora se los veía por doquier, solos o en grupo. Coeurl supuso que todavía estaban investigando la ciudad muerta.

A él sólo le interesaba la comida. Sus células sentían hambre de id, y le dolía el cuerpo. La ansiedad le electrizaba los músculos, y su mente ardía con el afán de seguir a los hombres que se habían internado en la ciudad. Uno de ellos había ido a solas.

Durante el almuerzo, los seres humanos le ofrecieron su propia comida, que para él era inservible. Al parecer no entendían que él debía comer criaturas vivientes. El id no era una mera sustancia, sino la configuración de una sustancia, y sólo se podía obtener en tejidos donde aún palpitaba el flujo de la vida.

Pasaron varios minutos. Coeurl aún se contenía. Aún observaba, sabiendo que los hombres sabían que él observaba. Una máquina de metal descendió

de la nave a la masa rocosa que bloqueaba la gran puerta del edificio. En su tenso estado, siguió todos esos movimientos. Tiritando con la intensidad del hambre, vio cómo operaban su maquinaria, y cuán simple era.

Sabía qué podía esperar cuando llamas incandescentes lamieron la dura roca. A pesar de ese conocimiento, saltó y rugió fingiendo temor.

Desde una pequeña nave patrulla, Grosvenor observaba. Se había impuesto la tarea de observar a Coeurl. No tenía otra cosa que hacer. Nadie parecía necesitar la asistencia del único nexialista que había a bordo del Beagle Espacial.

Entretanto, despejaron la puerta que estaba debajo de Coeurl. El director Morton y otro hombre se acercaron. Entraron y se perdieron de vista. Poco después Grosvenor oyó sus voces en el comunicado r. El hombre que acompañaba a Morton habló primero.

-Es una ruina. Debió de haber una guerra. Esta maquinaria no es difícil de entender. Es secundaria. Pero me gustaría saber cómo se controlaba y aplicaba.

-No le entiendo-dijo Morton.

-Es simple. Hasta ahora sólo he visto herramientas. Casi todas las máquinas, sean herramientas o armas, están equipadas con un transformador para recibir energía, alterar su forma y aplicarla. ¿Dónde están las plantas de energía? Espero que sus bibliotecas nos den una pista. ¿Qué pudo suceder para que una civilización se derrumbara de esta manera?

Otra voz apareció en los comunicadores.

-Habla Siedel. Oí su pregunta, señor Pennons. Hay por lo menos dos razones para que un territorio quede deshabitado. Una es la falta de comida. La otra es la guerra.

Grosvenor se alegró de que Siedel hubiera interpelado al otro por su nombre. Otra identificación de voz para su colección. Pennons era el jefe de máquinas.

-Vea, mi psicológico amigo -dijo Pennons-, la ciencia de esta gente debió de permitirle solucionar sus problemas alimenticios, al menos para una población pequeña. Y en caso contrario, ¿por qué no desarrollaron el viaje espacial para ir a buscar comida a otra parte?

-Pregúntele a Gunlie Lester -intervino el director Morton-. Le oí exponer una teoría antes de que aterrizáramos.

El astrónomo respondió a la primera llamada. -Todavía debo verificar todos los datos. Pero debemos convenir en que uno de ellos es sumamente significativo. Este mundo desolado es el único planeta que gira alrededor de ese mísero sol. No hay nada más. Ninguna luna. Ni siquiera un planetoide. Y el sistema estelar más próximo está a novecientos años-luz. El problema de la raza dominante de este mundo habría sido tremendo, pues habría tenido que resolver de un solo salto no sólo el vuelo interplanetario sino el interestelar. Recordemos, por comparación, cuán lento fue nuestro desarrollo. Primero llegamos a la luna. Luego siguieron los planetas. Cada triunfo conducía al siguiente, y al cabo de muchos años se realizó el primer viaje a una estrella cercana. Por último, el hombre inventó el antiacelerador que permitió el viaje galáctico. Teniendo en cuenta todo esto, sostengo que habría sido imposible que una raza creara un motor interestelar sin experiencia previa.

Se hicieron otros comentarios, pero Grosvenor no los escuchó. Miró el lugar donde había visto al enorme felino por última vez. No estaba a la vista. Maldijo entre dientes por haberse dejado distraer. Hizo girar la pequeña nave sobre la zona en una apresurada búsqueda. Pero había demasiada confusión, demasiados escombros, demasiados edificios. Por donde miraba había obstáculos que le estorbaban la visión. Aterrizó e interrogó a varios técnicos. La mayoría recordaba haber visto al gato «hace veinte minutos». Insatisfecho, Grosvenor trepó a la nave salvavidas y sobrevoló la ciudad.

Poco tiempo antes, Coeurl se había movido deprisa, ocultándose cada vez que hallaba un escondrijo. Corría de grupo en grupo, una nerviosa dínamo de energía, inquieta y descompuesta de hambre. Un pequeño vehículo se acercó, se detuvo frente a él y una enorme cámara zumbó mientras le tomaba una foto. Encima de un montículo de roca, una gigantesca perforadora se puso en marcha. La mente de Coeurl evocó borrosamente cosas que había observado con poca atención. Su cuerpo ansiaba perseguir al hombre que se había internado solo en la ciudad.

De pronto no soportó más. Una espuma verde le empapó la boca. Por un instante pareció que nadie lo miraba. Se ocultó detrás de un terraplén rocoso y echó a correr a gran velocidad. Saltaba con brincos grandes y deslizantes. Había olvidado todo menos su propósito, como si un cepillo mágico le hubiera borrado todo recuerdo del cerebro. Siguió calles desiertas, cortando camino por los boquetes de paredes derruidas y por los largos corredores de edificios mohosos. Luego se puso a andar al trote y agazapado, mientras sus zarcillos auditivos detectaban las vibraciones del id.

Al fin se detuvo y miró desde un montículo de roca desmoronada. Desde lo que antaño habría sido una ventana, un ser bípedo apuntaba los haces de su linterna al sombrío interior. Apagó la linterna. El hombre, corpulento y vigoroso, se alejó deprisa, moviendo la cabeza a los costados. A Coeurl no le gustó esa actitud de alerta. Significaba una reacción inmediata ante el peligro. Presagiaba problemas.

Coeurl esperó a que el ser humano desapareciera a la vuelta de una esquina y salió de su escondrijo a gran velocidad. Se había trazado un plan. Como un espectro, se deslizó por una calle lateral y dejó atrás una manzana de edificios. Dobló rápidamente la primera esquina, cruzó de un brinco un espacio abierto y luego, arrastrando el vientre, se internó en la

penumbra que separaba el edificio de una gran pila de escombros. La calle de delante era un canal entre dos montículos ruinosos. Terminaba en un angosto cuello de botella que desembocaba justo debajo de Coeurl.

En el momento final debió de actuar con excesiva avidez. Cuando el ser humano iba a pasar debajo, Coeurl fue sobresaltado por una lluvia de piedras que caían desde donde él acechaba. El hombre miró hacia arriba. Torció el rostro en una mueca. Cogió su arma.

Coeurl extendió la pata y lanzó un golpe fulminante contra el casco lustroso y transparente del traje espacial. Hubo un ruido de metal desgarrado y un chorro de sangre. El hombre se arqueó como si una parte de él se hubiera encogido. Por un instante sus huesos, sus piernas y sus músculos se combinaron milagrosamente para mantenerlo en pie. Luego se desplomó con una crepitación metálica de su armadura espacial.

En un movimiento convulsivo, Coeurl brincó sobre su víctima. Ya estaba generando un campo que impedía que el id se descargara en la sangre. Rápidamente trituró el metal y el cuerpo que había dentro. Crujieron huesos. Saltaron jirones de carne. Hundió la boca en el cuerpo tibio y dejó que su tracería de diminutas ventosas sorbiera el id de las células. Hacía tres minutos que se consagraba a esta tarea cuando una sombra cruzó su visión. Alzó los ojos sobresaltado y vio que una nave pequeña se acercaba desde la dirección del sol poniente. Por un instante se quedó paralizado, luego buscó refugio en una gran pila de escombros.

Cuando miró de nuevo, la navecilla flotaba perezosamente a la izquierda. Pero sobrevolaba la zona, y Coeurl comprendió que podía regresar. Enloquecido por la interrupción de su comida, abandonó su presa y se dirigió a la nave espacial. Corrió como un animal que huye del peligro, y aminoró la marcha sólo cuando vio al primer grupo de operarios. Se les aproximó cautamente. Todos estaban ocupados, así que pudo acercarse sin llamar la atención.

Grosvenor se sentía cada vez más insatisfecho mientras buscaba a Coeurl. La ciudad era demasiado grande. Tenía más ruinas y escondrijos de los que había creído. Finalmente regresó a la gran nave. Y sintió gran alivio al descubrir que la bestia estaba cómodamente tendida en una roca, tomando el sol. Grosvenor detuvo la nave cautelosamente en un promontorio, detrás del animal. Aún estaba allí veinte minutos después, cuando por el comunicador llegó el escalofriante anuncio de que un grupo de hombres que exploraba la ciudad había tropezado con el cuerpo mutilado del doctor Jarvey, del departamento de química.

Grosvenor anotó las indicaciones y partió hacia la escena de la muerte. Casi de inmediato descubrió que Morton no iría a mirar el cadáver. Oyó la solemne voz del director por el comunicador:

-Traigan los restos a la nave.

Los amigos de Jarvey estaban presentes, con aire sombrío y tenso. Grosvenor miró ese espantoso guiñapo de carne desgarrada y metal ensangrentado y sintió un nudo en la garganta.

-¿Por qué se empeñaría en salir solo? -oyó que se lamentaba Kent.

Al jefe de química le temblaba la voz. Grosvenor recordó haber oído que Kent y su principal asistente, Jarvey, eran muy buenos amigos. Alguien más debió de hablar por la banda privada del departamento de química, pues Kent dijo:

-Sí, le haremos una autopsia.

Esas palabras recordaron a Grosvenor que se perdería lo que pasaba a menos que pudiera sintonizarse. Tocó al hombre que tenía más cerca para preguntarle:

-¿Le molesta que escuche la banda química a través de usted?

-Adelante.

Grosvenor apoyó los dedos en el brazo del otro. Oyó que alguien decía con voz trémula:

-Lo peor es que parece un homicidio sin sentido. El cuerpo está desparramado como gelatina, pero parece estar entero.

Smith, el biólogo, intervino en la banda general. Su largo rostro parecía más sombrío que nunca. -El asesino atacó a Jarvey, quizá con la intención de devorarlo, y luego descubrió que su carne era extraña e incomible. Como nuestro gran felino. No quiso comer nada de lo que le ofrecíamos... -Su voz se perdió en un pensativo silencio. Al fin continuó lentamente-: Un momento, ¿qué pasó con esa criatura? Tiene tamaño y fuerza suficientes para haber hecho esto con sus zarpas.

El director Morton, que debía estar escuchando, interrumpió:

-Creo que muchos hemos pensado en ello. En definitiva, es la única criatura viviente que hemos visto. Pero no podemos ejecutarlo por una mera sospecha.

-Además -dijo uno de los hombres-, yo nunca lo perdí de vista.

Antes de que Grosvenor pudiera hablar, la voz de Siedel, el psicólogo, llegó por la banda general. -Morton, he hablado con varios de los hombres, y obtengo la siguiente reacción: al principio todos declaran que nunca perdieron de vista a esa bestia, pero cuando uno insiste, admiten que quizá la perdieron de vista unos minutos. Yo también tuve la impresión de que siempre estaba presente. Pero cuando pienso en ello hay lagunas. Hubo instantes, quizá largos minutos, en que lo perdimos de vista por completo.

Grosvenor suspiró y decidió callar. Otra persona había expresado lo que él pensaba.

Fue Kent quien rompió el silencio.

-Yo digo que no corramos más riesgos -declaró-. Matemos a ese animal antes de que cause más daños, aunque se trate de una mera sospecha.

-Korita, ¿está allí? -preguntó Morton.

-Estoy junto al cadáver, director.

-Korita, usted anduvo explorando con Cranessy y Van Horne. ¿Cree que el gatito es un descendiente de la raza dominante de este planeta?

Grosvenor localizó al arqueólogo, que estaba junto a Smith, rodeado por colegas de su departamento.

-Director Morton -dijo lenta y respetuosamente el alto japonés-, aquí hay un misterio. Quisiera que todos echaran un vistazo a ese majestuoso paisaje urbano y se fijaran en su arquitectura. A pesar de la megalópolis que crearon, estas gentes estaban cerca del suelo. Los edificios no sólo están ornamentados, sino que eran ornamentales. Aquí tenemos el equivalente de la columna dórica, la pirámide egipcia y la gran catedral gótica creciendo desde el suelo, vehementes, henchidos de destino. Si este mundo solitario y desolado se puede considerar una madre tierra, esta tierra ocupaba un sitio cálido y espiritual en el corazón de sus habitantes. El efecto es enfatizado por las calles tortuosas. Sus máquinas prueban que eran matemáticos, pero ante todo eran artistas. No crearon, pues, las calles geométricas de una metrópolis ultrasofisticada. Hay genuino abandono artístico, una emoción profunda y gozosa escrita en el diseño curvo y matemático de las viviendas, los edificios y las avenidas, una sensación de intensidad, de divina creencia en una certidumbre interior. Ésta no es una civilización decadente, encanecida por la edad, sino una cultura joven y vigorosa, confiada y pujante. Allí terminó. Súbitamente, como si en este punto la cultura hubiera librado su Batalla de Tours y se hubiera derrumbado como la antigua civilización islámica. O como si de un brinco hubiera saltado siglos de adaptación para entrar en una época de estados rivales.

»Sin embargo, en ninguna parte del universo hemos documentado una cultura que realizara un salto tan abrupto. Siempre hay un desarrollo lento. Y el primer paso es un implacable cuestionamiento de todo lo que antes se consideraba sagrado. Las certidumbres interiores dejan de existir. Las convicciones inobjetables se disuelven ante el sondeo implacable de las mentes científicas y analíticas. El escéptico se convierte en el ser humano más

elevado. Yo diría que esta cultura se derrumbó abruptamente en su época más floreciente. Los efectos sociológicos de semejante catástrofe serían el fin de la moralidad, un regreso a una criminalidad bestial no atemperada por ningún ideal. Habría una cruel indiferencia por la muerte. Si este... si el gatito es descendiente de semejante raza, será una criatura artera, un ladrón nocturno, un asesino a sangre fría que degollaría a su propio hermano a cambio de una ganancia.

-¡Suficiente! -exclamó Kent-. Director, estoy dispuesto a actuar como verdugo.

-Me opongo -interrumpió Smith-. Escuche, Morton, no matará a ese felino todavía, aunque sea culpable. Es un tesoro biológico.

Kent y Smith se miraron con cara de pocos amigos.

-Querido Kent -dijo Smith lentamente-, entiendo que el departamento de química querría poner al gatito en retortas para preparar compuestos químicos con su carne y su sangre. Pero lamento informarle que se está adelantando. En el departamento de biología queremos el cuerpo vivo, no muerto. Presiento que el departamento de física también querrá echarle un vistazo mientras está vivo. Así que me temo que usted es el último de la lista. Resígnese a la idea, por favor. Quizá pueda verlo dentro de un año, pero no antes.

-No estoy encarando esto desde una perspectiva científica -gruñó Kent.

-Pues hace mal, ahora que Jarvey ha muerto y no se puede hacer nada por él.

-Soy primero un ser humano y después un científico -replicó Kent con voz áspera.

-¿Destruiría un espécimen valioso por razones emocionales?

-Destruiría a esta criatura porque es un peligro desconocido. No podemos correr el riesgo de que muera otro ser humano.

Morton interrumpió la discusión.

-Korita -dijo reflexivamente-, estoy dispuesto a aceptar su teoría como punto de partida. Pero hay una pregunta. ¿Es posible que esta cultura haya llegado más tarde a este planeta que la nuestra al sistema galáctico que hemos colonizado?

-Ciertamente es posible -dijo Korita-. Podría tratarse de la etapa intermedia de la décima civilización de este mundo, mientras que la nuestra, por lo que hemos podido descubrir, es la etapa final de la octava civilización de la Tierra. Cada una de estas diez, desde luego, se ha construido sobre las ruinas de la precedente.

-En ese caso, el gatito no sabría nada sobre el escepticismo que nos hace sospechar que es un criminal y un asesino.

-No, sería literalmente mágico para él.

La seca risotada de Morton resonó en el comunicador.

-Usted gana, Smith. Dejaremos que el gatito viva. Y si hay víctimas, ahora que lo conocemos, será por negligencia. Existe la posibilidad, desde luego, de que estemos equivocados. Como Siedel, tengo la impresión de que la criatura siempre estuvo presente. Quizá seamos injustos con ella. Quizá haya otras criaturas peligrosas en este planeta. -Se interrumpió-. Kent, ¿cuáles son sus planes para el cadáver de Jarvey?

El jefe de química dijo con voz amarga:

-No habrá un funeral de inmediato. Ese maldito gato quería algo de ese cuerpo. Parece estar entero, pero algo debe faltar. Averiguaré qué es, y confirmaré que esa bestia lo asesinó, para que usted pueda creerlo sin la menor sombra de duda.

3

De vuelta en la nave, Elliott Grosvenor se dirigió a su departamento. El letrero de la puerta decía CIENCIA DEL NEXIALISMO. Adentro había cinco salas que ocupaban doce metros por veinticuatro. La mayoría de las máquinas e instalaciones que la Fundación Nexial había pedido al gobierno se habían instalado. En consecuencia, había poco espacio. Una vez que traspuso la puerta, quedó a solas en su reducto privado.

Grosvenor se sentó al escritorio e inició su informe para el director Morton. Analizó la estructura física del habitante felino de ese planeta frío y desolado. Señaló que un monstruo tan viril no debía encararse sólo como un «tesoro biológico». La frase era peligrosa porque inducía a olvidar que la bestia tenía sus propias apetencias y necesidades, basadas en un metabolismo no humano.

-Ahora tenemos pruebas suficientes -le dictó al grabador- para hacer lo que los nexialistas denominamos una «declaración de curso».

Tardó varias horas en completar la declaración. Llevó la grabación a la sección de estenografía y presentó una solicitud de transcripción inmediata. Como jefe de departamento, obtuvo un servicio rápido. Dos horas después entregó el informe en la oficina de Morton. Un subsecretario le dio un recibo a cambio. Grosvenor cenó tarde en el comedor, convencido de que había hecho todo lo que podía. Después preguntó al camarero dónde estaba el gato. El camarero no estaba seguro, pero pensaba que la bestia estaba en la biblioteca general.

Grosvenor pasó una hora en la biblioteca observando a Coeurl. Durante ese tiempo, la bestia permaneció tendida en la gruesa alfombra, sin cambiar de posición. Al final de esa hora, una de las puertas se abrió y entraron dos hombres con un gran cuenco. Kent los seguía de cerca con ojos febriles. Se detuvo en medio de la sala y dijo con voz fatigada pero hostil:

-Quiero que todos observen esto.

Aunque sus palabras incluían a todos los presentes, interpelaba a un grupo de científicos que estaban sentados en una sección reservada. Grosvenor se puso de pie y echó un vistazo al cuenco que llevaban esos dos hombres. Contenía un brebaje pardusco.

Smith, el biólogo, también se puso de pie.

-Un momento, Kent. En cualquier otra circunstancia yo no cuestionaría sus actos. Pero usted parece descompuesto. Está demasiado tenso. ¿Tiene autorización de Morton para este experimento?

Kent giró lentamente. Y Grosvenor, que se había sentado de nuevo, vio que las palabras de Smith sólo comunicaban una parte de la realidad. El jefe de química tenía profundas ojeras, y las mejillas hundidas.

-Lo invité a venir aquí -dijo-. Se negó a participar. Opina que si esta criatura hace voluntariamente lo que yo quiero, no se causará ningún daño.

-¿Qué tiene allí? -preguntó Smith-. ¿Qué hay en él cuenco?

-He -identificado el elemento faltante -dijo Kent-. Es potasio. En el cuerpo de Jarvey quedaban sólo dos tercios o tres cuartos de la cantidad normal de potasio. Usted sabe que el potasio se aloja en las células corporales en conexión con una gran molécula de proteína, y la combinación brinda la base para la carga eléctrica de la célula. Es fundamental para la vida. Habitualmente, después de la muerte, las células expulsan el potasio a la corriente sanguínea, volviéndola venenosa. He probado que en las células de Jarvey falta potasio, pero no se descargó en la sangre. No sé bien qué significa, pero me propongo averiguarlo.

-¿Qué hay del cuenco de comida? -interrumpió alguien. Los hombres estaban guardando sus revistas y libros, mirando con interés.

-Tiene células vivientes con potasio en suspensión. Podemos hacer eso artificialmente. Tal vez por eso rechazó nuestra comida a la hora del almuerzo. No contenía potasio en una forma que él pudiera aprovechar. Mi idea es que detectará el olor, o lo que utilice en vez de olor...

Librodot

-Creo que detecta la vibración de las cosas -intervino Gourlay, arrastrando la voz-. A veces, cuando agita esos zarcillos, mis instrumentos registran una clara y potente onda de estática. Y luego no hay reacción. Sospecho que alcanza un punto más alto o más bajo en la escala ondulatoria. Parece controlar las vibraciones a voluntad. Doy por sentado que el movimiento de los zarcillos no genera estas frecuencias.

Con manifiesta impaciencia, Kent esperó a que Gourlay terminara.

-De acuerdo -continuó después-, entonces detecta vibraciones. Pronto sabremos cuáles su reacción ante esta vibración. -Y concluyó con tono conciliador-: ¿Qué le parece, Smith?

-Hay tres errores en su plan -respondió el biólogo-. En primer lugar, usted parece suponer que es sólo un animal. Parece haber olvidado que él pudo quedar ahíto después de alimentarse con Jarvey, si así ocurrió. Y parece creer que él no sospechará nada. Pero apoye el cuenco. Su reacción quizá nos revele algo.

El experimento de Kent era razonablemente válido, aunque estaba impulsado por sus emociones. La criatura ya había demostrado que podía reaccionar violentamente ante un estímulo repentino. No se podía desechar la reacción que había tenido al quedar encerrada en el ascensor. Así pensaba Grosvenor.

Coeurl miró con ojos imperturbables mientras los dos hombres le ponían el cuenco delante. Se alejaron deprisa, y Kent se adelantó. Coeurl lo reconoció como el que empuñaba el arma esa mañana. Observó un instante al bípedo, luego se concentró en el cuenco. Sus zarcillos auditivos identificaron la palpitante emanación de id. Era tenue, tan tenue que la habría pasado por alto si no se hubiera concentrado. Y permanecía suspendida de un modo que le resultaba casi inútil. Pero la vibración era tan fuerte como para indicarle el motivo de este incidente. Con un gruñido, Coeurl se irguió. Cogió el cuenco con las ventosas del extremo de un sinuoso tentáculo, y vació el contenido en la cara de Kent, que retrocedió con un aullido.

Explosivamente, Coeurl arrojó el cuenco a un costado y rodeó la cintura del alarmado científico con un grueso tentáculo. No se molestó con el arma que colgaba del cinturón de Kent. Era sólo un arma de vibración, intuyó; usaba energía atómica pero no era un desintegrador atómico. Arrojó al trémulo Kent a un rincón, y comprendió con un gemido de consternación que debería haberlo desarmado. Ahora tendría que revelar sus poderes defensivos.

Kent se enjugó furiosamente el rostro con una mano, y con la otra empuñó el arma. Irguió el cañón, y el blanco haz de luz trazadora buscó la maciza cabeza de Coeurl. Los zarcillos auditivos zumbaron mientras cancelaban automáticamente la energía. Entornó los redondos ojos negros al detectar el movimiento de hombres que buscaban sus vibradores.

-¡Alto! -gritó Grosvenor desde la puerta-. Nos arrepentiremos si actuamos histéricamente.

Kent apagó el arma y miró con desconcierto a Grosvenor. Coeurl se agazapó, mirando con furia al hombre que le había obligado a revelar su capacidad para controlar energías que eran externas a su cuerpo. Ahora no podía hacer nada, salvo esperar atentamente las consecuencias.

Kent miró de nuevo a Grosvenor. Entornó los ojos.

-¿Desde cuándo nos da órdenes?

Grosvenor no respondió. Su participación había terminado. Había reconocido una crisis emocional y había dicho las palabras necesarias en el tono adecuado. No importaba que quienes le habían obedecido ahora cuestionaran su autoridad. La crisis había concluido.

Lo que había hecho no guardaba la menor relación con la culpa o la inocencia de Coeurl. Fuera cual fuese el resultado de su intervención, cualquier decisión acerca de la criatura debía surgir de las autoridades competentes, no de un solo hombre.

-Kent -dijo fríamente Siedel-, no creo que usted haya perdido el control. Usted trató deliberadamente de matar al gatito, sabiendo que el director le ha ordenado mantenerlo con vida. Tengo muchas ganas de denunciarlo, y de exigir que le impongan las penas correspondientes. Usted sabe cuáles son. Pérdida de autoridad en su departamento, y anulación de toda candidatura para puestos electivos.

Hubo agitación y murmullos en un grupo de hombres a quienes Grosvenor reconoció como partidarios de Kent.

-Siedel, no sea tonto-dijo uno de ellos.

-No olvide que hay testigos a favor de Kent, no sólo en contra -dijo otro con mayor cinismo.

Kent miró adustamente el círculo de rostros.

-Korita tenía razón al decir que la nuestra es una, época muy civilizada. Es totalmente decadente. -Y continuó de manera apasionada-: Por Dios, ¿no hay aquí un hombre que vea el horror de esta situación? Jarvey murió hace apenas unas horas, y esta criatura, a quien todos sabemos culpable, está suelta, planeando su próximo asesinato. Y la víctima quizá sea uno de nosotros. ¿Qué clase de hombres somos? ¿Somos tontos, cínicos o monstruos? ¿O nuestra civilización es tan racional que podemos compadecernos incluso de un asesino? -Fijó los cavilosos ojos en Coeurl-. Morton tenía razón. No es un animal. Es un demonio del infierno más profundo de este planeta olvidado.

-No se ponga melodramático -dijo Siedel-. Su análisis es psicológicamente inestable. No somos monstruos ni cínicos. Sólo somos científicos, y nos proponemos estudiar al gatito. Ahora que sospechamos de él, dudamos de su capacidad para arrinconarnos. Es uno contra mil, no tiene la menor oportunidad. -Miró en derredor-. Ya que Morton no está aquí, someteré esto a votación aquí y ahora. ¿Estoy hablando en nombre de todos?

-No de mí, Siedel -dijo Smith. Mientras el psicólogo lo miraba atónito, Smith continuó-: En el alboroto y la momentánea confusión, nadie parece haber notado que, cuando Kent disparó su arma de vibraciones, el rayo le dio a la criatura en plena cabeza gatuna, y no lo lastimó.

El asombrado Siedel dejó de mirar a Smith para mirar a Coeurl, y de nuevo a Smith.

-¿Está seguro de que le dio? Como usted dice, todo sucedió tan deprisa... Al ver que no estaba herido, deduje que Kent no le había acertado.

-Yo estaba bastante seguro de haberle dado en la cara -dijo Smith-. Un arma de vibraciones, por cierto, no puede matar rápidamente ni siquiera a un hombre, pero puede herirlo. El gatito parece ileso. Ni siquiera está temblando. No digo que esto sea concluyente, pero a la luz de nuestras dudas...

-Quizá su piel sea buen aislamiento contra el calor y la energía -observó Siedel.

-Quizá. Pero dada nuestra incertidumbre, creo que debemos pedirle a Morton que lo encierre en una jaula.

Mientras Siedel fruncía el ceño dubitativamente, Kent habló.

-Al fin dice algo sensato, Smith.

-¿Entonces usted quedaría satisfecho, Kent -preguntó Siedel-, si lo encerramos en una jaula?

Kent reflexionó, luego dijo a regañadientes:

-Sí. Si cuatro pulgadas de microacero no logran contenerlo, será mejor entregarle la nave. Grosvenor, que había permanecido detrás, no dijo nada. Había comentado los problemas de encerrar a Coeurl en su informe para Morton, y la jaula le parecía inadecuada, sobre todo por el mecanismo del cerrojo.

Siedel caminó hacia un comunicador, habló en voz baja con alguien, regresó.

-El director dice que está de acuerdo, siempre que podamos llevarlo a la jaula sin violencia. De lo contrario, debemos encerrarlo en cualquier habitación donde se encuentre. ¿Qué opinan ustedes?

-¡La jaula! -exclamó al unísono una veintena de voces.

Grosvenor aguardó un momento de silencio y dijo:

-Déjenlo afuera durante la noche. Él no se alejará.

La mayoría de los hombres lo ignoraron. Kent lo miró de soslayo.

-No se decide, ¿verdad? -dijo agriamente-. Primero le salva el pellejo, después reconoce que es peligroso.

-Él mismo salvó su pellejo-replicó Grosvenor. Kent se alejó, encogiéndose de hombros.

-Lo pondremos en la jaula. Es el lugar que le corresponde a un asesino.

-Ahora que nos hemos decidido -dijo Siedel-, ¿cómo lo haremos?

-¿De veras lo quiere encerrar en la jaula? -preguntó Grosvenor. No esperaba una respuesta, y no la obtuvo. Caminó hacia Coeurl y tocó un tentáculo.

El tentáculo se retrajo levemente, pero Grosvenor estaba decidido. Cogió el tentáculo con firmeza y señaló la puerta. El animal titubeó un instante, luego echó a andar.

-Tenemos que actuar con total coordinación -dijo Grosvenor-. Prepárense.

Un instante después Coeurl seguía dócilmente a Grosvenor por otra puerta. Se encontró en una habitación cuadrada de metal, con una segunda puerta en la pared de enfrente. El hombre la atravesó. Cuando Coeurl quiso seguirlo, la puerta se le cerró en la cara. Simultáneamente hubo un ruido metálico detrás de él. Giró, y vio que la primera puerta también estaba cerrada. Sintió un flujo de energía mientras el cerrojo eléctrico se trababa. Entreabrió los labios en una mueca de odio al comprender el propósito de la trampa, pero no dio ninguna otra señal. Era consciente de la diferencia entre su reacción anterior ante el encierro y la presente. Durante cientos de años había buscado comida, solamente comida. Ahora mil recuerdos del pasado despertaban en su cerebro. En su cuerpo quedaban poderes que había dejado de usar tiempo atrás. Al recordarlos, su mente automáticamente acomodaba sus posibilidades a la situación actual.

Se apoyó en las gruesas y ágiles ancas en que terminaba su cuerpo esbelto. Con los zarcillos auditivos examinó el contenido energético de ese entorno. Al fin se acostó, los ojos relucientes de desdén. ¡Esos tontos!

Una hora más tarde oyó que el hombre -Smith manejaba un mecanismo encima de la jaula. Coeurl se levantó de un brinco, sobresaltado. Temió haber juzgado erróneamente a esos hombres, y que lo ejecutaran sumariamente. Había pensado que le darían tiempo y podría hacer lo que tenía planeado.

El peligro lo confundió. Y cuando de pronto detectó una radiación muy por debajo del nivel de visibilidad, preparó todo su sistema nervioso contra un posible peligro. Tardó varios segundos en comprender lo que sucedía. Alguien estaba tomando imágenes del interior de su cuerpo.

Al cabo de un rato el hombre se marchó. Luego, por un tiempo, hubo ruidos de hombres que trabajaban a lo lejos. Los ruidos murieron gradualmente. Coeurl esperó pacientemente a que el silencio envolviera la nave. En el lejano pasado, antes de alcanzar una relativa inmortalidad, los coeurls también dormían de noche. Viendo a los hombres que dormitaban en la biblioteca, él había recordado ese hábito.

Había un ruido que no moría. Aun cuando el silencio dominó la nave, pudo oír los dos pares de pies. Pasaron rítmicamente frente a su celda, se alejaron, regresaron. El problema era que los guardias no estaban juntos. Primero pasaba un par de pisadas. Luego, a diez metros, el segundo par.

Coeurl los dejó pasar varias veces. Calculó cuánto tardaban. Al fin estuvo satisfecho. Esperó una vez más a que hicieran su ronda. Esta vez, en cuanto pasaron, sintonizó sus

sentidos para concentrarse en un alcance mucho más vasto que las vibraciones de origen humano. La violencia pulsátil de la pila atómica de la sala de máquinas tartamudeaba blandamente en su sistema nervioso. Las dínamos eléctricas tarareaban su sofocada canción de energía pura. Sintió el susurro de ese flujo en los cables de las paredes de la jaula, y en el cerrojo eléctrico de la puerta. Impuso una tensa inmovilidad a su cuerpo trémulo, mientras intentaba sintonizar esa sibilante tempestad de 'energía. Abruptamente, sus zarcillos auditivos vibraron en armonía con ella.

Hubo un áspero chasquido de metal contra metal. Con el suave toque de un tentáculo, Coeurl abrió la puerta. Salió al corredor. Por un instante volvió a sentir desdén, un aura de superioridad, mientras pensaba en las estúpidas criaturas que osaban usar su limitada inteligencia contra un coeurl. Y en ese momento recordó que había otros coeurls en ese planeta. Era un pensamiento extraño e inesperado. Pues él los había odiado y los había combatido implacablemente. Ahora veía a ese grupo menguante como su especie. Si les daban la oportunidad de multiplicarse, nadie -y mucho menos esos hombres- podría contra ellos.

Pensando en esa posibilidad, se sintió abrumado por sus limitaciones, su necesidad de otros coeurls, su soledad... uno contra mil, cuando la galaxia estaba en juego. El universo cuajado de estrellas despertaba su vasta y rapaz ambición. Si fracasaba, no tendría una segunda oportunidad. En un mundo sin alimentos no podría resolver el secreto del viaje espacial. Ni siquiera los constructores se habían liberado del planeta.

Atravesó un vasto salón y salió al corredor contiguo. Llegó a la puerta del primer dormitorio. Estaba cerrada eléctricamente, pero él la abrió sin ruido. Entró de un brinco y desgarró la garganta del hombre que dormía en la cama. La cabeza sin vida rodó desmañadamente. El cuerpo se sacudió una vez. Las emanaciones de id eran abrumadoras, pero Coeurl se obligó a seguir adelante.

Siete dormitorios; siete muertos. Luego, en silencio, regresó a la jaula y cerró la puerta. Su coordinación era exquisitamente precisa. Al poco tiempo llegaron los guardias, miraron por el audioscopio y 'siguieron su camino. Coeurl emprendió su segunda incursión, y al cabo de varios minutos había invadido cuatro dormitorios más. Luego llegó a un dormitorio donde dormían veinticuatro hombres. Había matado rápidamente, consciente del momento exacto en que debía regresar a la jaula. La oportunidad de destruir a tantos hombres lo confundió. Durante más de mil años había liquidado todas las formas vivientes que podía capturar. Aun en los comienzos, eso le había dado una criatura de id por semana. Nunca había sentido la necesidad de contenerse. Atravesó esa sala como el gran gato que era, silencioso pero mortífero, y emergió de la voluptuosa alegría de la matanza sólo cuando despachó a todos los hombres del dormitorio.

Al instante comprendió que se había demorado más de la cuenta. Quedó pasmado ante la magnitud del error. Había planeado una noche de matanza, con cada oleada de muerte coordinada con tal exactitud que podría regresar a su cárcel y estar allí cuando los guardias pasaran, como habían hecho en cada ronda. La esperanza de capturar esa enorme nave durante un período de sueño ahora corría peligro.

Coeurl se aferró de los jirones evanescentes de su razón. Frenéticamente, sin preocuparse por el ruido, atravesó el salón a la carrera. Salió al corredor de la jaula, tenso, temiendo enfrentar descargas energéticas demasiado fuertes para contrarrestarías.

Los dos guardias estaban juntos, lado a lado. Era obvio que habían descubierto la puerta abierta. Alzaron la cabeza simultáneamente, brevemente paralizados por esa pesadilla de garras y tentáculos, la feroz cabeza gatuna y los ojos llenos de odio. Demasiado tarde, uno de ellos cogió su pistola. Pero el otro estaba físicamente congelado por el destino que no podía evitar. Lanzó un alarido, un ronco grito de horror. El perturbador sonido atravesó los corredores, despertando a los hombres. El sonido terminó en un espantoso gorgoteo cuando

Librodot

Coeurl, con un vigoroso movimiento, arrojó los dos cadáveres al otro extremo del largo corredor. No quería que hallaran los cadáveres cerca de la jaula. Era su única esperanza.

Presa de la conmoción, consciente de su terrible error y sin poder pensar con coherencia, se metió en su cárcel. La puerta se cerró con un chasquido tenue. La energía atravesó nuevamente el cerrojo eléctrico. Se agazapó en el piso, simulando que dormía, al oír el susurro de muchos pies y detectar el ruido de voces alborotadas. Supo que alguien encendía el audioscopio de la jaula para mirarlo. La crisis estallaría cuando descubrieran los otros cuerpos.

Lentamente, se preparó para la mayor lucha de su vida.

4

-¡Ha muerto Siever! -dijo Morton con voz de asombro-. ¿Qué haremos sin Siever? ¡Y Breckenridge! Y Coulter y... ¡Qué espanto!

El corredor estaba lleno de hombres. Grosvenor, que se había acercado, estaba en el extremo de un grupo. Dos veces intentó abrirse camino, pero fue rechazado por hombres que ni siquiera miraron para ver quién era. Le cerraban el paso impersonalmente. Grosvenor desistió de ese fútil esfuerzo, y comprendió que Morton estaba a punto de decir algo más. El director miró hurañamente la muchedumbre. Su enérgica barbilla parecía más prominente que de costumbre.

-Si alguien tiene alguna idea, que la diga. -¡La locura del espacio!

Esta sugerencia irritó a Grosvenor. Era una frase sin sentido, todavía en uso después de tantos años de viaje espacial. El hecho de que algunos hombres hubieran enloquecido en el espacio, presa de la soledad, el miedo y la tensión, no indicaba que padecieran una enfermedad específica. Había ciertos peligros emocionales en un viaje tan prolongado -era uno de los motivos por los cuales él iba a bordo-, pero la locura por soledad no era uno de ellos. Morton vacilaba. Era evidente que él tampoco daba valor a ese comentario. Pero no era momento para discutir sutilezas. Los hombres estaban tensos y atemorizados. Querían acción y tranquilidad, la sensación de que se adoptarían las precauciones adecuadas. En esos momentos, los directores de expediciones, los comandantes en jefe y otros dueños de la autoridad podían perder para siempre la confianza de sus seguidores. Grosvenor sospechó que Morton pensaba en ello cuando habló de nuevo, tan cautas eran sus palabras.

-Hemos pensado en ello -dijo el director-. El doctor Eggert y sus asistentes revisarán a todo el mundo, desde luego. En este momento está examinando los cadáveres.

Una tonante voz de barítono bramó casi al oído de Grosvenor:

-Aquí estoy, Morton. Ordene a esta gente que me deje pasar.

Grosvenor giró y reconoció al doctor Eggert. Los hombres ya le estaban cediendo el paso. Eggert avanzó. Sin vacilar, Grosvenor se puso detrás de él. Como había esperado, todos entendieron que estaba con el doctor. Cuando se acercaron a Morton, el doctor Eggert dijo:

-Le oí, director, y puedo asegurarle que la teoría de la locura del espacio no sirve. Estos hombres fueron degollados por algo que tenía la fuerza de diez seres humanos. Las víctimas no tuvieron la menor oportunidad de gritar.

Al cabo de una pausa, Eggert preguntó lentamente:

-¿Qué hay de nuestro gran gato, Morton? El director sacudió la cabeza.

-El gatito está en su jaula, doctor, caminando de aquí para allá. Me gustaría pedir la opinión de los expertos. ¿Podemos sospechar de él? Esa jaula fue construida para albergar cuatro bestias del cuádruple de su tamaño. Cuesta creer que sea culpable, a menos que aquí haya una nueva ciencia que supere todo lo que podemos imaginar.

-Morton -dijo hoscamente Smith-, tenemos todas las pruebas que necesitamos. Odio decir esto. Usted sabe que preferiría conservar al gato con vida. Pero usé la cámara de teleflúor con él, y traté de tomar algunas imágenes. Todas salieron en blanco. Recuerde lo que dijo Gourlay. Al parecer esta criatura puede recibir y enviar vibraciones en cualquier longitud de onda. El modo en que dominó la descarga del arma de Kent es prueba suficiente para nosotros, después de lo que ha sucedido, de que tiene una capacidad especial para interferir con la energía.

-¿Qué demonios pasa aquí? -gruñó un hombre-. Si él puede controlar esa energía e irradiarla en cualquier longitud de onda, nada le impide matarnos a todos.

-Lo cual demuestra -dijo Morton- que no es invencible, o lo habría hecho tiempo atrás.

Caminó resueltamente hacia el mecanismo que controlaba la jaula.

-¡No pensará abrir esa puerta! -jadeó Kent, echando mano de su pistola.

-No, pero si bajo esta palanca, la electricidad fluirá por el piso y electrocutará lo que está adentro. Hicimos construir así las jaulas para especímenes, como precaución especial.

Destrabó la palanca de electrocución y la movió con fuerza. Por un instante la electricidad estuvo a toda potencia. Luego un fuego azul chisporroteó sobre el metal, y una hilera de fusibles se ennegreció encima de la cabeza de Morton. Morton alzó la mano, sacó uno y lo miró con mal ceño.

-Qué extraño -dijo-. Esos fusibles no tendrían que haber volado. -Sacudió la cabeza-. Bien, ahora ni siquiera podemos mirar dentro de la jaula. La descarga también arruinó el audio.

-Si el gato pudo interferir con el cerrojo eléctrico y abrir la puerta -comentó Smith-, es muy probable que haya investigado todos los peligros posibles y estuviera dispuesto a interferir cuando usted movió la palanca.

-Al menos eso demuestra que es vulnerable a nuestras energías -señaló Morton-, ya que tuvo que neutralizarlas. Lo importante es que lo tenemos detrás de cuatro pulgadas del metal más resistente. En el peor de los casos, podemos abrir la puerta y apuntarle con un arma semiportátil. Pero, primero, creo que intentaremos enviar electricidad por el cable del teleflúor.

Un ruido lo interrumpió desde el interior de la jaula. Un cuerpo pesado se estrelló contra una pared. Luego siguieron estampidos sostenidos, como si muchos objetos cayeran en el piso. Grosvenor lo comparó mentalmente con un pequeño alud.

-Conoce nuestras intenciones -le dijo Smith a Morton-. Apuesto a que ese gatito está muy irritado. Fue un tonto en regresar a la jaula, y ahora se da cuenta.

La tensión se estaba disipando. Los hombres sonreían nerviosamente. Incluso hubo una oleada de risotadas secas ante la imagen con que Smith había descrito la incomodidad del monstruo. Grosvenor estaba intrigado. No le gustaban los ruidos que había oído. El oído era el sentido más engañoso. Era imposible saber qué había sucedido o estaba sucediendo en la jaula.

-Lo que me gustaría saber -dijo Pennons, el jefe de máquinas- es por qué el medidor del teleflúor saltó y vibró a toda potencia cuando el gatito hizo ese ruido. Lo tengo ante mis narices, y aún no logro entender qué sucedió.

Hubo silencio dentro y fuera de la jaula. De pronto algo se agitó junto a la puerta, detrás de Smith. El capitán Leeth y dos oficiales con uniforme militar entraron en el corredor.

El comandante, un nervudo cincuentón, dijo: -Creo que me haré cargo de la situación. Parece que los científicos disienten en cuanto a la ejecución de este monstruo, ¿verdad?

Morton sacudió la cabeza.

-El conflicto ha terminado. Ahora todos creemos que debemos ejecutarlo.

El capitán Leeth asintió.

-Eso iba a ordenar. Creo que la seguridad de esta nave está amenazada, y ése es mi territorio. -Elevó la voz-. ¡Hagan lugar! ¡Retrocedan!

Tardaron varios minutos en aliviar la presión dentro del corredor. Grosvenor se alegró cuando terminaron. Si la criatura hubiera salido mientras los que estaban delante no podían retroceder rápidamente, habría podido destruir o herir a muchos hombres. Ese peligro no había pasado del todo, pero había disminuido.

-Qué raro -comentó alguien-. La nave pareció moverse.

Grosvenor también lo había sentido, como si por un instante alguien probara el motor. La gran nave tembló mientras se recobraba de ese momento de tensión.

-Pennons -preguntó el capitán Leeth-, ¿quién está en la sala de máquinas?

El jefe de máquinas palideció.

-Mi asistente y sus ayudantes. No entiendo cómo...

Hubo una sacudida brusca. La gran nave se inclinó, amenazando con caer de flanco. Grosvenor fue arrojado al suelo con cruel violencia. Hizo un gran esfuerzo para recobrarse del aturdimiento. Había otros hombres despatarrados alrededor. Algunos gruñían de dolor. El director Morton gritó algo, una orden que Grosvenor no oyó. El capitán Leeth se levantó trabajosamente, maldiciendo.

-¿Quién demonios puso en marcha esos motores? -preguntó airadamente.

La espantosa aceleración continuó. Era de por lo menos cinco gravedades, quizá seis. Tras verificar que podía vencer esa tremenda fuerza, Grosvenor se levantó penosamente. Buscó el comunicador de pared más próximo y tecleó el número de la sala de máquinas, aunque sin esperar que funcionara. Un hombre bramó a sus espaldas. Grosvenor giró sorprendido. Era Morton. El corpulento director gritó:

-¡Es el gato! Está en la sala de máquinas. Y nos dirigimos hacia el espacio exterior.

Mientras Morton hablaba, la pantalla se ennegreció. Y la presión de la aceleración continuaba. Grosvenor entró en el salón a trompicones, salió a un segundo corredor. Recordó que allí había un almacén donde guardaban los trajes espaciales. Mientras se acercaba, vio que el capitán Leeth lo precedía y estaba enfundándose en un traje. Cuando Grosvenor se acercó, el comandante cerró el traje y manipuló su unidad antiaceleratoria.

Giró rápidamente para ayudar a Grosvenor. Un minuto después, Grosvenor suspiró de alivio mientras reducía la gravedad del traje a un G. Ahora ya eran dos, y otros hombres se estaban incorporando. Tardaron pocos minutos en agotar la provisión de trajes de ese almacén. Bajaron al otro piso y sacaron trajes de allí. Pero ahora había muchos tripulantes disponibles para la tarea. El capitán Leeth ya había desaparecido, y Grosvenor, suponiendo cuál era el siguiente paso, regresó rápidamente a la jaula donde antes habían encarcelado al gran gato. Encontró a una veintena de científicos reunidos ante la puerta, que al parecer acababa de abrirse.

Grosvenor se acercó y miró por encima del hombro de los que tenía delante. Había un boquete en la pared trasera de la jaula. El boquete tenía tamaño suficiente para que pasaran cinco hombres a la vez. El metal estaba retorcido y deformado. El boquete daba a otro corredor.

Juro que es imposible -susurró Pennons por el casco abierto de su traje espacial-. El martillo de diez toneladas del taller no pudo sino mellar cuatro pulgadas de microacero de un golpe. Y sólo oímos uno. El desintegrador atómico habría tardado por

lo menos un minuto en hacerlo, pero toda la zona estaría venenosamente radiactiva durante varias semanas. Morton, ¡es una supercriatura!

El director no respondió. Grosvenor vio que Smith examinaba el agujero. El biólogo alzó la vista.

-Ojalá Breckenridge no hubiera muerto. Necesitamos un metalúrgico para explicar esto. ¡Mire! Tocó el mellado borde del metal. Un fragmento se le desmenuzó entre los dedos y cayó en una lluvia de polvo. Grosvenor se acercó a empellones.

-Yo sé algo de metalurgia -dijo.

Varios hombres le cedieron el paso automáticamente, y pronto estuvo junto a Smith. El biólogo frunció el entrecejo.

-¿Asistente de Breckenridge? -preguntó. Grosvenor fingió no oír. Se agachó y pasó los dedos del traje espacial por la pila de polvo metálico que había en el piso. Se enderezó rápidamente.

-No hay ningún milagro -declaró-. Como todos sabemos, estas jaulas se hacen en moldes electromagnéticos, y usamos un polvo metálico muy fino para el trabajo. La criatura usó sus poderes especiales para interferir con las fuerzas que mantienen unido el metal. Eso explicaría ese drenaje de energía en el cable del teleflúor, lo que observó el señor Pennons. La cosa usó la energía eléctrica, con su cuerpo como transformador, derribó la pared, atravesó el corredor y bajó a la sala de máquinas.

Le sorprendió que le permitieran completar su apresurado análisis. Pero era obvio que lo habían aceptado como asistente del difunto Breckenridge. Era un error natural en una nave tan grande, donde los hombres aún no habían tenido tiempo de identificar a todos los técnicos de menor rango.

-Entretanto, director -murmuró Kent-, lidiamos con una supercriatura que controla la nave, domina por completo la sala de máquinas y su potencia casi ilimitada, y está en posesión de la principal sección de talleres.

Era una simple descripción de la situación. Y Grosvenor notó el impacto que producía en los otros hombres. No podían ocultar su angustia.

Un oficial habló.

-El señor Kent se equivoca -dijo-. La cosa no domina del todo la sala de máquinas. Aún tenemos el puente, que nos da control primario sobre todas las máquinas. Ustedes, caballeros, siendo supernumerarios, quizá no conozcan nuestra configuración mecánica. Sin duda la criatura podría desconectarnos, pero en este momento podemos desactivar todos los interruptores de la sala de máquinas.

-¡Por amor de Dios! -exclamó alguien-. ¿Por qué no cortó la potencia en vez de poner a mil hombres en trajes espaciales?

El oficial habló con voz precisa.

-El capitán Leeth cree que estamos más seguros dentro del campo de fuerza de nuestros trajes. Es probable que la criatura nunca haya estado sometida a cinco o seis gravedades de aceleración. Sería imprudente abandonar esa y otras ventajas en maniobras precipitadas.

-¿Qué otras ventajas tenemos?

-Yo puedo responder -dijo Morton-. Sabemos cosas sobre él. Y le sugeriré al capitán Leeth que hagamos una prueba de inmediato. -Se volvió hacia el oficial-. ¿Puede pedirle al comandante que autorice un pequeño experimento?

-Será mejor que se lo pida usted mismo, director. Puede hablarle por el comunicador. Él está en el puente.

Morton regresó a los pocos minutos.

-Pennons -dijo-, ya que usted es oficial de la nave y jefe de la sala de máquinas, el capitán Leeth quiere que se encargue de esta prueba.

Grosvenor creyó detectar cierta irritación en la voz de Morton. Evidentemente, el comandante de la nave había hablado en serio al decir que se haría cargo. Era la vieja historia de los mandos divididos. La línea divisoria se había definido con la mayor precisión posible,

pero las autoridades no podían predecir todas las contingencias. En última instancia, muchas cosas dependían de la personalidad de los individuos. Hasta ahora, los oficiales y tripulantes, todos militares, habían cumplido meticulosa» mente con su deber, subordinándose al propósito del largo viaje. No obstante, la experiencia de otras naves demostraba que por algún motivo los militares no tenían en gran estima a los científicos. En estos momentos, esa hostilidad oculta se ponía en evidencia. En rigor, no había motivos para que Morton no dirigiera su ataque experimental.

-Director -dijo Pennons-, no hay tiempo para que usted me explique los detalles. Imparta las órdenes. Si disiento con alguna, hablaremos sobre ello.

Era una grácil cesión de prerrogativas. Pero Pennons, como jefe de máquinas, era un científico cabal.

Morton no perdió tiempo.

-Señor Pennons -dijo enérgicamente-, envíe cinco técnicos a cada una de las cuatro entradas de la sala de máquinas. Yo encabezaré un grupo. Kent, encárguese del número dos. Smith, del número tres. Y Pennons, por cierto, del número cuatro. Usaremos calentadores móviles para destrozar las grandes puertas. He advertido que todas están cerradas. La bestia se ha parapetado adentro.

»Selenski, vaya al puente y apague todo excepto los motores. Páselos a la llave maestra y corte todo al mismo tiempo. Pero deje la aceleración a plena potencia. No se debe aplicar antiaceleración a la nave. ¿Entendido?

-¡Sí, señor! -El piloto se cuadró y echó a andar por el corredor.

-Infórmeme por los comunicadores si una de las máquinas se pone de nuevo en funcionamiento-le dijo Morton.

Los hombres escogidos para asistir al director eran miembros de la tripulación de combate. Grosvenor, con varios otros, se dispuso a observar la acción a cincuenta metros de distancia. Tenía la hueca sensación de esperar el desastre mientras traían los proyectores móviles e instalaban las pantallas protectoras. Comprendía la magnitud y el propósito del inminente ataque. Pero había tantos imponderables que podía ocurrir cualquier cosa. El asunto se manejaba según un antiquísimo modo de organizar a los hombres y sus conocimientos. Lo más irritante era que él sólo podía esperar y presentar críticas negativas.

La voz de Morton llegó por el comunicador general.

-Como he dicho, éste es un ataque de prueba. Se basa en el supuesto de que el gato no ha estado en la sala de máquinas el tiempo suficiente para hacer nada. Eso nos da la oportunidad de vencerlo ahora, antes de que tenga tiempo de prepararse. Pero, aparte de la posibilidad de que podamos destruirlo de inmediato, tengo una teoría. Mi idea es la siguiente: esas puertas están construidas para soportar explosiones potentes, y los calentadores tardarán por lo menos quince minutos en derribarlas. Durante ese período, la criatura no tendrá energía, pues Selenski está por desactivarla. El motor estará encendido, pero eso es una explosión atómica. Sospecho que la criatura no puede tocar ese material. Dentro de pocos minutos verán a qué me refiero... espero. -Elevó la voz-. ¿Preparado, Selenski?

-Preparado.

-¡Desactive la llave maestra!

El corredor -toda la nave, como sabía Grosvenor- quedó abruptamente sumido en la oscuridad. Grosvenor encendió la luz de su traje espacial. Uno por uno, los otros hombres hicieron lo mismo. En el reflejo de los haces, sus rostros lucían tensos y pálidos.

-¡Ahora! -La orden de Morton resonó clara y aguda en el comunicador.

Las unidades móviles palpitaron. El calor que irradiaban no era atómico, aunque era generado atómicamente. Lamió el duro metal de la puerta. Grosvenor vio que las primeras gotas se desprendían del metal y empezaban a rodar. Otras gotas siguieron, hasta formar varios hilillos. La pantalla transparente comenzó a enturbiarse, y pronto costó ver lo que

Librodot

pasaba con la puerta. Luego, en la brumosa pantalla, la puerta comenzó a brillar con la luz de sus propias llamas. El fuego tenía un aire infernal. Chisporroteaba como una gema mientras el calor de las unidades móviles devoraba el metal con lenta furia.

Pasó el tiempo. Al fin se oyó la áspera voz de Morton.

-¡Selenski!

-Aún no hay nada, director.

-Pero debe de estar haciendo algo -susurró Morton-. No puede estar esperando ahí como una rata acorralada, Selenski.

-Nada, director.

Pasaron siete, diez, doce minutos.

-¡Director! -Era la tensa voz de Selenski-. Ha activado la dínamo eléctrica.

Grosvenor suspiró profundamente. La voz de Kent sonó en el comunicador.

-Morton, no podemos penetrar más. ¿Es esto lo que usted esperaba?

Por la pantalla, Grosvenor vio que Morton miraba la puerta. Aun desde esa distancia, le pareció que el metal no estaba tan caliente como antes. La puerta se puso visiblemente más roja, luego adoptó un color frío y oscuro.

Morton suspiró.

-Es todo por ahora. ¡Deje tripulantes para custodiar cada corredor! ¡Deje los calentadores en su sitio! ¡Que los jefes de departamento se reúnan en el puente!

Grosvenor comprendió que la prueba había terminado.

5

Grosvenor entregó sus credenciales al guardia de la entrada del puente. El hombre las examinó dubitativamente.

-Supongo que está bien -dijo al fin-. Pero hasta ahora no he dejado pasar a nadie que tenga menos de cuarenta años. ¿Cómo logró que lo admitieran? Grosvenor sonrió.

-Entré por la planta baja de una nueva ciencia. El guardia miró la tarjeta de nuevo. -¿Nexialismo? -preguntó mientras se la devolvía-. ¿Qué es eso?

-Holismo aplicado -dijo Grosveno4 y traspuso el umbral.

Al mirar hacia atrás, vio que el hombre lo seguía con ojos desconcertados. Grosvenor sonrió y olvidó el incidente. Era la primera vez que visitaba el puente. Miró en torno con curiosidad, impresionado y fascinado. A pesar de ser compacto, el tablero de control era una estructura inmensa. Estaba construido en una serie de grandes hileras curvas. Cada arco de metal tenía sesenta metros de largo, y una escalinata abrupta conducía de una grada a la otra. Los instrumentos se podían manipular desde el piso o, más rápidamente, desde una silla de control articulada que colgaba del cielo raso en el extremo de una grúa eléctrica invertida.

El nivel inferior de la sala era un auditorio con un centenar de cómodas butacas. Tenían tamaño suficiente para hombres vestidos con traje espacial, y ya había una veintena de hombres así vestidos sentados en ellas. Grosvenor se instaló en un lugar apartado. Un minuto después, Morton y el capitán Leeth entraron desde la oficina del capitán, que se abría desde el puente. El comandante se sentó. Morton empezó sin preámbulos.

-Sabemos que, entre todas las máquinas de la sala de máquinas, la más importante para el monstruo es la dínamo eléctrica. Debe de haber trabajado con frenético terror para ponerla en marcha antes de que penetráramos las puertas. ¿Algún comentario?

-Me gustaría que alguien me describiera qué hizo para lograr que esas puertas fueran inexpugnables -dijo Pennons.

-Hay un conocido proceso electrónico -explicó Grosvenor- por el cual los metales se pueden endurecer mucho provisoriamente, pero nunca oí que se hiciera sin varias toneladas de equipo especial, el cual no existe en esta nave.

Kent se volvió para mirarlo.

-¿De qué sirve saber cómo lo hizo? -exclamó con impaciencia-. Si no podemos atravesar esas puertas con nuestros desintegradores atómicos, es el acabose. Puede hacer lo que quiera con esta nave. Morton sacudió la cabeza.

-Tendremos que trazar algunos planes, y para eso estamos aquí. -Alzó la voz-. ¡Selenski!

El piloto se asomó desde la silla de control. Su repentina aparición sorprendió a Grosvenor. No había visto que había un hombre en la silla.

-¿Qué necesita, director? -preguntó Selenski.

-¡Active todas las máquinas!

Selenski giró habilidosamente hacia la llave maestra. Con sumo cuidado, puso la gran palanca en posición. La nave se sacudió con un zumbido audible, el suelo tembló durante varios segundos. Luego la nave se estabilizó, las máquinas se dedicaron a su trabajo y el zumbido se diluyó en una vaga vibración.

-Pediré a varios expertos que den sus sugerencias para luchar contra el gato -dijo Morton-. Aquí necesitamos una consulta entre muchas especialidades y, por interesantes que sean las posibilidades teóricas, lo que se requiere es un enfoque práctico.

Y eso, pensó Grosvenor con amargura, elimina por completo a Elliott Grosvenor, nexialista. No debería ser así. Morton quería la integración de muchas ciencias, y para eso estaba el nexialismo. Grosvenor sospechaba, sin embargo, que él no sería uno de los expertos en cuyos consejos prácticos se interesaría Morton. Su sospecha era acertada.

Dos horas después, el director dijo con voz fatigada:

-Creo que será mejor que nos tomemos media hora para comer y descansar. Ahora llegamos al punto crucial, y necesitaremos todas nuestras fuerzas.

Grosvenor se dirigió a su departamento. No tenía interés en comer y descansar. A los treinta y un años podía saltarse alguna comida o una noche de sueño. Contaba con media hora para resolver el problema de lo que se debía hacer con el monstruo que se había apoderado de la nave.

El problema era que el acuerdo a que habían llegado los científicos no era integral. Varios especialistas habían unido sus conocimientos en un nivel superficial. Cada cual había bosquejado sus ideas ante personas que no estaban entrenadas para aprehender la riqueza de asociaciones que implicaba cada concepto. El plan de ataque carecía de unidad.

A Grosvenor le inquietaba comprobar que él, un joven de treinta y un años, era quizá la única persona de a bordo con la formación necesaria para ver las debilidades del plan. Por primera vez desde que había subido a bordo seis meses antes, cayó en la cuenta del gran cambió que había sufrido en la Fundación Nexial. No era exagerado decir que todos los sistemas educativos previos eran obsoletos. Grosvenor no se atribuía ningún mérito personal por la formación que había recibido. Él no la había creado. Pero, como graduado de la Fundación, como persona a quien habían puesto a bordo del Beagle Espacial con un propósito específico, no tenía más alternativa que buscar una solución definida, y luego usar todos los medios posibles para convencer a los que estaban al mando.

Pero necesitaba más información. La buscó del modo más rápido posible. Llamó a varios departamentos por el comunicador.

Ante todo, habló con subordinados. Se presentaba como jefe de departamento, y el efecto era notable. Los científicos jóvenes aceptaban su identificación y eran muy serviciales,

aunque no siempre. Nunca faltaba el sujeto que decía: «Necesito la autorización de mis superiores.» Un jefe de departamentó, Smith, le habló personalmente y le dio toda la información que necesitaba. Otro fue cortés y 1e pidió que llamara de vuelta cuando hubieran destruido al gato. Grosvenor se comunicó con el departamento de química en último lugar y preguntó por Kent, dando por sentado que no pasarían su llamada. Estaba dispuesto a pedirle la información al subordinado. Para su fastidio y asombro, lo comunicaron con Kent de inmediato.

El jefe de química lo escuchó con mal disimulada impaciencia, y lo interrumpió abruptamente. -Usted puede obtener nuestra información por los canales habituales. Sin embargo, los descubrimientos realizados en el planeta del gato no estarán disponibles en algunos meses. Tenemos que verificar todos nuestros hallazgos.

Grosvenor insistió.

-Señor Kent, le encarezco que autorice la liberación inmediata de toda información relacionada con el análisis cuantitativo de la atmósfera del planeta. Puede ser importante para el plan que se trazará en la reunión. Sería complicado explicarle detalladamente, pero le aseguro...

-Oiga, muchacho -interrumpió Kent socarronamente-, no es momento de discusiones académicas. Usted no parece entender que corremos peligro mortal. Si algo sale mal, usted, yo y los demás sufriremos un ataque físico. No será un ejercicio de gimnasia intelectual. Hágame el favor, no me moleste en diez años.

Hubo un chasquido cuando Kent cortó la conexión. Grosvenor se quedó quieto varios segundos, irritado por esa salida insultante. Al fin sonrió resignadamente e hizo las últimas llamadas.

Su diagrama de altas probabilidades contenía, entre otras cosas, tildes en los espacios impresos que mostraban 1d entidad de polvo volcánico de la atmósfera del planeta, la historia natural de varias formas vegetales según lo indicado por estudios preliminares de sus semillas, el tipo de sistema digestivo que los animales necesitarían para comer las plantas examinadas y, por extrapolación, cuáles serían las probables variaciones de tipo y estructura entre los animales que se alimentaban de los animales que comían las plantas.

Grosvenor trabajó de prisa y, como se limitaba a poner tildes en un diagrama ya impreso, en poco tiempo tuvo su gráfico. Era intrincado. No era fácil explicárselo a alguien que no estuviera familiarizado con el nexialismo. Pero para él presentaba un cuadro bastante claro. En la emergencia, señalaba posibilidades y soluciones que no se podían pasar por alto. Así le parecía a Grosvenor.

Bajo el encabezamiento «Recomendaciones generales», escribió: «Toda solución que se adopte debe incluir una válvula de seguridad.»

Con cuatro ejemplares del diagrama, se dirigió al departamento de matemáticas. Había guardias, lo cual era inusitado, una obvia protección contra el gato. Cuando se negaron a dejarle ver a Morton, Grosvenor exigió ver a un secretario del director. Un hombre joven salió de otra sala, examinó cortésmente el diagrama y dijo que «trataría de presentárselo al director Morton».

-Ya he oído antes esa patraña -respondió Grosvenor de mal humor-. Si el director Morton no ve ese diagrama, pediré una junta examinadora. Aquí pasa algo muy raro con los informes que presento a la oficina del director, y si esto se repite habrá problemas.

El secretario era cinco años mayor que Grosvenor. Era distante y hostil. Se inclinó, y dijo con una sonrisa irónica:

-El director es un hombre muy ocupado. Muchos departamentos compiten por su atención. Algunos de ellos tienen una larga trayectoria, y un prestigio que les da precedencia sobre las ciencias y los... científicos... más jóvenes. -Se encogió de hombros-. Pero le preguntaré si desea examinar el diagrama.

-Pídale que lea las recomendaciones -dijo Grosvenor-. No hay tiempo para más.

-Lo pondré al corriente -dijo el secretario. Grosvenor se dirigió a la habitación del capitán Leeth. El comandante lo recibió y escuchó sus palabras. Luego examinó el diagrama. Al fin sacudió la cabeza.

-Las fuerzas armadas tienen otro enfoque de estas cuestiones -declaró-. Estamos preparados para tomar riesgos calculados con miras a metas específicas. Esa idea de que sería prudente dejar escapar a esta criatura es contraria a mi actitud. He aquí un ser inteligente que ha iniciado actos hostiles contra un navío espacial armado. Es una situación intolerable. Estoy seguro de que él inició dicha acción con pleno conocimiento de las consecuencias. -Sonrió apretando los labios-. Las consecuencias son la muerte.

Grosvenor pensó que el resultado final podía ser la muerte de las personas que tenían modos inflexibles de lidiar con un peligro inusitado. Quiso aclarar que su intención no era que el gato escapara. Antes que él pudiera hablar, el capitán Leeth se puso de pie.

-Ahora tendré que pedirle que se marche -dijo. Le habló a un oficial-. Muéstrele la salida al señor Grosvenor.

-Conozco la salida -respondió amargamente Grosvenor.

A solas en el corredor, miró su reloj. Faltaban cinco minutos para la hora del ataque.

Se dirigió desconsoladamente al puente. La mayoría de los otros ya estaba en su sitio mientras él buscaba un asiento. Un minuto después, el director Morton entró con el capitán Leeth. Se pidió orden en la sala.

Nervioso, visiblemente tenso, Morton caminaba de aquí para allá delante de su público. Su pelo lustroso y negro estaba desmelenado. La leve palidez de su fuerte rostro enfatizaba la impetuosa agresividad de su mandíbula. Se detuvo súbitamente. Habló con voz cortante.

-Para asegurarnos de que nuestros planes estén plenamente coordinados, pediré a cada experto que describa su función en el ataque contra esta criatura. Señor Pennons, adelante.

Pennons se puso de pie. No era un hombre fornido pero parecía corpulento, quizá por su aire de autoridad. Como los demás, tenía una formación especializada, pero dada la naturaleza de su campo necesitaba el nexialismo menos que otros. Este hombre conocía las máquinas y la historia de las máquinas. Según sus antecedentes -que Grosvenor había examinado- había estudiado desarrollo de máquinas en cien planetas. Quizá no hubiera nada fundamental que no supiera en materia de ingeniería práctica. Podía haber hablado mil horas sin revelar todos sus conocimientos.

-En esta sala de control hemos instalado un repetidor que activará y desactivará cada motor rítmicamente. La palanca funcionará cien veces por segundo. El efecto consistirá en crear vibraciones de muchos tipos. Existe la posibilidad de que una o más máquinas se destruyan, por el mismo principio de los soldados que cruzan un puente marchando... sin duda todos conocen esa vieja historia. Pero en mi opinión no hay auténtico peligro de destrucción. Nuestro propósito es interferir la interferencia de la criatura, y derribar las puertas.

-Gourlay, adelante-dijo Morton.

Gourlay se levantó perezosamente. Parecía tener sueño, como si la situación lo aburriera un poco. Grosvenor sospechó que le gustaba que la gente lo considerase excéntrico. Tenía el título de ingeniero jefe de comunicaciones, y su archivo consignaba un intento sostenido de adquirir conocimientos en su especialidad. Si los diplomas servían de algo, tenía una educación ortodoxa de primer nivel. Cuando al fin habló, arrastraba la voz con parsimonia. Grosvenor notó que esa actitud surtía un efecto tranquilizador sobre los demás. Los rostros angustiados se distendieron. Los cuerpos adoptaron una pose más descansada.

-Hemos preparado pantallas de vibración -explicó Gourlay- que funcionan por el principio del reflejo. Una vez dentro, las usaremos de tal modo que la mayor parte de las vibraciones que él irradie le sean devueltas. Además disponemos de suficiente energía

eléctrica para alimentarlo con tazas de cobre móviles. Tiene que haber un límite para su capacidad de manipular energía con esos nervios aislados.

-¡Selenski! -llamó Morton.

El jefe de pilotos estaba de pie cuando Grosvenor atinó a mirarlo. Se había levantado con tanta celeridad como si hubiera previsto que Morton lo llamaría a él. Grosvenor lo estudió fascinado. Selenski era un hombre flaco de cara flaca, con ojos azules asombrosamente vívidos. Parecía físicamente fuerte y capaz. Según sus antecedentes, no era un hombre de gran cultura. Lo compensaba con sus nervios de acero, su reacción veloz ante los estímulos y su capacidad para trabajar sin pausa.

-A mi entender, el plan debe ser acumulativo -dijo-. Cuando la criatura crea que no puede aguantar más, aparecerá otra cosa para sumarse a su problema y confusión. Cuando el alboroto alcance su punto máximo, activaré la antiaceleración. El director y Gunlie Lester creen que esta criatura no sabe nada sobre antiaceleración. Es un desarrollo de la ciencia del vuelo interestelar y no se habría alcanzado de otra manera. Pensamos que la criatura no sabrá qué hacer cuando sienta los primeros efectos de la antiaceleración. Todos recordarán esa sensación de oquedad que todos sentimos la primera vez. -Se sentó.

-¡Korita, adelante! -dijo Morton.

-Yo sólo puedo ofrecerles aliento -dijo el arqueólogo-, partiendo de mi teoría de que el monstruo tiene todas las características del criminal de las primeras etapas de una civilización. Smith ha sugerido que su conocimiento científico es desconcertante. En su opinión, esto podría significar que nos enfrentamos a un real habitante de la ciudad muerta que visitamos, no sólo un descendiente. Esto implicaría que nuestro enemigo goza de virtual inmortalidad, una posibilidad en parte sostenida por su capacidad para respirar tanto oxígeno como cloro... o ninguno de ambos. Pero su inmortalidad no sería importante en sí misma. Él pertenece a cierta época de su civilización, y ha caído tan bajo que sus ideas son ante todo recuerdos de esa época. A pesar de su capacidad para controlar la energía, perdió la cabeza en el ascensor cuando entró en la nave. Al no controlar sus emociones cuando Kent le ofreció comida, se vio obligado a revelar su capacidad especial contra un arma de vibraciones. Cometió una torpeza con sus asesinatos masivos de hace unas horas. Como todos pueden ver, demuestra la astucia de una mente primitiva y egotista, que no tiene comprensión de sus procesos corporales en un sentido científico, y ninguna idea de la vasta organización a la que se enfrenta. Es como el antiguo soldado germánico que se sentía superior al anciano estudioso romano en cuanto individuo, aunque el segundo formaba parte de una poderosa civilización que el germano de esos tiempos no podía sino admirar. Tenemos, pues, a un ser primitivo, y ese ser primitivo está en medio del espacio, lejos de su hábitat natural. La victoria será nuestra.

Morton se levantó. Su macizo rostro mostraba una sinuosa sonrisa.

-Según mi plan anterior -dijo-, el estimulante discurso de Korita precedería a nuestro ataque. Sin embargo, en la última hora he recibido un documento de un joven que está a bordo de esta nave en representación de una ciencia sobre la cual sé muy poco. El hecho de que esté a bordo me impone prestar oídos a sus opiniones. En su convicción de que tenía la solución para este problema, él no sólo visitó mis aposentos sino los del capitán Leeth. El comandante y yo hemos acordado, pues, conceder al señor Grosvenor unos minutos para que describa su solución y nos convenza de que sabe de qué está hablando.

Grosvenor se puso de pie tímidamente.

-En la Fundación Nexial -declaró- enseñamos que detrás de los aspectos más gruesos de toda ciencia hay una intrincada ligazón con otras ciencias. Es un viejo concepto, desde luego, pero hay una diferencia entre hablar de una idea de los dientes para afuera y aplicarla en la práctica. En la Fundación hemos desarrollado técnicas para aplicarla. En mi departamento tengo algunas de las máquinas educativas más notables que se hayan visto. No

puedo describirlas ahora, pero puedo asegurarles que una persona formada por esas máquinas y técnicas resolvería el problema del gato.

»Primero, las sugerencias hechas hasta ahora son superficiales. Son satisfactorias dentro de sus alcances, pero esos alcances son limitados. En este momento tenemos datos suficientes para presentar un cuadro detallado de la historia del gato. Los enumeraré. Hace mil ochocientos años, las plantas resistentes de este planeta comenzaron a recibir menos luz solar en ciertas longitudes de onda. Esto se debió a la aparición de grandes cantidades de polvo volcánico en la atmósfera. Resultado: de la noche a la mañana, la mayoría de las plantas murieron. Ayer, una de nuestras naves exploradoras, volando a cierta distancia de la ciudad muerta, detectó varias criaturas vivientes del tamaño de un venado terrícola, pero al parecer más inteligentes. Eran tan cautelosas que no pudimos capturarlas. Hubo que abatirlas, y el departamento de Smith realizó un análisis parcial. Los cuerpos contenían potasio con la misma configuración química y eléctrica que se halla en los seres humanos. No avistamos otros animales. Quizá ésta sea una de las fuentes de potasio del gato. En el estómago de los animales muertos, los biólogos hallaron partes de las plantas en diversas fases de digestión. Éste parece ser el ciclo: vegetación, herbívoro, depredador. Es probable que, cuando las plantas fueron destruidas, los animales que se alimentaban de ellas perecieran en cantidad proporcional. De la noche a la mañana, la provisión alimentaria del gato desapareció.

Grosvenor echó un rápido vistazo a su público. Con una excepción, todos los presentes lo miraban intensamente. La excepción era Kent. El jefe de química tenía una expresión de enfado. Su atención parecía estar en otra parte.

El nexialista se apresuró a continuar:

-La galaxia presenta muchos ejemplos de la dependencia total de ciertas formas de vida respecto de un tipo único de alimento. Pero en ningún planeta hemos encontrado otro ejemplo de vida inteligente que sea tan quisquillosa con la dieta. Parece que estas criaturas no han pensado en cultivar o criar sus alimentos, y el alimento de sus alimentos. Una increíble falta de previsión, sin duda. Tan increíble que toda explicación que no tenga en cuenta este factor sería automáticamente insatisfactoria.

Grosvenor hizo otra pausa, pero sólo para recobrar el aliento. No miró directamente a los presentes. Era imposible demostrar lo que estaba por decir. Cada jefe de departamento tardaría semanas en verificar los datos relacionados con su especialidad. Lo único que podía hacer era presentar la conclusión, algo que no se había atrevido a hacer en su diagrama de probabilidades ni en su conversación con el capitán Leeth. Terminó apresuradamente.

-Los datos son ineludibles. El gato no es uno de los constructores de esa ciudad, ni un descendiente de esos constructores. Él y su especie eran animales con que los constructores hacían experimentos. ¿Qué ocurrió con los constructores? No podemos saberlo con certeza. Quizá se exterminaron en una guerra atómica hace mil ochocientos años. La ciudad aplanada, la súbita aparición de polvo volcánico en la atmósfera en cantidades tales que oscurecerían el sol durante miles de años, son significativas. El voluble hombre casi logró hacer lo mismo, así que no debemos juzgar a esta raza extinguida con demasiada dureza. ¿Pero adónde nos lleva esto?

Una vez más, Grosvenor recobró el aliento y se apresuró a continuar.

-Si el gato hubiera sido un constructor, a estas alturas tendríamos prueba de todos sus poderes y sabríamos con qué nos enfrentamos. Como no lo es, por el momento lidiamos con una bestia que no tiene una clara comprensión de su potencial. Arrinconado o presionado, quizá descubra en sí mismo una capacidad que aún desconoce para destruir seres humanos y controlar máquinas. Debemos darle una oportunidad de escapar. Una vez fuera de esta nave, estará a nuestra merced. Eso es todo. Gracias por escucharme.

Morton miró a los presentes.

-Bien, caballeros, ¿qué piensan ustedes?

Librodot

-Nunca oí semejante historia en mi vida -resopló Kent-. Posibilidades. Probabilidades. Fantasías. Si esto es el nexialismo, tendrán que presentármelo mucho mejor para que llegue a interesarme.

-La explicación es inaceptable -dijo sombríamente Smith-, sin contar con el cuerpo del gato para examinarlo.

-Dudo que un examen demuestre definitivamente que es una bestia experimental -intervino Von Grossen, jefe de física-. El análisis de Grosvenor es totalmente controvertido, y no hay manera de resolverlo.

-Una nueva exploración de la ciudad podría revelar pruebas de la teoría de Grosvenor -dijo Korita. Y añadió cautelosamente-: No refutaría del todo la teoría cíclica, pues esa inteligencia experimental tendería a reflejar las actitudes y creencias de quienes le enseñaron.

-Una de nuestras naves salvavidas está ahora en el taller -dijo el jefe de máquinas, Pennons-. Está parcialmente desmantelada y ocupa el único foso de reparaciones que está disponible abajo. Llevarle al gato una nave salvavidas utilizable requeriría tanto esfuerzo como el ataque total que estamos planeando. Desde luego, si el ataque fracasa, siempre podemos pensar en sacrificar una nave salvavidas, aunque aún no sé cómo podrá sacarla del Beagle. Allá abajo no hay cámaras estancas.

Morton se volvió hacía Grosvenor.

-¿Qué responde a eso?

-Hay una cámara estanca al final del corredor contiguo a la sala de máquinas. Debemos darle acceso a ella.

El capitán Leeth se puso de pie.

-Como le dije al señor Grosvenor cuando vino a verme, la mente militar tiene una actitud más firme en estas cuestiones. Nosotros estamos dispuestos a aceptar bajas. El señor Pennons ha expresado mi opinión. Si nuestro ataque falla, pensaremos en otras medidas. Gracias, señor Grosvenor, por su análisis. ¡Pero ahora, manos a la obra!

Era una orden. El éxodo comenzó de inmediato.

6

Coeurl trabajaba en el radiante fulgor del gigantesco taller. Había recobrado casi todos sus recuerdos, las aptitudes que le habían enseñado los constructores, su capacidad para adaptarse a nuevas máquinas y nuevas situaciones. Había encontrado la nave salvavidas en un foso. Estaba parcialmente desmantelado.

Coeurl trajinaba para repararlo. Comprendía cada vez más la importancia de escapar. Así tendría acceso a su planeta y otros coeurls. Con las aptitudes que él podía enseñarles, serían invencibles. De este modo, la victoria sería segura. En cierto modo, pues, estaba decidido. Pero era reacio a abandonar la nave. No estaba convencido de estar en peligro. Después de examinar las fuentes de energía del taller, y de recordar lo que había ocurrido, le parecía que esos seres bípedos no tenían el equipo para vencerlo.

Era presa del conflicto mientras trabajaba. Sólo cuando se detuvo a examinar la nave comprendió qué gran tarea de reparación había realizado. Sólo quedaba cargar las herramientas e instrumentos que quería llevar. Y luego... ¿se marcharía o lucharía? Sintió angustia al oír que se aproximaban los hombres. Captó el súbito cambio en el tempestuoso trueno de los motores, un zumbido rítmico y espasmódico, más agudo, más penetrante, más irritante que la palpitación pareja y gutural que lo había precedido. El ruido era enervante. Coeurl procuró adaptarse, y su cuerpo se estaba concentrando para lograrlo cuando intervino

un nuevo factor. Potentes proyectores móviles escupieron rugientes llamas contra las macizas puertas de la sala de máquinas. Al instante, debió decidir si combatiría contra los proyectores o se adaptaría al nuevo ritmo. Descubrió que no podía hacer ambas cosas.

Empezó a concentrarse en escapar. Tensó cada músculo de su potente cuerpo mientras llevaba grandes cargamentos de máquinas, herramientas e instrumentos y los arrojaba en cualquier espacio disponible que hubiera dentro de la nave salvavidas. Al fin se detuvo frente a la puerta para el penúltimo acto de su partida. Sabía que las puertas estaban por caer. Media docena de proyectores devoraba lenta pero inexorablemente las pulgadas restantes. Coeurl titubeó, luego retiró toda resistencia energética. Se concentró intensamente en el casco externo de la gran nave, hacia donde apuntaba la roma nariz del salvavidas de diez metros. Su cuerpo huía del chorro de electricidad que fluía de las dínamos. Sus zarcillos auditivos encauzaban ese temible poder hacia la pared. Se sentía en llamas. Le dolía todo el cuerpo. Sospechó que estaba peligrosamente cerca del límite de su capacidad para manipular energía.

A pesar de sus esfuerzos, nada ocurrió. La pared no cedió. Ese metal era duro, y más fuerte que todo lo que él conocía. Mantenía su forma. Sus moléculas eran monoatómicas pero su disposición era inusitada. El efecto de apiñamiento se conseguía sin la gran densidad que habitualmente lo acompañaba.

Oyó caer una de las puertas de la sala de máquinas. Los hombres gritaron. Los proyectores rodaron hacia adelante, incontenibles. El piso de la sala de máquinas rezongó mientras esas andanadas de calor quemaban el metal. Ese estrépito tremendo y amenazador se acercaba. En un minuto los hombres atravesarían las débiles puertas que separaban la sala de máquinas del taller.

Durante ese minuto, Coeurl obtuvo su victoria. Sintió el cambio en la aleación resistente. La pared perdió cohesión. Parecía igual, pero no había duda. La energía fluía fácilmente por su cuerpo. Siguió concentrándola durante varios segundos, hasta quedar satisfecho. Con un gruñido de triunfo, brincó a la pequeña nave y movió la palanca que cerraba la puerta.

Uno de sus tentáculos abrazó el motor con ternura casi sensual. La máquina saltó hacia adelante cuando él la lanzó contra la gruesa pared externa. La nariz de la nave la tocó, y la pared se disolvió en una reluciente lluvia de polvo. Notó pequeñas sacudidas de retardo mientras el peso del polvo metálico que debía apartar del camino restaba velocidad a la navecilla. Pero lo atravesó y se lanzó irresistiblemente al espacio.

Pasaron segundos. Coeurl notó que había partido de la gran nave en ángulo recto con su curso.

Aún estaba tan cerca que podía ver el boquete irregular por donde había escapado. Hombres con armadura se recortaban contra el resplandor. Ellos y la nave se encogían a ojos vistas. Luego los hombres desaparecieron y sólo quedó la nave con el resplandor de mil portillas borrosas.

Coeurl se alejaba rápidamente. Su tablero de instrumentos indicaba una curva de noventa grados. Fijó los controles para aceleración máxima. Así, un minuto después de su escape, enfiló hacia la dirección de donde venía la gran nave.

Detrás de él, el gigantesco globo se redujo rápidamente, se empequeñeció tanto que no se veían las portillas. Adelante, Coeurl vio una diminuta y opaca esfera de luz. Su propio sol, comprendió. Allí, con otros coeurls, podría construir una nave interestelar y viajar a estrellas que tuvieran planetas habitados. Había dejado de mirar las pantallas retrovisoras. Las miró de nuevo. El globo aún estaba allí, un diminuto punto de luz en la inmensa negrura del espacio. De pronto parpadeó y desapareció.

Por un instante tuvo la desconcertante sensación de que se había movido justo antes de desaparecer. Pero no podía ver nada. Se preguntó nerviosamente si habían apagado todas las luces y lo seguían en la oscuridad. Era evidente que no estaría del todo a salvo hasta aterrizar.

Preocupado e inseguro, volvió a mirar las pantallas delanteras. Sintió una profunda consternación. El sol opaco hacia donde se dirigía no aumentaba de tamaño. Era visiblemente más pequeño. Se convirtió en un punto en la oscura lejanía. Desapareció.

El miedo estremeció a Coeurl como un viento helado. Durante minutos miró tensamente el espacio, esperando frenéticamente que su única referencia volviera a ser visible. Pero allí sólo brillaban las remotas estrellas, puntos quietos contra el terciopelo de una distancia insondable.

Pero uno de esos puntos estaba creciendo. Con los músculos tensos, Coeurl observó cómo el punto crecía hasta convertirse en una esfera de luz y seguía expandiéndose. Cada vez más grande. De pronto titiló. Allí estaba, delante de él, luces en cada portilla, el gran globo de la nave espacial, la misma nave que minutos antes había desaparecido detrás de él.

Algo le sucedió a Coeurl en ese momento. Su mente giraba como un volante, cada vez más rápido. Se astilló en un millón de fragmentos dolorosos. Los ojos se le salían de las órbitas mientras, como un animal enloquecido, rabiaba en la pequeña cabina. Sus tentáculos aferraron preciosos instrumentos y los arrojaron con colérica frustración. Sus zarpas rasgaron las paredes de la nave. Al fin, en un ramalazo de cordura, supo que no podría enfrentar el inevitable fuego de los desintegradores que ahora le apuntarían desde prudente distancia.

Fue sencillo crear el violento caos celular que liberó cada gota de id de sus órganos vitales.

Un último gruñido de desafío le torció los labios. Sus tentáculos se agitaron ciegamente. Y luego, súbitamente fatigado y sin fuerzas para combatir, se hundió. La muerte llegó apaciblemente después de tantas horas de violencia.

El capitán Leeth no corrió riesgos. Cuando cesó el fuego y pudieron aproximarse a lo que quedaba

de la nave salvavidas, los exploradores encontraron pequeñas masas de metal fundido, y sólo aquí y allá restos de lo que había sido el cuerpo de Coeurl.

-Pobre gato -dijo Morton-. Me pregunto qué habrá pensado cuando nos vio delante de él, después de que desapareció su propio sol. Al no entender nada sobre antiaceleradores, no sabía que podíamos frenar súbitamente en el espacio, mientras que él tardaría más de tres horas. Al parecer iba rumbo a su planeta, pero en realidad se alejaba cada vez más. No pudo saber que cuando frenamos nos pasó, y que entonces sólo teníamos que seguirle y fingir que éramos el sol, hasta que estuvimos lo suficientemente cerca para destruirle. Todo el cosmos debe haber girado como un trompo para él.

Grosvenor escuchó el relato con emociones ambiguas. Todo el incidente se disolvía deprisa, perdiendo forma, disipándose en la oscuridad. Los detalles de cada momento ya nunca serían recordados por un individuo tal como habían ocurrido. El peligro que habían corrido ahora parecía remoto.

-¡Olvidémonos de la compasión! -oyó que decía Kent-. Tenemos una misión. Liquidar a todos los gatos de ese mísero mundo.

Korita murmuró suavemente.

-Eso será sencillo. Sólo son primitivos. Sólo tenemos que instalarnos y vendrán a nosotros, esperando engañarnos con su astucia. -Se volvió hacia Grosvenor-. Aún creo que será así -dijo con voz amigable-, aunque la teoría de nuestro joven amigo resultara ser correcta. ¿Qué piensa, Grosvenor?

-Yo iría un poco más lejos -dijo Grosvenor-. Como historiador, sin duda convendrá en que ningún intento conocido de exterminio total ha tenido éxito. No olvide que el ataque del gato se basaba en una desesperada necesidad de comida; los recursos de este planeta no pueden sostener a su raza mucho tiempo más. Los hermanos del gato no saben nada sobre nosotros, así que no son una amenaza. ¿Por qué no dejamos que simplemente se mueran de hambre?

7

El nexialismo es la ciencia de unir ordenadamente el conocimiento de una especialidad con el de otras especialidades. Brinda técnicas para acelerar los procesos de absorción de conocimiento y usar efectivamente lo que se ha aprendido. Están cordialmente invitados a asistir.

Conferencista, ELLIOTT GROSVENOR
Lugar: Departamento Nexial
Fecha: 7/9/1 a las 15:50'[2]

Grosvenor colgó el aviso en el atestado tablero de anuncios. Luego retrocedió para examinar su trabajo. El anuncio competía con otras ocho conferencias, tres películas, cuatro filmes educativos, nueve grupos de discusión y varios eventos deportivos. Además habría gente que se quedaría en su habitación a leer, reuniones espontáneas de amigos, la media docena de bares y comedores, cada uno de los cuales contaría con todos sus parroquianos.

No obstante, confiaba en que alguien leería el anuncio. Era un adminículo de un centímetro de grosor. La estampa era una silueta que se expandía por la superficie desde el interior. Una rueda cromática de material liviano, delgada como un papel, giraba magnéticamente y brindaba la fuente de luz multicolor. Las letras cambiaban de color a solas y en grupos. Como la frecuencia de la luz emitida era alterada sutil y magnéticamente momento a momento, nunca se repetían los mismos colores.

El letrero resaltaba en su descolorido entorno como un cartel de neón. Era bien visible. Grosvenor se dirigió al comedor. Al entrar, un hombre que había en la puerta le puso una tarjeta en la mano. Grosvenor la miró con curiosidad.

KENT PARA DIRECTOR

Kent es jefe del mayor departamento de nuestra nave. Es célebre por su colaboración con otros departamentos. Gregory Kent es un científico sensible, que comprende los problemas de otros científicos. Recuerde que esta nave, además de su complemento militar de 180 oficiales y soldados rasos, lleva 804 científicos encabezados por una administración apresuradamente elegida por una pequeña minoría antes del despegue. Es preciso rectificar esta situación. Tenemos derecho a una representación democrática.

[2] La nave operaba en lo que llamaban tiempo estelar, basado en una hora de cien minutos y un día de veinticuatro horas. La semana tenía diez días, con un mes de treinta días y un año de trescientos sesenta días. Los días tenían número, no nombre, y el calendario se calculaba a partir del momento de la partida.

Librodot

MITIN ELECTORAL 7/9/1
15:00 horas
ELIJA DIRECTOR A KENT

Grosvenor se guardó la tarjeta en el bolsillo y entró en la sala iluminada. Los individuos rígidos como Kent no pensaban en las consecuencias de sus esfuerzos para dividir a un grupo de hombres en bandos hostiles. El cincuenta por ciento de las expediciones interestelares de los últimos doscientos años no había regresado. Las razones sólo se podían deducir a partir de lo que había sucedido en las naves que sí habían regresado. Siempre había choques entre los miembros de la expedición, amargas disputas, desacuerdos en cuanto a los objetivos, y la formación de grupos disidentes. Éstos se multiplicaban casi en proporción directa con la duración del viaje.

Las elecciones eran una innovación reciente en tales expediciones. Se había otorgado el permiso para celebrarlas porque los hombres eran reacios a someterse irrevocablemente a la voluntad de dirigentes designados. Pero una nave no era un país en miniatura. Una vez en camino, no podía reemplazar las bajas. Frente a la catástrofe, sus recursos humanos eran limitados.

Evaluando la situación, lamentando que la hora del mitin político coincidiera con su conferencia, Grosvenor se dirigió a su mesa. El comedor estaba atestado. Sus compañeros de la semana ya estaban comiendo. Había tres de ellos, científicos jóvenes de distintos departamentos.

Mientras él se sentaba, uno de los hombres comentó jovialmente:

-Bien, ¿qué personaje femenino indefenso asesinaremos hoy?

Grosvenor rió con buen humor, pero sabía que el comentario no era sólo humorístico. La conversación entre los jóvenes siempre era similar, y giraba sobre las mujeres y el sexo. En esta expedición compuesta únicamente por hombres, el problema del sexo se había resuelto químicamente mediante la inclusión de drogas específicas en la dieta general. Eso eliminaba la necesidad física, pero era emocionalmente insatisfactorio.

Nadie respondió la pregunta. Carl Dennison, un joven químico, miró con mal ceño al que había hablado y se volvió hacia Grosvenor.

-¿Cómo piensas votar?

-Por voto secreto -dijo Grosvenor-. Ahora volvamos a la rubia que Allison mencionaba esta mañana...

-Votarás por Kent, ¿verdad? -insistió Dennison. Grosvenor sonrió esquivamente.

-No he pensado en ello. Aún faltan dos meses para las elecciones. ¿Qué tiene de malo Morton? -Es prácticamente un hombre designado por el gobierno.

-También yo. También tú.

-Es sólo un matemático, no un científico en el auténtico sentido de la palabra.

-Eso es nuevo para mí -comentó Grosvenor-. He trabajado durante años bajo la ilusión de que los matemáticos eran científicos.

-De eso se trata. Por la semejanza superficial, es una ilusión.

-Evidentemente Dennison intentaba imponer una concepción propia. Era un sujeto ferviente y robusto, y se inclinó hacia adelante como si acabara de explicar su causa-. Los científicos deben unirse. Imagínate, somos una nave entera, ¿y a quién ponen al mando? A un hombre que maneja abstracciones. Eso no sirve para enfrentar problemas prácticos.

Librodot

-Qué curioso. Pensé que se las apañaba bastante bien para solucionar nuestros problemas.

-Los podemos solucionar nosotros mismos -replicó Dennison con irritación.

Grosvenor había pulsado algunos botones. Su comida comenzó a subir por el cinturón vertical del centro de la mesa. La olfateó.

-Ah, aserrín asado, directo del departamento de química. Huele delicioso. Me pregunto si han puesto el empeño necesario para lograr que el aserrín de broza del planeta de los gatos sea tan nutritivo como el aserrín que trajimos.

-Alzó la mano-. No respondas. No deseo quedar desilusionado con la integridad de departamento de Kent, aunque no me gusta su conducta. Verás, le pedí esa colaboración que mencionan en la tarjeta, y él me pidió que lo llamara en diez años. Supongo que se olvidó de las elecciones. Además, tiene el descaro de organizar un mitin político en la misma noche en que yo doy una conferencia. -Se puso a comer.

-Ninguna conferencia es tan importante como esta reunión. Discutiremos cuestiones que afectarán a todos los que viajan en esta nave, tú incluido.

-Dennison tenía la cara roja, la voz áspera-. Mira, Grosvenor, no puedes tener nada contra un hombre que ni siquiera conoces bien. Kent es la clase de persona que no se olvida de sus amigos.

-Apuesto a que también tiene un tratamiento especial para quienes no le caen bien -dijo Grosvenor. Se encogió de hombros con impaciencia-. Carl, para mí Kent representa todo lo que es destructivo en nuestra actual civilización. Según la teoría de los ciclos históricos de Korita, estamos en la etapa «invernal» de nuestra cultura. Uno de estos días le pediré una explicación más detallada, pero la caricatura de campaña democrática de Kent es un ejemplo de los peores aspectos de este período.

Le habría gustado añadir que estaba a bordo precisamente para impedir esas cosas, pero desde luego no podía hacerlo. Una discordia como ésta había llevado el desastre a muchas expediciones anteriores. En consecuencia, sin que los hombres lo supieran, las naves se habían convertido en campos de prueba para los experimentos sociológicos: nexialismo, elecciones, mando dividido, estos y muchos otros cambios pequeños se estaban probando con la esperanza de que la expansión del hombre en el espacio resultara menos costosa.

Dennison lo miró con cara burlona.

-¡Escuchad al joven filósofo! -comentó, y añadió sin rodeos-: Vota por Kent si sabes lo que te conviene.

Grosvenor contuvo su irritación.

-¿Qué hará él? ¿Reducir mi ración de aserrín? Tal vez yo mismo debería ser candidato a dictador. Conseguir los votos de todos los hombres de treinta y cinco años para abajo. A fin de cuentas, superamos en número a los mayores, por tres o cuatro a uno. La democracia exige que tengamos nuestra representación proporcional.

Dennison parecía haberse recobrado.

-Cometes un grave error, Grosvenor. Ya lo descubrirás.

El resto de la comida transcurrió en silencio.

Cinco minutos antes de las 15:50 del día siguiente, Grosvenor sospechó que su aviso no había llamado la atención. Lo desconcertaba. Podía entender que Kent hubiera prohibido a sus simpatizantes que asistieran a conferencias dictadas por hombres que habían indicado que no lo respaldarían. Pero aunque el jefe de química controlara a una mayoría de los votantes, quedaban cientos de individuos que no habían sufrido su influencia. Grosvenor no pudo sino recordar lo que un funcionario del gobierno con formación nexialista le había dicho en la víspera de la partida.

-Tu tarea a bordo del Beagle no será fácil. El nexialismo es un enfoque totalmente nuevo del aprendizaje y la asociación. Los mayores lo combatirán por instinto. Los jóvenes,

si ya fueron educados con métodos comunes, serán automáticamente hostiles a cualquier cosa que sugiera que sus técnicas recién adquiridas son anticuadas. Y tú deberás usar en la práctica lo que aprendiste en teoría, aunque en tu caso esa transición forma parte de tu entrenamiento. Sólo recuerda que un hombre que tiene razón con frecuencia se hace oír en una crisis.

A las 16:10, Grosvenor visitó los tableros de anuncios de dos salas de estar y el corredor central, y cambió la hora de su conferencia para las 17:00. A las 17:00 la cambió para las 17:50, y luego para las 18:00.

-Tienen que salir -se decía-. El mitin no puede durar para siempre, y las otras conferencias duran a lo sumo dos horas.

A las 18:00 menos cinco, oyó los pasos de dos hombres que se acercaban lentamente por el corredor. Hicieron silencio mientras se detenían frente a la puerta abierta.

-Éste es el lugar, en efecto -dijo uno.

Se rieron sin motivo aparente. Un momento después, los dos entraron. Grosvenor titubeó, luego saludó cordialmente. Desde el primer día de viaje, se había impuesto la tarea de identificar a los individuos de a bordo, su voz, su rostro, su nombre, todo lo que pudiera descubrir. Con tantos hombres para investigar, aún no había completado esa tarea, pero recordaba a estos dos. Ambos pertenecían al departamento de química.

Los observó cautelosamente mientras caminaban mirando la exhibición de aparatos educativos. Algo parecía divertirles. Al fin se instalaron en dos sillas, y uno preguntó con exagerada cortesía: -¿Cuándo empieza la conferencia, Grosvenor? Grosvenor miró el reloj.

-En cinco minutos -dijo.

Durante ese intervalo entraron ocho hombres. Fue un gran estímulo para Grosvenor después de su mal comienzo, sobre todo porque uno de los hombres era Donald McCann, jefe del departamento de geología. Ni siquiera le molestaba que cuatro de los presentes pertenecieran al departamento de química.

Complacido, inició su conferencia sobre los reflejos condicionados y su desarrollo desde los días de Pávlov, hasta ser una piedra angular de la ciencia del nexialismo.

Después McCann se acercó para hablarle.

-He notado que parte de la técnica es la máquina de sueños, que educa mientras uno duerme -le dijo. Rió entre dientes-. Recuerdo que un viejo profesor mío comentaba que uno tardaría mil años en aprender todo lo que se sabe en ciencias. Usted no admitió esa limitación.

Grosvenor notó que los ojos grises del otro lo observaban con un destello amable. Sonrió.

-Esa limitación -respondió- se debía en parte al viejo método de usar la máquina sin entrenamiento preliminar. Hoy la Fundación Nexial usa la hipnosis y la psicoterapia para romper la resistencia inicial. Por ejemplo, cuando me examinaron, me dijeron que normalmente yo sólo podía usar la máquina de sueños cinco minutos cada dos horas.

-Una tolerancia muy baja -dijo McCann-. La mía era de tres minutos cada media hora.

-Pero usted lo aceptó, ¿verdad?

-¿Y qué hizo usted? Grosvenor sonrió.

-No hice nada. Fui condicionado con diversos métodos hasta que pude dormir profundamente ocho horas, mientras la máquina funcionaba sin cesar. Otras técnicas suplementaron este proceso.

El geólogo ignoró la última oración.

-¡Ocho horas seguidas! -exclamó con verdadero asombro.

-Seguidas -convino Grosvenor. El hombre pareció reflexionar.

-Aun así -dijo al fin-, eso sólo reduce la cifra por un factor de tres. Aun sin condicionamiento, hay muchas personas que pueden aprovechar cinco minutos de cada cuarto de hora de un período de sueño sin despertar.

Grosvenor respondió despacio, estudiando la reacción del otro.

-Pero es preciso repetir la información muchas veces. -Por la expresión de asombro de McCann, comprendió que se había hecho entender. Se apresuró a continuar-: Sin duda usted ha tenido la experiencia de ver u oír algo una vez y no olvidarlo nunca. Pero en otras ocasiones lo que parece una impresión igualmente profunda se disipa al extremo de que no lo recordamos con precisión ni siquiera cuando se menciona. Hay motivos para ello. La Fundación Nexial descubrió cuáles eran.

McCann no dijo nada. Fruncía los labios. Por encima del hombro, Grosvenor vio que los cuatro hombres del departamento de química se habían agrupado cerca de la puerta del corredor. Hablaban en voz baja. Les echó una ojeada y le dijo al geólogo:

-Al principio hubo momentos en que creí que la presión sería intolerable para mí. Comprenderá que no hablo de la máquina de sueños. En cantidad, eso representaba sólo el diez por ciento del total. McCann sacudió la cabeza.

-Esas cifras me abruman. Supongo que el mayor porcentaje se relaciona con esas películas donde cada imagen dura sólo una fracción de segundo. Grosvenor asintió.

-Usábamos las películas taquistoscópicas tres horas por día, pero constituían un cuarenta y cinco por ciento del entrenamiento. El secreto es la velocidad y la repetición.

-¡Una ciencia entera de una sentada! -exclamó McCann-. Eso es lo que ustedes llaman aprendizaje holístico.

-Ésa es una faceta. Aprendíamos con todos los sentidos, a través de los dedos, los oídos, los ojos, incluso el olfato y el gusto.

Una vez más McCann frunció el entrecejo. Grosvenor vio que los jóvenes químicos se marchaban de la sala. Un murmullo de risas llegó desde el corredor. Pareció arrancar a McCann de su concentración. El geólogo extendió la mano.

-¿Por qué no viene un día a mi departamento? -preguntó-. Quizá podamos elaborar un método para coordinar su conocimiento integrador con nuestro trabajo de campo. Podemos probarlo cuando aterricemos en otro planeta...

Al regresar a su dormitorio, Grosvenor silbaba entre dientes. Había obtenido su primera victoria, y la sensación era agradable.

8

A la mañana siguiente, cuando Grosvenor se aproximaba a su departamento, vio con asombro que la puerta estaba abierta. Una brillante franja de luz cruzaba el penumbroso corredor. Apuró el paso y se detuvo en la puerta.

Al primer vistazo, vio a siete técnicos químicos, incluidos dos que habían asistido a la conferencia. Habían introducido máquinas en la sala. Había varias cubas, una serie de unidades calentadoras y todo un sistema de tubos para llevar sustancias químicas a las cubas.

Grosvenor recordó cómo habían actuado los químicos durante la conferencia. Atravesó la puerta, tenso ante la situación y temiendo que hubieran dañado su equipo. Usaba esta sala externa para propósitos generales. Normalmente contenía algunas máquinas, pero sobre todo estaba diseñada para usar la producción de las otras salas con propósitos de instrucción grupal. Las otras cuatro salas contenían su equipo especial.

Por la puerta abierta que conducía a su estudio de grabación de imágenes y sonidos, Grosvenor vio que también lo habían tomado. El shock le impuso silencio. Ignorando a esos hombres, atravesó la sala externa y cada una de las cuatro secciones especiales. Los químicos

Librodot

invasores habían ocupado tres. Eso incluía, además del estudio de grabación, el laboratorio y la sala de herramientas. La cuarta sección, con sus dispositivos técnicos, y un almacén contiguo, estaban libres de intrusos. Allí habían apilado la maquinaria móvil y los muebles de las otras salas. Una puerta conducía de la cuarta sección a un corredor más pequeño. Grosvenor tuvo la desagradable sospecha de que a partir de entonces sería su entrada en el departamento.

Aún contenía su furia, evaluando la situación. Esperarían que protestara ante Morton. Kent se las ingeniaría para usar ventajosamente el episodio para las elecciones. Grosvenor no entendía cómo esto podía beneficiar al químico en su campaña, pero era evidente que Kent pensaba que sería así.

Regresó lentamente a la sala externa, su auditorio. Notó por primera vez que las cubas eran máquinas de fabricación de alimentos. Muy listos. Daría la impresión de que el espacio se usaba para buenos fines, algo que -podrían alegar- no se hacía antes. El astuto plan cuestionaba su integridad.

Parecía haber pocas dudas en cuanto al porqué. Kent le tenía inquina. Al oponerse verbalmente a la elección de Kent -algo que sin duda le habían comunicado-, había intensificado esa inquina. Pero la vengativa reacción del jefe de química podía usarse contra él, siempre que Grosvenor supiera manejarla.

Debía evitar que Kent sacara partido de esta invasión. Se acercó a uno de los hombres.

-¿Por qué no corres la voz de que me agrada esta oportunidad de mejorar la educación del personal del departamento de química, y que espero que nadie se oponga a aprender mientras trabaja?

Siguió de largo sin esperar una respuesta. Cuando miró hacia atrás, el hombre lo seguía con ojos desconcertados. Grosvenor reprimió una sonrisa. Se sentía de buen humor cuando entró en la sala técnica. Ahora, al menos, enfrentaba una situación donde podría aplicar algunos de los métodos que le habían enseñado.

Como habían juntado sus armarios móviles y otros dispositivos en un espacio relativamente reducido, no tardó mucho en encontrar el gas hipnótico que buscaba. Pasó casi una hora conectando un silenciador al pico, para que la materia comprimida del interior no siseara al salir. Cuando hubo terminado, Grosvenor llevó el recipiente a la sala externa. Abrió un armario que tenía una puerta enrejada, puso el recipiente dentro y abrió el gas. Se apresuró a echar llave a la puerta.

Un leve aroma perfumado se mezcló con el olor químico de la cuba.

Silbando suavemente, Grosvenor cruzó la sala. Lo detuvo el jefe del grupo, uno de los hombres que había asistido a su conferencia de la noche anterior.

-¿Qué demonios está haciendo?

-Dentro de un minuto ni lo notará -respondió Grosvenor amablemente-. Es parte de mi programa educativo para su personal.

-¿Quién le pidió un programa educativo?

-Vaya, señor Malden -exclamó Grosvenor, simulando asombro-. ¿Qué otra cosa haría usted en mi departamento? -Se echó a reír-. Sólo bromeaba. Es un ambientador. No quiero que llenen el lugar de olores raros.

Se alejó sin esperar respuesta, y luego se quedó en un costado observando la reacción de los hombres ante el gas. Había quince individuos en total. Podía esperar cinco reacciones favorables y cinco parcialmente favorables. Había maneras de saber cómo una persona había sido afectada.

Tras varios minutos de atenta observación, Grosvenor se aproximó, se detuvo junto a uno de los hombres y dijo en voz baja pero firme:

-Ven al lavabo dentro de cinco minutos y te daré algo. No te olvides.

Regresó a la puerta que conectaba la sala externa con el estudio. Al volverse vio que Malden se acercaba a ese hombre para hablarle. El técnico sacudió la cabeza con evidente sorpresa.

La voz del jefe manifestaba una asombrada furia.

-¿Cómo que él no te habló? Yo lo vi.

El técnico se enfadó.

-Yo no oí nada. Y yo debería saberlo.

Si la discusión continuó, Grosvenor no oyó ni vio nada. Por el rabillo del ojo, notó que uno de los jóvenes de la sala contigua daba señales de respuesta suficiente. Se le acercó con la misma displicencia, y le dijo las mismas palabras que le había dicho al primer sujeto, aunque pidiéndole que acudiera dentro de quince minutos en vez de cinco.

En total, seis hombres respondieron en la medida que Grosvenor consideraba esencial para su plan. De los nueve individuos restantes, tres -incluido Malden- manifestaron una reacción menor.

Grosvenor dejó al segundo grupo a solas. A estas alturas, necesitaba alguna certidumbre. Luego probaría otro patrón para los demás.

Grosvenor estaba esperando cuando el primer sujeto del experimento entró en el lavabo. Le sonrió y le dijo:

-¿Alguna vez viste uno de éstos?

Le mostró un diminuto cristal auditivo, con pestañas para sujetarlo dentro de la oreja.

El hombre aceptó el pequeño instrumento, lo miró, sacudió la cabeza con asombro.

-¿Qué es? -preguntó.

-Date la vuelta y te lo pondré en el oído -ordenó Grosvenor. Mientras el otro obedecía sin chistar, Grosvenor continuó con firmeza-. Notarás que la parte externa tiene el color de la carne. En otras palabras, sólo se puede ver si te examinan de cerca. Si alguien lo ve, puedes decir que es un audífono. Terminó de instalarlo y retrocedió.

-Al cabo de un minuto, ni recordarás que lo tienes puesto. No lo sentirás.

El técnico parecía interesado.

-Apenas lo siento ahora. ¿Para qué sirve?

-Es una radio -explicó Grosvenor. Continuó despacio, enfatizando cada palabra-. Pero nunca oirás conscientemente lo que dice. Las palabras van directamente al inconsciente. Puedes oír lo que dicen otras personas. Puedes entablar una conversación. Más aún, seguirás con tu vida normal sin darte cuenta de que hay algo distinto. Te olvidarás de que existe.

-¡Qué te parece! -dijo el técnico.

Salió sacudiendo la cabeza. Minutos después, entró el segundo hombre; y luego, por turno, los cuatro que habían manifestado una respuesta de trance profundo. Grosvenor les puso a todos duplicados de la radio casi invisible.

Tarareando, sacó otro gas hipnótico, lo puso en un recipiente, y sustituyó el que estaba en el armario. Esta vez el jefe y otros cuatro respondieron profundamente. En cuanto al resto, dos demostraron una reacción leve, uno -que antes parecía levemente afectado- pareció salir totalmente de su estado, y otro no dio ninguna señal.

Grosvenor decidió contentarse con once sujetos en trance profundo sobre quince. Kent se llevaría una desagradable sorpresa ante la cantidad de genios de la química que aparecían en su departamento.

No obstante, estaba lejos de la victoria final. Quizá ésta fuera imposible, salvo mediante un ataque más directo contra Kent.

Rápidamente, hizo una grabación para una emisión experimental a las radios del oído. La dejó activada mientras caminaba entre los hombres y observaba sus reacciones. Cuatro individuos parecían estar preocupados. Grosvenor se acercó a uno que sacudía la cabeza con frecuencia.

-¿Qué sucede? -le preguntó. El hombre rió tristemente.

-Oigo una voz. Una tontería.

-¿Fuerte?

-No era precisamente la pregunta que una persona solícita haría normalmente, pero Grosvenor la hizo.

-No, es lejana. Siempre se aleja y luego...

-Desaparecerá -dijo Grosvenor para tranquilizarlo-. A veces la mente sufre un exceso de estímulo. Apuesto a que se está yendo ahora mismo, por el solo hecho de que alguien te hable y te distraiga.

El hombre ladeó la cabeza, como escuchando. Puso expresión de asombro.

-Se ha ido. -Se enderezó y suspiró de alivio-. Me tenía preocupado.

De los otros tres hombres, pudo tranquilizar a dos con relativa facilidad. Pero el tercero, aun con la sugestión adicional, siguió oyendo la voz. Al fin Grosvenor lo llevó aparte, so pretexto de examinarle el oído, y le quitó la diminuta radio. Quizá el hombre necesitara más entrenamiento.

Grosvenor habló brevemente con los demás sujetos. Luego, satisfecho, regresó a la sala técnica y preparó una serie de grabaciones para irradiarlas tres minutos de cada quince. De vuelta en la sala externa, miró en torno y verificó que todo andaba bien. Pensó que podía dejarlos trabajar sin preocuparse. Salió al corredor y se dirigió a los ascensores.

Poco después entró en el departamento de matemáticas y pidió ver a Morton. Para su sorpresa, lo recibieron de inmediato.

Encontró a Morton cómodamente sentado detrás de un gran escritorio. El matemático señaló una silla, y Grosvenor se sentó.

Era la primera vez que visitaba la oficina de Morton, y miró con curiosidad. La sala era amplia y una pantalla ocupaba toda una pared. En ese momento, la pantalla estaba enfocada en el espacio de tal modo que la enorme galaxia en espiral, donde el sol era sólo una mota de polvo, era visible de borde

a borde. Había cercanía suficiente para distinguir muchas estrellas, y lejanía suficiente para que su brumosa imponencia estuviera en el pico de su resplandor.

En el campo de visión también había varios cúmulos estelares que, aunque estaban fuera de la galaxia, giraban con ella a través del espacio. Esa vista le recordó a Grosvenor que el Beagle Espacial atravesaba en ese momento uno de los cúmulos menores.

Una vez que se saludaron, preguntó:

-¿Ha decidido si nos detendremos en alguno de los soles de este cúmulo?

Morton asintió.

-Muchos se oponen a ello, y estoy de acuerdo. Nos dirigimos hacia otra galaxia, y ya estaremos demasiado tiempo lejos de la Tierra.

El director se inclinó para recoger un papel del escritorio, se hundió en la silla.

-Supe que lo han invadido -dijo abruptamente. Grosvenor sonrió irónicamente. Se imaginaba la satisfacción que algunos integrantes de la expedición obtendrían con el incidente. Había hecho sentir su presencia en la nave tanto como para que algunos se sintieran inquietos ante lo que podía hacer el nexialismo. Esos individuos -y muchos de ellos aún no respaldaban a Kent- se opondrían a que el director se inmiscuyera en el asunto.

Sabiendo eso, había ido a averiguar si Morton comprendía la situación. Serenamente, Grosvenor describió lo que había sucedido.

-Señor Morton -dijo al fin-, quiero que le ordene a Kent que termine con este acoso. -No deseaba que Morton impartiera esa orden, pero quería ver si el director comprendía el peligro.

El director negó con la cabeza.

-A fin de cuentas, usted tiene demasiado espacio para un solo hombre. ¿Por qué no compartirlo con otro departamento?

La respuesta era demasiado neutra. Grosvenor no tuvo más remedio que insistir.

-¿Debo entender -dijo con firmeza- que es posible que el jefe de cualquier departamento de esta nave ocupe espacio de otro departamento sin permiso de ninguna autoridad?

Morton no respondió de inmediato. Sonrió con desgana, jugando con un lápiz.

-Creo que usted interpreta mal mi posición a bordo del Beagle. Antes de tomar una decisión relacionada con un jefe de departamento, debo consultar con otros jefes de departamento. -Miró el cielo raso-. Supongamos que yo incluyera este asunto en el orden del día, y se decidiera que Kent puede quedarse con esa parte de su departamento que ya ha tomado. Si se confirma la situación, sería para siempre. -Terminó con voz resuelta-. Pensé que usted no querría sufrir esa limitación a estas alturas.

Ensanchó su sonrisa. Grosvenor, habiendo cumplido su propósito, sonrió a su vez.

-Me alegra contar con su respaldo en este asunto. ¿Puedo contar con que usted no permitirá, entonces, que Kent incluya el asunto en el orden del día?

Si Morton se sorprendió del rápido cambio de actitud, no lo demostró.

-El orden del día -dijo con satisfacción- es algo que controlo bastante. Mi oficina lo prepara. Yo lo presento. Los jefes de departamento pueden votar para incluir el requerimiento de Kent en el orden del día de una reunión subsiguiente, pero no de la reunión en marcha.

-Deduzco que Kent ya ha solicitado adueñarse de cuatro salas de mi departamento -dijo Grosvenor.

Morton asintió. Dejó el papel que sostenía y recogió un cronómetro. Lo estudió pensativamente.

-La siguiente reunión se celebrará dentro de dos días. Luego, cada semana a menos que los postergue. Creo -dijo como si pensara en voz alta- que no tendré dificultad en cancelar la que está programada para dentro de doce días.

-Dejó el cronómetro y se levantó animosamente-. Eso le dará veintidós días para defenderse.

Grosvenor se puso de pie lentamente. Decidió no comentar el límite de tiempo. Por el momento parecía más que adecuado, pero sonaría egocéntrico si lo decía. Mucho antes de que venciera ese plazo habría recobrado el control de su departamento o su derrota sería definitiva.

-Hay otra cosa que deseaba comentarle. Creo que debería tener derecho a comunicarme directamente con los otros jefes de departamento cuando estoy usando un traje espacial.

Morton sonrió.

-Sin duda eso ha sido sólo un descuido. El asunto se rectificará.

Se dieron la mano y se despidieron. Mientras regresaba al departamento nexial, Grosvenor pensaba que el nexialismo estaba ganando terreno de una manera sumamente indirecta.

Cuando entró en la sala externa, se sorprendió de ver a Siedel a un costado, observando a los químicos. El psicólogo lo vio y se le acercó, dándole la mano. -Joven -dijo-, ¿esto no es un poco antiético?

Grosvenor sospechó con desánimo que Siedel había analizado lo que había hecho con esos hombres. Se apresuró a responder con serenidad:

-Totalmente antiético. Me siento tal como se sentiría usted si tomaran su departamento con flagrante desconsideración por sus derechos legales.

Se preguntó por qué Siedel estaba allí. ¿Kent le habría pedido que investigara?

Siedel se acarició la mandíbula. Era un hombre fornido de ojos negros y brillantes.

-No me refería a eso -dijo lentamente-. Pero veo que usted se considera justificado.

Librodot

Grosvenor cambió de táctica.

-¿Se refiere al método de instrucción que estoy usando con estos hombres?

No sentía el menor remordimiento. No sabía por qué ese hombre estaba ahí, pero debía usar la oportunidad para su provecho, si era posible. Esperaba crear un conflicto en la mente del psicólogo, volverlo neutral en esta lucha entre Kent y él.

-En efecto -respondió Siedel con cierta ironía-. A pedido de Kent, he examinado a los miembros de su personal que parecían actuar de modo anormal. Ahora es mi deber presentar mi diagnóstico a Kent.

-¿Por qué? -preguntó Grosvenor, y continuó con vehemencia-: Señor Siedel, mi departamento fue invadido por un hombre que me tiene inquina porque he dicho abiertamente que no votaré por él. Dado que él actuó a despecho de las leyes de esta nave, tengo todo el derecho a defenderme como pueda. Le ruego, pues, que permanezca neutral en este conflicto privado.

Siedel frunció el entrecejo.

-Usted no entiende. Estoy aquí como psicólogo. Considero que el uso de hipnosis sin autorización del sujeto es totalmente antiético. Me sorprende que usted espere que me haga cómplice de semejante cosa.

-Le aseguro que mi código ético es tan escrupuloso como el suyo. Aunque he hipnotizado a estos hombres sin su autorización, no he intentado dañarlos ni avergonzarlos en lo más mínimo. Dadas las circunstancias, no sé por qué se siente obligado a tomar partido por Kent.

Siedel volvió a fruncir el entrecejo.

-Éste es un conflicto entre usted y Kent... ¿verdad?

-Así es -dijo Grosvenor. Se imaginaba lo que seguiría.

-Sin embargo -dijo Siedel-, usted no ha hipnotizado a Kent sino a un grupo de inocentes. Grosvenor recordó cómo habían actuado los cuatro químicos en su conferencia. Al menos algunos de ellos no eran del todo inocentes.

-No discutiré con usted sobre eso -dijo-. Podría decir que, desde el principio de los tiempos, la mayoría no pensante ha pagado un precio por obedecer sin cuestionamientos las órdenes de líderes cuyas motivaciones no se molestaron en investigar. Pero en vez de meterme en eso, me gustaría hacerle una pregunta.

-Adelante.

-¿Entró usted en la sala técnica? Siedel asintió en silencio.

-¿Vio las grabaciones? -insistió Grosvenor.

-Sí.

-¿Vio sobre qué eran? -Información sobre química.

-Eso les estoy dando -dijo Grosvenor-. Es todo lo que me propongo darles. Considero que mi departamento es un centro educativo. La gente que me invade recibe una educación, gústele o no.

-Confieso que no sé cómo eso le ayudará a liberarse de ellos. Sin embargo, me alegrará decirle a Kent lo que está haciendo. Él no se opondrá a que sus hombres aprendan más química.

Grosvenor no respondió. Sospechaba que Kent no deseaba tener subalternos que supieran -como pronto sabrían- tanto como él sobre su especialidad.

Siguió a Siedel con ojos cavilosos mientras el psicólogo desaparecía en el corredor. Sin duda el hombre le presentaría a Kent un informe completo, lo cual significaba que él necesitaría un nuevo plan. Era demasiado pronto para tomar medidas defensivas drásticas. Temía que cualquier acción sostenida produjera a bordo la misma situación que él debía impedir. A pesar de sus reservas con la historia cíclica, convenía recordar que las

civilizaciones parecían nacer, envejecer y morir de decrepitud. Antes de hacer algo más, sería mejor conversar con Korita y averiguar hacia qué escollos se dirigía inadvertidamente.

Encontró al científico japonés en la biblioteca B, que estaba en el extremo de la nave, en el mismo piso del departamento nexial. Korita se marchaba cuando él llegó, y Grosvenor lo siguió. Sin preámbulos, le expuso su problema.

Korita no respondió de inmediato. Atravesaron todo el corredor antes de que el alto historiador hablara dubitativamente.

-Amigo mío, sin duda comprende la dificultad de resolver problemas específicos a partir de generalizaciones, que es casi todo lo que la teoría de la historia cíclica puede ofrecer.

-Aun así, algunas analogías podrían serme útiles. Por lo que he leído sobre este tema, deduzco que estamos en el último período de nuestra civilización, el «invernal». En otras palabras, en este momento cometemos los errores que conducen a la decadencia. Tengo algunas ideas sobre eso, pero me gustaría saber más.

Korita se encogió de hombros.

-Trataré de explicarlo brevemente. -Calló unos instantes, y al fin dijo-: El común denominador que se destaca en los períodos «invernales» de la civilización es que millones de individuos comprenden cada vez más cómo funcionan las cosas. La gente se impacienta con las explicaciones supersticiosas o supernaturales de lo que sucede en su mente y su cuerpo, y en el mundo circundante. Con la gradual acumulación de conocimiento, aun las mentes más simples comprenden por primera vez y rechazan conscientemente las pretensiones de superioridad hereditaria de una minoría. Así comienza la ruda batalla por la igualdad.

Korita hizo una pausa antes de continuar.

-Esta difundida lucha por el mejoramiento personal constituye el paralelismo más significativo entre todos los períodos «invernales» de las civilizaciones en la historia documentada. Para bien o para mal, la lucha habitualmente se desarrolla dentro del marco de un sistema legal que tiende a proteger a una minoría enquistada. Los que han llegado tarde, al no entender sus motivaciones, se lanzan ciegamente a la batalla por el poder. El resultado es un auténtico embrollo de inteligencia indisciplinada. En su resentimiento y ambición, los hombres siguen a líderes tan confundidos como ellos. Reiteradamente, el desorden resultante ha conducido a un estado final fellahin. Tarde o temprano, un grupo cobra ascendencia. Una vez en el poder, los líderes restauran el «orden» con un derramamiento de sangre tan salvaje que amedrenta a millones. Pronto el grupo dominante comienza a restringir las actividades. Los sistemas de licencias y otras medidas regulatorias, necesarias en cualquier sociedad organizada, se convierten en herramientas de represión y monopolio. Primero es difícil, luego imposible, que el individuo acometa nuevas empresas. Y así avanzamos por rápidas etapas hacia el familiar estado de castas de la antigua India, y hacia otras sociedades menos conocidas pero igualmente inflexibles, tales como la romana después del 300 de nuestra era. El individuo nace en determinada posición y no puede ascender... Bien, ¿le ayuda ese breve resumen?

-Como le decía -respondió Grosvenor-, intento resolver el problema que me ha presentado Kent sin caer en los errores egocéntricos del hombre de la civilización tardía que usted ha descrito. Quiero saber si tengo una esperanza razonable de defenderme de él sin agravar las hostilidades que ya existen a bordo del Beagle.

Korita sonrió irónicamente.

-Si lo consigue, será una victoria singular. Históricamente, el problema nunca se ha resuelto en forma masiva. ¡Buena suerte, joven!

En ese momento, sucedió.

Librodot

9

Se habían detenido ante la sala de «cristal» del piso de Grosvenor. No era cristal, y en rigor tampoco era una sala. Era un nicho en un corredor externo, y el «cristal» era una enorme placa curva hecha con la forma cristalizada de un metal resistente. También era límpidamente transparente, para dar la ilusión de que allí no había nada.

Más allá estaba el vacío y la oscuridad del espacio. Grosvenor acababa de notar distraídamente que la nave había llegado al borde del pequeño cúmulo estelar que estaba atravesando. Sólo algunos de los cinco mil soles del sistema eran visibles aún. Entreabrió los labios para decir que quería hablar de nuevo con Korita cuando tuviera tiempo.

No llegó a decirlo. La borrosa imagen doble de una mujer con sombrero emplumado cobraba forma en el cristal. La imagen fluctuó y titiló. Grosvenor sintió una tensión anormal en los músculos de los ojos. Por un momento su mente se puso en blanco. Siguió una rápida sucesión de sonidos, relampagueos, una aguda sensación de dolor. ¡Alucinaciones hipnóticas! La conciencia de ello fue como un shock eléctrico.

El reconocimiento lo salvó. Su condicionamiento le permitió rechazar instantáneamente la sugestión mecánica de esos destellos de luz. Giró y gritó por el comunicador más próximo:

-¡No miren las imágenes! ¡Son hipnóticas! ¡Nos están atacando!

Al volverse, tropezó con el cuerpo inconsciente de Korita. Se arrodilló.

-¡Korita! -exclamó con voz penetrante-. ¿Puede oírme?

-Sí.

-Sólo se dejará influir por mis instrucciones, ¿entendido?

-Sí.

-Empezará a relajarse, a olvidar. Su mente está en calma. El efecto de las imágenes se está disipando. Ya se ha ido. Se ha ido por completo. ¿Comprende? Se ha ido por completo.

-Entiendo.

-No pueden volver a afectarlo. Más aún, cada vez que usted vea una imagen, recordará una grata escena de la Tierra. ¿Está claro?

-Totalmente.

-Ahora empezará a despertarse. Contaré hasta tres. Cuando diga «tres», usted estará totalmente despierto. Uno... dos... tres... ¡Despierte!

Korita abrió los ojos.

-¿Qué sucedió? -preguntó con voz intrigada. Grosvenor le explicó rápidamente.

-Pero ahora venga conmigo. ¡Deprisa! -le dijo-. Esos dibujos de luz siguen atrayendo mis ojos a pesar de la contrasugestión.

Llevó al desconcertado arqueólogo por el corredor, hacia el departamento nexial. En el primer recodo encontró un cuerpo humano tendido en el piso. Grosvenor lo pateó sin mayor delicadeza. Quería una reacción de shock.

-¿Me oye? -preguntó. El hombre se movió.

-Sí.

-Entonces escuche. Las imágenes lumínicas ya no lo afectan. Ahora levántese. Está totalmente despierto.

El hombre se incorporó y se lanzó contra él, girando salvajemente. Grosvenor lo esquivó, y su atacante siguió de largo.

Grosvenor le ordenó que se detuviera, pero el hombre seguía avanzando sin mirar atrás. Grosvenor aferró el brazo de Korita.

-Parece que llegué demasiado tarde.

Korita sacudió la cabeza con aturdimiento. Volvió los ojos hacia la pared, y por sus próximas palabras fue evidente que la sugestión de Grosvenor no había surtido pleno efecto, o bien se debilitaba.

-¿Pero qué son?

-¡No los mire!

Era increíblemente difícil no mirar. Grosvenor pestañeó para romper el ritmo de los relampagueos que llegaban a sus ojos desde otras imágenes de la pared. Al principio le parecía que las imágenes estaban por todas partes. Luego notó que esas formas femeninas -algunas dobles, otras simples- ocupaban sólo tramos de pared transparentes o traslúcidos. De todos modos eran centenares, pero al menos era una limitación.

Vieron más hombres. Las víctimas estaban tumbadas en los corredores. Un par de veces se toparon con hombres conscientes. Uno les cerró el paso con ojos ciegos, y no se movió ni giró cuando Grosvenor y Korita siguieron de largo. El otro hombre soltó un aullido, empuñó su vibrador y les disparó. El rayo trazador pasó junto a Grosvenor y dio en la pared. El nexialista derribó a su oponente aplicándole una llave. El hombre, un simpatizante de Kent, lo miró de hito en hito con ojos malignos.

-¡Maldito espía! -rezongó-. Ya te pillaremos. Grosvenor no se detuvo a descubrir la razón de la asombrosa conducta de ese hombre. Pero se sintió tenso mientras guiaba a Korita hacia la puerta del departamento nexial. Si era posible estimular a un químico para que sintiera tanto odio por él, ¿qué pasaría con los quince que se habían adueñado de sus salas? Para su alivio, todos estaban inconscientes. Apresuradamente, cogió dos pares de gafas oscuras, uno para Korita y otro para él, y lanzó una andanada de luces relampagueantes contra las paredes, el cielo raso y el piso. Al instante, la fuerte luz eclipsó las imágenes.

Grosvenor se dirigió a su sala técnica y allí irradió órdenes destinadas a liberar a los que había hipnotizado. A través de la puerta abierta, observó dos cuerpos inconscientes, esperando una reacción. Al cabo de cinco minutos, aún no había indicios de que prestaran atención. Supuso que los patrones hipnóticos del atacante habían sorteado, o incluso aprovechado, el condicionamiento mental, anulando toda palabra que él pudiera usar. Era posible que al cabo de un rato despertaran espontáneamente y se volvieran contra él.

Con la ayuda de Korita, los arrastró al lavabo y cerró la puerta con llave. Un hecho era evidente. Ésta era una hipnosis mecánicovisual de tal potencia que él sólo se había salvado mediante una acción inmediata. Pero lo que había sucedido no se limitaba a la visión. La imagen había tratado de controlarlo estimulándole el cerebro a través de los ojos. Estaba al corriente de casi todo el trabajo que los hombres habían hecho en ese campo, así que sabía -aunque los atacantes aparentemente no- que un alienígena no podía controlar un sistema nervioso humano salvo con un adaptador encefálico o su equivalente.

Sospechaba, a partir de su propia experiencia, que los demás habían caído en sueños de trance profundo, o bien que estaban confundidos por alucinaciones y no eran responsables de sus actos.

Su misión era llegar a la sala de control y encender la pantalla energética de la nave. Sin importar de dónde viniera el ataque -de otra nave o de un planeta-, eso serviría para frenar todo rayo que enviara el enemigo.

Con dedos frenéticos, Grosvenor trabajó para configurar una unidad móvil de luces. Necesitaba algo que interfiriese con las imágenes mientras se dirigía a la sala de control. Estaba haciendo la conexión final cuando tuvo una inequívoca sensación -un leve mareo- que pasó casi enseguida. Era una sensación que habitualmente se producía durante un cambio de rumbo, como consecuencia del reacomodamiento de los antiaceleradores.

¿Habrían cambiado de curso? Tendría que verificarlo... después.

-Quiero hacer un experimento -le dijo a Korita-. Por favor, quédese aquí.

Grosvenor llevó su equipo de luces a un corredor cercano y lo puso en el compartimiento trasero de un vehículo de carga eléctrico. Subió al vehículo y enfiló hacia los ascensores.

Calculaba que habrían pasado diez minutos desde que había visto la imagen por primera vez. Dobló hacia el corredor de ascensores a cuarenta kilómetros por hora, que era una gran velocidad en esos espacios relativamente estrechos. En el nicho opuesto a los ascensores, dos hombres forcejeaban con profunda concentración. No le prestaron atención a Grosvenor, sino que siguieron luchando y maldiciendo, jadeando agitadamente. Las luces de Grosvenor no modificaron el obsesivo odio que sentían uno por el otro. El mundo alucinatorio donde estaban había echado raíces.

Grosvenor metió su máquina en el ascensor más próximo e inició el descenso. Comenzaba a abrigar la esperanza de que la sala de control estuviera desierta.

Esa esperanza murió en cuanto llegó al corredor principal. Estaba atestado de hombres. Habían levantado barricadas, y había un inconfundible olor a ozono. Los vibradores humeaban y siseaban. Grosvenor atisbó cautelosamente desde el ascensor, tratando de evaluar la situación. Era visiblemente mala. Las dos entradas de la sala de control estaban bloqueadas por veintenas de grúas volcadas. Detrás de ellas se agazapaban hombres con uniforme militar. Grosvenor llegó a ver al capitán Leeth entre los defensores, y del otro lado vio al director Morton tras la barricada de uno de los grupos atacantes.

Ahora estaba más claro. Las imágenes habían estimulado la hostilidad reprimida. Los científicos luchaban contra los militares, a quienes siempre habían odiado inconscientemente. Los militares, por su parte, contaban con súbita libertad para dar rienda suelta a su rencor contra los despreciados científicos.

Grosvenor sabía que esto no reflejaba sus auténticos sentimientos. La mente humana normalmente equilibraba un sinfín de impulsos opuestos, de modo que el individuo medio pudiera vivir su vida sin permitir que un sentimiento cobrara excesiva ascendencia sobre los demás. Ese delicado equilibrio estaba alterado. El resultado amenazaba con el desastre a toda una expedición de seres humanos, y prometía la victoria a un enemigo cuyo propósito desconocía.

Fuera cual fuese la razón, el camino hacia la sala de control estaba bloqueado. A regañadientes, Grosvenor se replegó nuevamente hacia su departamento.

Korita lo recibió en la puerta.

-¡Mire! -le dijo. Señalaba un comunicador de pared que estaba sintonizado a los delicados dispositivos de guía de la proa del Beagle Espacial. La placa emisora estaba enfocada a lo largo de una serie de mirillas. La disposición lucía más intrincada de lo que era. Grosvenor acercó los ojos a las mirillas y vio que la nave estaba trazando una lenta curva que, en su ápice, la llevaría directamente hacia una estrella blanca y brillante. Había un servo-mecanismo que haría ajustes periódicos para mantenerla en curso.

-¿El enemigo podría hacer eso? -preguntó Korita.

Grosvenor negó con la cabeza, más intrigado que alarmado. Enfocó los instrumentos suplementarios. Por su tipo espectral, magnitud y luminosidad, la estrella estaba a poco más de cuatro años luz de distancia. La velocidad de la nave era de un año-luz cada cinco horas. Como todavía estaba acelerando, eso aumentaría en una curva calculable. Estimaba que la nave llegaría a la vecindad de ese sol en unas once horas.

Con un movimiento espasmódico, Grosvenor apagó el comunicador. Se quedó quieto, desconcertado pero no incrédulo. La persona alucinada que había alterado el curso de la nave quizá pensara en destruirla. En tal caso, contaban con sólo diez horas para impedir la catástrofe.

Aun en ese momento, cuando no tenía un plan claro, Grosvenor pensó que sólo un ataque contra el enemigo, mediante técnicas hipnóticas, daría resultado. Entretanto...

Se incorporó resueltamente. Era hora de hacer un segundo intento de meterse en la sala de control. Necesitaba algo que estimulara directamente las células cerebrales. Había varios aparatos que podían lograrlo. La mayoría sólo se usaban con propósitos médicos. La excepción era el adaptador encefálico, un instrumento que podía usarse para transmitir impulsos de una mente a otra.

Aun con la ayuda de Korita, Grosvenor tardó varios minutos en configurar un adaptador. Tardó un tiempo más en probarlo y, como era una máquina delicada, tuvo que sujetarla al vehículo de carga con resortes amortiguadores alrededor. Estos preparativos le llevaron treinta y siete minutos. Luego tuvo una breve pero brusca discusión con el arqueólogo, que quería acompañarlo. Al fin, sin embargo, Korita aceptó quedarse para custodiar su base de operaciones.

Como llevaba el adaptador encefálico, tuvo que moderar la velocidad del vehículo mientras se dirigía a la sala de control. Esta forzosa lentitud lo irritaba, pero también le dio una oportunidad de observar los cambios que se habían producido desde el primer momento del ataque.

Vio pocos hombres inconscientes. Supuso que la mayoría de los que habían caído en un sueño de trance profundo se habían despertado espontáneamente. Esos despertares eran fenómenos hipnóticos comunes. Ahora respondían a otros estímulos. Lamentablemente - aunque también era de esperar eso significaba que sus actos eran controlados por impulsos antes reprimidos.

Así, hombres que en circunstancias normales simplemente se tenían antipatía ahora se odiaban a muerte.

El factor mortífero radicaba en que no eran conscientes del cambio. Pues la mente podía recibir enseñanzas sin que el individuo lo supiera. Se la podía desorientar con malas asociaciones ambientales, o mediante el ataque que ahora se realizaba contra los hombres de la nave. En cualquier caso, cada persona actuaba como si sus nuevas creencias tuvieran un fundamento tan sólido como las viejas.

Grosvenor abrió la puerta del ascensor en el nivel de la sala de control, y retrocedió deprisa. Un proyector térmico escupía llamaradas en el corredor. Las paredes de metal ardían con un sonido áspero y susurrante. Dentro de su estrecho campo cíe visión había tres hombres muertos. Mientras esperaba, oyó una estruendosa explosión. Al instante las llamas cesaron. Un humo azul enturbió el aire, y siguió un calor sofocante. Pocos segundos después la bruma y el calor se habían disipado. Era obvio que el sistema de ventilación aún funcionaba.

Se asomó cautelosamente. A primera vista, el corredor parecía desierto. Luego vio a Morton, medio escondido en un nicho protector a media docena de metros. Casi al mismo tiempo, el director lo vio y lo llamó con una seña. Grosvenor titubeó, luego comprendió que tenía que correr el riesgo. Condujo el vehículo fuera del ascensor y cruzó el corredor deprisa.

-Usted es el hombre al que quería ver-dijo Morton-. Debemos arrebatarle el control de la nave al capitán Leeth antes de que Kent y su grupo puedan organizar su ataque. -La mirada de Morton era calma e inteligente. Tenía el aire de un hombre que luchaba por la buena causa. No parecía pensar que su afirmación requería una explicación-. Necesitaremos la ayuda de usted contra Kent. Están trayendo un material químico que nunca he visto. Hasta ahora, nuestros ventiladores lo han enviado de vuelta hacia ellos, pero están instalando sus propios ventiladores. Pero no sé si tendremos tiempo para derrotar a Leeth antes de que Kent intervenga con sus fuerzas.

El problema de Grosvenor también era el tiempo. Discretamente, se llevó la mano derecha a la muñeca izquierda y tocó el mecanismo que activaba las placas direccionales del adaptador. Apuntó las placas hacia Morton.

-Tengo un plan, director. Creo que podría servir contra el enemigo.

Librodot

Se interrumpió. Morton miraba hacia abajo.

-Ha traído un adaptador, y está encendido -dijo el director-. ¿Qué se propone?

La tensa reacción de Grosvenor cedió a la necesidad de una respuesta adecuada. Había tenido la esperanza de que Morton no estuviera familiarizado con los adaptadores encefálicos. Destruida esa esperanza, aún podía tratar de usar el instrumento, aunque sin la ventaja inicial de la sorpresa. Con voz tensa a pesar de sí mismo, dijo:

-De eso se trata. Quiero usar esta máquina. Morton titubeó.

-Por los pensamientos que entran en mi mente, deduzco que usted está transmitiendo... -Calló. Demostró interés-. Oiga, eso es bueno. Si usted quiere difundir la idea de que nos atacan alienígenas...

Se interrumpió. Frunció los labios. Entornó los ojos.

-El capitán Leeth ha intentado dos veces llegar a un trato conmigo -dijo-. Ahora fingiremos aceptar, y usted irá allá con su máquina. Atacaremos en cuanto usted nos dé la señal. -Y explicó con dignidad-: Comprenderá que no pensaría en tratar con Kent o el capitán Leeth salvo como un medio para la victoria. Espero que lo entienda.

Grosvenor encontró al capitán Leeth en la sala de control. El comandante lo saludó con envarada cordialidad.

-Esta lucha entre los científicos -declaró- ha puesto a los militares en una posición engorrosa. Tenemos que defender la sala de control y la sala de máquinas, y así cumplir nuestro deber ante el conjunto de la expedición. -Sacudió la cabeza gravemente-. Desde luego, no podemos permitir que ninguno de ellos gane. En definitiva, nosotros estamos dispuestos a sacrificarnos para impedir la victoria de cualquiera de ambos grupos.

Esta sorprendente explicación desconcertó a Grosvenor. Se había preguntado si el capitán Leeth era responsable de apuntar la nave directamente hacia el sol. Aquí tenía una confirmación parcial. La motivación del comandante parecía ser que la victoria de cualquier grupo que no fueran los militares era impensable. Con ese comienzo, bastaba un corto paso para convencerse de que era preciso sacrificar a toda la expedición.

Disimuladamente, Grosvenor apuntó las placas direccionales del adaptador al capitán Leeth. Ondas cerebrales, pulsaciones diminutas transmitidas del axón a la dendrita, de la dendrita al axón, siempre siguiendo una senda preestablecida y dependiente de asociaciones pasadas... era un proceso que funcionaba sin pausa entre los noventa millones de neuronas del cerebro humano. Cada célula estaba en su propio estado de equilibrio electrocoloidal, una intrincada maraña de tensión e impulso. Sólo gradualmente, a través de los años, se habían desarrollado máquinas que podían detectar el sentido del flujo de energía dentro del cerebro con cierto grado de precisión.

El primer adaptador encefálico era un descendiente indirecto del famoso electroencefalógrafo. Pero su función era inversa a la de ese primer aparato. Creaba ondas cerebrales artificiales de cualquier forma deseada. Un operador habilidoso podía estimular cualquier parte del cerebro, e invocar recuerdos del pasado del individuo. No era en sí mismo un instrumento de control. El sujeto conservaba su ego. Sin embargo, podía transmitir impulsos mentales de una persona a otra. Como los impulsos variaban según los pensamientos del emisor, el receptor era estimulado de manera muy flexible.

Sin reparar en la presencia del adaptador, el capitán Leeth no comprendió que sus pensamientos ya no le pertenecían del todo.

-El ataque de las imágenes contra la nave hace que la pelea entre los científicos sea una traición imperdonable -dijo. Hizo una pausa, y añadió pensativamente-: He aquí mi plan.

El plan implicaba proyectores térmicos, una aceleración que fatigara los músculos y el exterminio parcial de ambos grupos de científicos. El capitán Leeth ni siquiera mencionó a los alienígenas, y no parecía ocurrírsele que estaba describiendo sus intenciones a un emisario de lo que él consideraba el enemigo.

Librodot

-Sus servicios serán importantes, señor Grosvenor -concluyó-, en el campo de la ciencia. Como nexialista, con su conocimiento coordinado de muchas ciencias, usted puede cumplir un papel decisivo en la lucha contra los demás científicos...

Fatigado y descorazonado, Grosvenor desistió. El caos era demasiado grande para que lo resolviera un solo hombre. Por donde miraba había hombres armados. Había visto más de una veintena de cadáveres. En cualquier momento la precaria tregua entre el capitán Leeth y el director Morton terminaría en un estallido de fuego de proyectores. Aún ahora oía el rugido de los ventiladores mientras Morton resistía el ataque de Kent.

Suspiró, volviéndose hacia el capitán. -Necesitaré equipo de mi propio departamento. ¿Puede llevarme hasta los ascensores traseros? Puedo estar de vuelta en cinco minutos.

Minutos después, mientras entraba con su máquina por la puerta trasera de su departamento, Grosvenor pensó que ya no había dudas sobre lo que debía hacer. Lo que antes le había parecido una idea rebuscada ahora era el único plan que le quedaba.

Debía atacar a los alienígenas a través de su miríada de imágenes, con sus propias armas hipnóticas.

10

Grosvenor notó que Korita lo observaba mientras él hacía sus preparativos. El arqueólogo se acercó para mirar los instrumentos eléctricos que él adosaba al adaptador encefálico, pero no hizo preguntas. Parecía haberse recobrado totalmente de su experiencia.

Grosvenor transpiraba a chorros, pero no hacía calor. La temperatura ambiente era normal. Cuando finalizó su trabajo preliminar, comprendió que debía dejar de analizar su angustia. Simplemente, decidió, no sabía lo suficiente sobre el enemigo.

No bastaba con tener una teoría sobre su modo de operar. El gran misterio era un enemigo que tenía cuerpos y rostros curiosamente femeninos, algunos dobles, otros simples. Necesitaba un fundamento filosófico aceptable para la acción. Su plan necesitaba ese equilibrio que sólo el conocimiento podía darle.

-En términos de historia cíclica, ¿en qué etapa de su cultura podrían estar estos seres? -le preguntó a Korita.

El arqueólogo se sentó en una silla, frunció los labios.

-Dígame su plan -dijo.

El japonés palideció cuando Grosvenor se lo describió. Al fin hizo una pregunta casi irrelevante. -¿Cómo fue que usted pudo salvarme a mí, pero no a los demás?

-Pude asistirlo de inmediato. El sistema nervioso humano aprende por repetición. En su caso, el patrón lumínico no se había repetido tanto como en los demás.

-¿Existía algún modo de evitar este desastre? -preguntó sombríamente.

Grosvenor sonrió con desgana.

-El entrenamiento nexial pudo haberlo logrado, pues incluye condicionamiento hipnótico. Hay una sola protección segura contra la hipnosis, y consiste en tener el entrenamiento apropiado.

Interrumpió su explicación.

-Señor Korita, por favor responda a mi pregunta sobre la historia cíclica.

Una delgada línea de humedad surcó la frente del arqueólogo.

-Amigo mío, no esperará una generalización a estas alturas. ¿Qué sabemos sobre estos seres? Grosvenor gruñó por dentro. Admitía que era necesario deliberar, pero estaban perdiendo instantes vitales.

-Seres que pueden usar la hipnosis a distancia, como éstos, quizá puedan estimularse mutuamente la mente, así que tendríamos en forma natural la telepatía que los seres humanos sólo pueden obtener mediante el adaptador -dijo sin convicción. Se inclinó hacia adelante con repentino entusiasmo-: Korita, ¿qué efecto tendría en una cultura la capacidad de leer la mente sin ayuda artificial?

El arqueólogo se irguió.

-Pues usted tiene la respuesta, por cierto. La lectura mental detendría el desarrollo de una raza, así que ésta está en la etapa fellahin. -Miró con ojos brillantes al intrigado Grosvenor-. ¿No lo entiende? Esta capacidad para leer la mente de otros le haría creer que los conoce. A partir de ello, se desarrollaría un sistema de certezas absolutas. ¿Cómo se puede dudar cuando uno sabe? Esos seres dejarían rápidamente atrás las etapas primitivas de su cultura, y llegarían al período fellahin en el menor tiempo posible.

Con entusiasmo, mientras Grosvenor fruncía el entrecejo, describió cómo varias civilizaciones de la Tierra y la historia galáctica se habían agotado y estancado hasta llegar al período fellahin. El fellah temía la novedad y el cambio. Los fellahin no eran crueles como grupo, pero a causa de su pobreza con frecuencia desarrollaban cierta indiferencia por el sufrimiento de los individuos.

Cuando Korita hubo terminado, Grosvenor preguntó:

-¿Es posible que su temor al cambio explique el ataque contra nuestra nave?

-Quizá -respondió el arqueólogo con cautela. Hubo silencio. Grosvenor pensó que tendría que actuar como si el análisis general de Korita fuera correcto. No tenía ninguna otra hipótesis. Con esa teoría como punto de partida, podría tratar de obtener verificación a partir de una de las imágenes. Un vistazo al cronómetro lo puso tenso. Tenía menos de siete horas para salvar la nave. Apresuradamente, enfocó un haz de luz a través del adaptador encefálico. Con rápidos movimientos, puso una pantalla frente a la luz, de modo que una pequeña superficie del cristal quedó en sombras excepto por la luz intermitente que se proyectaba desde el adaptador.

Al instante apareció una imagen. Era una de esas imágenes parcialmente dobles, y gracias al adaptador pudo estudiarla sin peligro. Esta primera imagen nítida le asombró. Era vagamente humanoide. Pero era comprensible que su mente antes la hubiera identificado con una mujer. Su doble rostro superpuesto estaba coronado por un pulcro tocado de plumas doradas. Pero la cabeza, aunque ahora le parecía de pájaro, tenía cierta apariencia humana. No tenía plumas en la cara, que estaba cubierta por una tracería de algo que parecían venas. La apariencia humana derivaba del modo en que se habían agrupado esas marcas, evocando la forma de las mejillas y la nariz.

El segundo par de ojos y la segunda boca estaban dos pulgadas por encima del primero. Casi formaban una segunda cabeza que crecía literalmente a partir de la primera. También había un segundo par de hombros, con un doble par de brazos cortos que terminaban en manos y dedos bellamente delicados y asombrosamente largos. El efecto general seguía siendo femenino. Grosvenor pensó que los brazos y dedos de los dos cuerpos serían los primeros en separarse. Entonces el segundo cuerpo podría soportar su propio peso. Partenogénesis, pensó Grosvenor. Reproducción asexuada. El crecimiento de un retoño a partir de un cuerpo madre, y la separación final del nuevo individuo.

La imagen de la pared mostraba alas vestigiales. Racimos de plumas eran visibles en las «muñecas». La criatura usaba una túnica azul brillante sobre un cuerpo asombrosamente recto y superficialmente humanoide. Si había otros vestigios de un pasado plumífero, estaban

ocultos por la vestimenta. Era evidente que esa ave no volaba por sus propios medios. Korita habló primero, con tono de desaliento.

-¿Cómo le hará saber que usted está dispuesto a dejarse hipnotizar a cambio de información? Grosvenor no respondió con palabras. Se puso de pie e hizo un dibujo de la imagen y de sí mismo en una pizarra. Cuarenta y siete minutos y docenas de dibujos después, la imagen del ave se borró de la pared y fue reemplazada por una escena urbana. No era una comunidad numerosa, y su primera visión fue desde un punto de observación elevado. Avistó edificios altos y angostos, tan apiñados que las partes inferiores debían de estar sumidas en la oscuridad casi todo el día. Grosvenor se preguntó, de paso, si eso reflejaría los hábitos nocturnos de un pasado primitivo. Su mente se aceleró. Ignoró los edificios individuales en su afán de obtener una imagen general. Ante todo, deseaba averiguar cómo eran las máquinas de esa cultura, cómo se comunicaban, y si ésta era la ciudad desde donde se lanzaba el ataque contra la nave.

No veía máquinas, aviones ni automóviles. Tampoco había nada similar al equipo de comunicación interestelar que usaban los seres humanos, que en la Tierra requería estaciones que abarcaban muchas hectáreas de terreno. Parecía improbable, pues, que el ataque se originara en un lugar así.

Mientras realizaba este descubrimiento negativo, la vista cambió. Ya no estaba en una colina sino en un edificio, cerca del centro de la ciudad. Lo que tomaba esa perfecta imagen en color avanzó, y él miró hacia abajo. Le interesaba la escena general. Se preguntó cómo se la mostraban. La transición de una escena a otra se había logrado en un abrir y cerrar de ojos. Había pasado menos de un minuto desde que su ilustración en la pizarra les había hecho conocer su deseo de información.

Ese pensamiento, como los demás, fue veloz como un relámpago. Aun mientras lo tenía, miraba ávidamente hacia abajo por el flanco del edificio. El espacio que lo separaba de los edificios cercanos no parecía superior a tres metros. Pero ahora veía algo que no había visto desde la colina. Los edificios estaban unidos en todos los niveles por pasarelas de pocas pulgadas de anchura. Por ellas avanzaba el tráfico peatonal de la ciudad de las aves.

Debajo de Grosvenor, dos individuos se aproximaban por una estrecha pasarela. No parecía inquietarles que el suelo estuviera a treinta metros. Caminaban despreocupadamente. Cada cual movió la pierna externa para sortear al otro, la apoyó en la pasarela, arqueó la pierna interna, y siguieron de largo sin detenerse. En otros niveles otras criaturas realizaban las mismas maniobras intrincadas con la misma displicencia. Al observarlas, Grosvenor sospechó que tenían huesos delgados y huecos, y que eran de constitución ligera.

La escena volvió a cambiar una y otra vez. Pasó de un tramo de la calle al otro. Creyó ver todas las variantes posibles del estado reproductivo. En algunos casos era tan avanzado que las piernas, los brazos y la mayor parte del cuerpo estaban libres. En otros era como él lo había visto antes. Pero el peso del nuevo cuerpo nunca parecía afectar al progenitor.

Grosvenor trataba de echar un vistazo al opaco interior de un edificio cuando la imagen comenzó a borrarse de la pared. Poco después la ciudad había desaparecido por completo. En su lugar crecía la silueta doble. Los dedos de la silueta señalaban el adaptador encefálico. Su movimiento era inequívoco. Había cumplido su parte del trato. Era hora de que Grosvenor cumpliera la suya.

Era ingenuo que esperase semejante cosa. El problema era que Grosvenor no tenía más remedio. No tenía más alternativa que cumplir su obligación.

11

-Estoy calmo y relajado -dijo la voz grabada de Grosvenor-. Mis pensamientos son nítidos. Lo que veo no está necesariamente relacionado con aquello que miro. Lo que oigo puede no tener sentido para los centros de interpretación de mi cerebro. Pero he visto la ciudad de ellos tal como ellos la conciben. Sin importar si lo que veo y oigo tiene sentido, permanezco calmo, relajado, en paz...

Grosvenor escuchó cuidadosamente las palabras, se volvió hacia Korita.

-Ahí está -dijo simplemente.

Podría llegar un momento en que no oyera conscientemente el mensaje. Pero estaría allí. Sus patrones se grabarían con más firmeza en su mente. Sin dejar de escuchar, examinó el adaptador por última vez. Todo estaba tal como él lo quería.

-Fijaré la interrupción automática para cinco horas -le explicó a Korita-. Si usted empuja este interruptor -señaló una palanca roja-, puede liberarme antes de entonces. Pero hágalo sólo en caso de emergencia.

-¿A qué llama emergencia?

-Si nos atacan aquí. -Grosvenor titubeó. Le habría gustado programar una serie de interrupciones. Pero lo que estaba por hacer no era sólo un experimento científico. Era una apuesta de vida o muerte. Preparado para la acción, apoyó la mano en la perilla de control. Se detuvo.

Éste era el momento. Dentro de pocos segundos, la mente grupal de un pueblo de gente-pájaro estaría en posesión de partes de su sistema nervioso. Sin duda tratarían de controlarlo como controlaban a los demás hombres de la nave.

Estaba bastante seguro de que se enfrentaría con un grupo de mentes trabajando en conjunto. No había visto máquinas, ni siquiera un vehículo con ruedas, el más primitivo de los ingenios mecánicos. Por un breve tiempo, había pensado que usaban cámaras de televisión o algo similar. Ahora sospechaba que había visto la ciudad a través de los ojos de individuos. Para esas criaturas, la telepatía era un proceso sensorial tan agudo como la visión.. El poder mental masivo de millones de personas-pájaro podía atravesar años-luz de distancia. No necesitaban máquinas.

No veía el momento de ver el resultado de este intento de formar parte de esa mente colectiva. Escuchando el grabador, Grosvenor manipuló la perilla del adaptador encefálico y modificó levemente el ritmo de sus propios pensamientos. Tenía que modificarlo. Aunque hubiera querido, no podía ofrecer a los alienígenas una sintonía completa. En esas pulsaciones rítmicas estaba cada variación de la cordura, el delirio y la locura. Tenía que limitar su recepción a ondas que el gráfico de un psicólogo registraría como manifestaciones de cordura.

El adaptador las sobreimpuso en un haz de luz que a su vez brillaba directamente sobre la imagen. Si el individuo que estaba detrás de la imagen era afectado por el patrón de luz, aún no lo había demostrado. Grosvenor no esperaba pruebas directas, así que no quedó defraudado. Estaba convencido de que el resultado se manifestaría sólo en los cambios que se produjeran en los patrones que dirigían contra él. Y estaba seguro de que tendría que experimentarlos con su propio sistema nervioso.

Le costó concentrarse en la imagen, pero persistió. El adaptador comenzó a interferir marcadamente con su visión. Pero él aún fijaba los ojos en la imagen.

-Estoy calmo y relajado. Mis pensamientos están claros...

En un instante oía claramente estas palabras. De pronto desaparecieron, reemplazadas por el rugido de un trueno distante.

El ruido se disipó lentamente. Se convirtió en una palpitación pareja, como un murmullo en una gran caracola. Grosvenor reparó en una luz tenue. Estaba lejos y tenía la brumosa opacidad de una lámpara vista a través de una niebla espesa.

-Todavía estoy en control -se aseguró-. Estoy recibiendo impresiones sensoriales a través de su sistema nervioso. Ellos reciben impresiones a través del mío.

Podía esperar. Podía quedarse allí y esperar a que se despejara la oscuridad, hasta que su cerebro comenzara a hacer una interpretación de los fenómenos sensoriales que le estaban telegrafiando desde ese otro sistema nervioso. Podía quedarse allí y...

Se interrumpió. Aún se preguntaba qué hacía esa criatura. Se mantuvo concentrado, alerta. Oyó que una voz distante decía: «Sin importar si lo que veo y oigo tiene sentido, permanezco calmo, relajado...»

Empezó a picarle la nariz. Estas criaturas no tienen nariz, pensó; al menos yo no vi ninguna. Entonces es mi nariz, o una especulación al azar. Estiró el brazo para rascarse y sintió una punzada en el estómago. Se habría arqueado de dolor si hubiera podido. No podía. No podía rascarse la nariz. No podía apoyar las manos en el abdomen.

Comprendió que la picazón y el dolor no eran estímulos procedentes de su propio cuerpo. Tampoco tenían necesariamente un sentido concomitante en el sistema nervioso del otro. Dos formas de vida muy desarrolladas intercambiaban señales -Grosvenor esperaba que él también le enviara señales a ellos- que ninguno de ambos podía interpretar. Su ventaja era que él lo esperaba. El alienígena, si era fellah, y si la teoría de Korita era válida, no esperaba nada de eso. Con esa comprensión, Grosvenor podría adaptarse. La otra criatura sólo sentiría más confusión.

La picazón pasó. El dolor estomacal se convirtió en una sensación de saciedad, como si hubiera comido en exceso. Una aguja caliente le pinchó la espalda, escarbando cada vértebra. A medio camino, la aguja se convirtió en hielo, y el hielo se derritió y le recorrió la espalda en un goteo helado. Algo -¿una mano, una pieza de metal, un par de pinzas?le aferró un manojo de músculos del brazo y casi los arrancó de raíz. Mensajes de dolor aullaron en su mente. Casi perdió la conciencia.

Grosvenor era un hombre desgarrado cuando esa sensación se evaporó. Eran ilusiones. Estas cosas no ocurrían en su cuerpo ni en el cuerpo de la criatura pájaro. Su cerebro recibía un patrón de impulsos a través de los ojos, y los interpretaba mal. En semejante relación, el placer se podía convertir en dolor, cualquier estímulo podía producir cualquier sensación. No había esperado que los errores de interpretación fueran tan extremos.

Se olvidó de eso cuando algo blando y jugoso le acarició los labios. «Soy amado», dijo una voz. Grosvenor rechazó ese significado. No, no «amado». De nuevo, pensó, su cerebro trataba de interpretar fenómenos sensoriales de un sistema nervioso que experimentaba una reacción diferente de cualquier emoción humana comparable. Reemplazó conscientemente las palabras: «Soy estimulado por...» Dejó que esa sensación siguiera su curso. Al final, aún no sabía lo que había sentido. El estímulo no era desagradable. Sus papilas gustativas palpitaban con una sensación de dulzura. Evocó la imagen de una flor. Era un clavel adorable, rojo, terrícola, así que no podía tener ninguna relación con la flora del mundo de Rüm.

¡Rüm!, pensó. Su mente se irguió en tensa fascinación.

¿Eso le había llegado a través del abismo del espacio? De un modo irracional, el nombre parecía apropiado. Pero a pesar de lo que recibiera, una duda permanecería en su mente. No podía estar seguro.

Las últimas sensaciones habían sido agradables, pero él esperaba ansiosamente la próxima manifestación. La luz aún era borrosa y turbia. Una vez más le lagrimearon los ojos. Sintió una intensa picazón en los pies. La sensación pasó, dejándolo inexplicablemente afiebrado, aplastado por una sofocante falta de aire.

-¡Falso! -se dijo-. Nada de esto está ocurriendo. Los estímulos cesaron. De nuevo oyó ese ruido palpitante y parejo, vio el ubicuo borrón de luz. Empezaba a preocuparle. Era posible que su método fuera acertado y que, con el tiempo, pudiera ejercer cierto control sobre un individuo o un grupo enemigo. Pero no le sobraba tiempo. Cada segundo lo acercaba más a la destrucción personal. Allá afuera -aquí afuera (por un instante sintió confusión)-, en el espacio, una de las naves más grandes y costosas jamás construidas por el hombre devoraba los kilómetros a una velocidad incomprensible.

Sabía qué partes del cerebro le estaban estimulando. Oía ruido sólo cuando zonas sensibles del flanco del córtex recibían sensaciones. La superficie cerebral que había encima de la oreja, al ser estimulada, producía sueños y viejos recuerdos. Asimismo, cada parte del cerebro humano se había cartografiado tiempo atrás. La localización exacta de las zonas de estímulo difería levemente en cada individuo, pero la estructura general siempre era la misma entre los humanos.

El ojo humano normal era un mecanismo bastante objetivo. El cristalino proyectaba una imagen real en la retina. A juzgar por las imágenes de la ciudad, tal como las habían transmitido las gentes de Riim, ellos también poseían ojos objetivamente precisos. Si él lograba coordinar sus centros visuales con los ojos de ellos, recibiría imágenes confiables.

Transcurrieron más minutos. ¿Es posible que me pase estas cinco horas, pensó con repentina angustia, sin establecer un contacto útil? Por primera vez, cuestionó la sensatez de haberse entregado tan completamente a esta situación. Cuando trataba de apoyar la mano en la palanca de control del adaptador, nada parecía ocurrir. Surgían varias sensaciones pasajeras, entre ellas el olor inconfundible de la goma quemada.

Por tercera vez le lagrimearon los ojos. Y entonces llegó una imagen clara y nítida. Desapareció tan súbitamente como había aparecido. Pero para Grosvenor, entrenado con técnicas taquistoscópicas avanzadas, el recuerdo de la imagen permaneció tan vívido como si la hubiera examinado largo tiempo.

Parecía estar en uno de esos edificios altos y estrechos. El interior estaba borrosamente iluminado por los reflejos de luz solar que entraban por las puertas abiertas. No había ventanas. En vez de pisos, el lugar tenía pasarelas. Había criaturas-pájaro sentadas en las pasarelas. En las paredes había muchas puertas que indicaban la existencia de armarios y almacenes.

La visualización lo entusiasmó y lo perturbó. Quizá estableciera una relación con esta criatura, y fuera afectado por su sistema nervioso, mientras él afectaba el de ella. Quizá llegara al punto en que pudiera oír con los oídos de ella, ver con sus ojos, sentir hasta cierto punto lo que ella sentía. Éstas eran sólo impresiones sensoriales.

¿Podía aspirar a franquear el abismo e inducir respuestas motrices en los músculos de la criatura? ¿Podría obligarla a caminar, mover la cabeza, agitar los brazos, dominar su cuerpo? El ataque contra la nave era obra de un grupo que trabajaba en conjunto, pensaba en conjunto, sentía en conjunto. Si lograba controlar a un miembro del grupo, ¿podría controlarlos a todos?

Su visión momentánea debía de haber llegado por los ojos de un individuo. Lo que había experimentado hasta el momento no sugería ningún contacto grupal. Era como un hombre encerrado en una habitación oscura, con un agujero en la pared cubierto por capas de material traslúcido. A través del agujero se filtraba una luz borrosa. En ocasiones, algunas imágenes penetraban el borrón y él tenía atisbos del mundo exterior. Podía estar bastante seguro de que las imágenes eran precisas. Pero eso no se aplicaba a los sonidos que venían por otro agujero de una pared lateral, ni a las sensaciones que le llegaban por otros agujeros del cielo raso y del piso.

Los seres humanos podían oír frecuencias de hasta veinte mil vibraciones por segundo. Allí era donde algunas razas comenzaban a oír. Bajo hipnosis, era posible condicionar a los

hombres para reír a carcajadas mientras los torturaban, y aullar de dolor cuando les hacían cosquillas. Un estímulo que significara dolor para una forma de vida podía no significar nada para otra.

Mentalmente, Grosvenor dejó escapar las tensiones. No le quedaba más alternativa que relajarse y esperar.

Esperó.

Pronto pensó que quizá hubiera una conexión entre sus pensamientos y las sensaciones que recibía. Esa imagen del interior del edificio... ¿qué había pensado antes de recibirla? Ante todo, recordó, había visualizado la estructura del ojo.

La conexión era tan obvia que su mente tembló de emoción. Y había algo más. Hasta ahora se había concentrado en el concepto de ver y sentir con el sistema nervioso del individuo. Pero el logro de sus esperanzas dependía de que estableciera contacto con el grupo de mentes que había atacado la nave y atinara a controlarlo.

De pronto vio que su problema exigía el control de su propio cerebro. Tendría que anular ciertas zonas, mantenerlas a un nivel de desempeño mínimo. Otras debían ser extremadamente sensibles, para que todas las sensaciones entrantes pudieran expresarse más fácilmente a través de ellas. Como un sujeto autohipnótico altamente entrenado, podía lograr ambos objetivos mediante la sugestión.

La visión era lo primero. Luego el control muscular del individuo a través del cual el grupo trabajaba contra él.

Relámpagos de luz de color interrumpieron su concentración. Grosvenor los consideró prueba de la efectividad de sus sugestiones. Y supo que estaba en la buena senda cuando su visión se despejó de pronto, y se mantuvo despejada.

La escena era la misma. Su control aún estaba en una de las pasarelas del interior de ese alto edificio. Esperando fervientemente que la visión no se disipara, Grosvenor comenzó a concentrarse en mover los músculos del riim.

El problema era que la explicación definitiva de por qué se producía un movimiento era oscura. Su visualización no podía incluir en detalle los millones de reacciones celulares que permitían alzar un dedo. Se concentró en una extremidad entera. Nada sucedió. Frustrado pero resuelto, Grosvenor probó con hipnosis simbólica, usando una sola palabra clave para cubrir el complejo proceso.

Lentamente, uno de esos brazos delgados se alzó. Otra palabra clave, y el riim se levantó despacio. Grosvenor le obligó a mover la cabeza. Con el acto de mirar, la criatura-pájaro recordó que esa gaveta y ese armario eran «míos». El recuerdo apenas rozó el nivel consciente. La criatura conocía sus pertenencias y lo aceptaba sin preocupación.

A Grosvenor le costaba combatir su euforia. Con tensa paciencia, logró que la criatura-pájaro se levantara, alzara los brazos, los bajara y caminara por la pasarela. Al fin la obligó a sentarse.

Debía de estar plenamente sintonizado, con el cerebro sensible a la menor sugestión, porque apenas comenzaba a concentrarse de nuevo cuando todo su ser fue inundado por un mensaje que parecía afectar a cada nivel de sus pensamientos y sentimientos. Más o menos automáticamente, Grosvenor tradujo los angustiados pensamientos a expresiones verbales conocidas.

-Las células llaman, llaman. Las células tienen miedo. ¡Oh, las células conocen el dolor! Hay oscuridad en el mundo Riim. Retírate de ese ser que está lejos de Riim... Sombras, tinieblas, turbulencia... Las células deben rechazarlo... pero no pueden. Tenían razón al tratar de ser amigables con el ser que surgió de la gran oscuridad, pues no sabían que era un enemigo... La noche se ahonda. Todas las células se retiran... Pero no pueden...

Amigables, pensó Grosvenor con un respingo. También congeniaba. Comprendió, en forma pesadillesca, que todo lo que había sucedido hasta ahora se podía explicar tan

fácilmente de un modo como del otro. Consternado, comprendió la gravedad de la situación. Si la catástrofe que ya había ocurrido a bordo de la nave era producto de un errado e ignorante intento de comunicación amistosa, ¿qué daños podrían causarles si fueran hostiles?

El problema de él era mayor que el de ellos. Si él interrumpía la conexión, quedarían en libertad. Pero eso podía significar un ataque. Al eludirlo a él, quizá realmente intentaran destruir el Beagle Espacial.

No le quedaba más remedio que continuar con su plan, con la esperanza de que ocurriera algo que él pudiera volcar a su favor.

12

Primero se concentró en lo que parecía la etapa intermedia más lógica, la transferencia del control a otro alienígena. La elección, en el caso de esos seres, era obvia.

-¡Soy amado! -se dijo, induciendo deliberadamente la sensación que antes lo había confundido-. Soy amado por mi cuerpo progenitor, desde el cual crezco hacia la plenitud. Comparto los pensamientos de mi progenitor, pero ya veo con mis propios ojos, y sé que soy parte de un grupo...

La transición fue abrupta, como Grosvenor había esperado. Movió los dedos más pequeños, los duplicados. Arqueó los ágiles hombros. Luego se concentró en el riim progenitor. El experimento fue tan satisfactorio que se sintió preparado para el gran salto que lo pondría en asociación con el sistema nervioso de un alienígena más distante.

Y también eso resultó ser cuestión de estimular los centros cerebrales adecuados. Grosvenor recobró la conciencia en medio de un páramo de matorrales y cerros. Frente a él había un arroyo angosto. Más allá, un sol anaranjado flotaba en un cielo purpúreo salpicado de nubes algodonosas. Grosvenor hizo que su nuevo control diera la vuelta. Vio un pequeño edificio en una arboleda, corriente abajo. Era el único habitáculo visible. Caminó hacia él y miró adentro. En el opaco interior distinguió varias pasarelas, y en una había dos pájaros sentados. Ambos tenían los ojos cerrados.

Era muy posible, pensó, que estuvieran participando en el asalto grupal contra el Beagle Espacial. A partir de entonces, mediante una variación del estímulo, transfirió su control a un individuo que estaba en una parte del planeta donde era de noche. Esta vez la transición fue aún más rápida. Estaba en una ciudad sin luces, con edificios fantasmales y pasarelas. Grosvenor se asoció rápidamente con otros sistemas nerviosos. No entendía muy bien por qué el contacto se establecía con un riim y no con otro, aunque cumpliera los mismos requisitos generales. Quizá el estímulo afectara a algunos individuos más rápidamente que a otros. Incluso era posible que fueran descendientes o parientes del control original. Cuando estuvo asociado con más de una veintena de riim en todo el planeta, Grosvenor pensó que tenía una buena impresión general.

Era un mundo de ladrillo, piedra y madera, con una relación neurológica comunitaria que quizá nunca pudiera ser superada. Así esa raza había sorteado la época maquinal del hombre, con su penetración en los secretos de la materia y la energía. Pensó que ahora podía dar el penúltimo paso de su contraataque sin peligro.

Se concentró en un patrón que caracterizaría a uno de los seres que había proyectado una imagen al Beagle Espacial. Luego tuvo la sensación de un breve pero perceptible período

de tiempo. Y luego... Estaba mirando desde una de las imágenes, viendo la nave a través de una imagen.

Su primer interés era el desarrollo de la batalla. Pero tenía que contener su afán de saber, porque venir a bordo era sólo parte de su precondicionamiento necesario. Quería afectar a un grupo de quizá millones de individuos. Tenía que afectarlos tan profundamente que debieran retirarse del Beagle Espacial y no tuvieran más opción que permanecer alejados.

Había demostrado que podía recibir sus pensamientos y que ellos podían recibir los suyos. Su asociación con un sistema nervioso tras otro no habría sido posible en caso contrario.

Así que ahora estaba preparado. Proyectó sus pensamientos a la oscuridad.

-Vosotros habitáis un universo. Dentro de vosotros, formáis imágenes de ese universo tal como se os aparece. Y nada sabéis de ese universo, y nada podéis saber, salvo por las imágenes. Pero las imágenes del universo que hay dentro de vosotros no son del universo...

¿Cómo influir sobre una mente ajena? Alterando sus supuestos. ¿Cómo alterar los actos ajenos? Alterando sus creencias básicas, sus certidumbres emocionales.

Grosvenor continuó:

-Y las imágenes que hay dentro de vosotros no muestran todo el universo, pues hay muchas cosas que no podéis conocer directamente, pues no tenéis sentidos para ello. Dentro del universo hay un orden. Y si el orden de las imágenes que hay dentro de vosotros no es como el orden del universo, entonces os engañáis...

En la historia de la vida, pocos seres pensantes habían hecho algo ilógico... dentro de su marco de referencia. Si el marco tenía una base falsa, si los supuestos no se correspondían con la realidad, la lógica automática del individuo podía llevarlo a conclusiones desastrosas.

Era preciso cambiar las premisas. Grosvenor las cambió, resuelta, fría y francamente. La hipótesis básica que lo guiaba era que los riim no tenían defensa. Eran las primeras ideas nuevas que recibían en un sinfín de generaciones. El impacto sería colosal. Ésta era una civilización fellah, arraigada en certidumbres que nunca se habían cuestionado. Había muchas pruebas históricas de que un intruso diminuto podía influir decisivamente sobre el futuro de las razas fellahin.

Unos miles de ingleses habían derrumbado la vieja India. Análogamente, todos los pueblos fellahin de la antigua Tierra fueron dominados fácilmente, y no revivieron hasta que el núcleo de sus actitudes inflexibles quedó despedazado por la comprensión de que la vida era más compleja de lo que les habían enseñado sus rígidos sistemas.

Los riim eran particularmente vulnerables. Su método de comunicación, aunque singular y prodigioso, permitía influir sobre todos ellos en una sola e intensa operación. Una y otra vez Grosvenor repitió el mensaje, añadiendo cada vez una instrucción que se relacionaba con la nave. La instrucción era: «Cambiad el patrón que estáis usando contra la nave, y retiradlo. Cambiad el patrón, para que ellos puedan relajarse y dormir, y retiradlo. Vuestra acción amistosa causó grandes daños a la nave. Nosotros también somos vuestros amigos, pero vuestra manera de expresar la amistad nos ha dañado.»

Sólo tenía una vaga idea de por cuánto tiempo volcó órdenes en ese tremendo circuito neural. Calculó que unas dos horas. Sin importar cuánto fuera, terminó cuando el interruptor del adaptador cortó automáticamente la conexión entre Grosvenor y la imagen de la pared de su departamento.

De pronto despertó en un entorno familiar. Miró el lugar donde antes estaba la imagen. Había desaparecido. Echó una rápida ojeada a Korita. El arqueólogo estaba profundamente dormido en su silla.

Grosvenor se sentó espasmódicamente, recordando la instrucción que había impartido: relajar y dormir. Éste era el resultado. Los hombres estarían durmiendo en toda la nave.

Librodot

Deteniéndose sólo para despertar a Korita, Grosvenor enfiló hacia el corredor. Mientras corría, vio hombres inconscientes por todas partes, pero notó que las brillantes paredes estaban despejadas. No vio una sola imagen en su viaje hasta la sala de control.

Dentro de la sala de control, caminó con cuidado sobre el dormido capitán Leeth, que estaba tendido en el piso cerca del tablero. Con un suspiro de alivio, movió el interruptor que activaba la pantalla externa de la nave.

Segundos después, Elliott Grosvenor estaba en la silla de control, alterando el curso del Beagle Espacial.

Antes de irse de la sala de control, puso un mecanismo de tiempo en el dispositivo de guía y lo fijó para diez horas. Precaviéndose así contra la posibilidad de que alguno de esos hombres se despertara con ánimo suicida, se dirigió al corredor y comenzó a prestar asistencia médica a los heridos.

Todos sus pacientes estaban inconscientes, así que tuvo que evaluar su estado por intuición. No corrió riesgos. Si la respiración trabajosa indicaba shock, les daba plasma. Si veía heridas peligrosas, inyectaba drogas específicas para el dolor y aplicaba emplastos para las quemaduras y los cortes. Siete veces -ahora con la ayuda de Korita- cargó cadáveres en grúas y los llevó a cámaras de resurrección. Cuatro revivieron. Después de eso quedaron treinta y dos muertos que Grosvenor, tras examinarlos, ni siquiera intentó revivir.

Aún estaban cuidando a los heridos cuando un geólogo despertó, bostezó y gruñó consternado. Grosvenor sospechó que había experimentado un borbotón de recuerdos, y miró cautelosamente mientras el hombre se levantaba y se acercaba.

El técnico miró intrigado a Korita y Grosvenor, y al fin dijo:

-¿Puedo ayudar?

Pronto varios hombres ayudaban, con tensa concentración y algunas palabras que demostraban conciencia de la locura temporaria que había causado semejante pesadilla de muerte y destrucción.

Grosvenor no supo que el capitán Leeth y el director Morton habían llegado hasta que vio a uno de ellos hablando con Korita. Poco después Korita se alejó, y los dos dirigentes se acercaron a Grosvenor y lo invitaron a una reunión en la sala de control. Morton le palmeó la espalda en silencio. Grosvenor se había preguntado si recordarían. La amnesia espontánea era un fenómeno hipnótico común. Sin sus propios recuerdos, resultaría muy difícil explicarles convincentemente lo que había ocurrido.

Sintió alivio cuando el capitán Leeth dijo:

-Señor Grosvenor, al recordar el desastre, tanto el director Morton como yo quedamos asombrados de su intento de avisarnos de que éramos víctimas de un ataque externo. El señor Korita nos ha contado que fue testigo de sus actos. Quiero que cuente a los jefes de departamento aquí presentes qué sucedió. Necesitó más de una hora para hacer un relato ordenado. Cuando Grosvenor hubo concluido, un hombre dijo:

-¿Debo entender que realmente fue un intento de comunicación amistosa?

Grosvenor asintió. -Me temo que sí.

-¿Quiere decir que no podemos ir allá y destrozarlos a bombazos? -preguntó el otro con irritación.

-No serviría de nada -respondió Grosvenor con firmeza-. Podríamos acercarnos a ellos y establecer un contacto más directo.

-Llevaría demasiado tiempo, y tenemos una larga distancia que recorrer -intervino el capitán Leeth. Añadió con voz amarga-: Parece ser una civilización bastante obtusa.

Grosvenor titubeó. Antes de que él pudiera hablar, el director Morton le preguntó:

-¿Qué opina sobre eso, Grosvenor?

-Supongo que el comandante se refiere a la falta de ingenios mecánicos. Pero los organismos vivientes pueden tener satisfacciones que no requieren máquinas: comida y

Librodot

bebida, la compañía de los amigos y los seres queridos. Yo sugiero que estas gentes-pájaro encuentran liberación emocional en el pensamiento comunitario y su método de propagación. Hubo un tiempo en que el hombre era poco más que eso, pero lo llamaba civilización, y en aquellos días hubo grandes hombres, así como ahora.

-Aun así -comentó irónicamente el físico Von Grossen-, usted no vaciló en alterar ese modo de vida. Grosvenor conservó la calma.

-No es aconsejable que los pájaros o los hombres vivan una existencia demasiado especializada. Yo vencí su resistencia a las ideas nuevas, algo que aún no he logrado a bordo de esta nave.

Varios hombres rieron y la reunión se disolvió. Después Grosvenor vio que Morton le hablaba a Yemens, el único hombre presente del departamento de química. El químico -que ahora era el segundo de Kent- frunció el entrecejo y sacudió la cabeza varias veces... al fin habló largamente, y él y Morton se dieron la mano.

Morton se acercó a Grosvenor y dijo en voz baja:

-El departamento de química sacará su equipo de su sala en un plazo de veinticuatro horas, a condición de que no se haga nueva referencia al incidente. El señor Yemens...

-¿Qué piensa Kent de esto? -interrumpió Grosvenor.

Morton titubeó.

-Recibió una descarga de gas -dijo al fin-, y permanecerá en cama varios meses.

-Pero -objetó Grosvenor- eso nos llevará más allá de las fechas de las elecciones.

Una vez más Morton vaciló antes de responder.

-En efecto. Eso significa que yo ganaré las elecciones sin dificultad, pues Kent era el único candidato opositor.

Grosvenor guardó silencio, evaluando la situación. Era bueno saber que Morton continuaría su gestión. ¿Pero qué pasaba con todos los hombres disconformes que habían respaldado a Kent?

Morton continuó antes de que Grosvenor pudiera hablar.

-Quiero pedirle un favor personal, Grosvenor. Convencí a Yemens de que sería imprudente continuar con el ataque de Kent contra usted. En bien de la paz, me gustaría que usted guardara silencio. No intente explotar su victoria. Admita sin rodeos que fue resultado del accidente, si le preguntan, pero no saque el tema a colación. ¿Me lo promete?

Grosvenor se lo prometió.

-Me pregunto si puedo hacer una sugerencia -añadió.

-Adelante.

-¿Por qué no nombrar a Kent como reemplazo? Morton lo estudió con ojos entornados. Parecía desconcertado.

-Es una sugerencia que no había esperado de usted -dijo al fin-. Personalmente, no tengo gran interés en elevar la moral de Kent.

-No es la de Kent-dijo Grosvenor.

Esta vez Morton guardó silencio. Al fin dijo lentamente:

-Supongo que aliviaría las tensiones.

Pero aún parecía reacio.

-Parece que su opinión de Kent es igual que la mía -dijo Grosvenor.

Morton rió secamente.

-Hay muchos hombres a bordo a quienes preferiría nombrar directores, pero en aras de la paz seguiré su sugerencia.

Se despidieron, Grosvenor con sentimientos más ambiguos de los que había manifestado. Era una conclusión insatisfactoria del ataque de Kent. Grosvenor tenía la sensación de que, al echar al departamento de química de sus aposentos, había ganado una

escaramuza y no una batalla. No obstante, desde su punto de vista, era la mejor solución para lo que habría sido un feroz combate.

13

Ixtl se tendió inmóvil en la noche ilimitada. El tiempo se arrastraba hacia la eternidad, y el espacio era insondablemente negro. En la inmensidad fulguraban gélidos borrones de luz. Sabía que cada cual era una galaxia de estrellas ardientes, reducidas por increíbles distancias a relucientes remolinos de niebla. Allá había vida, proliferando en la miríada de planetas que giraban sin cesar alrededor de sus soles. De la misma manera, la vida una vez había surgido del lodo primordial del antiguo Glor, antes que una explosión cósmica destruyera a su poderosa raza y arrojara su cuerpo a los abismos intergalácticos.

Él vivía, ésa era su catástrofe personal. Tras sobrevivir al cataclismo, su cuerpo casi indestructible se mantenía en un estado de creciente debilidad gracias a la energía lumínica que impregnaba el espacio y el tiempo. En su cerebro palpitaba el viejo pensamiento de siempre. Pensaba que había una probabilidad contra billones de que alguna vez regresara a un sistema galáctico. Y había probabilidades aún más infinitesimales, en ese caso, de que cayera en un planeta y encontrara un precioso guul.

Un trillón de veces ese pensamiento lo había llevado a la misma conclusión. Ahora era parte de él. Era como una película interminable rodando ante el ojo de su mente. Junto con esos remotos y rutilantes mechones en ese abismo de negrura, constituía el mundo donde él existía. Casi había olvidado el extenso campo de sensibilidad que mantenía su cuerpo. En tiempos pasados ese campo había sido realmente vasto, pero ahora sus poderes declinaban y no recibía señales que estuvieran a más de pocos años-luz.

No esperaba nada, así que el primer estímulo de la nave apenas lo afectó. Energía, dureza, materia. Esa vaga percepción sensorial se hundió en su cerebro adormecido. Provocó un dolor viviente, como si un músculo en desuso fuera obligado a moverse.

El dolor se disipó. El pensamiento se evaporó. Su cerebro regresó a su sopor milenario. Volvió a vivir en el viejo mundo de desesperanza y brillantes manchas de luz en un espacio negro. La sola idea de energía y materia se convirtió en un sueño evanescente. Un rincón remoto de su mente, un poco más alerta, observó cómo se alejaba, observó cómo las sombras del olvido extendían sus envolventes pliegues de niebla, procurando sofocar la borrosa conciencia que había tenido esa chispa de existencia angustiosa y efímera.

Y luego, una vez más... más fuerte, más nítido, el mensaje relampagueó desde una frontera remota de su campo. Su largo cuerpo se convulsionó en un movimiento reflejo. Extendió los cuatro brazos, retrajo las cuatro patas con fuerza ciega e irracional. Era una reacción muscular.

Sus ojos deslumbrados recobraron el foco. Su visión aturdida despertó. Aquella parte del sistema nervioso que controlaba el campo realizó su primer acto desestabilizador. En un relámpago de tremendo esfuerzo, lo desvió de aquellos miles de millones de kilómetros cúbicos de donde no llegaba ninguna señal para concentrar sus fuerzas en un intento de localizar la zona de mayor estímulo.

Mientras procuraba localizarlo, el objeto se desplazó una gran distancia. Por primera vez pensó en él como una nave que volaba de una galaxia a otra. Por un instante sintió el

espantoso temor de que se alejara antes de que él pudiera detectarla, y que perdiera contacto para siempre antes de poder hacer nada.

Dejó que el campo se extendiera levemente, y sintió el impacto cuando recibió una vez más el inequívoco aguijonazo de materia y energía alienígena. Esta vez se aferró a ella. Lo que había sido su campo se convirtió en un haz que concentraba toda la energía de su cuerpo debilitado.

Por ese haz compacto, extrajo tremendos chorros de energía de la nave. Había millones de veces más energía de la que él podía manejar. Tenía que desviarla de sí mismo, descargarla en la oscuridad y la distancia. Pero, como una sanguijuela monstruosa, se extendió cuatro, cinco, diez años-luz, y succionó la potencia de la gran nave.

Tras milenios de sobrevivir a duras penas con frágiles dardos de energía lumínica, no se atrevía a tratar de manipular esa potencia colosal. La vastedad del espacio absorbía el flujo como si nunca hubiera existido. Aquello que él se permitió recibir devolvió la vida a su cuerpo. Con salvaje intensidad, comprendió que era una gran oportunidad. Frenéticamente, ajustó su estructura atómica y se dejó llevar a lo largo del haz.

A lo lejos, la nave -en ese momento con el motor apagado, pero arrastrada por la inercia- siguió de largo y empezó a alejarse. Se alejó uno, dos, tres años-luz. Con negra desesperación, Ixtl comprendió que escaparía a pesar de todos sus esfuerzos. Entonces...

La nave se detuvo. En pleno vuelo. Un instante antes se deslizaba a muchos años-luz por día. De pronto se detuvo en el espacio, con su impulso inhibido y transformado. Aún estaba a enorme distancia, pero ya no sé alejaba.

Ixtl sospechó lo que ocurría. Los tripulantes de la nave habían reparado en su interferencia y se detenían a averiguar qué había ocurrido y por qué. Su método de desaceleración instantánea sugería una ciencia muy avanzada, aunque él no atinaba a deducir qué técnica de antiaceleración habían usado. Había varias posibilidades. Él mismo se proponía detenerse convirtiendo su velocidad en acción electrónica dentro del cuerpo. Durante ese proceso se perdería muy poca energía. Los electrones de cada átomo acelerarían levemente, y así la velocidad microscópica se transformaría en movimiento en el nivel microscópico.

En ese nivel detectó súbitamente que la nave estaba cerca.

Entonces ocurrieron varias cosas, que se sucedieron con tanta celeridad que no le dejaron pensar. La nave proyectó una impenetrable pantalla de energía. La concentración de tanta energía activó los repetidores automáticos que él había instalado en su cuerpo. Eso lo detuvo una fracción de segundo antes de lo que se proponía. En términos de distancia, eso significaba cincuenta kilómetros.

Veía la nave como un punto de luz en la negrura. La pantalla aún estaba activada, lo cual significaba, quizá, que sus tripulantes no podían detectarlo y que él ya no tendría esperanzas de llegar a la nave. Supuso que los delicados instrumentos de a bordo habían detectado su aproximación, lo habían identificado como un proyectil y habían activado la pantalla defensiva.

Ixtl se acercó a la barrera casi invisible. Allí, separado de la realización de sus esperanzas, miró vorazmente la nave. Estaba a menos de cincuenta metros, un monstruo de metal redondo y oscuro, tachonado con hileras de luces refulgentes como diamantes. El navío espacial flotaba en la negrura aterciopelada, reluciendo como una joya inmensa, quieto pero viviente, dotado de desbordante vitalidad. Traía una nostálgica y vívida evocación de mil planetas lejanos y una vida indómita y pujante que había llegado a las estrellas y las había conquistado. Y -a pesar de la frustración de ese momento- traía esperanza.

Hasta entonces había tenido que hacer tantas cosas que apenas había comprendido lo que significaría entrar a bordo. Su ánimo, reducido durante siglos a una abrumadora

Librodot

desesperación, se elevó desaforadamente. Sus patas y sus brazos relucían como lenguas de fuego viviente mientras caracoleaban bajo la luz ardiente de las portillas. Su boca, un

tajo en esa caricatura de cabeza humana, expulsaba una espuma blanca que flotaba en glóbulos escarchados. Su esperanza creció tanto que se diluyó, y su visión se borroneó. A través del borrón, vio una reluciente venilla de luz que formaba un bulto circular en la superficie metálica de la nave. El bulto se convirtió en una enorme puerta que rotó para abrirse y se inclinó a un costado. Un resplandor se derramó por la abertura.

Hubo una pausa, y luego aparecieron varias criaturas bípedas. Usaban una armadura casi transparente, y empujaban o guiaban grandes máquinas flotantes. Las máquinas se concentraron alrededor de una zona pequeña de la superficie de la nave. Desde lejos, las llamas que emitían parecían pequeñas, pero su deslumbrante fulgor indicaba un enorme calor o bien una titánica concentración de otra radiación. Lo que era obviamente una tarea de reparación continuó con alarmante celeridad.

Frenéticamente, Ixtl palpó la pantalla que le impedía el acceso a la nave, buscando puntos débiles. No encontró ninguno. La fuerza era demasiado compleja, sus alcances demasiado amplios, para los recursos que él pudiera reunir contra ella. La había detectado a distancia. Ahora enfrentaba su realidad.

La tarea -Ixtl vio que habían quitado un grueso tramo de pared externa para reemplazarlo por nuevo material- terminó tan prontamente como había empezado. El fulgor incandescente de los soldadores murió en la oscuridad con un chisporroteo. Destrabaron las máquinas, las empujaron hacia la abertura, las metieron adentro y se perdieron de vista. Los seres bípedos las siguieron. La vasta y curva planicie de metal quedó tan desierta como el espacio.

La sorpresa perturbó a Ixtl. No podía dejarlos escapar ahora, cuando el universo entero estaba a su alcance... a pocos metros de distancia. Extendió los brazos, como si pudiera retener la nave sólo con su afán. Un dolor lento y rítmico palpitaba en su cuerpo. Su mente cayó en un negro pozo de desesperación, pero se detuvo antes de la zambullida final.

La gran puerta giraba lentamente. Un ser solitario atravesó el anillo de luz y corrió hacia la zona que acababan de reparar. Recogió algo y se dirigió hacia la cámara estanca abierta. Aún estaba a cierta distancia cuando vio a Ixtl.

Se detuvo como si lo hubieran golpeado. Es decir, se detuvo con un tambaleo. Bajo el fulgor de las portillas, su rostro era claramente visible por el traje transparente. Tenía los ojos desorbitados, la boca abierta. Parecía aferrarse a sí mismo. Movía los labios rápidamente. Un minuto después, la puerta volvió a rotar. Se abrió, y un grupo de esos seres salió para mirar a Ixtl. Debió seguir una discusión, pues movían los labios irregularmente, primero uno, después el otro.

Al poco tiempo, sacaron una gran jaula de metal por la cámara estanca. Había dos hombres sentados sobre ella, y parecía desplazarse con energía propia. Ixtl supuso que pretendían capturarlo.

Curiosamente, no sintió euforia. Era como si lo afectara una droga, arrastrándolo a un abismo de agotamiento. Pasmado, trató de combatir el creciente sopor. Necesitaría toda su lucidez si quería que su raza, que había llegado al umbral del máximo conocimiento, viviera de nuevo.

14

-¿Cómo es posible que algo viva en el espacio intergaláctico?

La voz, tensa e irreconocible, llegó por el comunicador del traje espacial de Grosvenor mientras él esperaba con los demás cerca de la cámara estanca. Le parecía que esa pregunta creaba un lazo más estrecho en ese pequeño grupo de hombres. Para él, la proximidad de los otros no era suficiente. Era demasiado consciente de la noche impalpable pero inconcebible que los rodeaba, apretando las ardientes portillas.

Por primera vez desde el inicio del viaje, la inmensidad de esas tinieblas afectó a Grosvenor. Las había mirado con tanta frecuencia desde el interior de la nave que se había vuelto indiferente. Pero ahora era súbitamente consciente de que las fronteras estelares más remotas para el hombre eran apenas un punto en esa negrura que se extendía millones de años-luz hacia todas partes.

La voz del director Morton llegó a través del turbado silencio.

-Llamando a Gunlie Lester dentro de la nave... Gunlie Lester...

Hubo una pausa. -¿Sí, director?

Grosvenor reconoció la voz del jefe del departamento de astronomía.

-Gunlie -continuó Morton-, aquí hay algo para su cerebro astromatemático. Por favor, díganos qué probabilidades había de que los impulsores del Beagle fallaran en el mismo punto del espacio donde flotaba esa cosa. Tómese unas horas para calcularlo.

Las palabras dieron nuevo dramatismo a la situación. Era típico de Morton, un matemático, permitir que otro hombre llevara la voz cantante en un campo donde él mismo era un maestro.

El astrónomo se echó a reír.

-No tengo que hacer ningún cálculo -dijo luego con seriedad-. Se necesitaría un nuevo sistema de notación para expresar el cambio aritméticamente. Matemáticamente hablando, esto es imposible. Aquí estamos nosotros, un grupo de seres humanos, que se detiene a hacer reparaciones a mitad de camino entre dos galaxias... la primera vez que enviamos una expedición fuera de nuestro universo isla. Aquí estamos, pues, un punto diminuto que se cruza con la senda de otro punto diminuto. Es imposible, a menos que el espacio esté saturado de estas criaturas.

Grosvenor pensó que había una explicación mucho más plausible. Los dos hechos podían estar en una simple relación de causa y efecto. Habían abierto un enorme boquete en la pared de la sala de máquinas. Torrentes de energía se habían derramado en el espacio. Se habían detenido para reparar los daños. Entreabrió los labios para decirlo, pero los cerró. Había otro factor, el factor de fuerzas y probabilidades implícitas en ese supuesto. ¿Cuánta potencia se necesitaría para succionar en pocos minutos la energía saliente de una pila? Pensó brevemente en la fórmula pertinente, sacudió la cabeza. Las cifras que se le ocurrían eran tan enormes que la hipótesis que iba a formular parecía quedar descartada automáticamente. Ni mil coeurls habrían manipulado semejantes cantidades de energía, lo cual sugería que aquí se trataba de máquinas y no de individuos.

-Deberíamos apuntar una unidad móvil contra cualquier cosa que tenga ese aspecto -dijo alguien. El temblor de la voz indujo una emoción similar en Grosvenor. La reacción debía haberse propagado por los comunicadores porque, cuando habló el director Morton, su tono indicaba que estaba tratando de disipar el escozor que causaban esas palabras.

-Un pesadillesco monstruo de sangre roja, feo como el demonio -dijo Morton-, y quizá tan inofensivo como mortífero era nuestro gatito de hace unos meses. ¿Qué piensa usted, Smith?

El desmañado biólogo fue fríamente lógico.

-Esta cosa, por lo que veo desde aquí, tiene brazos y patas, producto de una evolución puramente planetaria. Si es inteligente, comenzará a reaccionar ante el entorno cambiante en

cuanto esté dentro de la jaula. Quizá sea un sabio venerable que medita en el silencio del espacio, donde no hay distracciones. O quizá sea un joven homicida, condenado al exilio, consumido por el deseo de volver a casa y reanudar la vida en su propia civilización.

-Ojalá Korita hubiera salido con nosotros -dijo Pennons, el jefe de máquinas, a su manera serena y práctica-. Su análisis del gatito en el planeta de los felinos nos dio una idea de lo que enfrentábamos y...

-Habla Korita, señor Pennons. -Como de costumbre, la voz del arqueólogo japonés llegaba por los comunicadores con meticulosa claridad-. Como muchos otros, he escuchado lo que sucedía, y admito que me impresiona la imagen de esta criatura en la pantalla que tengo ante mí. Pero me temo que un análisis basado en la historia cíclica sería arriesgado en una etapa en que carecemos de tantos datos. En el caso del gatito, teníamos ese planeta árido donde él vivía, y los datos arquitectónicos de esa ciudad en ruinas. Pero aquí tenemos un ser que vive en el espacio, a un cuarto de millón de años-luz del planeta más cercano, al parecer sin comida, y sin medios de locomoción espacial. Sugiero lo siguiente. Mantengamos activa la pantalla, salvo por una abertura para sacar la jaula. Una vez que la criatura esté en la jaula, estudiemos cada acción y reacción. Tomemos imágenes de sus órganos internos funcionando en el vacío del espacio. Averigüemos todo sobre ella, para saber qué estamos trayendo a bordo. Evitemos matar, o ser muertos. Se deben tomar las mayores precauciones.

-Muy sensato -dijo Morton.

Comenzó a impartir ordenes. Se trasladaron más máquinas desde el interior de la nave. Se instalaron en un tramo liso y curvo de la superficie exterior, salvo una maciza cámara de fluorita que se adosó a la jaula móvil.

Grosvenor escuchó con inquietud mientras el director daba las últimas instrucciones a los hombres que guiaban la jaula.

-Abran bien la puerta -dijo Morton- y arrojen la jaula sobre él. No permitan que aferre los barrotes con las manos.

Es ahora o nunca, pensó Grosvenor. Si tengo alguna objeción, debo presentarla ahora.

No parecía haber ninguna. Podía bosquejar sus vagas dudas. Podía llevar el comentario de Gunlie Lester a su conclusión lógica y decir que lo que había sucedido no podía ser un accidente. Incluso podía sugerir que quizá una nave de esos demonios rojos aguardara a lo lejos, esperando que ellos recogieran a su compañero.

Pero se habían tomado todas las precauciones contra esas eventualidades. Si había una nave, al abrir la pantalla protectora sólo lo suficiente para que pasara la jaula, ofrecían un blanco mínimo. El casco externo podía ser atacado, los hombres que estaban allí podían morir. Pero la nave estaría a salvo.

El enemigo descubriría que su acción no había servido de nada. Se toparía con un formidable navío acorazado y armado, tripulado por miembros de una raza que podía librar una batalla hasta su implacable conclusión.

Grosvenor llegó a ese punto en su especulación, y decidió no hacer comentarios. Mantendría sus dudas en reserva.

-¿Algún comentario? -preguntó Morton.

-Sí. -La nueva voz pertenecía a Von Grossen-. Yo estoy a favor de hacer un examen exhaustivo de esa criatura. Para mí, exhaustivo significa una semana, un mes.

-¿Sugiere que esperemos en el espacio mientras nuestros expertos estudian al monstruo? -preguntó Morton.

-Eso es -dijo el físico.

Morton calló varios segundos.

-Tendré que deliberar con los demás, Von Grossen. Ésta es una expedición exploratoria. Estamos equipados para llevar miles de especímenes. Siendo científicos, todo es agua para nuestro molino. Todo debe ser investigado. Pero si nos detenemos un mes en el

Librodot

espacio por cada espécimen que llevamos a bordo, objetarán que este viaje durará quinientos años en vez de cinco o diez. No es mi objeción personal. Obviamente, es preciso examinar y encarar cada espécimen según sus propias características.

-Sólo digo que lo pensemos -respondió Von Grossen.

-¿Alguna otra objeción? -preguntó Morton. Como no hubo ninguna, concluyó en voz baja-: De acuerdo, muchachos. Salgan a buscarlo.

15

Ixtl esperaba. Sus pensamientos continuaban dividiéndose en recuerdos caleidoscópicos de todas las cosas que había conocido o pensado. Tuvo una visión de su planeta natal, destruido tiempo atrás. La imagen suscitaba orgullo, y un creciente desprecio por estos seres bípedos que esperaban capturarlo.

Recordaba una época en que su raza controlaba el movimiento de sistemas solares enteros por el espacio. Eso fue antes de que abandonaran el viaje espacial para adoptar una existencia más apacible, construyendo belleza a partir de las fuerzas naturales, en un éxtasis de prolongada producción creativa.

Observó mientras llevaban la jaula hacia él. La jaula atravesó una abertura de la pantalla, que se cerró al instante. La transición fue imperceptible.

Aunque hubiera querido, no habría podido aprovechar esa efímera abertura. No deseaba hacerlo. No debía hacer un solo movimiento hostil hasta estar dentro de la nave. Lentamente la jaula se acercó. Sus dos operadores eran cautos y atentos. Uno empuñaba un arma. Ixtl sospechó que descargaba un proyectil atómico. Eso le inspiró respeto, aunque también reconocía sus limitaciones. Se podía usar contra él en el exterior, pero no se atreverían a emplear una energía tan violenta en el interior de la nave.

Con creciente lucidez, concentró su voluntad. ¡Subir a la nave! ¡Meterse dentro!

Mientras crecía su determinación, la boca de la jaula lo devoró. La puerta de metal se cerró en silencio. Ixtl cogió el barrote más próximo, lo aferró tenazmente. Sintió vértigo. ¡Estaba a salvo! Su mente se expandía con la fuerza de esa realidad. Había un efecto físico, no sólo mental. Enjambres de electrones libres se descargaron dentro de su cuerpo desde el caos de sistemas atómicos giratorios, y frenéticamente buscaron la unión con otros sistemas. Estaba a salvo después de miles de millones de años de desesperación. A salvo en un cuerpo material. Al margen de lo que ocurriera después, el control de la fuente energética de esa jaula lo liberaba para siempre de su incapacidad para dirigir sus movimientos. Nunca más estaría sometido a los débiles tirones de galaxias remotas. A partir de ahora, podía viajar en cualquier dirección que deseara. Y había ganado todo eso sólo con la jaula.

Mientras se aferraba a los barrotes, su prisión comenzó a moverse hacia la superficie de la nave. La pantalla protectora se entreabrió cuando se acercaron, y se cerró detrás. De cerca, esos hombres eran patéticos. Su necesidad de utilizar trajes espaciales demostraba su incapacidad para adaptarse a entornos radicalmente diferentes, lo cual significaba que físicamente estaban en un plano inferior de la evolución. Sería imprudente, sin embargo, subestimar sus logros científicos. Aquí había cerebros agudos, capaces de crear y utilizar potentes máquinas. Y ahora habían aproximado varias de esas máquinas, evidentemente con el propósito de estudiarlo. Eso revelaría su intención, identificaría los preciosos objetos que

Librodot

llevaba ocultos en el pecho, y expondría algunos de sus procesos vitales. No podía permitir que hicieran ese examen.

Vio que varios de esos seres no llevaban una sino dos armas. Estaban metidas en fundas, al alcance de la mano, en cada traje espacial. Una de esas armas era el lanzador de proyectiles atómicos con el cual ya lo habían amenazado. La otra tenía una manija chispeante y traslúcida. Ixtl lo analizó y dedujo que era una pistola de vibraciones. Los hombres de la jaula también estaban armados con el segundo tipo de arma.

Mientras la jaula descendía al improvisado laboratorio, una cámara avanzó hacia la angosta abertura que separaba dos barrotes. Ixtl entró en acción. Sin esfuerzo, se elevó al cielo raso de la jaula. Aguzó la visión, que se volvió sensible a frecuencias muy cortas. Al instante pudo ver la fuente energética del vibrador como una mancha brillante que estaba a su alcance.

Un brazo, con sus ocho dedos sinuosos, se lanzó con indescriptible celeridad hacia el metal, lo atravesó, desenfundó el vibrador de uno de los hombres de la jaula.

No intentó reacomodar la estructura atómica del arma como había reacomodado su brazo. Era importante que no supieran quién había disparado. Procurando mantener su incómoda posición, apuntó el arma a la cámara y al grupo de hombres que había detrás. Haló el gatillo.

En un movimiento continuo, Ixtl soltó el vibrador, retiró la mano y bajó al suelo. Su temor inmediato se había disipado. La energía puramente molecular había resonado por la cámara y había afectado a la mayor parte del equipo del improvisado laboratorio. La película sensible sería inútil; habría que ajustar los medidores, examinar los calibradores, probar cada máquina. Tal vez tuvieran que reemplazar todos esos trebejos. Y lo mejor era que lo sucedido, por su naturaleza, se consideraría un accidente.

Grosvenor oyó maldiciones en el comunicador, y supuso con alivio que los demás combatían, como él, la irritante vibración que el material de sus trajes espaciales había amortiguado sólo en parte. Sus ojos se adaptaron lentamente. Al fin volvió a ver el metal curvo donde estaba apoyado, y más allá la árida cresta de la nave y los ilimitados kilómetros de espacio, abismos oscuros, insondables, inconcebibles. También vio un borrón entre las sombras, la jaula de metal.

-Lo lamento, director -se disculpó uno de los hombres que estaba sobre la jaula-. El vibrador se debe de haber resbalado de mi cinturón y se disparó.

-Director -intervino Grosvenor-, esa explicación es poco plausible, dada la ausencia de gravedad.

-Bien dicho, Grosvenor -dijo Morton-. ¿Alguien vio algo?

-Tal vez la toqué sin darme cuenta, señor -sugirió el hombre cuya arma había causado el alboroto. Hubo rezongos de Smith. El biólogo masculló algo parecido a «ese estrábico erisipelatoso...». Grosvenor no entendió el resto, pero supuso que así insultaban los biólogos. Lentamente, Smith se enderezó.

-Un minuto -murmuró-. Trataré de recordar lo que vi. Yo estaba en plena línea de fuego... Ah, ya, mi cuerpo ha dejado de temblar. -Su voz cobró nitidez-. No podría jurarlo, pero antes de que me sobresaltara ese vibrador, la criatura se movió. Creo que saltó al cielo raso. Admito que estaba demasiado negro para ver algo más que un borrón, pero... -No concluyó la frase.

-Crane -ordenó Morton-, encienda la luz de la jaula, y veamos qué tenemos aquí.

Con los otros, Grosvenor dio la vuelta mientras un fulgor luminoso bañaba a Ixtl, que estaba agazapado en el fondo de la jaula. Guardó silencio, pasmado a pesar de sí mismo. El lustre metálico y rojizo del cuerpo cilíndrico de la criatura, los ojos como ascuas, los dedos sinuosos, y el aire de perfidia escarlata lo sobresaltaron.

-Quizá sea muy guapo... para sí mismo -jadeó Siedel por el comunicador.

Esa leve humorada rompió el hechizo del horror.

-Si la vida es evolución -dijo rígidamente un hombre-, y nada evoluciona salvo para utilizarse, ¿cómo puede una criatura que vive en el espacio tener patas y brazos? Sus entrañas deben ser interesantes. Pero ahora la cámara no sirve. Esa vibración distorsionó la lente, y la película está estropeada. ¿Hago enviar otra?

-No -intervino Morton dubitativamente, pero pronto continuó con voz más firme-. Hemos perdido mucho tiempo, y a fin de cuentas podemos recrear el vacío del espacio en los laboratorios de la nave, viajando con plena aceleración.

-¿Debo entender que ignorará mi sugerencia? -Era Von Grossen, el físico. Continuó-: Recordará que recomendé estudiar a la criatura por lo menos una semana antes de tomar la decisión de llevarla a bordo.

Morton titubeó.

-¿Alguna otra objeción? -preguntó al fin. Parecía preocupado.

-No creo que debamos pasar de la cautela extrema a la total ausencia de precauciones -dijo Grosvenor.

-¿Alguien más? -murmuró Morton. Cuando no recibió respuesta, añadió-: ¿Smith?

-Obviamente la llevaremos a bordo -dijo Smith-. No olvidemos que una criatura que vive en el espacio es lo más extraordinario que hemos encontrado. Aun el gatito, que se sentía a sus anchas tanto con oxígeno como con cloro, necesitaba algún tipo de calor, y el frío y la falta de presión del espacio le habrían resultado fatales. Si, como sospechamos, el hábitat natural de esta criatura no es el espacio, debemos encontrar cómo y por qué llegó adonde está.

Morton frunció el entrecejo.

-Veo que tendremos que someterlo a votación. Podríamos forrar la jaula con un metal que tuviera una pantalla externa. ¿Eso le satisfaría, Von Grossen?

-Ahora hablamos con sensatez -dijo Von Grossen-. Pero tendremos más discusiones antes de desactivar la pantalla energética.

Morton rió.

-Una vez que hayamos emprendido el regreso, usted y los demás pueden discutir los pros y los contras hasta el final del viaje. ¿Alguna otra objeción? ¿Grosvenor?

Grosvenor sacudió la cabeza.

-Creo que la pantalla servirá, director.

-Si alguien está en contra, que lo diga -dijo Morton. Como nadie habló, dirigió una orden a los hombres de la jaula-. Muevan esa cosa hacia aquí, así podremos prepararla para la energización.

Ixtl sintió una tenue palpitación en el metal cuando arrancaron los motores, vio que los barrotes se movían. Luego reparó en un cosquilleo agudo y agradable. Era una actividad física dentro de su cuerpo, y mientras se producía detenía el funcionamiento de su mente. Cuando pudo pensar de nuevo, estaba bajo el suelo de la jaula, tendido en la dura superficie del casco externo de la nave espacial.

Con un rugido, se incorporó mientras comprendía la verdad. Se había olvidado de readaptar los átomos de su cuerpo después de disparar el vibrador. Había atravesado el suelo metálico de la jaula.

-¡Santo cielo! -La exclamación de Morton casi ensordeció a Grosvenor.

El largo cuerpo escarlata de Ixtl correteó por las sombras del impenetrable metal del casco externo de la nave, hacia la cámara estanca. Se zambulló en sus deslumbrantes honduras. Su cuerpo adaptado se disolvió en las dos puertas internas. Apareció en el extremo de un corredor largo y reluciente, a salvo por el momento. Y había un dato importante.

En la inminente lucha por el control de la nave tendría una gran ventaja, aparte de su superioridad individual. Sus oponentes aún desconocían sus mortíferas intenciones.

Librodot

16

Veinte minutos después, Grosvenor estaba sentado en una de las butacas del auditorio de la sala de control. Morton y el capitán Leeth deliberaban en voz baja en una de las gradas que conducían a la sección principal del tablero de instrumentos.

La sala estaba atestada. Con excepción de los guardias apostados en centros clave, se había ordenado la asistencia de todos. Los militares y sus oficiales, los jefes de los departamentos de ciencias con su personal, las ramas administrativas y los técnicos que no pertenecían a ningún departamento, todos estaban en la sala o congregados en los corredores contiguos.

Sonó una campana. El murmullo de la conversación comenzó a apagarse. La campana sonó de nuevo. Toda conversación cesó. El capitán Leeth se adelantó.

-Caballeros, siguen surgiendo problemas, ¿verdad? Me temo que los militares no hemos sabido valorar a los científicos en el pasado. Creí que vivían en laboratorios, lejos del peligro, pero comienzo a advertir que los científicos pueden descubrir problemas donde antes no existían.

Vaciló brevemente, y continuó con el mismo tono humorístico y seco.

-El director Morton y yo hemos acordado que este problema no afecta sólo a las fuerzas militares. Mientras la criatura esté suelta, cada hombre debe ser su propio policía. Deben ir armados, en pareja o en grupo... cuantos más, mejor.

Una vez más escrutó al público, y continuó con tono más sombrío.

-Sería una tontería creer que esta situación no implicará peligro o muerte para algunos de nosotros. Puedo ser yo. Pueden ser ustedes. Prepárense para ello. Acepten la posibilidad. Pero si alguien tiene el destino de establecer contacto con esta peligrosa criatura, que se defienda hasta morir. Que trate de llevársela consigo. Que no sufra ni muera en vano. -Se volvió hacia Morton-. Ahora el director coordinará una discusión donde decidiremos cómo usar los considerables conocimientos científicos que hay a bordo de esta nave contra nuestro enemigo. Señor Morton.

Morton se adelantó lentamente. Su cuerpo robusto y vigoroso quedaba empequeñecido por el gigantesco tablero de instrumentos que se erguía a sus espaldas, pero aun así era imponente. Los ojos grises del director recorrieron inquisitivamente la hilera de rostros sin detenerse en ninguno, como si evaluara el estado de ánimo general. Comenzó por alabar la actitud del capitán Leeth.

-He examinado mis propios recuerdos de lo que ocurrió -dijo a continuación-, y creo que puedo decir con franqueza que nadie es culpable de que la criatura esté a bordo, ni siquiera yo. Habíamos decidido, como recordarán, subirla a bordo dentro de un campo de fuerza. Esa precaución satisfacía a nuestros críticos más meticulosos, y fue lamentable que no se tomara a tiempo. El ser entró en la nave por sus propios poderes, mediante un método que era imprevisible. -Hizo una pausa. Su aguda mirada barrió la sala-. ¿O alguien tenía algo más que una premonición? En tal caso, hablen, por favor.

Grosvenor irguió el cuello, pero nadie alzó la mano. Se reclinó en el asiento, y se sorprendió al ver que Morton le clavaba los ojos grises.

-Señor Grosvenor, ¿la ciencia del nexialismo le permitió predecir que esta criatura podía disolver su cuerpo y atravesar una pared?

Librodot

-No -respondió claramente Grosvenor.

-Gracias -dijo Morton.

Parecía satisfecho, pues no le preguntó a nadie más. Grosvenor ya había comprendido que el director trataba de justificar su propia posición. El hecho de que debiera hacerlo era un triste comentario sobre la política de a bordo. Pero lo que más interesó a Grosvenor fue que apelara al nexialismo como una especie de autoridad definitiva.

Morton hablaba de nuevo.

-Siedel -dijo-, dénos una descripción psicológicamente aceptable de lo que ha sucedido.

-Para capturar a este ser -dijo el jefe de psicología-, debemos tener una idea clara de lo que es. Tiene brazos y patas, pero flota en el espacio y permanece con vida. Se deja atrapar en una jaula, pero sabe que la jaula no puede retenerlo. Luego atraviesa el fondo de la jaula, lo cual es una tontería si no quiere que sepamos que puede hacerlo. Hay un motivo por el cual los seres inteligentes cometen errores, una razón fundamental que debería permitirnos hacer ciertas conjeturas acerca de su origen y analizar por qué está aquí. Smith, háblenos de su configuración biológica.

El desmañado y huraño Smith se puso de pie.

-Ya hemos comentado el obvio origen planetario de sus manos y sus patas. Su capacidad para vivir en el espacio, si es producto de la evolución, es por cierto un atributo notable. Sugiero que aquí tenemos al miembro de una raza que ha resuelto los problemas finales de la biología. Y si supiera cómo buscar a una criatura que se puede escabullir a través de una pared, mi consejo sería perseguirla y matarla al instante.

-Ah... -suspiró Kellie, el sociólogo. Era un hombre calvo, cuarentón, de ojos grandes e inteligentes-. Cualquier ser que pueda adaptarse a la vida en el vacío sería señor del universo. Su especie habitaría todos los planetas, atestaría las galaxias. Enjambres de sus congéneres flotarían en el espacio. Pero sabemos que su raza no infesta nuestra zona galáctica. Una paradoja digna de investigación.

-No entiendo adónde quiere llegar, Kellie -dijo Morton.

-Es simple. Una raza que ha resuelto los secretos máximos de la biología debe estar milenios por delante del hombre. Sería altamente simpodial, es decir, capaz de adaptarse a cualquier entorno. Según la ley de la dinámica vital, se expandiría hasta la frontera más lejana del universo, tal como el hombre intenta hacer.

-Es una contradicción -admitió Morton-, y parece demostrar que la criatura no es un ser superior. Korita, ¿cuál es la historia de esta cosa?

El científico japonés se encogió de hombros, pero se puso de pie.

-Me temo que puedo ser de muy poca ayuda con datos tan escasos. Ustedes conocen la teoría predominante: que la vida se eleva, si elevarse es el término apropiado, mediante una serie de ciclos. Cada ciclo comienza con el campesino, que está arraigado al suelo. El campesino llega al mercado, y lentamente el mercado se transforma en ciudad, con un contacto cada vez menos «interior» con la tierra. Luego tenemos ciudades y naciones, y al fin las impersonales ciudades planetarias y una lucha devastadora por el poder, una serie de guerras espantosas que arrastran a los hombres al estado fellah, y así al primitivismo, a un nuevo estadio campesino. La pregunta es si esta criatura está en la era campesina de su ciclo, o en una era de grandes ciudades, de megalópolis, o en cuál.

Hizo una pausa. Grosvenor pensó que se habían presentado algunas imágenes muy elocuentes. Las civilizaciones parecían operar en ciclos. Cada período del ciclo debía tener su propio fondo psicológico. Había muchas explicaciones posibles para el fenómeno, y el concepto spengleriano de los ciclos era sólo uno. Incluso era posible que Korita pudiera prever los actos del alienígena gracias a la teoría cíclica. En el pasado había demostrado que el sistema funcionaba y podía realizar predicciones. Por el momento, tenía la ventaja de ser el único enfoque histórico con técnicas que se podían aplicar a una situación dada.

Librodot

La voz de Morton cortó el silencio.

-Korita, dado nuestro limitado conocimiento de este ser, ¿qué rasgos básicos deberíamos buscar, suponiendo que esté en la etapa megalopolitana de su cultura?

-Tendría un intelecto casi invencible, temible en alto grado. En su propio juego, no cometería ningún tipo de error, y sólo sería derrotado en circunstancias que escaparan a su control. El mejor ejemplo -observó Korita con discreción- es el muy entrenado ser humano de nuestra época.

-Pero ya ha cometido un error -señaló Von Grossen-. Cayó tontamente por el fondo de la jaula. ¿Es la clase de cosa que haría un campesino?

-Supongamos que está en la etapa campesina -sugirió Morton.

-Entonces -respondió Korita- sus impulsos básicos serían mucho más simples. Ante todo estaría el deseo de reproducirse, de tener un hijo, de saber que ha legado su sangre. Suponiendo una gran inteligencia, este impulso podría cobrar, en un ser superior, la forma de un fanático afán de asegurar la supervivencia de la raza. Y eso es todo lo que diré con los datos disponibles.

Se sentó.

Morton permaneció junto al tablero de instrumentos y miró a su público de expertos. Detuvo la mirada en Grosvenor.

-Recientemente -dijo- he llegado a entender que la ciencia del nexialismo puede ofrecer un nuevo enfoque para la solución de problemas. Como es un enfoque holístico de la vida, llevado a la enésima potencia, puede ayudarnos a tomar una decisión rápida en un momento en que se requiere una decisión rápida. Grosvenor, por favor, díganos qué opina de esta criatura alienígena.

Grosvenor se puso de pie.

-Puedo ofrecer una conclusión basada en mis observaciones. Podría presentar una teoría propia en cuanto a cómo hicimos contacto con esta criatura, el modo en que succionó la energía de la pila, obligándonos a reparar la pared externa de la sala de máquinas... y hubo intervalos de tiempo significativos... pero en vez de explayarme sobre eso me gustaría decirles, en los próximos minutos, cómo deberíamos matar...

Hubo una interrupción. Media docena de hombres se abrían paso en medio del grupo que cubría la puerta. Grosvenor hizo una pausa y miró inquisitivamente a Morton. El director se había vuelto hacia el capitán Leeth. El capitán avanzó hacia los recién llegados, y Grosvenor vio que Pennons, el jefe de máquinas, era uno de ellos.

-¿Ha concluido, señor Pennons? -preguntó Leeth. El jefe de máquinas asintió.

-Sí, señor. -Y añadió con tono de advertencia-: Es esencial que todos los hombres estén vestidos con traje de cauchita, y que usen guantes y zapatos de cauchita.

El capitán Leeth explicó.

-Hemos energizado las paredes de los dormitorios. Quizá tardemos un poco en atrapar a esta criatura, y así no correremos el riesgo de que nos asesine mientras dormimos. Nosotros... -Se interrumpió, preguntando de mal humor-: ¿Qué pasa, señor Pennons?

Pennons miraba un pequeño instrumento que tenía en la mano.

-¿Estamos todos aquí, capitán? -preguntó lentamente.

-Sí, salvo los guardias de la sala de máquinas. Entonces hay algo atrapado en las murallas de fuerza. ¡Pronto, debemos rodearlo!

17

Ixtl sufrió un shock devastador cuando regresaba a los pisos superiores después de explorar los inferiores. Primero pensaba con complacencia en las secciones metálicas de la bodega de la nave, donde secretaría sus guuls. De pronto quedó atrapado en el chispeante y furioso centro de una pantalla energética.

El dolor le ennegreció la mente. Nubes de electrones se liberaron en su interior. Saltaban de sistema en sistema, buscando la unión, para ser violentamente repelidos por sistemas atómicos que luchaban tenazmente para conservar la estabilidad. Durante esos largos, fatídicos segundos, el maravilloso equilibrio de su estructura estuvo al borde del colapso. Se salvó porque el genio colectivo de su raza había previsto incluso esta peligrosa eventualidad.

Al imponerse una evolución artificial, habían tenido en cuenta la posibilidad de un encuentro fortuito con una radiación violenta. Como el rayo, su cuerpo se ajustaba una y otra vez, y cada estructura recién construida soportaba la intolerable carga durante una fracción de microsegundo. Y luego saltó de la pared, y estuvo a salvo.

Concentró su mente en la situación. La muralla de fuerza defensiva tendría un sistema de alarma conectado. Eso significaba que los hombres se aproximarían desde los corredores adyacentes en un intento organizado de acorralarlo. Los ojos de Ixtl eran relucientes estanques de fuego cuando comprendió su oportunidad. Estarían desperdigados, y él podría pillar a uno, investigar sus posibilidades y usarlo para el primer guul.

No había tiempo que perder. Se metió en la pared no energizada más próxima, una silueta alta, desgarbada. Sin pausa, corrió de sala en sala, manteniéndose paralelo a un corredor principal. Sus sensitivos ojos siguieron las figuras borrosas de los hombres que pasaban corriendo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco en este corredor. El quinto estaba a cierta distancia de los demás. Era una ventaja pequeña, pero era todo lo que Ixtl necesitaba.

Como un espectro atravesó la pared, apareció delante del último hombre, embistió con ímpetu irresistible. Era una danzante y temible monstruosidad de ojos centelleantes y boca repulsiva. Extendió los cuatro brazos color fuego, y con su inmensa fuerza aferró al ser humano. El hombre se resistió espasmódica mente, y al fin fue doblegado y arrojado al suelo.

Quedó tendido de espaldas. Ixtl vio que abría y cerraba la boca en una serie despareja de movimientos. Cada vez que la abría, Ixtl sentía un cosquilleo en los pies. La sensación no era difícil de identificar. Eran las vibraciones de una llamada de auxilio. Con un gruñido, Ixtl se lanzó sobre él. Con su manaza trituró la boca del hombre. El cuerpo se aflojó. Pero todavía estaba vivo y consciente, e Ixtl hundió dos manos en él.

Ese acto paralizó al hombre. Dejó de resistirse. Con ojos desorbitados, miró los brazos largos y sinuosos que entraban por su camisa y le revolvían el pecho. Luego, horrorizado, miró el cuerpo rojo y cilíndrico que se erguía sobre él.

El interior del cuerpo del hombre parecía ser de carne sólida. Ixtl necesitaba un espacio abierto, o un espacio que se pudiera abrir, mientras la presión no matara a su víctima. Para sus propósitos, necesitaba carne viviente.

¡Deprisa, deprisa! Sus pies detectaban las vibraciones de pisadas que se acercaban. Venían sólo de una dirección, pero se aproximaban rápidamente. En su ansiedad, Ixtl cometió el error de acelerar su investigación. Endureció sus dedos momentáneamente, llevándolos a un estado de semisolidez. En ese momento tocó el corazón. El hombre suspiró convulsivamente, tiritó y cayó muerto.

Un instante después los dedos de Ixtl descubrieron el estómago y los intestinos. Se enfureció consigo mismo. Ahí estaba lo que necesitaba, y lo había inutilizado. Se enderezó despacio, aplacando su furia y consternación. No había previsto que estos seres inteligentes murieran tan fácilmente. Eso cambiaba y simplificaba todo. Estaban a su merced, no a la inversa. Ya no necesitaba ser tan cauto para enfrentarlos.

Librodot

Dos hombres con vibradores desenfundados doblaron el recodo más próximo y se detuvieron al ver esa aparición que gruñía junto al cadáver de su compañero. Cuando salieron de su momentánea parálisis, Ixtl se metió en la pared. Primero era un borrón escarlata en ese luminoso corredor, y de pronto desapareció como si nunca hubiera existido. Sintió la vibración de las armas mientras la energía desgarraba en vano las paredes.

Ahora su plan estaba claro. Capturaría media docena de hombres y los usaría como guuls. Luego mataría a los demás, pues ya no serían necesarios. Después seguiría viaje hacia la galaxia a la que se dirigía la nave para adueñarse del primer planeta habitado. Después de eso, la conquista del universo alcanzable sólo sería cuestión de tiempo.

Grosvenor se detuvo frente a un comunicador de pared con otros hombres, y observó la imagen del grupo que se había reunido alrededor del técnico muerto. Le habría gustado estar ahí, pero tardaría varios minutos en llegar. Durante ese tiempo estaría fuera de contacto. Prefería observar, y ver y oír todo.

El director Morton estaba cerca de la pantalla transmisora, a un metro de donde el doctor Eggert examinaba al hombre muerto. Parecía tenso. Apretaba la mandíbula. Cuando habló, su voz era apenas un susurro. Pero las palabras cortaron el silencio como un latigazo.

-¿Bien, doctor?

El doctor Eggert se levantó y giró hacia Morton. Enfrentó la pantalla. Grosvenor vio que fruncía el entrecejo.

-Paro cardíaco -dijo. -¿Paro cardíaco?

-Está bien, está bien. -El doctor alzó las manos defensivamente-. Sé que parece que le hubieran aplastado los dientes contra el cerebro. Y, habiéndolo examinado muchas veces, sé que su corazón estaba perfecto. No obstante, parece un paro cardíaco.

-Le creo -dijo amargamente un hombre-. Cuando doblé ese recodo y vi a esa bestia, yo también estuve a punto de sufrir un paro cardíaco.

-Estamos perdiendo el tiempo. -Grosvenor reconoció la voz de Von Grossen antes de ver al físico de pie entre dos hombres, del otro lado de Morton. El científico continuó-: Podemos derrotar a ese ser, pero no hablando de él y sintiéndonos mal cada vez que hace algo. Si soy el siguiente en su lista de víctimas, quiero saber que el mejor grupo de científicos del sistema no está llorando por mi destino sino que está devanándose los sesos para vengar mi muerte.

-Tiene razón -intervino Smith-. Nuestro problema es que nos hemos sentido inferiores. Hace menos de una hora que está en la nave, pero veo claramente que algunos de nosotros morirán. Acepto mi suerte. Pero organicémonos para combatirlo.

-Señor Pennons -dijo Morton-, aquí hay un problema. Tenemos tres kilómetros cuadrados de superficie en nuestros treinta niveles. ¿Cuánto tardaremos en energizar cada pulgada?

Grosvenor no pudo ver al jefe de máquinas. No estaba al alcance de la lente curva de la pantalla. Pero la expresión del oficial debía de ser digna de verse. Cuando le respondió a Morton había asombro en su voz.

-Podría recorrer la nave y quizá prepararla por completo en una hora. No entraré en detalles. Pero una energización no controlada matará a todo ser viviente de a bordo.

Morton daba la espalda a la pantalla comunicadora que transmitía las imágenes y las voces de los que estaban junto al cadáver del hombre a quien Ixtl había matado.

-¿No podría introducir más energía en esas paredes, Pennons?

-¡No! -exclamó el jefe de máquinas-. Las paredes no lo soportarían. Se derretirían.

-¡Las paredes no lo soportarían! -jadeó un hombre-. ¿Se da cuenta de lo que eso implica sobre la resistencia de esta criatura?

Grosvenor vio que había consternación en la cara de los hombres cuya imagen se transmitía. La voz de Korita interrumpió el tenso silencio.

Librodot

-Director, lo estoy observando por un comunicador de la sala de control. Ante la sugerencia de que nos enfrentamos a una supercriatura, quiero recordarles esto: cometió el error de caer en la muralla de fuerza, y retrocedió asustado sin entrar en los dormitorios. Y empleo la palabra error deliberadamente, pues nos indica que no es infalible.

-Eso me lleva, una vez más -dijo Morton-, a lo que usted dijo antes sobre las características psicológicas que debemos esperar en las diversas etapas cíclicas. Supongamos que es un campesino de su ciclo.

La respuesta de Korita fue entusiasta, tratándose de alguien que siempre hablaba con suma cautela.

-En tal caso, no comprende el poder de la organización. Es muy probable que piense que para controlar la nave sólo tendrá que luchar contra los hombres que hay en ella. Por instinto, restará importancia al hecho de que formamos parte de una gran civilización galáctica. La mente de los auténticos campesinos es muy individualista, casi anárquica. Su deseo de reproducirse, de legar su propia sangre, es una forma de egoísmo. Esta criatura, si está en una etapa campesina de desarrollo, quizá desee tener seres similares a él para que le ayuden en su lucha. Le gusta la compañía pero no quiere interferencias. Cualquier sociedad organizada puede dominar a una comunidad campesina, porque sus miembros nunca logran formar sino una unión informal contra los forasteros.

-Una unión informal de esos demonios sería suficiente -comentó ácidamente un técnico-. Yo.... ah...

Sus palabras se perdieron en un aullido. Abrió la mandíbula. Sus ojos, claramente visibles para Grosvenor, se hincharon. Todos los hombres que eran visibles en la pantalla retrocedieron un par de metros. Ixtl apareció en el centro de la pantalla.

18

Allí estaba, temible espectro de un infierno escarlata. Sus ojos penetrantes brillaban, aunque ya no estaba alarmado. Había evaluado a esos seres humanos, y los despreciaba, pues sabía que podía zambullirse en la pared más próxima antes de que cualquiera de ellos lo atacara con su vibrador.

Había venido en busca de su primer guul. Al arrebatar ese guul del centro del grupo, desmoralizaría a todos los demás. Grosvenor sintió que una oleada de irrealidad lo envolvía mientras miraba la escena. Sólo algunos de esos hombres estaban dentro del campo del comunicador. Von Grossen y dos técnicos eran los que estaban más cerca de Ixtl. Morton estaba detrás de Von Grossen, y cerca de uno de los técnicos se veía parte de la cabeza y el cuerpo de Smith. Como grupo parecían oponentes insignificantes para esa monstruosidad alta, gruesa y cilíndrica que se erguía ante ellos.

Fue Morton quien rompió el silencio. Con lentitud, apartó la mano de la culata traslúcida del vibrador, y dijo con voz firme:

-No traten de dispararle. Se mueve como el rayo. Y no estaría aquí si pensara que podemos liquidarlo. Además, no podemos arriesgarnos a fracasar. Ésta puede ser nuestra única oportunidad. Continuó deprisa, con voz urgente

-Todas las dotaciones de emergencia que estén escuchando, rodeen este corredor. Traigan las armas portátiles más pesadas, e incluso algunas semiportátiles, para quemar las

paredes. Abran una senda clara alrededor de esta área, y barran ese espacio con sus rayos en haz angosto. ¡Ya!

-¡Buena idea, director! -El rostro del capitán Leeth apareció un instante en el comunicador de Grosvenor, tapando la imagen de Ixtl y los demás-. Estaremos allí si puede retener a ese demonio tres minutos. -Su rostro se alejó tan rápidamente como había llegado.

Grosvenor abandonó su comunicador. Sabía que estaba demasiado lejos de la escena para lograr la clase de observación precisa en que un nexialista debía basar sus actos. No formaba parte de una dotación de emergencia, así que se proponía reunirse con Morton y los demás en la zona de peligro.

Mientras corría, pasó frente a otros comunicadores, y notó que Korita daba consejos desde lejos.

-Morton, aproveche esta oportunidad, pero no cuente con el éxito. Vea que ha reaparecido antes de que tuviéramos la posibilidad de prepararnos. No importa si nos presiona intencional o accidentalmente. El resultado, sea cual fuere la motivación, es que estamos en fuga, corriendo sin ton ni son. Hasta ahora no hemos aclarado nuestros pensamientos.

Grosvenor estaba bajando en un ascensor. Abrió la puerta y echó a correr.

-Estoy convencido -siguió la voz de Korita desde el comunicador del siguiente corredor- de que los vastos recursos de esta nave pueden derrotar a cualquier criatura que haya existido... -Si Korita dijo algo más, Grosvenor no lo oyó. Había doblado el recodo. Adelante estaban los hombres, y más allá Ixtl. Vio que Von Grossen acababa de dibujar algo en su libreta. Mientras Grosvenor observaba con aprensión, Von Grossen se adelantó y le mostró la hoja a Ixtl. La criatura titubeó, la aceptó. Le echó un vistazo y retrocedió con un gruñido siniestro. -¿Qué demonios ha hecho?

Von Grossen sonreía tensamente.

-Acabo de mostrarle cómo podemos derrotarlo -murmuró-. Yo....

Sus palabras fueron interrumpidas. Grosvenor, todavía lejos, vio el incidente como un mero espectador. Todos los demás del grupo participaron en la crisis.

Morton debió de comprender lo que sucedía. Avanzó como para interponerse entre el monstruo y Von Grossen. Una mano de dedos largos y sinuosos arrojó al director contra los hombres que estaban detrás. Cayó, volteando a los que estaban más cerca. Se recobró, cogió el vibrador, quedó paralizado.

Como a través de un espejo deformante, Grosvenor vio que la cosa aferraba a Von Grossen con cuatro brazos color fuego. El físico, que pesaba más de cien kilos, se contorsionaba y retorcía en vano. Los delgados y duros músculos lo sostenían como grilletes. Grosvenor no disparaba su vibrador porque era imposible acertarle a la criatura sin acertarle a Von Grossen. Como el vibrador no podía matar a un ser humano pero podía dejarlo inconsciente, se preguntó si debía activar el arma o tratar desesperadamente de sonsacarle información a Von Grossen. Optó por lo segundo.

-Von Grossen -exclamó con voz apremiante-, ¿qué le mostró usted? ¿Cómo podemos derrotarlo? Von Grossen oyó, porque movió la cabeza. Sólo tuvo tiempo para eso. En ese momento ocurrió algo descabellado. La criatura echó a correr y desapareció en la pared, aún aferrando al físico. Por un instante, Grosvenor pensó que su visión le había hecho una jugarreta. Pero sólo quedaban la lisa y reluciente pared y once hombres pasmados y sudorosos, siete de ellos empuñando armas que acariciaban con impotencia.

-¡Estamos perdidos! -susurró uno de ellos-. Si puede ajustar nuestras estructuras atómicas y llevarnos con él por la materia sólida, no podemos luchar contra él.

Grosvenor notó que el comentario irritaba a Morton. Era la irritación de un hombre que procuraba mantener el equilibrio en circunstancias difíciles.

Librodot

-¡Mientras vivamos, podemos combatirlo! -exclamó airadamente el director. Se acercó a un comunicador y preguntó-: Capitán Leeth, ¿qué ha conseguido?

Tras una demora, la cabeza y los hombros del comandante aparecieron en pantalla.

-Nada -dijo sucintamente-. El teniente Clay cree haber visto un relámpago escarlata que atravesaba un piso, bajando. Por el momento, podemos circunscribir nuestra búsqueda a la mitad inferior de la nave. En cuanto a los demás, estábamos alineando nuestras unidades cuando sucedió. No nos dieron tiempo.

-No fue nuestra decisión -dijo hurañamente Morton.

Grosvenor pensó que esa afirmación no era del todo cierta. Von Grossen había apresurado su captura al mostrarle a la criatura un diagrama de cómo la derrotarían. Era un acto típicamente humano y egocéntrico, con poco valor de supervivencia. Más aún, reforzaba su argumento contra el especialista que actuaba unilateralmente y era incapaz de colaborar inteligentemente con otros científicos. Detrás de lo que había hecho Von Grossen había una actitud secular. Esa actitud había sido valiosa en los primeros tiempos de la investigación científica, pero no servía de mucho ahora que cada desarrollo requería el conocimiento y la coordinación de muchas ciencias.

Grosvenor se preguntó si Von Grossen realmente había dado con una técnica para derrotar a Ixtl. Dudaba de que una técnica victoriosa se limitara a una sola especialidad. La figura que Von Grossen hubiera dibujado para la criatura debía de estar limitada a lo que sabía un físico.

Morton interrumpió sus reflexiones.

-Me gustaría tener alguna teoría acerca de lo que Von Grossen dibujó en el papel que le mostró a la criatura.

Grosvenor esperó a que otro respondiera. Como nadie hablaba, dijo:

-Creo tener una, director. Morton vaciló apenas un instante.

-Adelante -dijo al fin.

-El único modo de llamar la atención de un alienígena -dijo Grosvenor- sería mostrarle un símbolo universalmente reconocido. Como Von Grossen es físico, el símbolo que habría usado es evidente.

Hizo una enfática pausa y miró en torno. Era un gesto melodramático pero inevitable. A pesar de la amistad de Morton, y del incidente de Riim, no era reconocido como autoridad en esa nave, así que sería mejor que la respuesta se les ocurriera espontáneamente a varias personas.

Morton rompió el silencio.

-Adelante, joven. No nos haga esperar.

-Un átomo -dijo Grosvenor.

Todos lo miraron con desconcierto.

-Pero eso no significa nada -dijo Smith-. ¿Por qué le mostraría un átomo?

-No cualquier átomo. Apuesto a que Von Grossen dibujó para la criatura una representación estructural del excéntrico átomo del metal que constituye el casco externo del Beagle.

-¡Ha dado en la tecla! -exclamó Morton.

-Un momento -dijo el capitán Leeth desde la pantalla del comunicador-. Confieso que no soy físico, pero me gustaría saber en qué tecla ha dado.

-Grosvenor quiere decir -explicó Morton- que sólo dos partes de la nave están compuestas por ese material increíblemente resistente, el casco externo y la sala de máquinas. Si usted hubiera estado con nosotros cuando capturamos a la criatura, habría notado que el duro metal del casco externo de la nave la detuvo cuando atravesó el suelo de la jaula. Parece que no puede atravesar ese metal. El hecho de que tuviera que correr a la cámara estanca para entrar es otra prueba de ello. Lo extraño es que no hayamos pensado en ello de inmediato.

Librodot

-Si Von Grossen le mostraba a la criatura la naturaleza de nuestras defensas -objetó el capitán Leeth-, ¿no estaría señalando las pantallas energéticas que pusimos en las paredes? ¿Esa teoría no es tan válida como la del átomo?

Morton miró inquisitivamente a Grosvenor.

-La criatura -dijo el nexialista- ya había experimentado la pantalla energética y había sobrevivido. Sin duda Von Grossen creía haber dado con algo nuevo. Además, el único modo en que se puede mostrar un campo de fuerza en el papel es mediante una ecuación que contiene símbolos arbitrarios.

-Ese razonamiento es confortante -dijo el capitán Leeth-. Al menos tenemos un lugar a bordo donde estaremos a salvo, la sala de máquinas, y quizá cierta protección con las pantallas energéticas de nuestro dormitorio. Entiendo por qué Von Grossen pensaba que eso nos daba una ventaja. Todo el personal de esta nave se concentrará sólo en esas zonas, salvo por autorización u orden específica. -Se volvió hacia otro comunicador, repitió la orden y dijo-: Los jefes de departamento deben estar preparados para responder preguntas relacionadas con su especialidad. Quizá se encomienden misiones especiales a los individuos debidamente entrenados. Grosvenor, considérese incluido en esta categoría. Doctor Eggert, reparta antisomníferos. Nadie se acostará hasta que esta bestia haya muerto.

-¡Buen trabajo, capitán! -dijo cálidamente Morton.

El capitán Leeth cabeceó y desapareció de la pantalla.

-¿Y qué hay de Von Grossen? -preguntó un técnico en el corredor.

-La única manera de ayudar a Von Grossen -replicó Morton- es destruyendo a su captor.

19

En esa vasta sala de vastas máquinas, los hombres parecían enanos en una residencia de gigantes. Grosvenor parpadeaba involuntariamente ante cada estallido de luz azul que chisporroteaba y bailaba sobre el reluciente cielo raso. Y había un sonido que le carcomía los nervios tanto como la luz afectaba a sus ojos. Estaba en el aire mismo. Un zumbido de poder aterrador, un murmullo semejante al trueno en el horizonte, la trémula reverberación de un inconcebible flujo de energía.

El motor estaba encendido. El navío espacial aceleraba, internándose cada vez más en el abismo de negrura que separaba la galaxia en espiral donde la Tierra era un diminuto átomo giratorio de otra galaxia de tamaño casi similar. Ése era el trasfondo de la batalla decisiva que ahora se estaba librando. La más numerosa y ambiciosa expedición exploratoria que jamás había partido del sistema solar corría el mayor peligro de su existencia.

Grosvenor lo creía con firmeza. Esta bestia no era Coeurl, cuyo cuerpo excesivamente estimulado había sobrevivido a las guerras devastadoras de la raza muerta que había realizado experimentos biológicos con los animales del planeta de los gatos. Tampoco era comparable con el peligro de las gentes de Riim. Después de ese errado intento de comunicación, él había controlado cada acción en lo que había considerado una lucha entre un hombre y una raza.

El monstruo escarlata pertenecía inequívocamente a una clase aparte.

El capitán Leeth subió por la escalera de metal que conducía a un pequeño balcón. Poco después Morton se juntó con él y miró a los hombres reunidos. Tenía un fajo de notas en la mano, e insertaba un dedo para separar dos pilas. Los dos hombres estudiaron las notas.

-Éste es el primer descanso -dijo Morton- que hemos tenido desde que la criatura subió a bordo. Por increíble que parezca, eso ocurrió hace menos de dos horas. El capitán Leeth y yo hemos leído las recomendaciones presentadas por los jefes de departamento. Hemos dividido estas recomendaciones en dos categorías. Dejaremos una de esas categorías para después, pues es de índole teórica. La otra categoría, que se relaciona con planes mecánicos para acorralar a nuestro enemigo, naturalmente tiene prioridad. Ante todo, sin duda todos ansiamos conocer qué planes hay para localizar y rescatar a Von Grossen. Señor Zeller, cuente a los demás lo que tiene en mente.

Zeller se adelantó, un enérgico joven de poco más de treinta y cinco años. Había ascendido a jefe del departamento de metalurgia cuando Coeurl mató a Breckenridge.

-El descubrimiento de que la criatura no puede penetrar las aleaciones que llamamos metales resistentes automáticamente nos dio una pista en cuanto al tipo de material que usaríamos para construir un traje espacial. Mi asistente ya está trabajando en el traje, y estará listo dentro de tres horas. Para la búsqueda, naturalmente, usaremos una cámara de fluorita. Si alguien tiene sugerencias...

-¿Por qué no hacer varios trajes? -preguntó alguien.

Zeller sacudió la cabeza.

-Tenemos una cantidad limitada de material. Podríamos fabricar más, pero sólo por transmutación, y eso lleva tiempo. Además, nuestro departamento siempre ha sido pequeño. Tendremos suerte de completar un traje en el tiempo que he fijado.

No hubo más preguntas. Zeller desapareció en el taller contiguo a la sala de máquinas.

El director Morton alzó la mano. Cuando los hombres guardaron silencio, dijo:

-Por mi parte, me siento mejor sabiendo que, una vez que el traje esté construido, la criatura tendrá que seguir moviendo a Von Grossen para impedir que descubramos el cuerpo.

-¿Cómo saben que está vivo? -preguntó alguien.

-Porque ese maldito monstruo pudo haberse llevado el cuerpo del hombre que mató, pero no lo hizo. Nos quiere con vida. Las notas de Smith nos han dado una posible pista de sus intenciones, pero pertenecen a la categoría dos, y se comentarán más tarde.

Después de una pausa, continuó:

-Entre los planes presentados para destruir a la criatura, tengo aquí el de dos técnicos del departamento de física, y el de Elliott Grosvenor. El capitán Leeth y yo hemos comentado estos planes con el jefe de máquinas Pennons y otros expertos, y hemos decidido que la idea de Grosvenor es demasiado peligrosa para los seres humanos, así que la usaremos como último recurso. Comenzaremos de inmediato con el otro plan, a menos que se presenten objeciones importantes. Se han hecho varias sugerencias adicionales, y se han incorporado. Aunque es habitual permitir que cada individuo exponga sus propias ideas, creo que ahorraremos tiempo si yo resumo el plan que han aprobado los expertos. -Morton miró los papeles que tenía en la mano-. Los dos físicos, Lomas y Hindley, admiten que su plan depende de que la criatura nos permita realizar las necesarias conexiones energéticas. Eso parece probable, dada la teoría de la historia cíclica de Korita, en el sentido de que un «campesino» está tan obsesionado con sus propósitos reproductivos que suele ignorar el potencial de una oposición organizada. Sobre esta base, siguiendo el plan modificado de Lomas y Hindley, energizaremos los niveles siete y nueve... sólo el suelo, no las paredes. Nuestra esperanza es la siguiente. Hasta ahora, la criatura no ha realizado un intento sistemático de matarnos. Korita opina que, siendo un campesino, el monstruo aún no ha comprendido que debe destruirnos porque en caso contrario lo destruiremos. Tarde o temprano, sin embargo, incluso un campesino comprenderá que debe matarnos. Si no interfiere con nuestra tarea, lo atraparemos en el nivel ocho, entre los dos pisos energizados. Allí, en circunstancias en que no podrá subir ni bajar, lo buscaremos con nuestros

Librodot

proyectores. Como Grosvenor comprenderá, este plan es mucho menos arriesgado que el suyo, y por tanto tiene prioridad.

Grosvenor tragó saliva, titubeó, y al fin objetó:

-Si lo que tenemos en cuenta es el riesgo, ¿por qué no nos quedamos en la sala de máquinas y esperamos a que él desarrolle un método para atacarnos? Por favor, que nadie crea que trato de promover mis propias ideas, pero personalmente... creo que el plan que usted acaba de describir es inconducente.

Morton estaba genuinamente pasmado. Frunció el entrecejo.

-¿No es un juicio un poco duro?

-Entiendo que el plan que acaba de describir no es el original, sino una versión modificada. ¿Qué se excluyó?

-Los dos físicos -respondió el director- recomendaban energizar cuatro niveles... siete, ocho, nueve y diez.

Grosvenor titubeó una vez más. No deseaba ser excesivamente crítico. En cualquier momento, si se empecinaba, dejarían de pedirle su opinión.

-Eso está mejor-dijo al fin.

Desde atrás de Morton, el capitán Leeth interrumpió:

-Señor Pennons, explique al: grupo por qué no es aconsejable energizar más de dos pisos.

El jefe de máquinas se adelantó, frunciendo el entrecejo.

-La principal razón es que nos llevaría tres horas adicionales, y todos hemos convenido en que el tiempo apremia. Si el tiempo no importara, sería mucho mejor energizar toda la nave bajo o un sistema controlado, las paredes además dé los suelos. Así no podría escapársenos. Pero eso requeriría unas cincuenta horas. Como he declarado anteriormente, la energización no controlada sería un suicidio. Hay otro factor que hemos comentado puramente como seres humanos. La criatura nos buscará porque necesita más hombres, así que, cuando empiece, tendrá a uno de nosotros con él. Queremos que ese hombre, sea quien fuere, tenga una oportunidad de vivir. -Su voz enronqueció-. Durante las tres horas que tardaremos en poner en efecto el plan modificado, estaremos indefensos salvo por los vibradores móviles de alta potencia y los proyectores térmicos. No nos atrevemos a usar nada más pesado dentro de la nave, y estas armas se usarán con cautela, pues pueden matar seres humanos. Desde luego, cada hombre deberá defenderse con su propio vibrador. -Retrocedió-. ¡En marcha!

-No tan rápido -protestó el capitán Leeth-. Quiero oír las otras objeciones de Grosvenor.

-Si tuviéramos tiempo -dijo Grosvenor-, sería interesante ver cómo reacciona esta criatura ante las paredes energizadas.

-No entiendo -dijo un hombre con fastidio-. Si esta criatura queda atrapada entre dos niveles energizados, será su fin. Sabemos que no puede atravesarlos.

-No lo sabemos -objetó Grosvenor con firmeza-. Sólo sabemos que se metió en una muralla de fuerza y escapó. Suponemos que no le gustó. Está claro que no puede permanecer dentro de un campo energético durante mucho tiempo. Para nuestra desgracia, sin embargo, no podemos usar una pantalla energética plena contra él. Las paredes, como ha aclarado Pennons, se derretirían. Quiero decir que sólo escapó de lo que teníamos.

El capitán Leeth parecía desconcertado.

-Caballeros -dijo-, ¿por qué no se mencionó esto durante la discusión? Sin duda es una objeción válida.

-Yo estaba a favor de invitar a Grosvenor a la discusión -señaló Morton-, pero se votó en contra de mi moción por respeto a una larga tradición por la cual el hombre cuyo plan se comenta no está presente. Por la misma razón, no se invitó a los dos físicos.

Siedel se aclaró la garganta.

-No creo que Grosvenor comprenda lo que acaba de hacernos -dijo-. Nos habían asegurado que la pantalla energética de esta nave es uno de los grandes logros científicos del hombre. Eso me daba una sensación personal de bienestar y seguridad. Ahora él nos dice que este ser puede penetrarla.

-Yo no dije que la pantalla fuera vulnerable, Siedel -replicó Grosvenor-. Más aún, hay motivos para creer que el enemigo no podrá atravesarla, pues esperó fuera de ella hasta que lo trajimos adentro. La energización del piso, que ahora comentamos, es una versión mucho más débil.

-Aun así -dijo el psicólogo-, ¿no cree usted que los expertos inconscientemente suponen una similitud entre ambas formas? La justificación sería: si esta energización no sirve, estamos perdidos. Ergo, debe servir.

El capitán Leeth intervino fatigosamente.

-Me temo que el señor Siedel ha analizado con precisión nuestra debilidad. Ahora recuerdo haber pensado en ello.

Desde el centro de la sala, Smith dijo:

-Quizá debamos oír el plan alternativo de Grosvenor.

El capitán Leeth miró de soslayo a Morton, quien vaciló y dijo:

-Él sugirió que nos dividiéramos en tantos grupos como proyectores atómicos hay a bordo...

No pudo seguir.

-¡Energía atómica... dentro de una nave! -exclamó pasmado un físico.

Se armó un alboroto que duró más de un minuto. Cuando volvió la calma, Morton continuó como si no lo hubieran interrumpido.

-Tenemos cuarenta y un proyectores. Si aceptáramos el plan de Grosvenor, cada cual sería manejado por artilleros militares, mientras los demás nos dispersamos como carnada a la vista de uno de los proyectores. Los artilleros tendrían órdenes de disparar aunque algunos estuviéramos en la línea de fuego.

Morton sacudió la cabeza y continuó.

-Quizá sea la sugerencia más efectiva que se ha presentado. Pero su crueldad nos pasmó a todos. La idea de disparar contra nuestra propia gente, aunque no es nueva, es más chocante de lo que Grosvenor parece creer. Para ser justo; sin embargo, debo añadir que hubo otro factor que decidió a los científicos contra ese plan. El capitán Leeth estipuló que quienes actuaran como carnada debían ir desarmados. Para la mayoría de nosotros, eso era ir demasiado lejos. Cada hombre debería tener derecho a defenderse. -El director se encogió de hombros-. Como había un plan alternativo, votamos por él. Personalmente, yo estoy ahora a favor de la idea de Grosvenor, pero me opongo a la estipulación del capitán Leeth.

A la primera mención de la sugerencia del comandante, Grosvenor se había vuelto para mirar duramente al capitán. El capitán Leeth sostuvo adustamente la mirada. Al cabo de un instante, Grosvenor dijo enfáticamente:

-Creo que debería correr el riesgo, capitán.

El comandante aceptó esas palabras con una leve inclinación formal.

-Muy bien -dijo-. Retiro mi estipulación. Grosvenor notó que Morton quedaba desconcertado por ese breve diálogo. El director miró a Grosvenor y al capitán. Una expresión de asombro le alumbró el fuerte rostro. Bajó por la escalera de metal y se acercó a Grosvenor.

-Pensar que no comprendí por qué lo proponía -murmuró-. Obviamente él cree que en una crisis... -Calló, y se volvió para mirar de hito en hito al capitán.

-Creo que ahora comprende que cometió un error al mencionar ese asunto -dijo Grosvenor conciliatoriamente.

Morton cabeceó.

Librodot

-Supongo que en definitiva tiene razón -dijo a regañadientes-. El instinto de supervivencia, siendo básico, puede imponerse sobre los condicionamientos posteriores. Aun así... -Frunció el entrecejo-.

Será mejor no mencionarlo. Creo que los científicos se sentirían insultados, y ya hay bastante resentimiento a bordo.

Giró para enfrentar al grupo.

-Caballeros -dijo con voz resonante-, parece obvio que Grosvenor ha sabido defender su plan. Los que estén a favor, alcen la mano.

Para decepción de Grosvenor, sólo se alzaron unas cincuenta manos. Morton titubeó, luego dijo:

-Los que estén en contra, alcen la mano.

Esta vez sólo se alzaron una docena de manos. Morton señaló a un hombre de la primera línea.

-Usted no alzó la mano en ninguna de ambas ocasiones. ¿Cuál es el problema?

El hombre se encogió de hombros.

-Soy neutral. No sé si estoy a favor o en contra. No sé lo suficiente.

-¿Y usted? -Morton señaló a otro individuo.

-¿Qué hay de la radiación secundaria? -preguntó el hombre.

-La bloquearemos -respondió el capitán Leeth-. Sellaremos toda la zona. -Se volvió hacia Morton-. Director, no entiendo esta demora. El voto fue de cincuenta y nueve contra catorce a favor del plan de Grosvenor. Aunque mi jurisdicción sobre los científicos es limitada aun durante una crisis, considero que este voto es decisivo.

Morton vacilaba.

-Pero casi ochocientos hombres se abstuvieron -protestó.

-Es privilegio de ellos -declaró formalmente el capitán-. Se supone que la gente adulta conoce su propio parecer. La idea de la democracia se basa en esa suposición. En consecuencia, ordeno que actuemos de inmediato.

Morton titubeó, y al fin habló lentamente.

-Bien, caballeros, me veo obligado a coincidir. Creo que será mejor que nos pongamos manos a la obra. Llevará tiempo instalar los proyectores atómicos, así que comencemos a energizar los niveles siete y nueve mientras esperamos. A mi entender, convendría combinar ambos planes, y abandonar uno u otro según cómo se presenten las cosas.

-Eso sí que tiene sentido -dijo un hombre, con evidente alivio.

La sugerencia parecía tener sentido para muchos de los presentes. Las expresiones adustas se distendieron. Alguien lanzó un hurra, y pronto la gran masa humana salía de la enorme cámara.

Grosvenor se volvió hacia Morton.

-Ése fue un toque de genio -dijo-. Yo estaba tan en contra de la energización limitada que no pensé en esa solución intermedia.

Morton aceptó gravemente el cumplido.

-Lo tenía en reserva -dijo-. Al tratar con seres humanos he notado que habitualmente no sólo hay que resolver un problema sino la tensión entre quienes deben resolverlo. -Se encogió de hombros-. Durante el peligro, trabajo duro. Durante el trabajo duro, toda la relajación posible. -Extendió la mano-. Bien, buena suerte, joven. Espero que salga ileso.

Mientras se daban la mano, Grosvenor dijo:

-¿Cuánto tardarán en sacar los cañones atómicos?

-Una hora, quizá un poco más. Entretanto, tendremos los grandes vibradores para protegernos... La reaparición de los hombres llevó a Ixtl precipitadamente al nivel siete. Durante muchos minutos fue una forma anormal que se deslizaba a través de paredes y suelos. Dos veces lo vieron, y le dispararon con los proyectores. Estos vibradores eran tan

diferentes de las armas manuales que había enfrentado hasta el momento como la vida de la muerte. Despedazaban las paredes por donde saltaba para escapar. Una vez el rayo le tocó un pie. La caliente vibración de violencia molecular le hizo tropezar. El pie volvió a la normalidad en menos de un segundo, pero le dio una idea de las limitaciones de su cuerpo frente a esas potentes unidades móviles.

Pero todavía no estaba alarmado. Velocidad, astucia, coordinación de cada uno de sus ataques: estas medidas compensarían la potencia de esas nuevas armas. Lo importante era saber qué se proponían los hombres. Obviamente, cuando se encerraron en la sala de máquinas, habían concebido un plan, y lo estaban llevando a cabo con determinación. Con ojos relucientes e impasibles, Ixtl observó qué forma adoptaba ese plan.

En cada corredor, los hombres trajinaban con hornos, macizos objetos de metal negro. Un resplandor blanco y furibundo brotaba de un agujero de la parte superior de cada horno. Ixtl vio que los hombres estaban encandilados por el blanco resplandor del fuego. Usaban traje espacial, aunque la cristalita, comúnmente transparente, estaba oscurecida eléctricamente. Pero ningún blindaje de metal liviano podía desviar todo el efecto del resplandor. De los hornos salían relucientes lonjas de material.

Máquinas-herramienta recogían cada lonja, la trabajaban hábilmente según mediciones exactas y la pegaban en los suelos de metal. Ixtl notó que ni una pulgada del suelo dejaba de ser cubierta por esas lonjas. Y en cuanto adherían el metal caliente, enormes refrigeradores se acercaban para enfriarlo.

Al principio su mente se negó a aceptar el resultado de sus observaciones. Su cerebro insistía en buscar intenciones más profundas, una astucia de alcances vastos y difíciles de discernir. Al fin decidió que esto era todo. Los hombres intentaban energizar dos pisos con un sistema de controles. Luego, cuando comprendieran que su limitada trampa no servía, quizá recurrieran a otros métodos. Ixtl no sabía cuándo ese sistema defensivo representaría un peligro para él. Lo importante era que cuando lo considerase peligroso sería sencillo seguir a los hombres y cortar las conexiones energizantes.

Desdeñosamente, Ixtl desechó el problema. Los hombres sólo le facilitaban las cosas, dándole acceso a los guuls que aún necesitaba. Escogió con cuidado a su próxima víctima. Había descubierto, al examinar al hombre que había matado involuntariamente, que el estómago y el tracto intestinal eran adecuados para su propósito. Automáticamente, incluyó en su lista a los hombres de estómago más grande.

Hizo una investigación preliminar, y luego atacó. Antes de que un solo proyector pudiera dispararle, se había ido con ese cuerpo que se resistía. Fue sencillo adaptar su estructura atómica en cuanto atravesó un techo, y así frenar su caída en el piso de abajo. Rápidamente se disolvió para atravesar ese piso, y así hasta llegar al nivel inferior. Descendió a la vasta bodega de la nave. Podría haber ido más rápidamente, pero tenía que cuidarse de no dañar el cuerpo humano.

La bodega ya era territorio familiar para el firme andar de sus pies de dedos largos. Había explorado breve pero exhaustivamente el lugar después de abordar la nave. Y, al llevar a Von Grossen, había aprendido qué rumbo debía seguir. Infaliblemente cruzó el interior penumbroso, dirigiéndose a la pared opuesta. Había grandes cajas de embalaje apiladas hasta el techo. Las atravesó o las sorteó, según su antojo, y pronto se encontró en un gran tubo. El interior tenía tamaño suficiente para permitirle estar de pie. Formaba parte de un sistema de aire acondicionado de kilómetros de longitud.

Su escondrijo habría sido oscuro a la luz común. Para su visión infrarroja, un fulgor crepuscular bañaba el tubo. Vio el cuerpo de Von Grossen, y apoyó a su otra víctima al lado. Se insertó una sinuosa mano en el pecho, sacó un precioso huevo y lo depositó en el estómago del ser humano.

Librodot

El hombre aún se resistía, pero Ixtl esperó pacientemente. Poco a poco el cuerpo se puso tieso. Los músculos se endurecieron. El hombre se contorsionó presa del pánico al comprender que la parálisis lo invadía. Implacablemente, Ixtl lo sostuvo hasta que la acción química se completó. Al fin, el hombre quedó inmóvil, los músculos rígidos. Abría los ojos desorbitados. El sudor le perlaba el rostro.

Al cabo de unas horas, las crías saldrían del cascarón dentro del estómago de cada hombre. Rápidamente, esas diminutas réplicas de Ixtl comerían hasta alcanzar todo su tamaño. Satisfecho, Ixtl salió de la bodega. Necesitaba más nidos para sus huevos, más guuls.

Cuando había conseguido un tercer cautivo, los hombres trabajaban en el nivel nueve. Oleadas de calor rodaban por el corredor. Era un viento infernal. Aun las unidades refrigeradoras de los trajes espaciales tenían dificultades para enfrentar el aire recalentado. Los hombres sudaban dentro del traje. Descompuestos de calor, aturdidos por el resplandor, trabajaban casi por instinto.

De pronto, al lado de Grosvenor, un hombre exclamó:

-¡Allá vienen!

Grosvenor miró hacia donde el hombre señalaba, y quedó tieso a su pesar. La máquina que rodaba hacia ellos no era grande. Era una masa globular con un casco externo de carburo de tungsteno, y un pico sobresalía del globo. La estructura, estrictamente funcional, estaba montada sobre un pedestal universal, que a su vez descansaba sobre una base de cuatro ruedas de caucho.

Alrededor de Grosvenor, los hombres habían dejado de trabajar. Con el rostro pálido, miraban esa monstruosidad metálica. Uno de ellos se acercó a Grosvenor y le dijo airadamente:

-Maldito seas, Grosvenor, tú eres responsable de esto. Si debo ser fulminado por una de estas cosas, primero me gustaría romperte la nariz.

-Aquí estaré -dijo Grosvenor impasiblemente-. Si tú mueres, yo también.

Eso pareció aplacar al otro. Pero su actitud aún era violenta cuando dijo:

-¿Qué disparate es éste? Sin duda hay planes mejores que el utilizar a los seres humanos como carnada.

-Hay otra cosa que podemos hacer -dijo Grosvenor.

-¿Y qué es?

-¡Suicidarnos! -respondió Grosvenor. Y lo decía en serio.

El hombre lo miró con cara de pocos amigos y se alejó mascullando algo sobre las bromas estúpidas y los bromistas retardados. Grosvenor sonrió sin alegría y siguió trabajando. Casi de inmediato, vio que los hombres habían perdido el entusiasmo por el trabajo. Una tensión eléctrica saltaba de un individuo al otro. La menor torpeza de una persona exasperaba a los demás.

Eran carnada. En diversos niveles, el miedo a la muerte los afectaría. Nadie podía ser inmune, pues la voluntad de sobrevivir estaba incorporada al sistema nervioso. Los militares bien entrenados, como el capitán Leeth, podían mostrarse imperturbables, pero la tensión estaría justo bajo la superficie. Asimismo, las personas como Elliott Grosvenor podían actuar con huraña resolución, convencidas de la sensatez de un plan y dispuestas a correr el riesgo.

-¡Atención, todo el personal!

Grosvenor saltó con los demás cuando esa voz rugió del comunicador más próximo. Tardaron un instante en reconocer que pertenecía al comandante de la nave.

-Todos los proyectores -continuó el capitán Leeth- están en posición en los niveles siete, ocho y nueve. Les alegrará saber que he comentado los peligros con mis oficiales. Hacemos las siguientes recomendaciones. Si ven a la criatura, no esperen ni miren alrededor. Arrójense al suelo al instante. Todos los artilleros, preparen los cañones para disparar a 50: 1 1/2. Eso les dará un margen de medio metro. No los protegerá de la radiación secundaria,

Librodot

pero el doctor Eggert y su personal de la sala de máquinas podrán salvarles la vida si se arrojan al suelo a tiempo. En conclusión -el capitán parecía más tranquilo ahora que había dado su mensaje principal-, permítanme asegurar a todos los rangos que no hay privilegiados a bordo. Salvo los médicos y tres pacientes inválidos, todos los individuos corren el mismo peligro que ustedes. Mis oficiales y yo estamos repartidos entre los diversos grupos. El director Morton se halla en el nivel siete. El señor Grosvenor, que ideó el plan, está en el nivel nueve, y así sucesivamente. Buena suerte, caballeros.

Hubo un instante de silencio. Luego el jefe de artilleros que estaba cerca de Grosvenor anunció con voz amigable:

-Oigan, amigos, hemos hecho los ajustes. No correrán peligro si se aplastan bien contra el suelo. -Gracias, amigo -respondió Grosvenor.

Por un instante, la tensión se alivió.

-Grosvenor, endúlzalo un poco con palabras suaves -dijo un técnico en biología matemática.

-Siempre amé a los militares -dijo otro hombre. Y en un ronco aparte, añadió en voz bien alta-. Eso debería contenerlos durante ese segundo adicional que necesitaré.

Grosvenor apenas prestaba atención. Carnada, pensó de nuevo. Y ningún grupo sabría en qué momento otro grupo corría peligro. En el instante «armacrit» -una forma modificada de masa crítica, donde una pila pequeña desarrollaba una energía enorme sin explotar-, una luz trazadora saltaría del cañón, aureolada de radiación dura, silente, invisible.

Cuando todo terminara, los sobrevivientes notificarían al capitán Leeth en su banda privada. En el momento oportuno, el comandante informaría a los otros grupos.

-Grosvenor.

En cuanto la brusca voz sonó, Grosvenor se arrojó al suelo. Chocó dolorosamente, pero se levantó de inmediato en cuanto reconoció la voz del capitán Leeth.

Otros hombres se incorporaban penosamente.

-Maldición, eso no ha sido justo -murmuró un hombre.

Grosvenor se acercó al comunicador. Mirando cautelosamente el corredor, respondió:

-Sí, capitán.

-¿Quiere venir de inmediato al nivel siete? Corredor central. Aproxímese desde las nueve en punto.

-Sí, señor.

Grosvenor fue con una sensación de espanto. Le alarmaba el tono del capitán. Algo andaba mal. Encontró una pesadilla. Al aproximarse vio que un cañón atómico estaba volcado. Junto a él, muertos, incinerados e irreconocibles, estaban tres de los cuatro artilleros del proyector. En el suelo, inconsciente pero todavía contorsionándose por efecto de una descarga de vibrador, estaba el cuarto artillero.

Del otro lado del cañón, veinte hombres yacían inconscientes o muertos, entre ellos el director Morton.

Los camilleros, usando ropas protectoras, llegaron precipitadamente, recogieron a una de las víctimas y se la llevaron en una grúa.

Hacía varios minutos que estaban haciendo ese trabajo de rescate, así que quizá hubiera más hombres inconscientes al cuidado del doctor Eggert y su personal en la sala de máquinas.

Grosvenor se detuvo ante una valla que habían instalado precipitadamente en un recodo del corredor. Allí estaba el capitán Leeth. El comandante estaba pálido pero tranquilo. En pocos minutos, Grosvenor supo qué había ocurrido.

Ixtl había aparecido. Un joven técnico -el capitán Leeth no mencionó su nombre- se olvidó, en medio del pánico, que debía arrojarse al suelo. Cuando el cañón apuntó, ese histérico joven disparó su vibrador contra los artilleros, aturdiéndolos a todos. Al parecer habían vacilado al ver al técnico en la línea de fuego. Poco después, cada artillero aportaba

involuntariamente su parte del desastre. Tres de ellos cayeron contra el cañón, lo abrazaron instintivamente y lo volcaron de flanco. El cañón rodó, arrastrando al cuarto.

El problema fue que había cogido el activador, y debió de oprimirlo durante un segundo. Sus tres compañeros estaban en la línea de fuego. Perecieron al instante. El cañón terminó de caer, rociando una pared.

Morton y su grupo, aunque no estaban en la línea de fuego directo, recibieron radiación secundaria. Aún no habían podido evaluar bien sus lesiones, pero estarían en cama por lo menos un año. Algunos morirían.

-Fuimos un poco lentos -confesó el capitán Leeth-. Al parecer esto sucedió poco después de que terminé de hablar, pero pasó casi un minuto hasta que alguien oyó el estrépito de la caída del cañón y tuvo la curiosidad de mirar a la vuelta del recodo. -Suspiró fatigosamente-. En el peor de los casos, no esperaba que perdiéramos a un grupo completo.

Grosvenor callaba. Por este motivo el capitán había querido que los científicos estuvieran desarmados. En una crisis, un hombre se protegía a sí mismo. No podía evitarlo. Como un animal, luchaba ciegamente por su vida.

Trató de no pensar en Morton, quien había comprendido que los científicos se habrían opuesto a estar desarmados y había elaborado el modus operandi que permitiría que el uso de energía atómica resultara aceptable para todos.

-¿Por qué me llamó a mí? -preguntó.

-Sospecho que este fracaso afecta a su plan. ¿Qué opina usted?

Grosvenor asintió con renuencia.

-Hemos perdido el elemento sorpresa -admitió-. Era importante que la bestia llegara sin sospechar lo que le esperaba. Ahora se andará con cuidado.

Imaginó al monstruo escarlata asomando la cabeza por una pared, escudriñando un corredor, acercándose audazmente a un cañón y secuestrando a un artillero. La única precaución adecuada sería poner otro proyector para cubrir el primero.

Pero eso era imposible. Sólo disponían de cuarenta y uno en toda la nave.

Grosvenor sacudió la cabeza.

-¿Ha capturado a otro hombre? -preguntó.

-No.

Una vez más Grosvenor guardó silencio. Ignoraba tanto como los demás por qué esa criatura necesitaba hombres vivos. Una conjetura se basaba en la teoría de Korita de que el monstruo estaba en una etapa campesina y deseaba reproducirse. Eso sugería una posibilidad escalofriante, y una necesidad que impulsaría a la criatura a buscar más víctimas humanas.

-Opino que volverá -dijo el capitán Leeth-. Mi idea es que dejemos los cañones donde están por el momento, y terminemos de energizar tres niveles. El siete está completo, el nueve está casi listo, así que podemos pasar al ocho. Esto nos dará tres pisos en total. Por otra parte, debemos tener en cuenta que el monstruo ha capturado a tres hombres aparte de Von Grossen. En cada caso vimos que los llevaba hacia abajo. Sugiero que, en cuanto hayamos energizado los tres niveles, vayamos al piso nueve para esperarlo. Cuando capture a uno de nosotros, esperaremos un instante,.y luego Pennons activará el interruptor que instala el campo de fuerza en los pisos. La criatura llegará al nivel ocho y lo encontrará energizado. Si intenta atravesarlo, descubrirá que el siete también estará energizado. Si sube, encontrará el nivel nueve en el mismo estado mortífero. De un modo u otro, lo obligamos a establecer contacto con dos pisos energizados. -El comandante hizo una pausa, miró pensativamente a

Grosvenor-. Sé que usted pensaba que el contacto con un solo nivel no lo mataría. Pero no estaba tan seguro con dos. -Calló, esperando una objeción.

-Lo acepto -dijo Grosvenor al cabo de un instante de vacilación-. En realidad, no sabemos cómo le afectará. Quizá nos llevemos una grata sorpresa.

Librodot

No lo creía. Pero había otro factor en esta situación: las convicciones y esperanzas de los hombres. Sólo un hecho real modificaría la actitud de algunas personas. Cuando la realidad contradijera sus ideas, entonces -y sólo entonces- estarían emocionalmente preparados para soluciones más drásticas.

Grosvenor pensó que estaba aprendiendo, lenta pero seguramente, a influir sobre los hombres. No bastaba con poseer información y conocimiento, no bastaba con tener razón. Era preciso persuadir y convencer. A veces eso llevaba más tiempo del que había. A. veces no se podía lograr. Y así caían civilizaciones, se perdían batallas y se destruían naves, porque el hombre o el grupo con las ideas salvadoras no celebraba el prolongado ritual de convencer a los demás.

Si él podía evitarlo, eso no sucedería aquí.

-Podemos mantener los proyectores atómicos en su sitio hasta que terminemos de energizar los pisos -dijo-. Entonces tendremos que moverlos. La energización podría provocar armacrit aunque los cañones no estén abiertos. Estallarían.

Así retiró su plan de la batalla contra el enemigo.

20

Ixtl subió dos veces durante la hora y tres cuartos que se necesitaba para terminar el nivel ocho. Le quedaban seis huevos, y se proponía usarlos todos salvo dos. Su único fastidio era que cada guul le llevaba más tiempo. La defensa contra él parecía más alerta, y la presencia de los cañones atómicos le obligaba a buscar a los hombres que operaban los proyectores.

Aun observando esa limitación, cada fuga requería una coordinación precisa. Pero no estaba preocupado. Era preciso hacer estas cosas. En su momento se encargaría de los hombres.

Cuando el nivel ocho estuvo terminado, los cañones retirados, y todos reunidos en el nivel nueve, Grosvenor oyó que el capitán Leeth decía bruscamente:

-Señor Pennons, ¿está preparado para usar la energía?

-Sí, señor. -La voz del ingeniero era un crujido seco en los comunicadores. Terminó aún más bruscamente-: Cinco hombres perdidos, y falta uno. Hemos tenido suerte, pero debemos perder por lo menos uno más.

-¿Oyen eso, caballeros? Falta uno. Uno de nosotros será carnada, gústele o no. -Era una voz familiar, pero una voz que había guardado silencio mucho tiempo. El hombre continuó gravemente-: Habla Gregory Kent. Lamento decir que les hablo desde la seguridad de la sala de máquinas. El doctor Eggert me ha dicho que pasará otra semana para que me eliminen de la lista de inválidos. Les hablo ahora porque el capitán Leeth me ha entregado los papeles del director Morton, así que me gustaría que Kellie se explayase sobre la nota que él presentó. Aclarará algo muy importante. Nos dará a todos una imagen más clara de lo que enfrentamos. No nos vendrá mal saber lo peor.

-Ah... -La voz quebrada del sociólogo sonó en los comunicadores-. He aquí mi razonamiento. Cuando descubrimos a la criatura, flotaba a un cuarto de millón de años-luz del sistema estelar más próximo, al parecer sin medios de locomoción espacial. Imaginemos esa pasmosa distancia, y preguntémonos cuánto se necesitaría, relativamente, para que un

Librodot

objeto la recorriera sólo por azar. Lester me dio las cifras, así que me gustaría que él explicara lo que me dijo a mí.

-¡Lester al habla! -La voz del astrónomo sonaba asombrosamente animada-. La mayoría conocemos la teoría predominante acerca de los orígenes del actual universo. Hay pruebas de que llegó a existir como resultado de la desintegración de un universo anterior, hace varios millones de millones de años. Hoy se cree que dentro de unos millones de millones de años, nuestro universo completará su ciclo y estallará en una explosión cataclísmica. Ignoramos la naturaleza de dicha explosión -suspiró, y siguió adelante-. En cuanto a la pregunta de Kellie, sólo puedo ofrecer este cuadro. Supongamos que el ser escarlata fue lanzado hacia el espacio cuando ocurrió la gran explosión. Se encontraría viajando hacia el espacio intergaláctico, sin modo de cambiar su curso. En esas circunstancias, podría flotar para siempre sin acercarse a una estrella más que doscientos cincuenta mil años-luz. ¿Eso es lo que quería, Kellie?

-Sí. La mayoría de ustedes recordarán que he mencionado que era una paradoja que un desarrollo puramente simpodial, como esta criatura, no poblara todo el universo. La respuesta es, lógicamente, que si esta raza tuvo que dominar el universo, entonces lo dominó. Podemos ver, sin embargo, que gobernaba un universo anterior, no el actual. Naturalmente, la criatura ahora pretende que su especie domine también nuestro universo. Ésta es al menos una teoría plausible, si no es algo más.

Kent intervino.

-Sin duda todos los científicos de a bordo comprenden que especulamos, por fuerza, sobre asuntos en los que disponemos de pocas pruebas. Creo que es bueno que creamos que nos enfrentamos al sobreviviente de la raza suprema de un universo. Puede haber otros como él en el mismo trance. Esperamos que ninguna nave se acerque a otro. Biológicamente, esta raza podría llevarnos miles de millones de años de delantera. Pensando así, se justificará que pidamos el mayor esfuerzo y sacrificio personal de todos los miembros...

El agudo chillido de un hombre lo interrumpió.

-¡Me ha atrapado! Pronto... me arranca del traje... -Las palabras terminaron en un gorgoteo.

-Ése era Dack, principal asistente del departamento de geología -dijo Grosvenor. Identificó la voz sin pensar. Ahora las reconocía rápida y automáticamente.

Otra voz chilló en los comunicadores.

-¡Está bajando! ¡Le vi bajar!

-La energía está activada -dijo una tercera voz, más serena. Era Pennons.

Grosvenor se halló mirando curiosamente el suelo, donde titilaba un fuego chispeante, brillante, bello y azul. Zarcillos de llamas corcovearon vorazmente a pocas pulgadas de su traje de cauchita, como desconcertados por una fuerza invisible que protegía el traje. Ahora no había sonido. Con la mente casi en blanco, miró un corredor que vibraba con ese fuego azul y sobrenatural. Por un instante tuvo la ilusión de estar mirando las honduras de la nave.

Pero pronto recobró la concentración. Con ojos fascinados, vio que el furor azul de la energización procuraba invadir su traje protegido.

Pennons habló de nuevo, esta vez en un susurro.

-Si el plan ha funcionado, tenemos a ese demonio en los niveles ocho o siete.

El capitán Leeth dio una orden tajante.

-Todos los hombres cuyo apellido comience con las letras A a L, que me sigan al nivel siete. El grupo M a Z, que siga a Pennons al nivel ocho. Todos los artilleros permanezcan en sus puestos. Los equipos de cámaras procedan como se ordenó.

Los hombres que precedían a Grosvenor se pararon en seco en el segundo recodo después de los ascensores del nivel siete. Grosvenor estaba entre los que avanzaron para mirar el cuerpo humano tendido en el suelo. Parecía aferrado al metal por brillantes dedos de fuego azul. El capitán Leeth rompió el silencio.

-¡Libérenlo!

Los hombres avanzaron con cautela y tocaron el cuerpo. Las llamas azules brincaron hacia ellos como tratando de ahuyentarlos. Los hombres saltaron, y el vínculo se rompió. Llevaron el cuerpo en ascensor al nivel diez, que no estaba energizado. Grosvenor fue con ellos, y se detuvo en silencio mientras depositaban el cuerpo en el piso. El cuerpo sin vida siguió pateando varios minutos, descargando torrentes de energía, y luego cobró gradualmente la quietud de la muerte.

-¡Espero informes! -ladró el capitán Leeth. Pennons habló al cabo de un segundo.

-Los hombres están desperdigados en los tres niveles, según el plan. Están tomando fotos continuas con cámaras de fluorita. Si está por aquí, lo veremos. Nos llevará por lo menos treinta minutos más. Al fin llegó el informe.

-¡Nada! -La voz de Pennons reflejaba su consternación-. Comandante, se debe de haber escabullido.

Una voz plañidera sonó en el circuito momentáneamente abierto de los comunicadores.

-¿Qué haremos ahora?

Grosvenor pensó que esas palabras expresaban la duda y la angustia de todos los viajeros del Beagle Espacial.

21

El silencio se prolongó. Los grandes hombres de la nave, que normalmente eran tan elocuentes, parecían haber perdido la voz. Grosvenor se negaba a pensar en el nuevo plan que tenía en mente, pero poco a poco afrontó la realidad que ahora pesaba sobre la expedición. Aun así, esperó. No le correspondía hablar el primero.

Fue Kent, el jefe de química, quien rompió el hechizo.

-Parece que nuestro enemigo puede atravesar las paredes energizadas con la misma facilidad que las otras. Podemos suponer que la experiencia no le resulta agradable, pero que su recuperación es tan rápida que lo que siente en un piso ya no surte efecto cuando atraviesa el aire para pasar al siguiente.

-Me gustaría hablar con Zeller -dijo el capitán Leeth-. ¿Dónde está?

-¡Zeller al habla! -La animada voz del metalúrgico sonó en los comunicadores-. He terminado el traje resistente, capitán. Y he iniciado mi búsqueda en el fondo de la nave.

-¿Cuánto tardaría en construir trajes resistentes para todos los miembros de la expedición?

Zeller tardó en responder.

-Tenemos que instalar una unidad de producción -dijo al fin-. Primero tendríamos que fabricar las herramientas para fabricar las herramientas que fabricaran tales trajes en cantidad con cualquier metal. Simultáneamente, dedicaríamos una pila atómica a la tarea de fabricar metal resistente. Como usted sabrá, sale radiactivo, con una medida de vida de cinco horas, que es un largo tiempo. Calculo que el primer traje saldría de la línea de montaje dentro de doscientas horas.

Para Grosvenor, era un cálculo conservador. La dificultad de fabricar metal resistente era enorme. Las palabras del metalúrgico parecían haber enmudecido al capitán Leeth. Fue Smith quien habló.

Librodot

-¡Entonces eso queda descartado! -El biólogo parecía inseguro-. Y como la energización total también demoraría demasiado, estamos fregados. No nos queda nada más.

Gourlay, el experto en comunicaciones, intervino con inusitada exasperación.

-No veo por qué. Todavía estamos con vida. Sugiero que nos pongamos manos a la obra y hagamos todo lo posible en el menor tiempo posible.

-¿Qué le hace pensar -preguntó fríamente Smith- que esa criatura no puede triturar el metal resistente? Como ser superior, quizá posea conocimientos de física superiores a los nuestros. Quizá le resulte relativamente sencillo construir un rayo que destruya todo lo que poseemos. No olvide que el gatito podía pulverizar el metal resistente. Y Dios sabe que hay muchas herramientas disponibles en los diversos laboratorios.

-¿Sugiere que abandonemos? -preguntó Gourlay con desdén.

-No -replicó airadamente el biólogo-. Sugiero que usemos el sentido común. No nos limitemos a trabajar ciegamente en busca de una meta inalcanzable.

La voz de Korita sonó en los comunicadores, poniendo fin a ese duelo verbal.

-Coincido con Smith. Afirmo además que ahora lidiamos con un ser que pronto comprenderá que no puede darnos tiempo para nada importante. Por ese y otros motivos, creo que la criatura se interpondría si intentáramos preparar la nave para una energización controlada completa.

El capitán Leeth guardaba silencio. La voz de Kent llegó nuevamente desde la sala de máquinas.

-¿Qué cree que hará cuando comprenda que es peligroso permitir que nos sigamos organizando contra él?

-Comenzará a matar. No sé cómo podremos detenerlo, salvo replegándonos a la sala de máquinas. Y creo, con Smith, que con el tiempo podrá ir a buscarnos allí.

-¿Alguna sugerencia?

-Era el capitán Leeth. Korita titubeó.

-Francamente, no. Yo diría que no debemos olvidar que lidiamos con una criatura que parece estar en la etapa campesina de su ciclo. Para un campesino, el terruño y la prole o... por usar un nivel más alto de abstracción... la propiedad y la sangre son sagrados. Lucha ciegamente contra el cerco.

Como una planta, se apega a una propiedad, y allí hunde sus raíces y nutre su sangre. -Korita vaciló, luego continuó-. Ésa es la idea general, caballeros. En este momento, ignoro cómo debe aplicarse.

-No veo cómo puede ayudarnos -dijo el capitán Leeth-. Quiero que cada jefe de departamento consulte a sus ejecutivos medios en su banda privada, y se comunique dentro de cinco minutos si ha dado con una idea valiosa.

Grosvenor, que no tenía asistentes en su departamento, dijo:

-¿Podría hacer algunas preguntas al señor Korita mientras se realizan las deliberaciones departamentales?

El capitán meneó la cabeza.

-Si nadie se opone, tiene usted mi autorización. No hubo objeciones.

-Señor Korita -dijo Grosvenor-, ¿está usted disponible?

-¿Quién habla?

-Grosvenor.

-Claro que sí, Grosvenor. Ahora reconozco su voz. Adelante.

-Usted mencionó que el campesino se aferra con tenacidad a su terruño. Si esta criatura está en la etapa campesina de una de sus civilizaciones, ¿puede imaginar nuestra diferente perspectiva de la propiedad?

-No creo que pueda.

Librodot

-¿Trazaría sus planes con la convicción de que no podemos escapar de él, porque estamos arrinconados en esta nave?

-Es una suposición bastante sensata. No podemos abandonar la nave y sobrevivir.

-¿Pero estamos en un ciclo donde la propiedad significa poco para nosotros? -insistió Grosvenor-. ¿No estamos ciegamente apegados a ella?

-Todavía no entiendo a qué se refiere -respondió el intrigado Korita.

-Estoy llevando su concepto a su conclusión lógica en esta situación.

El capitán Leeth interrumpió.

-Grosvenor, creo que empiezo a entender adónde quiere llegar. ¿Está por presentarnos otro plan? -Sí -respondió Grosvenor, sin poder contener el temblor de su voz.

El capitán habló tensamente.

-Grosvenor -dijo-, si mi presentimiento es correcto, su solución demuestra coraje e imaginación. Quiero que se la explique a los demás en... -Vaciló, miró su reloj-. Bien, en cuanto terminen los cinco minutos.

Al cabo de un breve silencio, Korita habló de nuevo.

-Señor Grosvenor, su razonamiento es válido. Podemos hacer ese sacrificio sin sufrir un colapso espiritual. Es la única solución.

Un minuto después, Grosvenor presentó su análisis a todos los miembros de la fuerza expedicionaria. Cuando terminó, fue Smith quien dijo con una voz que era como un susurro estridente:

-¡Grosvenor, tiene usted razón! Significa sacrificar a Von Grossen y los demás. Significa un sacrificio individual para cada uno de nosotros. Pero tiene razón. La propiedad no es sagrada para nosotros. En cuanto a Von Grossen y los otros cuatro... no he tenido la oportunidad de mencionar las notas que le entregué a Morton. Él no las comentó porque yo sugería un posible paralelismo con cierta especie de avispa de la Tierra. El pensamiento es tan escalofriante que creo que una muerte rápida será una liberación para esos hombres.

-¡La avispa! -jadeó un hombre-. Tiene razón, Smith. Cuanto antes mueran, mejor.

Fue el capitán Leeth quien dio la orden. -¡A la sala de máquinas! Debemos...

Una voz alborotada lo interrumpió desde los comunicadores. Grosvenor tardó un largo segundo en reconocer a Zeller, el metalúrgico.

-¡Capitán, pronto! Envíe hombres y proyectores a la bodega. Los encontré en el tubo de aire acondicionado. El monstruo está aquí, y lo estoy manteniendo a raya con mi vibrador. No le hace mucha mella, así que apúrese.

El capitán Leeth impartió órdenes con velocidad de ametralladora mientras los hombres corrían a los ascensores.

-¡Los científicos y su personal, a las cámaras estancas! ¡El personal militar, a los ascensores de carga! -Continuó-: Quizá no podamos acorralarlo ni matarlo en la bodega. Pero, caballeros -añadió con voz grave y resuelta-, nos libraremos de este monstruo, y lo haremos a cualquier precio. Ya no podemos pensar en nosotros mismos.

Ixtl retrocedió de mala gana mientras el hombre se llevaba sus guuls. El escalofriante miedo a la derrota envolvió su mente como la cavilosa noche que rodeaba la nave. Ansiaba saltar entre ellos y exterminarlos, pero esas feas y relucientes armas contenían ese impulso desesperado. Se replegó con abatimiento. Había perdido la iniciativa. Ahora los hombres descubrirían sus huevos. Al destruirlos, destruirían su oportunidad inmediata de contar con el refuerzo de otros ixtls.

Su cerebro urdió una estrecha urdimbre de determinación. A partir de ese momento, mataría. Le asombraba haber pensado primero en la reproducción, poniendo lo demás en segundo plano. Ya había desperdiciado tiempo valioso. Para matar, necesitaba un arma que pulverizara todo. Al cabo de un segundo de reflexión, enfiló hacia el laboratorio más próximo. Sentía una urgencia ardiente que nunca había conocido.

Librodot

Mientras trabajaba, el cuerpo encorvado y el rostro concentrado en el reluciente metal del mecanismo, sus sensibles pies captaron una diferencia en la sinfonía de vibraciones que recorría la nave con armoniosa melodía. Hizo una pausa, se enderezó. Comprendió qué era. Los motores callaban. El titánico navío espacial había detenido su aceleración y permanecía quieto en las negras profundidades. Ixtl sintió alarma. Sus dedos largos, negros y sinuosos se convirtieron en objetos relampagueantes mientras realizaba, diestra y frenéticamente, delicadas conexiones.

Se detuvo de nuevo. Volvió a presentir que algo estaba mal, peligrosamente mal. Los músculos de sus pies se tensaron. Y entonces supo qué era. Ya no sentía la vibración de los hombres. ¡Habían abandonado la nave!

Ixtl se apartó del arma inconclusa y se zambulló en una pared. Conocía su destino con una certidumbre que sólo hallaba esperanzas en la negrura del espacio.

Corrió por pasillos desiertos, presa del odio, un monstruo escarlata del antiguo Glor. Las relucientes paredes parecían burlarse de él. El mundo de ese gran navío espacial, lleno de promesas, era ahora el lugar donde un infierno energético podía desatarse en cualquier momento. Con alivio, vio una cámara estanca delante. Atravesó la primera sección, la segunda, la tercera... y de pronto estuvo en el espacio. Pensaba que los hombres estarían esperando su aparición, así que interpuso una violenta repulsión entre su cuerpo y la nave. Tenía una sensación de creciente liviandad mientras su cuerpo salía disparado del flanco de la nave hacia la negra noche.

Detrás de él, las luces de las portillas se apagaron y fueron reemplazadas por un fulgor azul. Al principio ese fulgor era irradiado por la inmensa piel externa de la nave. El fulgor azul se disipó gradualmente, casi con renuencia. Mucho antes de que se disipara por completo, la potente pantalla energética se encendió, cerrándole para siempre el acceso a la nave. Algunas luces parpadearon y cobraron brillo. Mientras potentes máquinas se recobraban del devastador chispazo de energía, las luces encendidas se fortalecieron, y otras se encendieron.

Ixtl, que se había retirado varios kilómetros, se aproximó. Tuvo cuidado. Ahora que estaba en el espacio, podían dispararle con cañones atómicos y destruirlo sin riesgo para sí mismos. Se aproximó a un kilómetro de la pantalla, y allí se detuvo. Vio que la primera nave salvavidas salía de la oscuridad, atravesaba la pantalla y entraba en el gran navío por una abertura del flanco. Siguieron otras naves pequeñas, bajando en rápidos arcos, siluetas borrosas contra el fondo del espacio. Eran apenas visibles en la luz fulgurante que volvían a irradiar las portillas. La abertura se cerró, y la nave desapareció. De pronto, donde estaba esa vasta esfera de metal negro sólo se veía una brillante mancha en espiral, una galaxia que flotaba más allá de un abismo de un millón de años-luz.

El tiempo se arrastraba hacia la eternidad. Ixtl se tendió, inmóvil y desesperado, en la noche ilimitada. No podía dejar de pensar en los jóvenes ixtls que ahora no nacerían, y en el universo que se había perdido por culpa de sus errores.

Grosvenor observaba los dedos habilidosos del cirujano mientras el cuchillo electrificado hendía el estómago del cuarto hombre. Depositaron el último huevo en el fondo de la alta cuba de metal resistente. Los huevos eran objetos grises y redondos, y uno de ellos estaba levemente agrietado.

Varios hombres se acercaron con armas térmicas mientras la grieta se ensanchaba. Asomó una cabeza fea, redonda y escarlata, con ojos diminutos y gelatinosos y una boca que era un tajo. La cabeza giró sobre el corto cuello y los ojos destellaron con ferocidad. Con una rapidez que los tomó por sorpresa, la criatura se irguió e intentó salir de la cuba. Las lisas paredes se lo impidieron. Resbaló y se disolvió en las llamas que le arrojaban.

-¿Y si escapó y se disolvió en una pared? -dijo Smith, relamiéndose los labios.

Librodot

Nadie respondió. Grosvenor vio que los hombres miraban la cuba. Los huevos se derretían con renuencia bajo el calor de las armas, pero al fin ardieron con luz dorada.

-Ah -dijo el doctor Eggert, y todos se volvieron hacia él y el cuerpo de Von Grossen-. Sus músculos empiezan a relajarse, y sus ojos están abiertos y vivos. Creo que él sabe lo que está ocurriendo. Era una forma de parálisis inducida por el huevo, y se disipa ahora que el huevo no está presente. No hay ningún problema grave. Todos se repondrán en poco tiempo. ¿Qué hay del monstruo?

-Los tripulantes de dos naves salvavidas -respondió el capitán Leeth- declaran que vieron un fogonazo rojo que salía de la cámara estanca principal mientras barríamos la nave con energización no controlada. Debía de ser nuestro mortífero amigo, pues no hemos hallado su cuerpo. No obstante, Pennons recorre la nave con su gente, tomando fotos con cámaras de fluorita, y lo sabremos con certeza en pocas horas. Aquí está. ¿Y bien, señor Pennons?

El ingeniero entró vivazmente y apoyó un deforme objeto de metal en una mesa.

-Aún no tenemos datos definitivos... pero hallé esto en el principal laboratorio de física. ¿Qué le parece?

Los jefes de departamento que se aproximaron a la mesa para ver mejor empujaron a Grosvenor hacia adelante. Entornó los ojos para examinar ese objeto de aire delicado, con su intrincada red de cables. Había tres tubos que parecían cañones que penetraban en tres esferas pequeñas que brillaban con luz plateada. La luz penetraba la mesa, volviéndola transparente como cristalita. Y, lo más extraño de todo, las esferas absorbían calor como una esponja térmica. Grosvenor extendió la mano hacia una esfera, y sintió que las manos se le endurecían por pérdida de calor. Las retiró rápidamente.

Pennons cabeceó. Y Smith expresó la idea. -Parece que la criatura trabajaba en ella cuando sospechó que algo andaba mal. Debe de haber comprendido la verdad, pues abandonó la nave. Eso parece desmentir su teoría, Korita. Usted dijo que, como auténtico campesino, ni siquiera imaginaría qué nos proponíamos hacer.

El arqueólogo japonés sonrió fatigosamente.

-Señor Smith -dijo cortésmente-, es indudable que éste sí lo imaginó. Quizá la respuesta sea que la categoría del campesino es sólo una analogía. El monstruo rojo era, evidentemente, el campesino más complejo con que nos hemos topado.

-Ojalá nosotros tuviéramos algunas de esas limitaciones campesinas -gruñó Pennons-. ¿Sabe que tardaremos por lo menos tres meses en reparar esta nave, después de esos tres minutos de energización no controlada? Por un instante temí que... -Calló dubitativamente.

-Yo terminaré esa frase, Pennons -dijo el capitán Leeth con una hosca sonrisa-. Usted temía que la nave fuera destruida por completo. Creo que la mayoría de nosotros comprendimos el riesgo que corríamos al adoptar el plan final de Grosvenor. Sabíamos que nuestras naves salvavidas sólo tendrían antiaceleración parcial. Así que nos habríamos quedado varados a doscientos cincuenta mil años-luz de casa.

-Me pregunto -reflexionó un hombre- si la bestia escarlata, en caso de haberse adueñado de la nave, se habría salido con la suya y habría logrado conquistar la galaxia. A fin de cuentas, el hombre está bien establecido en ella... y además es bastante terco.

Smith meneó la cabeza.

-Prevaleció una vez, podría prevalecer de nuevo. Usted se apresura a suponer que el hombre es un dechado de justicia, olvidando que tiene una historia larga y salvaje. Ha matado otros animales no sólo para alimentarse, sino por placer; ha esclavizado al prójimo, ha asesinado a sus oponentes, y se ha regodeado sádicamente en el sufrimiento de otros. No es imposible que en nuestros viajes encontremos otras criaturas inteligentes mucho más dignas de gobernar el universo.

Librodot

-¡Por todos los cielos! -exclamó un hombre-. No permitamos que una criatura peligrosa vuelva a abordar esta nave. Mis nervios están hechos trizas, y no me siento tan bien como cuando subí a bordo del Beagle.

-Habla usted en nombre de todos -dijo el director interino Kent por el comunicador.

22

Alguien susurraba al oído de Grosvenor, tan suavemente que no entendía las palabras. Un gorjeo siguió al susurro, igualmente suave y carente de sentido.

Grosvenor miró en torno.

Estaba en la sala de filmación de su departamento, y no había nadie a la vista. Caminó hacia la puerta que llevaba al auditorio. Allí tampoco había nadie.

Regresó a su mesa de trabajo, preguntándose si alguien le habría apuntado con un adaptador encefálico. Era la única comparación que se le ocurría, pues había creído oír un sonido.

Al cabo de un instante, esa explicación le pareció improbable. Los adaptadores eran efectivos sólo a corta distancia. Más aún, su departamento estaba protegido contra la mayoría de las vibraciones. Además, estaba demasiado familiarizado con el proceso mental implícito en la ilusión que había experimentado. Eso le impedía olvidar el incidente.

Como precaución, exploró las cinco habitaciones y examinó los adaptadores de su sala técnica.

Estaban donde debían estar, bien guardados. Grosvenor regresó en silencio a la sala de filmación y reanudó su estudio de las luces hipnóticas, basado en las imágenes que los riim habían usado contra la nave.

Sintió un escalofrío de terror. De nuevo oyó ese susurro, suave como antes, pero colérico, increíblemente hostil.

Asombrado, Grosvenor se enderezó. Tenía que ser un adaptador encefálico. Alguien estimulaba su mente desde lejos con una máquina tan potente que penetraba el escudo protector de su departamento.

Frunció el entrecejo, se preguntó quién sería, y al fin llamó al departamento de psicología pensando que allí estaría el culpable. Atendió Siedel, y Grosvenor empezó a explicar lo que ocurría. Lo interrumpieron.

-Estaba a punto de consultarle a usted -dijo Siedel-. Creí que usted era el responsable.

-¿Quiere decir que todos están siendo afectados? -preguntó Grosvenor lentamente, tratando de imaginar las implicaciones.

-Me sorprende que usted lo haya recibido en ese departamento protegido -dijo Siedel-. Hace más de veinte minutos que recibo quejas, y algunos de mis instrumentos fueron afectados varios minutos antes.

-¿Qué instrumentos?

-El detector de ondas cerebrales, el registro, de impulsos nerviosos y los detectores eléctricos más sensibles. Kent pedirá una reunión en la sala de control. Le veré allí.

Grosvenor no lo dejó escapar tan rápidamente.

-¿Ya hubo deliberaciones? -preguntó.

-Bien, todos partimos de un supuesto.

-¿Y cuál es?

Librodot

-Estamos a punto de entrar en la gran galaxia M-33. Suponemos que esto viene de allí. Grosvenor rió secamente.

-Es una hipótesis razonable. Pensaré en ello, y le veré dentro de unos minutos.

-Prepárese para sorprenderse cuando salga al corredor. Aquí la presión es continua. Sonidos, borbotones de luz, sueños, turbulencia emocional... estamos recibiendo una buena dosis de estimulación.

Grosvenor cabeceó y cortó la conexión. Cuando hubo terminado de guardar sus películas, Kent anunció la reunión por el comunicador. Un minuto después, al abrir la puerta externa, entendió a qué se refería Siedel.

Se detuvo cuando esa andanada de estímulos comenzó a afectarle el cerebro. Luego enfiló turbadamente hacia la sala de control.

Se sentó con los demás. La noche susurraba, la inmensa noche del espacio que envolvía la nave. Caprichosa y mortífera, llamaba y advertía. Gorjeaba con frenético deleite, gruñía con salvaje frustración. Murmuraba de miedo y bramaba de hambre. Moría, regodeándose en su dolor, y volvía a florecer en eufórica vida. Pero siempre amenazaba insidiosamente.

-He aquí mi opinión -dijo alguien detrás de Grosvenor-. Esta nave debería regresar a casa. Grosvenor no pudo identificar la voz y movió la cabeza para ver quién había hablado. Esa persona no dijo nada más. Volviéndose de nuevo hacia adelante, Grosvenor vio que el director interino Kent no se había apartado del telescopio por el cual miraba. O bien entendía que ese comentario era indigno de respuesta, o bien no lo había oído. Nadie hizo ninguna observación.

Al prolongarse el silencio, Grosvenor cogió el brazo comunicador de su butaca y pronto vio una borrosa imagen de lo que Kent y Lester observaban por el telescopio. Lentamente, olvidó a los espectadores y se concentró en la escena nocturna que aparecía en pantalla. Estaban en los lindes de un sistema galáctico, pero las estrellas más próximas aún estaban tan lejos que el telescopio apenas podía resolver la miríada de puntos brillantes que constituían esa nebulosa en espiral, M-33, en Andrómeda, su destino.

Grosvenor alzó la vista cuando Lester se alejó del telescopio.

-Lo que sucede es increíble -dijo el astrónomo-. Podemos detectar vibraciones que surgen de una galaxia de miles de millones de soles. -Hizo una pausa-. Director, me parece que este problema no es para un astrónomo.

-Todo lo que abarque una galaxia entera entra en la categoría de fenómeno astronómico -respondió Kent, alejándose del ocular-. ¿O quiere mencionar otra ciencia?

Lester titubeó, y al fin respondió lentamente.

-La escala de la magnitud es inconcebible. Creo que todavía no debemos suponer un alcance galáctico. Esta andanada puede llegar en un haz que se concentra en nuestra nave.

Kent se volvió hacia los hombres, que ocupaban hileras de butacas acolchadas frente al ancho y colorido panel de control.

-¿Alguien tiene alguna idea o sugerencia? Grosvenor miró en torno, esperando que el hombre no identificado que había hablado antes se explicara. Pero esa persona siguió guardando silencio. Innegablemente, los hombres no se sentían tan libres de expresarse como cuando Morton era director. Kent había insinuado más de una vez que despreciaba la opinión de quienes no fueran jefes de departamento. También era evidente que se negaba a considerar el nexialismo como un departamento legítimo. Durante varios meses, él y Grosvenor se habían tratado con cortés distanciamiento, procurando eludirse. Durante ese tiempo, el director interino había consolidado su posición introduciendo en el consejo varias mociones que daban a su oficina más autoridad en ciertas actividades, so pretexto de que así se evitaba una superposición de tareas.

Grosvenor estaba seguro de que sólo otro nexialista habría comprendido que para la moral de la nave era muy importante alentar la iniciativa individual, aun a costa de cierta

Librodot

eficiencia. Él no se había molestado en protestar. Y así se habían impuesto más restricciones a esa comunidad de seres humanos ya peligrosamente regimentada y confinada.

Desde el fondo de la sala, Smith fue el primero en responder al pedido de Kent.

-Veo que Grosvenor se retuerce en su silla -dijo secamente el anguloso y huesudo biólogo-. ¿Será que aguarda cortésmente a que los mayores den su opinión? ¿Qué piensa usted, Grosvenor?

Grosvenor esperó a que se silenciaran las risas -en las que Kent no participó- y dijo:

-Hace unos minutos alguien sugirió que debíamos volver a casa. Me gustaría que esa persona explique sus razones.

No hubo respuesta. Grosvenor vio que Kent fruncía el entrecejo. Parecía extraño que nadie a bordo estuviera dispuesto a admitir una opinión, aunque hubiera sido pasajera. Otros hombres miraban alrededor con asombro.

-¿Cuándo oyó eso? -preguntó al fin Smith-. Yo no recuerdo haberlo oído.

-Yo tampoco -dijeron otros.

Los ojos de Kent relucían. Grosvenor pensó que abordaba una discusión como un hombre previendo una victoria personal.

-Seamos claros -dijo-. O bien alguien dijo eso, o bien nadie lo dijo. ¿Quién más lo oyó? Alcen la mano. Nadie alzó la mano.

-Señor Grosvenor -dijo Kent con voz sutilmente maliciosa-, ¿qué oyó usted exactamente?

-Por lo que recuerdo, las palabras fueron: «He aquí mi opinión. Esta nave debería regresar a casa» -dijo Grosvenor. Hizo una pausa. No hubo ningún comentario, así que continuó-: Parece claro que esas palabras son producto del estímulo de los centros auditivos de mi cerebro. Allá afuera hay algo que desea que nos vayamos, y yo lo detecté. -Se encogió de hombros-. Desde luego, no estoy seguro de tener razón.

-Todavía tratamos de entender, Grosvenor -dijo rígidamente Kent-, por qué usted oyó esa frase, y no los demás.

Una vez más Grosvenor ignoró el tono de esas palabras, y respondió serenamente:

-Estaba pensando en ello. Recuerdo que durante el incidente de Riim mi cerebro fue sometido a estímulos continuos. Es posible que ahora sea más sensible a esa forma de comunicación.

Comprendió que quizá esa sensibilidad especial explicara por qué había recibido los susurros en sus salas protegidas. No le sorprendió el mal ceño de Kent. El químico había demostrado que prefería no pensar en la gente-pájaro y lo que había hecho con la mente de los miembros de la expedición.

-Tuve el privilegio de escuchar una transcripción de su versión del episodio -dijo ácidamente Kent-. Sino recuerdo mal, usted afirmó que el motivo de su victoria fue que estos seres de Riim no entendieron que era dificultoso controlar el sistema nervioso del miembro de una raza alienígena. ¿Cómo explica entonces que esa irradiación -señaló la dirección adonde se dirigía la nave- haya llegado a su mente y haya estimulado con tal precisión las zonas de su cerebro que produjeron exactamente las palabras de advertencia que usted nos acaba de repetir?

Grosvenor pensó que el tono de Kent, sus palabras y su actitud presuntuosa, eran desagradablemente personales.

-Director, el que haya estimulado mi cerebro podría estar al corriente del problema que presenta un sistema nervioso alienígena. No tenemos que suponer que habla nuestro idioma. Además, su solución del problema fue parcial, porque yo soy la única persona que respondió al estímulo. Presiento que por el momento no debemos discutir cómo lo recibí, sino por qué, y qué haremos al respecto. McCann, jefe de geología, se aclaró la garganta.

Librodot

-Grosvenor tiene razón. Creo, caballeros, que será mejor enfrentar el hecho de que hemos invadido un territorio ajeno. Y el dueño de ese territorio tiene recursos.

El director interino se mordió el labio. Titubeó antes de hablar.

-Creo -dijo al fin- que no debemos sacar conclusiones apresuradas. Pero entiendo que debemos actuar como si nos enfrentáramos a una inteligencia superior a la humana, superior a la vida tal como la conocemos.

Hubo silencio en la sala de control. Grosvenor notó que los hombres se tensaban inconscientemente. Apretaban los labios y entornaban los ojos. Vio que otros también observaban la reacción.

-Ah -murmuró Kellie, el sociólogo-, me alegra ver que nadie da muestras de querer regresar. Eso es bueno. Como servidores de nuestro gobierno y nuestra raza, tenemos el deber de investigar el potencial de una nueva galaxia, sobre todo ahora que su forma de vida dominante sabe que existimos. Nótese, por favor, que estoy adoptando la sugerencia del director Kent y hablando como si nos enfrentáramos a una criatura inteligente. Su capacidad para estimular más o menos directamente la mente de una persona de a bordo indica que nos ha observado y sabe mucho sobre nosotros. No podemos permitir que ese conocimiento sea unilateral. Kent se sentía de nuevo a sus anchas.

-Kellie -dijo-, ¿qué opina usted del ámbito hacia el cual nos dirigimos?

El calvo sociólogo se ajustó los quevedos.

-Ah... es una pregunta muy amplia, director.

Pero estos susurros podrían ser el equivalente de las ondas radiales cruzadas que envuelven nuestra galaxia. O quizá sean sólo señales externas, como si saliéramos de un desierto para entrar en una zona civilizada.

Kellie hizo una pausa. Nadie hizo comentarios, así que continuó.

-Recuerden que el hombre también ha dejado su impronta imperecedera en su galaxia. Al rejuvenecer soles muertos, ha producido incendios, novas que se ven a doce galaxias de distancia. Ha sacado planetas de sus órbitas. Ha cubierto de verdor mundos muertos. Ahora hay mares donde antes había desiertos sin vida bajo soles más tórridos que el Sol. Y aun nuestra presencia aquí es una emanación de su poder, que llega más lejos de lo que han podido ir estos susurros que nos rodean.

-Las improntas del hombre no son permanentes en un sentido cósmico -dijo Gourlay, del departamento de comunicaciones-. No entiendo cómo puede mencionarlas en relación con esto. Estas pulsaciones están vivas. Son formas de pensamiento tan fuertes, tan ubicuas, que todo el espacio nos susurra. Éste no es un gato con tentáculos, ni un monstruo escarlata, ni una raza fellah confinada a un sistema. Podría ser una inconcebible totalidad de mentes que dialogan a través de los kilómetros y los años de su espacio-tiempo. Ésta es la civilización de la segunda galaxia. Y si su vocero nos ha lanzado una advertencia... -Gourlay calló con un jadeo, y alzó un brazo como para defenderse.

No fue el único que lo hizo. En toda la sala, los hombres se agazaparon o se hundieron en las butacas cuando el director Kent, en un movimiento espasmódico, cogió su vibrador y disparó contra el público. Tras esquivarlo instintivamente, Grosvenor notó que el rayo del arma apuntaba encima de su cabeza, no hacia ella.

Detrás de él, oyó un estruendoso aullido de dolor, y luego un estrépito que sacudió el suelo. Grosvenor giró con los demás, y miró pasmado la bestia blindada de diez metros que se contorsionaba en el piso a tres metros de la última hilera de butacas. Al instante, una réplica de ojos rojos de la primera bestia se materializó en el aire y aterrizó a poca distancia. Un tercer monstruo demoníaco apareció, chocó contra el segundo, rodó y se levantó rugiendo.

Segundos después había una docena.

Librodot

Grosvenor desenfundó su vibrador y disparó. El rugido de las bestias se intensificó. Escamas duras como metal raspaban paredes y pisos de metal. Se oyó el crujido de zarpas aceradas, el andar de pesados pies.

Alrededor de Grosvenor, todos disparaban sus vibradores. Y seguían apareciendo bestias. Grosvenor giró, saltó sobre dos hileras de butacas y brincó a la plataforma más baja del tablero de instrumentos. El director dejó de disparar mientras Grosvenor subía a ese nivel.

-¿Adónde diablos cree que va, cobarde? -aulló airadamente.

Le apuntó con el vibrador, y Grosvenor lo derribó de un puñetazo, haciéndole caer el arma. Estaba furioso, pero no dijo nada. Al saltar a la siguiente plataforma, vio que Kent se arrastraba hacia el vibrador. Grosvenor no dudó que el químico le dispararía. Con un jadeo de alivio, alcanzó el interruptor que activaba la gran pantalla de energía múltiple de la nave, lo empujó y se arrojó al suelo... justo a tiempo. El rayo del vibrador de Kent mordió el metal del panel de control a poca distancia de Grosvenor. Luego el rayo se cortó. Kent se puso de pie y gritó por encima del alboroto.

-No comprendí lo que se proponía.

Esa disculpa no satisfizo a Grosvenor. El director había creído que podía justificar su acto homicida porque Grosvenor rehuía la batalla. Grosvenor pasó junto al químico sin decir una palabra. Durante meses había tolerado a Kent, pero ahora pensaba que esa conducta demostraba que no servía para director. En las difíciles semanas que les esperaban, sus tensiones personales podían ser un mecanismo de activación que destruiría la nave.

Cuando Grosvenor bajó a la plataforma más baja, volvió a sumar la energía de su vibrador a la de los otros hombres. Por el rabillo del ojo, vio que tres hombres ponían en posición un proyector térmico. Cuando el proyector escupió su llama irresistible, las bestias estaban inconscientes por efecto de la energía molecular, y no fue difícil matarlas.

Pasado el peligro, Grosvenor tuvo tiempo para comprender que esos monstruos habían sido transportados con vida a través de los siglos-luz. Era como un sueño, demasiado fantástico para haber ocurrido.

Pero el olor de la carne chamuscada era real. Y también era real la sangre azulada que manchaba el piso. Y la prueba definitiva era esa docena de cadáveres escamosos despatarrados en la sala.

23

Cuando Grosvenor vio a Kent minutos más tarde, el director estaba impartiendo frías órdenes por un comunicador. Entraron grúas flotantes y empezaron a retirar cuerpos. Un torrente de mensajes zumbaba en los comunicadores. Pronto la situación se clarificó.

Las criaturas sólo habían irrumpido en la sala de control. El radar de la nave no registraba ningún objeto material, como una nave enemiga. La distancia hasta la estrella más cercana en cualquier dirección era de mil años-luz. En toda la sala, hombres sudorosos maldecían mientras asimilaban esos escasos datos.

-¡Diez siglos-luz! -exclamó Selenski, el jefe de pilotos-. Vaya, nosotros ni siquiera podemos transmitir mensajes a esa distancia sin repetidores.

El capitán Leeth entró apresuradamente. Habló con varios científicos y convocó un consejo de guerra. El comandante inició las deliberaciones.

-No hace falta aclarar el peligro al que nos enfrentamos. Somos una sola nave contra lo que parece ser una civilización galáctica hostil. Por el momento estamos a salvo detrás de nuestra pantalla energética. La índole de la amenaza nos impone objetivos limitados, aunque no tan limitados. Debemos descubrir por qué desean ahuyentarnos. Debemos precisar la naturaleza del peligro y evaluar a la inteligencia que lo plantea. Veo que nuestro jefe de biología todavía está examinando a nuestros difuntos adversarios. Señor Smith, ¿qué clase de bestias son?

Smith dejó de mirar al monstruo que estaba estudiando.

-La Tierra -dijo lentamente- pudo haber producido algo semejante durante la era de los dinosaurios. A juzgar por el tamaño diminuto de lo que parece ser el cerebro, su inteligencia debía de ser muy baja.

-El señor Gourlay dice que las bestias pudieron irrumpir a través del hiperespacio -dijo Kent-. Quizá podríamos pedirle que se explayase.

-Señor Gourlay -dijo el capitán Leeth-, tiene la palabra.

Arrastrando la voz como de costumbre, el experto en comunicaciones dijo:

-Es sólo una teoría, y bastante reciente, pero compara el universo con un globo inflado. Cuando se pincha la superficie, el globo comienza a desinflarse, y simultáneamente repara esa ruptura. Ahora bien, extrañamente, cuando un objeto penetra por la superficie externa del globo, no regresa necesariamente al mismo punto del espacio. Presuntamente, si uno conociera un método para controlar el fenómeno, podría usarlo como forma de teleportación. Si esto suena extravagante, recuerden que lo que ha sucedido también lo es.

-Cuesta creer que alguien sea tanto más listo que nosotros -comentó ácidamente Kent-. Tiene que haber soluciones simples a los problemas del hiperespacio que los científicos humanos han pasado por alto. Quizá aprendamos algo. -Hizo una pausa y añadió-: Korita, me extraña su silencio. ¿Por qué no nos cuenta con qué nos enfrentamos?

El arqueólogo se levantó y extendió las manos con desconcierto.

-Ni siquiera tengo una conjetura. Deberemos aprender algo más sobre la motivación del ataque antes de establecer comparaciones basadas en la historia cíclica. Por ejemplo, si el propósito era capturar la nave, atacarnos de esa manera fue un error. Si la intención sólo era asustarnos, el ataque fue un éxito resonante.

Estallaron carcajadas mientras Korita se sentaba. Pero Grosvenor notó que la expresión del capitán Leeth seguía siendo solemne y reflexiva.

-En cuanto a la motivación -dijo lentamente el capitán-, se me ha ocurrido una posibilidad desagradable que debemos estar dispuestos a afrontar. Concuerda con los datos que hemos recogido. Es la siguiente. Supongamos que esta gran inteligencia, sea lo que fuere, desea conocer nuestra procedencia.

Hizo una pausa, y por la inquietud de los demás, era evidente que sus palabras habían tocado un punto sensible. El oficial siguió hablando.

-Mirémoslo desde su punto de vista. Se aproxima una nave. En la dirección de donde viene, a diez millones de años-luz, hay gran número de galaxias, cúmulos estelares y nebulosas. ¿Cuál es la nuestra?

Se hizo silencio. El comandante se volvió hacia Kent.

-Director, si usted no se opone, sugiero que examinemos algunos de los sistemas planetarios de esta galaxia.

-No tengo objeción -respondió Kent-. Pero ahora, a menos que alguien...

Grosvenor alzó la mano.

-¡Doy esta reunión por...! -continuó Kent. Grosvenor se levantó.

-¡Señor Kent! -exclamó.

-¡Terminada! -concluyó Kent.

Los hombres se quedaron sentados. Kent vaciló, y al fin dijo:

-Disculpe, señor Grosvenor. Tiene la palabra.

-Cuesta creer que este ser sea capaz de interpretar refinadamente nuestros símbolos -dijo Grosvenor con firmeza-, pero creo que deberíamos destruir nuestros mapas estelares.

-Iba a sugerir lo mismo -dijo alborotadamente Von Grossen-. Continúe, Grosvenor.

Hubo un coro de aprobación. Grosvenor continuó.

-Estamos actuando sobre la creencia de que nuestra pantalla principal puede protegernos. En rigor, no tenemos más opción que continuar como si así fuera. Pero cuando aterricemos, será aconsejable tener disponibles grandes adaptadores encefálicos. Podríamos usarlos para crear ondas cerebrales desorientadoras, e impedir que nos lean la mente.

Una vez más, los presentes lanzaron hurras aprobatorios.

-¿Algo más, Grosvenor? -preguntó Kent con voz seca.

-Sólo un comentario general -dijo Grosvenor-. Los jefes de departamento podrían revisar el material que controlan, con miras a destruir todo lo que pueda poner en peligro a nuestra raza si el Beagle es capturado.

Se sentó en medio de un pasmado silencio.

Al transcurrir el tiempo, parecía claro que esa inteligencia hostil se abstenía de nuevas acciones, o bien que la pantalla era una buena defensa. No hubo más incidentes.

Los soles de este linde remoto de la galaxia eran lejanos y solitarios. El primer sol creció en el espacio, una bola de luz y calor que ardía furiosamente en la vasta noche. Lester y su personal localizaron cinco planetas que estaban cerca del astro y merecían ser investigados. Los visitaron todos. Uno de los cinco era habitable, un mundo brumoso y selvático poblado por bestias gigantes. La nave partió después de sobrevolar un mar interior y un gran continente pantanoso. No había indicios de ninguna civilización, y mucho menos esa portentosa civilización cuya existencia tenían motivos para sospechar.

El Beagle Espacial aceleró trescientos años-luz y llegó a un sol pequeño con dos planetas que se acurrucaban contra su tibieza roja. Uno de los dos planetas era habitable, y también era un mundo brumoso y selvático poblado por saurios gigantes. Lo abandonaron sin explorarlo, después de sobrevolar un mar pantanoso y un continente sofocado por junglas exuberantes.

Ahora había más estrellas. Constelaban la negrura de los próximos ciento cincuenta años-luz. Un gran sol blanco azulado, con un cortejo de veinte planetas, llamó la atención de Kent, y la rápida nave voló hacia allí. Los siete planetas más cercanos al sol eran infiernos ardientes, sin esperanza de soportar vida. La nave dejó atrás otros tres planetas habitables, y luego se zambulló en la vastedad interestelar sin examinar los demás.

Detrás de ellos, tres humeantes planetas selváticos giraban en su órbita alrededor del tórrido sol que los había engendrado. A bordo, Kent convocó una reunión de los jefes de departamento y sus principales asistentes.

Inició la deliberación sin preámbulos.

-Personalmente, considero que las pruebas aún no son concluyentes, pero Lester me ha solicitado que los reúna. -Se encogió de hombros-. Quizá aprendamos algo.

Hizo una pausa, y Grosvenor, al observarlo, quedó intrigado por el aura, de satisfacción que rodeaba al hombrecillo. Se preguntó qué se proponía. Parecía raro que el director se hubiera tomado la molestia de renunciar de antemano a atribuirse cualquier resultado positivo que derivara de la reunión.

-Gunlie -dijo Kent con tono amigable-, ¿quiere venir aquí para explicarse?

El astrónomo subió a la plataforma. Era un hombre delgado y alto, como Smith. Tenía ojos azules en una cara inexpresiva. Pero al hablar, su voz trasuntaba emoción.

-Caballeros, los tres planetas habitables de ese último sistema eran gemelos, trillizos producidos artificialmente. No sé cuántos de ustedes conocen la actual teoría concerniente a la formación de sistemas planetarios. Quienes la desconocen deberán aceptar mi palabra de

Librodot

que la distribución de masa del sistema que acabamos de visitar es dinámicamente imposible. Puedo asegurar que dos de los tres planetas habitables de ese sol fueron desplazados a su posición actual. En mi opinión, deberíamos regresar e investigar. Alguien parece estar creando planetas primitivos, aunque no entiendo por qué. -Hizo una pausa y miró a Kent con hostilidad. El químico se adelantó sonriendo.

-Gunlie acudió a mí -dijo- y me pidió que ordenara regresar a uno de esos planetas selváticos. Dada su opinión sobre el asunto, ahora pido una deliberación, y una votación.

Conque eso era. Grosvenor suspiró. No admiraba a Kent, pero debía conceder que era astuto. El director no intentaba explicar por qué se oponía. Era posible que realmente no se opusiera al plan del astrónomo. Pero al solicitar una reunión donde se votaría contra él, demostraba su aceptación del procedimiento democrático. Era una manera diestra aunque demagógica de conservar la buena voluntad de sus simpatizantes.

A decir verdad, había objeciones válidas contra el requerimiento de Lester. Costaba creer que Kent las conociera, porque eso significaría que estaba pasando por alto posibles peligros para la nave. Grosvenor decidió darle a Kent el beneficio de la duda y aguardó pacientemente mientras varios científicos le hacían preguntas de menor importancia al astrónomo. Una vez que él las respondió y pareció claro que la discusión había terminado, Grosvenor se puso de pie.

-En este asunto, me gustaría argumentar a favor de la perspectiva del señor Kent.

-Vaya, señor Grosvenor -respondió fríamente Kent-, la brevedad de la discusión parece revelar la opinión del grupo, y perder más tiempo...

En ese punto se detuvo. Debía de haber captado el auténtico sentido de las palabras de Grosvenor. Una expresión de sorpresa cubrió su rostro. Gesticuló vagamente, como pidiendo ayuda a los demás. Nadie habló, así que Kent bajó el brazo y murmuró:

-Grosvenor, tiene la palabra.

-El señor Kent tiene razón -dijo Grosvenor con firmeza-. Es demasiado pronto. Hasta ahora hemos visitado tres sistemas planetarios. No deben ser menos de treinta, escogidos al azar. Ésa es la cantidad mínima, en relación con el orden de magnitud de nuestra búsqueda, que necesitamos para llegar a una conclusión firme. Con gusto entregaré mis cálculos al departamento de matemáticas para que los corrobore. Más aún, al aterrizar tendríamos que salir de nuestra pantalla energética protectora. Tendríamos que estar preparados para resistir el ataque sorpresivo de una inteligencia que puede usar el medio instantáneo del hiperespacio para transportar sus fuerzas. Tengo una imagen mental de mil millones de toneladas de materia lanzadas contra nosotros mientras estamos indefensos en un planeta. Caballeros, a mi modo de ver, nos falta un par de meses de preparativos detallados. Durante ese tiempo, naturalmente, deberíamos visitar la mayor cantidad posible de soles. Si sus planetas habitables también son principalmente del tipo primitivo, tendremos fundamentos para pensar, como sugiere Lester, que son artificiales. -Grosvenor hizo una pausa y concluyó-: Señor Kent, ¿he expresado lo que usted tenía en mente?

Kent había recobrado la compostura.

-Casi literalmente, Grosvenor. -Miró alrededor-. A menos que haya más comentarios, propongo que votemos la propuesta de Gunlie.

El astrónomo se puso de pie.

-La retiro -dijo-. Confieso que no había pensado en esos argumentos contra un aterrizaje prematuro.

Se sentó.

Kent vaciló, luego dijo:

-Si alguien quiere presentar la propuesta de Gunlie...

Al cabo de varios segundos de silencio, Kent continuó confiadamente:

Librodot

-Quiero que cada jefe de departamento me prepare una explicación detallada de lo que puede aportar al éxito del aterrizaje que con el tiempo deberemos efectuar. Es todo, caballeros.

En el corredor, Grosvenor sintió una mano en el brazo. Se volvió y reconoció a McCann, el jefe de geología.

-En estos meses hemos estado tan ocupados con reparaciones -dijo McCann- que no tuve la oportunidad de invitarlo a venir a mi departamento. Sospecho que cuando aterricemos el equipo del departamento de geología se usará para fines a los que no estaba destinado. Un nexialista sería muy útil. Grosvenor reflexionó, y aceptó.

-Estaré allí mañana por la mañana. Deseo preparar mis recomendaciones para el director. McCann lo miró con curiosidad.

-No creerá que él tiene interés, ¿verdad? Conque otros habían notado que Kent le tenía inquina.

-Sí -dijo Grosvenor lentamente-, porque no tendrá que atribuirme el mérito.

McCann cabeceó.

-Bien, buena suerte, muchacho.

Estaba por marcharse cuando Grosvenor lo detuvo.

-¿Por qué cree que Kent es un líder tan popular? -le preguntó.

McCann vaciló, pareció reflexionar.

-Es humano -dijo al fin-. Tiene simpatías y antipatías. Se entusiasma con las cosas. Tiene mal genio, comete errores y procura fingir que no los cometió. Está desesperado por ser director. Cuando la nave regrese a la Tierra, la publicidad girará alrededor del oficial ejecutivo. Hay algo de Kent en todos nosotros. Él es... bien... es un ser humano.

-No ha dicho nada sobre sus aptitudes para el puesto-dijo Grosvenor.

-No es una posición vital, en general. Él puede obtener consejo de los expertos sobre todo lo que desee saber. -McCann frunció los labios-. Es difícil expresar la atracción de Kent con palabras, pero creo que los científicos siempre están a la defensiva en lo concerniente a su presunto intelectualismo y frialdad. Así que les gusta contar con el liderazgo de alguien que es emotivo pero cuyas credenciales científicas son incuestionables.

Grosvenor meneó la cabeza.

-No acepto que el puesto de director no sea vital. Todo depende del modo en que ese individuo ejerza su considerable autoridad.

McCann lo estudió.

-Los hombres lógicos como usted nunca comprenden la atracción masiva de las personas como Kent-dijo al fin-. Pero políticamente no tienen muchas probabilidades de vencerlas.

Grosvenor sonrió secamente.

-No es su devoción por el método científico lo que derrota a los tecnólogos, sino su integridad. El hombre entrenado suele entender las tácticas que se usan contra él mejor que la persona que las usa, pero no puede responder con la misma moneda sin sentirse corrompido.

McCann frunció el entrecejo.

-Huelga decirlo. ¿Pero me está diciendo que usted no tiene esos escrúpulos?

Grosvenor guardó silencio.

-Si pensara que es preciso expulsar a Kent -insistió McCann-, ¿qué haría usted?

-Por el momento, mis ideas son muy constitucionales -respondió Grosvenor con cautela.

Le sorprendió ver alivio en la expresión de McCann. El hombre mayor le cogió el brazo cordialmente.

-Me alegra saber que sus intenciones son legales. Desde que dio esa conferencia, he comprendido algo que los demás no han captado... que usted es potencialmente el hombre

más peligroso de esta nave. El conocimiento integrado que posee usted, aplicado con determinación y propósito, podría resultar más desastroso que cualquier ataque externo.

Al cabo de un momento de asombro, Grosvenor meneó la cabeza.

-No es para tanto -dijo-. Matar a un hombre solo es fácil.

-Veo -dijo McCann- que usted no niega la posesión de ese conocimiento.

Grosvenor extendió la mano para despedirse.

-Gracias por su elevada opinión de mí. Aunque es exagerada, la encuentro psicológicamente confortante.

24

La trigesimoprimera estrella que visitaron era del tamaño y el tipo del Sol. De sus tres planetas, uno seguía una órbita de ciento cuarenta millones de kilómetros. Como todos los mundos habitables que habían visto, era una selva humeante y un mar primigenio.

El Beagle Espacial atravesó el gaseoso envoltorio de aire y vapor de agua y voló a baja altura, una gran esfera metálica en una tierra fantástica.

En el laboratorio de geología, Grosvenor observaba un grupo de instrumentos que analizaba la naturaleza del terreno. Era una tarea compleja que exigía la mayor atención, pues la interpretación de los datos exigía los procesos asociativos de una mente bien entrenada. El constante caudal de reflexiones de las señales ultrasónicas y de onda corta que se enviaban afuera tenía que introducirse en los dispositivos de cómputo adecuados en el momento indicado para el análisis comparado. A las técnicas convencionales de McCann, Grosvenor había añadido algunos refinamientos acordes con los principios nexiales, y así estaban tabulando la corteza externa del planeta de forma asombrosamente exhaustiva.

Durante una hora Grosvenor permaneció sentado, sumido en sus conjeturas. Los datos variaban mucho en detalle, pero un análisis de los elementos indicaba cierta similitud geológica: lodo, piedra arenisca, arcilla, granito, detritos orgánicos -probablemente depósitos de carbón-, silicatos con forma de arena encima de la roca, agua...

Las agujas de varios medidores oscilaron abruptamente y se mantuvieron firmes. Esa reacción indicaba indirectamente la presencia de hierro metálico en grandes cantidades, con rastros de carbono, molibdeno...

Grosvenor bajó una palanca que precipitó una serie de acontecimientos. Sonó una campanilla. McCann vino a la carrera. La nave se detuvo. A poca distancia de Grosvenor, McCann se puso a hablar con el director, Kent.

-Sí, director, acero, no sólo mineral de hierro.

-No mencionó el nombre de Grosvenor, pero continuó-: Fijamos nuestros instrumentos a un máximo de treinta metros. Podría ser una ciudad sepultada, o escondida, en el lodo de la jungla.

-Lo sabremos en pocos días -dijo secamente Kent. La nave se mantuvo cautelosamente encima de la superficie, y bajaron el equipo necesario mediante una abertura provisoria en la pantalla energética. Instalaron palas gigantes, grúas y transportadores móviles, junto con dispositivos suplementarios. Habían ensayado todo tan cuidadosamente que a los treinta minutos de iniciar la descarga de material la nave se dirigía nuevamente hacia el espacio.

La tarea de excavación se realizó por control remoto. Hombres adiestrados observaban la escena en pantallas comunicadoras y operaban las máquinas que estaban en tierra. En

cuatro días, esa integrada masa de implementos había cavado un foso de cien metros de profundidad por ciento cincuenta de anchura y doscientos de longitud. No expuso una ciudad sino las increíbles ruinas de una ciudad.

Parecía que los edificios se habían derrumbado bajo un peso demasiado grande. El nivel de la calle estaba a cien metros de profundidad, y allí empezaron a descubrir huesos. Se dio orden de interrumpir la excavación y varias naves salvavidas descendieron en la turbia atmósfera. Grosvenor fue con McCann, y al poco tiempo estaba con otros científicos junto a los restos de un esqueleto.

-Muy aplastado -dijo Smith-. Pero creo que puedo armarlo.

Sus expertos dedos ordenaron los huesos. -Cuatro piernas -dijo. Acercó un dispositivo fluoroscópico a una de las extremidades-. Parece que éste murió hace veinticinco años.

Grosvenor se alejó. Los restos triturados podían albergar el secreto del carácter físico fundamental de una raza extinguida. Pero era improbable que los esqueletos contuvieran alguna clave de la identidad de los despiadados seres que los habían asesinado. Éstas eran las indefensas víctimas, no los arrogantes y mortíferos destructores.

Se dirigió al sitio donde McCann examinaba el suelo de la calle.

-Creo que se justificará hacer un análisis estratigráfico de varios cientos de metros de profundidad -dijo el geólogo.

A su orden, los operadores de un taladro se pusieron manos a la obra. Durante la hora siguiente, mientras la máquina horadaba roca y arcilla, Grosvenor estuvo ocupado. Un hilillo constante de muestras del suelo pasaba bajo sus ojos. En ocasiones, sometía un trozo de piedra o tierra a un proceso de análisis químico. Cuando las naves salvavidas regresaron a la nave madre, McCann pudo presentarle a Kent un informe preciso y general. Grosvenor se mantuvo fuera del campo emisor de la pantalla mientras McCann presentaba el informe.

-Director, recordará que se me pidió que confirmara si éste podía ser un planeta selvático artificial. Así parece. Los estratos que hay debajo del lodo parecen pertenecer a un planeta más viejo y menos primitivo. Cuesta creer que se haya arrancado una capa de jungla de un planeta distante para ponerla en éste, pero las pruebas así lo indican.

-¿Qué hay de la ciudad? -preguntó Kent-. ¿Cómo fue destruida?

-Hemos hecho algunos cálculos, y podemos afirmar cautamente que el enorme peso de la roca, el suelo y el agua pudo causar todo los daños que vimos.

-¿Ha hallado datos que indiquen cuándo ocurrió esta catástrofe?

-Tenemos algunos datos geornorfológicos. En varios lugares que examinamos, la nueva superficie ha formado depresiones en la antigua, indicando que el peso adicional está hundiendo las zonas más débiles de abajo. Al identificar el tipo de grieta que se hundiría en tales circunstancias, tenemos cifras que nos proponemos introducir en una máquina de cómputos. Un matemático competente... -se refería a Grosvenor- ha estimado que la presión del peso se aplicó inicialmente hace un centenar de años. Como la geología trata sobre acontecimientos que requieren miles y millones de años, la máquina sólo puede verificar el cálculo manual. No puede darnos una estimación más precisa.

Hubo una pausa.

-Gracias -dijo formalmente Kent-. Creo que usted y su personal han hecho un buen trabajo. Una pregunta más. En su investigación, ¿encontró algo que nos indique la naturaleza de la inteligencia que pudo causar una destrucción tan cataclísmica?

-Hablando sólo por mi cuenta, sin haber consultado con mis asistentes, no.

Grosvenor pensó que McCann hacía bien en circunscribir su negación. Para el geólogo, la investigación de este planeta era el comienzo de la búsqueda del enemigo. Para él, era el eslabón final en una cadena de descubrimientos y razonamientos que había empezado cuando comenzó a oír los extraños murmullos del espacio.

Conocía la identidad de la inteligencia alienígena más monstruosa que podía concebirse. Podía adivinar su terrible propósito. Había analizado cuidadosamente lo que se debía hacer.

Su problema ya no consistía en saber cuál era el peligro. Había llegado a la etapa en que necesitaba exponer su solución sin medias tintas. Lamentablemente, los hombres que sólo conocían una o dos ciencias no podrían ni querrían comprender el potencial del peligro más mortífero al que jamás se había enfrentado la vida en todo el universo intergaláctico. La solución misma podría ser el eje de una violenta controversia.

En consecuencia, Grosvenor consideraba que el problema era tan político como científico. Decidió, con aguda conciencia de la naturaleza de la lucha inminente, que su táctica debía ser cuidadosamente elaborada y aplicada con férrea determinación.

Era demasiado pronto para decidir cuán lejos debía llegar. Pero no se atrevía a limitar sus actos. Haría lo que fuera necesario.

25

Cuando estuvo preparado para actuar, Grosvenor escribió una carta a Kent.

Director interino
Oficinas administrativas
Navío expedicionario Beagle Espacial

Querido señor Kent:

Debo hacer una comunicación importante a todos los jefes de departamento. La comunicación se relaciona con la inteligencia alienígena de esta galaxia, sobre cuya naturaleza he acopiado pruebas adecuadas para emprender una acción a gran escala.

¿Tendría usted la amabilidad de ordenar una reunión especial, para que yo pueda presentar mi sugerencia?

Firmó: «Sinceramente suyo, Elliott Grosvenor», y se preguntó si Kent notaría que él ofrecía la solución pero no los datos. Mientras esperaba una respuesta, trasladó el resto de sus pertenencias personales de su cabina al departamento nexial. Era el último acto en un plan defensivo que incluía la posibilidad de un sitio.

La respuesta llegó la mañana siguiente.

Querido señor Grosvenor:

He comunicado al señor Kent la esencia de su memorándum de ayer por la tarde. Él sugiere que usted presente un informe en el formulario adjunto A-16-4, y se manifestó sorprendido de que no lo hubiera presentado así.

Librodot

Estamos recibiendo otros datos y teorías acerca de este asunto. La suya será oportunamente examinada con el resto.

Por favor, presente el formulario, debidamente rellenado, cuanto antes.

Sinceramente suyo,

JOHN FOOHRAN

En representación del señor Kent

Grosvenor leyó la carta de mal humor. Sin duda Kent le había hecho comentarios incisivos al secretario acerca del único nexialista de la nave. Aun así, era probable que hubiera moderado su lenguaje. El turbulento sedimento de odio que anidaba en ese hombre aún estaba reprimido. Si Korita tenía razón, afloraría en una crisis. Éste era el período «invernal» de la civilización humana, y culturas enteras se habían desmoronado por culpa del egocentrismo desaforado de ciertos individuos.

Aunque no se proponía ofrecer información fáctica, Grosvenor decidió llenar el formulario que el secretario le había enviado. Sin embargo, se limitó a enumerar las pruebas. No las interpretó, ni ofreció su solución. Bajo el encabezamiento «Recomendaciones», escribió: «La conclusión será inmediatamente obvia para cualquier persona calificada.»

El dato saliente era que cada prueba que había presentado era conocida por alguno de los departamentos científicos del Beagle Espacial. Esos datos acumulados habían estado semanas en el escritorio de Kent.

Grosvenor presentó el formulario en persona. No esperaba una respuesta pronta, pero se quedó en su departamento. Incluso dispuso que le enviasen allí la comida. Pasaron dos períodos de veinticuatro horas, y al fin llegó una nota de Kent.

Querido señor Grosvenor:

Al echar un vistazo al formulario A-16-4 que usted sometió a la consideración del consejo, noto que no ha especificado sus recomendaciones. Como hemos recibido otras recomendaciones sobre el particular, y nos proponemos combinar los mejores rasgos de cada cual en un plan general, agradeceríamos nos enviara una recomendación detallada.

Le encarezco que lo haga de inmediato.

Estaba firmado « Gregory Kent, director interino». Grosvenor consideró que la firma del director implicaba que él había dado en el blanco, y que las acciones estaban por comenzar.

Se administró drogas que producirían síntomas que no se distinguirían de la gripe. Mientras esperaba que su cuerpo reaccionara, escribió otra nota para Kent, esta vez indicando que estaba demasiado enfermo para preparar las recomendaciones, «que son necesariamente largas, pues deben incluir gran cantidad de razonamientos interpretativos basados en datos conocidos de muchas ciencias. Aun así, sería prudente iniciar de inmediato una propaganda preliminar con miras a acostumbrar a los miembros de la expedición a la idea de pasar cinco años más en el espacio».

En cuanto deslizó la carta en el buzón, llamó al consultorio del doctor Eggert. Su coordinación fue más precisa de lo que había anticipado. En diez minutos el doctor Eggert entró y apoyó su maletín.

Mientras él se enderezaba, sonaron pasos en el corredor. Poco después entraron Kent y dos adustos técnicos de química.

Librodot

El doctor Eggert cabeceó jovialmente al reconocer al jefe de química.

-Hola, Greg -saludó con su voz profunda. Tras reconocer la presencia del otro, prestó toda su atención a Grosvenor-. Bien, parece que aquí tenemos un germen, amigo mío. Es asombroso. A pesar de la protección que ofrecemos en los aterrizajes, algunos virus o bacterias nos invaden en ocasiones. Lo haré llevar a la sala de aislamiento.

-Preferiría quedarme aquí.

El doctor Eggert frunció el entrecejo, se encogió de hombros.

-En su caso, es viable. -Empacó sus instrumentos-. Mandaré a un asistente para que cuide de usted. No corremos riesgos con gérmenes extraños.

Kent gruñó. Grosvenor, que antes había mirado al director interino simulando asombro, lo interrogó con los ojos.

-¿Cuál es el problema, doctor? -preguntó Kent con fastidio.

-Aún no lo sé. Veremos qué dicen los estudios. -Frunció el ceño-. He tomado muestras de todo su cuerpo. Hasta ahora, los síntomas son fiebre y un poco de líquido en los pulmones. -Meneó la cabeza-. Me temo que no puedo dejarte hablar con él ahora, Greg. Esto puede ser grave.

-Tendremos que correr el riesgo -dijo Kent bruscamente-. Grosvenor posee valiosa información y sospecho que aún tiene fuerzas suficientes para brindarla.

El doctor Eggert miró a Grosvenor.

-¿Cómo se siente? -preguntó.

-Todavía puedo hablar -murmuró Grosvenor. Sentía calor en la cara. Le dolían los ojos. Pero una de las dos razones por las cuales había fingido esta enfermedad era la esperanza de atraer a Kent a su departamento.

La otra razón era que no deseaba asistir personalmente a una reunión de científicos organizada por Kent. Aquí y sólo aquí, en su departamento, podría defenderse de las acciones apresuradas que los demás decidieran tomar contra él.

El doctor miró su reloj.

-Haremos lo siguiente -le dijo a Kent, y más indirectamente a Grosvenor-. Enviaré a un asistente. La conversación debe haber concluido cuando él llegue aquí, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -respondió Kent con falsa cordialidad.

Grosvenor cabeceó.

Desde la puerta, el doctor Eggert dijo:

-Fander estará arriba en veinte minutos. Una vez que Eggert se marchó, Kent se acercó a la cama y miró a Grosvenor. Se quedó así un largo instante, y dijo con voz engañosamente amable: -No entiendo qué se propone. ¿Por qué no nos da la información que tiene?

-Kent, ¿de veras se sorprende?

Una vez más se hizo silencio. Grosvenor notó que estaba frente a un hombre encolerizado que apenas lograba contenerse.

-Soy el director de esta expedición -dijo Kent con voz tensa-. Exijo que nos haga sus recomendaciones de inmediato.

Grosvenor meneó la cabeza lentamente. De pronto sentía calor y pesadez.

-No sé qué responder -dijo-. Usted es un hombre muy previsible, señor Kent. Verá, esperaba que usted manejara mis cartas tal como lo hizo. Esperaba que usted viniera aquí con... -Miró a los otros dos hombres-. Bien, con un par de matones. Dadas las circunstancias, creo que tengo derecho a exigir una reunión de jefes, para que yo pueda presentar mis recomendaciones personalmente.

Si hubiera tenido tiempo, habría alzado el brazo para defenderse. Demasiado tarde, vio que Kent estaba más furioso de lo que él sospechaba.

-Muy listo -rezongó el químico. Alzó la mano. Le pegó en la cara con la palma. Habló apretando los dientes-. ¿Conque enfermo, eh? La gente que sufre enfermedades raras a veces

Librodot

pierde la cabeza, y a veces hay que manejarla con severidad porque en su locura puede atacar a sus amigos más queridos.

Grosvenor lo miró turbiamente. Se apoyó la mano en la cara. Y, como estaba afiebrado y realmente débil, le costó deslizarse el antídoto en la boca. Fingió que se apoyaba la mano en la mejilla, donde Kent le había pegado. Tragó la nueva droga.

-De acuerdo, estoy loco -murmuró-. ¿Y ahora qué?

Si la reacción sorprendió a Kent, sus palabras no lo demostraron.

-¿Qué quiere en verdad? -rezongó.

Grosvenor tuvo que combatir un instante de náusea. Cuando hubo pasado, respondió: -Quiero que difunda propaganda diciendo que, a su juicio, lo que se ha descubierto sobre la inteligencia hostil requerirá que los miembros de esta expedición se adapten a la idea de permanecer en el espacio cinco años más de lo que esperaban. Eso es todo por ahora. Cuando lo haya hecho, le diré lo que quiere saber.

Empezaba a sentirse mejor. El antídoto surtía efecto. La fiebre bajaba. Y había dicho esas palabras en serio. Su plan no era inflexible. En cualquier etapa, Kent o el resto del grupo podía aceptar sus propuestas, y allí terminarían sus estratagemas.

Kent entreabrió los labios dos veces, como si quisiera hablar, pero los cerró las dos veces. -¿Esto es todo lo que piensa ofrecerme? -preguntó al fin con voz estrangulada.

Bajo la sábana, Grosvenor apoyaba los dedos en un botón, preparado para apretarlo.

-Le juro que obtendrá lo que quiere.

-Imposible -protestó Kent-. No puedo consentir semejante locura. Los hombres no aceptarán ni siquiera una ampliación de un año.

-El hecho de que usted esté aquí -replicó Grosvenor- sugiere que no cree que mi solución sea descabellada.

Kent abrió y cerró las manos.

-¡Es imposible! ¿Cómo explicaría mi acción ante los jefes de departamento?

Observando al hombrecillo, Grosvenor sospechó que la crisis era inminente.

-No tiene que explicarles ahora. Sólo tiene que prometerles la información.

Uno de los técnicos, que había observado la cara de Kent, habló.

-Mire, jefe, este hombre no parece comprender que está hablando con el director. ¿Quiere que lo ablandemos? -Kent, que estaba por decir algo más, guardó silencio. Retrocedió, relamiéndose los labios. Luego asintió vigorosamente.

-Tienes razón, Bredder. No sé por qué he discutido con él. Sólo un minuto, mientras echo llave a la puerta. Luego...

-Yo que usted no la cerraría -advirtió Grosvenor-. Activará alarmas en toda la nave.

Kent, con una mano en la puerta, se detuvo y giró. Sonreía.

-Muy bien -dijo rígidamente-, lo ablandaremos con la puerta abierta. Empiece a hablar, amigo mío. Los dos técnicos se le acercaron.

-Bredder -dijo Grosvenor-, ¿alguna vez oyó hablar de cargas electrostáticas periféricas? -Los dos hombres titubearon, y él continuó-: Si me tocan, arderán. Se les ampollarán las manos. La cara...

Ambos hombres empezaban a retroceder. El rubio Bredder miró tímidamente a Kent.

-La cantidad de electricidad que hay en el cuerpo de un hombre no puede matar una mosca -dijo airadamente Kent.

Grosvenor sacudió la cabeza.

-¿No está fuera de su especialidad, Kent? La electricidad no está en mi cuerpo, pero estará en el de ustedes si me tocan.

Kent desenfundó su vibrador y lo ajustó resueltamente.

-¡Atrás! -ordenó a sus asistentes-. Le daré una rociadura de una décima de segundo. No lo dejará inconsciente, pero le desgarrará cada molécula del cuerpo.

-Yo no lo intentaría, Kent -murmuró Grosvenor-. Se lo advierto.

O bien el hombre no le oyó, o bien estaba demasiado colérico para prestar atención. El haz trazador encandiló a Grosvenor. Hubo un siseo y un crujido, y Kent lanzó un grito de dolor. La luz se apagó. Grosvenor vio que Kent trataba de deshacerse del arma. Se le pegaba a la mano, pero al fin cayó al suelo con un retintín metálico. Con evidente dolor, Kent se cogió la mano y se arqueó.

-¿Por qué no me escuchó? -preguntó Grosvenor, con una especie de furiosa compasión-. Las placas de esta pared tienen un alto potencial eléctrico, y como un vibrador ioniza el aire, usted recibió un shock eléctrico que simultáneamente anuló la energía que usted descargó, salvo cerca del cañón. Espero que no se haya quemado demasiado.

Kent recobró la compostura. Estaba blanco y tenso, pero tranquilo.

-Lo pagará caro -murmuró-. Cuando los demás sepan que un hombre trata de imponer sus ideas...

-Se interrumpió y llamó a sus matones con un gesto imperioso-. Vamos, por el momento hemos terminado.

Fander llegó ocho minutos después. Grosvenor tuvo que explicarle pacientemente, varias veces, que ya no estaba enfermo. Y necesitó aún más tiempo para convencer al doctor Eggert cuando el joven lo llamó. Grosvenor no temía que lo descubrieran. Se necesitaba una sospecha clara, y una investigación considerable, para identificar la droga que había usado.

Al fin lo dejaron a solas, con el consejo de que permaneciera en su cuarto durante un día. Grosvenor les aseguró que seguiría sus instrucciones, y lo decía en serio. En los duros días que sobrevendrían, el departamento nexial sería su fortaleza. No sabía qué podrían hacer contra él, pero ahí estaría preparado.

Una hora después de que partieron los médicos, sonó un chasquido en el buzón. Era un mensaje de Kent, el anuncio de una reunión convocada, según lo que decía, a pedido de Elliott Grosvenor. Citaba una frase de la primera carta de Grosvenor a Kent, y pasaba por alto todo lo que había ocurrido después. El formulario impreso terminaba: «Dados los antecedentes del señor Grosvenor, el director interino entiende que tiene derecho a una audiencia.» Al pie del anuncio, Kent había escrito a mano: «Estimado señor Grosvenor, en vista de su enfermedad, he solicitado al personal de Gourlay que conecte su comunicador con el auditorio de la sala de control para que usted pueda participar desde su lecho de convalecencia. Por lo demás, la reunión será privada.»

A la hora designada, Grosvenor se comunicó con la sala de control. Al aparecer la imagen, vio que toda la sala estaba nítidamente ante él, y que la pantalla receptora debía ser el gran comunicador que había encima del panel de control. En ese momento, su rostro era una imagen de tres metros que miraba a esos hombres. Por una vez, pensó con ironía, su presencia en una reunión sería conspicua.

Una rápida ojeada le mostró que la mayoría de los jefes de departamento ya estaban sentados. Debajo de la pantalla receptora, Kent hablaba con el capitán Leeth. Debía de ser el fin de una conversación, no el principio, porque pronto miró a Grosvenor, sonrió adustamente y se volvió hacia el pequeño público. Grosvenor vio que llevaba una venda en la mano izquierda.

-Caballeros -dijo Kent-, sin más preámbulos llamaré al señor Grosvenor. -Miró nuevamente la pantalla, con la misma sonrisa huraña en la cara-. Señor Grosvenor, adelante.

-Caballeros -comenzó Grosvenor-, hace una semana tuve pruebas suficientes para justificar una acción de esta nave contra la inteligencia alienígena de esta galaxia. Parecerá una declaración melodramática, pero lamentablemente sólo puedo presentar mi interpretación de los datos disponibles. No puedo demostrar a todos los presentes que ese ser realmente existe. Algunos comprenderán que mi razonamiento es sólido. Otros, careciendo del conocimiento de ciertas ciencias, entenderán que las conclusiones son controvertidas. Me he

devanado los sesos buscando el modo de convencerles de que mi solución es la única segura. Informarles de los experimentos que realicé parecía ser uno de los pasos razonables.

No mencionó que había tenido que elaborar una compleja estratagema para obtener una audiencia. A pesar de lo ocurrido, no deseaba reñir con Kent más de lo necesario.

-Ahora quiero llamar al señor Gourlay -continuó-. Sin duda no se sorprenderá cuando le diga que todo esto se remite al C-9 automático. Me pregunto si puede hablar con sus colegas sobre ello.

El jefe de comunicaciones miró a Kent, que cabeceó encogiéndose de hombros. Gourlay titubeó, luego dijo:

-Es imposible decir cuándo se encendió el C-9. Para quienes lo ignoran, el C-9 es una pantalla menor que se activa automáticamente cuando el polvo del espacio circundante alcanza una densidad que podría ser peligrosa para una nave en movimiento. La densidad aparente del polvo en cualquier volumen dado de espacio es relativamente mayor a velocidades altas que a velocidades bajas. Un miembro de mi personal reparó en el hecho de que había suficiente polvo para activar el C-9 poco antes de que esos lagartos irrumpieran en la sala de control. -Gourlay se reclinó en el asiento-. Eso es todo.

-Von Grossen -dijo Grosvenor-, ¿qué averiguó su departamento sobre el polvo espacial de esta galaxia?

El corpulento Von Grossen se movió en la silla. -No hay nada que consideremos extravagante ni inusitado -respondió sin levantarse-. Es un poco más denso que en nuestra galaxia. Juntamos una pequeña cantidad de polvo por medio de placas ionizadoras de alto potencial, y luego las raspamos. En general era sólido, y había presentes algunos elementos simples y rastros de muchos elementos compuestos, que se hallaron en el momento de la condensación... un poco de gas libre, en general hidrógeno. Ahora bien, el problema es que aquello que obtuvimos quizá se parezca muy poco al polvo del exterior, pero el problema de acopiarlo en su forma original nunca se ha resuelto satisfactoriamente. El proceso usado para capturarlo produce muchos cambios. No sabemos con certeza cómo funciona en el espacio. -El físico alzó las manos con impotencia-. Es todo lo que puedo decir por ahora.

-Podría seguir preguntando a varios jefes de departamento qué averiguaron -continuó Grosvenor-. Pero creo que puedo sintetizar sus descubrimientos con bastante exactitud. Los departamentos de Smith y Kent se encontraron con el mismo problema que Von Grossen. Creo que Smith, por diversos medios, saturó la atmósfera de una jaula con el polvo. Los animales que puso en la jaula no revelaron efectivos nocivos, así que al fin la probó en sí mismo. Señor Smith, ¿desea agregar algo?

Smith meneó la cabeza.

-Si es una forma de vida, no pude demostrarlo conmigo. Admito que obtuvimos la muestra más parecida a la cosa real cuando salimos en una nave salvavidas, abrimos todas las puertas, las cerramos, y dejamos entrar aire en la nave. Hubo pequeños cambios en el contenido químico del aire, pero nada importante.

-Hasta ahí -dijo Grosvenor-, los datos fácticos. Entre otras cosas, yo también realicé el experimento de sacar una nave salvavidas y dejar que el polvo espacial entrara por las puertas abiertas. Lo que me interesaba era esto. Si es vida, ¿de qué se alimenta? Así que después de volver a introducir aire en la nave, lo analicé. Luego maté un par de animales pequeños, y de nuevo analicé la atmósfera. Envié muestras de la atmósfera, tal como era antes y después, a Kent, Von Grossen y Smith. Había cambios químicos diminutos. Se podrían atribuir a un error analítico. Pero me gustaría que Von Grossen les dijera lo que encontró.

Von Grossen pestañeó y se irguió.

-¿Ésas eran pruebas? -preguntó sorprendido. Giró en el asiento y se enfrentó a sus colegas con gesto caviloso-. No me parece significativo, pero las moléculas de aire de la muestra marcada «Después» tenían una carga eléctrica ligeramente mayor.

Librodot

Era el momento decisivo. Grosvenor miró el rostro erguido de los científicos y esperó a que la luz de una interpretación errada llegara a por lo menos un par de ojos.

Los hombres callaban con expresión de intriga. Al fin alguien dijo con voz huraña:

-Supongo que espera que lleguemos a la apresurada conclusión de que lidiamos con una inteligencia propia del polvo nebuloso. Es demasiado.

Grosvenor no dijo nada. El salto mental que quería provocar era aún más osado, aunque la diferencia era sutil. Se sentía muy decepcionado. Empezó a prepararse para el paso siguiente.

-Vamos, vamos, señor Grosvenor -protestó Kent-. Explíquese, y luego nos decidiremos. -Caballeros -comenzó Grosvenor a regañadientes-, el hecho de que nadie vea la respuesta a estas alturas me resulta muy perturbador. Preveo que tendremos problemas. Piensen ustedes en mi posición. Les he dado las pruebas disponibles, incluida una descripción de los experimentos que me permitieron identificar a nuestro enemigo. Ya está claro que mis conclusiones se considerarán controvertidas. No obstante, si tengo razón, y estoy convencido de ello, será desastroso para la raza humana y para toda otra vida inteligente del universo que no hagamos aquello que tengo en mente. He aquí la situación: si les cuento a ustedes, la decisión ya no estará en mis manos. Decidirá la mayoría, y no habrá modo de cuestionar legalmente esa decisión.

Hizo una pausa para que asimilaran la idea. Algunos se miraron entre sí, frunciendo el entrecejo. -Esperen -dijo Kent-, ya me he tropezado contra la pared de piedra de la egolatría de este hombre. Era el primer comentario hostil de la reunión. Grosvenor lo miró rápidamente, desvió los ojos y continuó.

-Tengo la desdicha de informarles, caballeros, que en estas circunstancias este problema deja de ser científico y se torna político. En consecuencia, debo insistir en que se acepte mi solución. Se debe lanzar una propaganda satisfactoria, y el director Kent y cada jefe de departamento debe hacerse a la idea de que el Beagle Espacial permanecerá en el espacio por el equivalente de cinco años terrícolas adicionales, aunque deberíamos actuar como si fueran cinco años estelares. Les daré mi interpretación, pero quiero que cada jefe se adapte a la noción de que debe apostar su reputación y su buen nombre a este asunto. El peligro, a mi entender, es tan inmenso que cada riña mezquina que tengamos será más vergonzosa cuanto más tiempo le dediquemos.

Sucintamente, les informó de cuál era el peligro. Luego, sin esperar su reacción, describió su método para afrontarlo.

-Tendremos que encontrar algunos planetas de hierro y consagrar la capacidad productiva de nuestra nave a la fabricación de torpedos atómicamente inestables. Preveo que tendremos que pasar casi un año atravesando esta galaxia y lanzando esos torpedos en gran cantidad al azar. Y luego, cuando logremos que este sector del espacio sea inhabitable para el enemigo, partiremos y le ofreceremos la oportunidad de seguirnos, en un momento en que no tendrá más remedio que perseguir nuestra nave con la esperanza de que lo conduzca a una mejor fuente de alimentos. Debemos cerciorarnos de no guiarlo hacia nuestra propia galaxia.

Hizo una pausa.

-Bien, caballeros -continuó-, ahí lo tienen. Veo en varias caras que la reacción será ambigua y que nos espera una de esas mortales controversias.

Calló. Se hizo silencio, y luego un hombre dijo:

-Cinco años.

Era casi un suspiro, y sirvió de detonante. En toda la sala, los hombres se movieron con ansiedad. -Años terrícolas -aclaró Grosvenor.

Tenía que insistir en ello. Había escogido lo que parecía el modo más largo de calcular el tiempo, de modo que, al traducirlo a años estelares, pareciera un poco menos. Lo cierto era que el tiempo estelar, con su hora de cien minutos, su día de veinticuatro horas y su año de

trescientos sesenta días era un recurso psicológico. Una vez adaptada al día más largo, la gente olvidaba cuánto tiempo transcurría según su antiguo modo de pensar.

De la misma manera, ahora, esperaba que sintieran alivio al comprender que el tiempo adicional sólo sumaría tres años de tiempo estelar.

-¿Algún otro comentario? -preguntó Kent.

-No puedo aceptar el análisis de Grosvenor -dijo el compungido Von Grossen-. Siento gran respeto por él, dados sus antecedentes. Pero nos pide que aceptemos como artículo de fe lo que sin duda podríamos comprender si realmente tuviera pruebas fehacientes. Rechazo la noción de que el nexialismo brinda una integración tan aguda de las ciencias que sólo los individuos formados en sus métodos pueden comprender los fenómenos más intrincados.

-¿No rechaza con cierta precipitación algo que nunca se molestó en investigar? -preguntó incisivamente Grosvenor.

Von Grossen se encogió de hombros.

-Quizá.

-En mi opinión -dijo Zeller-, dedicaremos muchos años y mucho esfuerzo, pero nunca tendremos pruebas directas de que el plan está funcionando.

Grosvenor vaciló. Entonces comprendió que no tenía más remedio que seguir haciendo declaraciones antagónicas. El problema era demasiado importante. No podía reparar en sus sentimientos.

-Yo sabré si hemos triunfado -dijo-, y si algunos se dignan venir al departamento nexial para aprender algunas de nuestras técnicas, ustedes también lo sabrán cuando llegue el momento.

-El señor Grosvenor tiene esto a su favor -comentó irónicamente Smith-. Siempre nos invita a aprender a ser sus iguales.

-¿Más comentarios? -Era Kent, con voz más aguda y triunfal.

Varios hombres gesticularon como para hablar, pero aparentemente se arrepintieron.

-En vez de perder tiempo -continuó Kent-, creo que deberíamos votar para ver qué opina la mayoría sobre la propuesta de Grosvenor. Sin duda, todos deseamos tener una reacción general.

Caminó despacio hacia adelante. Grosvenor no le veía la cara, pero había arrogancia en su porte.

-Alcemos la mano -dijo Kent. Todos los que estén a favor del método de Grosvenor, que supone quedarse cinco años más en el espacio, alcen la mano.

No se alzó una sola mano.

-Me tornaré un rato para pensar en ello -dijo un hombre de voz quejumbrosa.

-Estamos tratando de obtener una opinión inmediata -replicó Kent-. Es importante para todos nosotros saber qué piensan los principales científicos de esta nave.

Pidió que alzaran la mano los que estaban decididamente en contra. Se alzaron todas menos tres. Grosvenor los identificó de una ojeada. Eran Korita, McCann y Von Grossen. Tardíamente vio que el capitán Leeth, que estaba cerca de Kent, también se había abstenido.

-Capitán Leeth -dijo Grosvenor-, éste es un momento en que se aplicaría su derecho constitucional a controlar la nave. El peligro es obvio.

-Señor Grosvenor -dijo lentamente el capitán-, eso sería cierto si hubiera un enemigo visible. En estas circunstancias, sólo puedo guiarme por el consejo de los expertos científicos.

-Hay un solo experto a bordo -dijo fríamente Grosvenor-. Los demás son un puñado de aficionados que apenas rozan la superficie de las cosas.

La declaración asombró a todos los presentes. Varios hombres intentaron hablar al mismo tiempo. Cayeron en un airado silencio.

Al fin fue el capitán Leeth quien dijo con tono mesurado:

-Señor Grosvenor, no puedo aceptar esa afirmación infundada.

-Bien, caballeros -dijo irónicamente Kent-, ahora conocemos la verdadera opinión que Grosvenor tiene de nosotros.

No parecía importarle el insulto, sino que demostraba satisfacción. Parecía haber olvidado que, como director interino, tenía el deber de mantener una atmósfera de dignidad y cortesía.

Meader, jefe de botánica, se lo recordó coléricamente:

-Señor Kent, no entiendo cómo puede tolerar un comentario tan insolente.

-Muy bien -dijo Grosvenor-, defiendan sus derechos. Todo el universo corre peligro mortal, pero ustedes deben proteger su dignidad.

McCann habló por primera vez.

-Korita, si hubiera allí afuera una entidad como la que nos describe Grosvenor, ¿cómo encajaría eso en la historia cíclica?

El arqueólogo sacudió la cabeza tristemente.

-Muy mal, me temo. Podríamos postular una forma de vida primitiva. -Miró alrededor-. Me preocupan mucho más las pruebas de la realidad de la historia cíclica entre mis amigos. Complacencia en la derrota de un hombre que nos ha perturbado un poco con sus logros. La egolatría súbitamente revelada de ese hombre. -Miró con tristeza la imagen de Grosvenor-. Señor Grosvenor, me defrauda mucho que usted haya hecho esas declaraciones.

-Señor Korita -dijo Grosvenor con serenidad-, si hubiera adoptado otra actitud, ustedes ni siquiera habrían tenido el privilegio de oírme contar a estos honorables caballeros, a muchos de los cuales admiro como individuos, lo que les he contado, y lo que todavía tengo que decir.

-Confío -dijo Korita- en que los miembros de esta expedición harán lo que sea necesario, al margen del sacrificio personal.

-Cuesta creerlo -dijo Grosvenor-. Creo que muchos se opusieron porque mi plan exige cinco años más en el espacio. Confieso que es una necesidad cruel, pero les aseguro que no hay alternativa. En verdad, esperaba este resultado, y me preparé para ello. Caballeros, me han obligado a tomar una decisión que lamento inexpresablemente. He aquí mi ultimátum.

-¿Ultimátum? -exclamó el sorprendido Kent, palideciendo.

Grosvenor lo ignoró.

-Si para las 10:00 de mañana no se ha aceptado mi plan, tomaré el control de la nave. Todos los que están a bordo harán lo que yo ordene, les guste o no. Naturalmente, espero que los científicos coordinen sus conocimientos para impedirme cumplir con ese propósito. Pero la resistencia será inútil. Estalló un alboroto que todavía continuaba cuando Grosvenor cortó la conexión entre su comunicador y la sala de control.

26

Una hora después de la reunión, McCann llamó a Grosvenor por el comunicador.

-Me gustaría verle -dijo el geólogo.

-Venga -dijo Grosvenor de buen humor. McCann vaciló.

-Supongo que habrá puesto trampas en el corredor.

-Pues sí, supongo que podría decirse eso -convino Grosvenor-, pero no tendrá problemas.

-¿Y si fuera con la secreta intención de asesinarlo?

-Aquí en mis aposentos -dijo Grosvenor con una firmeza con la que esperaba impresionar a otros que estuvieran escuchando-, no podría matarme ni siquiera con un garrote.

-Subiré enseguida -dijo McCann, y cortó la conexión.

Debía de estar muy cerca, pues menos de un minuto después los detectores ocultos en el corredor indicaron que se aproximaba. Pronto su cabeza y sus hombros pasaron por una pantalla, y un relé se puso en posición. Como formaba parte de un proceso de defensa automático, Grosvenor lo desactivó manualmente.

Segundos después McCann traspuso la puerta. Se detuvo en el umbral, entró sacudiendo la cabeza.

-Estaba preocupado. A pesar de sus palabras, tuve la sensación de que me apuntaban con baterías de armamentos. Pero no vi nada. -Escrutó el rostro de Grosvenor-. ¿Esto es una farsa?

-Yo también estoy preocupado -dijo lentamente Grosvenor-. Don, he perdido mi fe en su integridad. Francamente, no esperaba que viniera aquí con una bomba.

McCann palideció.

-Pero no es así. Si sus instrumentos muestran semejante... -Calló. Se quitó el abrigo. Empezó a palparse. De pronto se movió con mayor lentitud. Palideció mientras sacaba un objeto gris y delgado de dos pulgadas de longitud-. ¿Qué es esto?

-Una aleación de plutonio estabilizado. -¡Atómica!

-No, tal como está no es radiactiva. Pero se puede disolver en un gas radiactivo mediante el haz de un transmisor de alta frecuencia. El gas nos produciría quemaduras radiactivas a ambos.

-Grosvenor, le juro que no sabía nada.

-¿Le dijo a alguien que venía?

-Desde luego. Toda esta parte de la nave está aislada.

-En otras palabras, ¿pidió autorización?

-Sí. A Kent.

Grosvenor titubeó, luego dijo:

-Quiero que reflexione sobre esto. ¿Durante la entrevista con Kent tuvo en algún momento la sensación de que la habitación estaba caliente?

-Así es. Ahora lo recuerdo. Tuve la sensación de que me sofocaba.

-¿Cuánto duró eso? -Un segundo.

-Mmm, eso significa que usted perdió la conciencia unos diez minutos.

-¿La conciencia? -McCann frunció el ceño-. Que me cuelguen. Ese maldito me drogó.

-Quizá pueda averiguar qué dosis le administraron -dijo Grosvenor con firmeza-. Un análisis de sangre...

-Hágalo. Eso demostraría... Grosvenor sacudió la cabeza.

-Sólo demostraría que usted sufrió esa experiencia. No demostraría que no lo hizo voluntariamente. Pero creo que ningún hombre que estuviera en sus cabales permitiría que disolvieran aleación de plutonio en su presencia. Según mis anuladores automáticos, hace por lo menos un minuto que intentan disolverla.

McCann estaba blanco.

-Grosvenor, he terminado con ese buitre. Admito que no sabía qué pensar, y convine en presentarle el resultado de mi conversación con usted... pero me proponía avisarle de que debía presentar ese informe. Grosvenor sonrió.

-Está bien, Don. Le creo. Siéntese.

-¿Y qué hay de esto?

McCann le alcanzó el objeto de metal. Grosvenor lo llevó a la pequeña bóveda donde guardaba su material radiactivo. Regresó y se sentó.

-Supongo que habrá un ataque -dijo-. El único modo en que Kent podrá justificarse ante los demás será diciendo que quería rescatarnos a tiempo para tratar médicamente nuestras quemaduras radiactivas. Podemos observarlo en esa pantalla.

El ataque se registró primero en varios detectores electrónicos semejantes a ojos eléctricos. Luces tenues titilaron en un tablero de instrumentos de la pared, y sonó una chicharra.

Vieron las imágenes de los atacantes en la gran pantalla. Doce hombres con traje espacial doblaron un recodo distante y se acercaron por el corredor. Grosvenor reconoció a Von Grossen y dos asistentes del departamento de física, cuatro químicos, dos de los cuales pertenecían a la división de bioquímica, tres expertos en comunicaciones de Gourlay, y dos oficiales de armamentos. Tres soldados custodiaban la retaguardia, conduciendo, respectivamente, un vibrador móvil, un arma térmica móvil y un enorme lanzador de bombas de gas.

McCann se alarmó.

-¿Este sitio no tiene otra entrada? Grosvenor asintió.

-Está vigilada.

-¿Qué hay arriba y abajo? -McCann señaló el piso y el cielo raso.

-Arriba hay un almacén, y abajo una sala de proyección. Ambos están vigilados.

Callaron. Luego, mientras el grupo de hombres del corredor se detenía, McCann dijo:

-Me sorprende ver a Von Grossen entre ellos. Creo que él lo admira.

-Lo irrité cuando dije que todos eran aficionados -dijo Grosvenor-. Ha venido para comprobar por sí mismo de qué soy capaz.

En el corredor, el grupo de atacantes parecía deliberar.

-¿Qué lo trae a usted aquí? -preguntó Grosvenor.

McCann miraba la pantalla.

-Quería que usted supiera que no está totalmente solo. Varios ejecutivos me pidieron que le avisara de que estaban con usted. -Se interrumpió distraídamente-. No hablemos ahora, mientras pasa todo eso.

-Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro.

McCann no pareció oírle.

-No entiendo cómo los detendrá -dijo aprensivamente-. Allí tienen energía suficiente para quemar estas paredes.

Grosvenor no hizo comentarios, y McCann lo enfrentó.

-Tengo que ser franco con usted. Soy presa de un conflicto. Estoy seguro de que usted tiene razón, pero sus tácticas son antiéticas.

No pareció darse cuenta de que había dejado de mirarla pantalla.

-Sólo existe otra táctica posible -dijo Grosvenor-, y es oponerme a Kent en elecciones. Como él es sólo director interino, y no fue elegido, yo podría pedir elecciones para dentro de un mes.

-¿Por qué no lo hace?

-Porque tengo miedo -dijo Grosvenor, tiritando-. Ese monstruo que está ahí afuera se está muriendo de hambre. En cualquier momento intentará mudarse a otra galaxia, y quizá vaya a la nuestra. No podemos esperar un mes.

-Pero -señaló McCann-, usted propone echarlo de esta galaxia, y ha calculado que eso nos costará un año.

-¿Alguna vez intentó arrebatarle comida a un carnívoro? -preguntó Grosvenor-. Trata de retenerla, ¿verdad? Incluso lucha por ella. Mi idea es que, cuando este ser comprenda que intentamos expulsarlo, se aferrará a lo que tiene todo el tiempo que pueda.

-Entiendo. -McCann cabeceó-. Además, debe admitir que sus probabilidades de ganar una elección con su plataforma son casi nulas.

Grosvenor meneó la cabeza enérgicamente.

-Yo ganaría. Quizá no crea en mi palabra, pero lo cierto es que las personas que están obsesionadas con el placer, la emoción y la ambición son fáciles de controlar. Yo no diseñé las tácticas que uso. Existen desde hace siglos. Pero los intentos históricos de analizarlas no llegaron a las raíces del proceso. Hasta hace poco, la relación de la fisiología con la psicología era puramente teórica. El entrenamiento nexial la redujo a técnicas definidas.

McCann lo estudiaba en silencio.

-¿Qué clase de futuro piensa que tendrá el hombre? ¿Cree que todos nos convertiremos al nexialismo?

-A bordo de esta nave, es una necesidad. Para la raza en su conjunto, todavía no es práctico. A la larga, sin embargo, no habrá excusa para que un individuo no sepa todo lo que puede saber. ¿Por qué no lo haría? ¿Por qué contemplaría el cielo de su planeta con los estúpidos ojos de la superstición y la ignorancia, tomando decisiones vitales a partir de los engaños de otros? Las civilizaciones perdidas de la antigüedad de la Tierra demuestran lo que sucede con los descendientes de un hombre cuando reacciona ciegamente, o cuando depende de doctrinas autoritarias. -Se encogió de hombros-. En este momento, es posible un objetivo más limitado. Debemos lograr que los hombres sean escépticos. El astuto pero analfabeto campesino a quien debemos mostrarle pruebas concretas es el antepasado espiritual del científico. En todo nivel del entendimiento, el escéptico compensa parcialmente su falta de conocimiento específico con esa actitud que dice: «Demuéstramelo. Tengo una mente abierta, pero lo que dices no basta para convencerme.»

McCann reflexionó.

-Ustedes, los nexialistas, romperán con el esquema de la historia cíclica. ¿Es eso lo que tiene en mente?

Grosvenor titubeó, luego dijo:

-Confieso que no era muy consciente de su importancia hasta que conocí a Korita. Me impresionó. Creo que la teoría necesita muchas revisiones. Las palabras tales como «raza» y «sangre» no tienen mayor sentido, pero el concepto general parece concordar con los hechos.

McCann miraba de nuevo a los atacantes. -Parecen tomarse mucho tiempo para empezar -dijo, intrigado-. Cualquiera diría que ya habrían trazado sus planes antes de llegar tan lejos. Grosvenor no dijo nada. McCann lo miró intensamente.

-Un momento -dijo-. Todavía no han llegado a sus defensas, ¿verdad?

Como Grosvenor aún callaba, McCann se levantó, se aproximó a la pantalla y la miró de cerca. Miró atentamente a dos hombres que estaban de rodillas.

-¿Pero qué hacen? ¿Qué los detiene? Grosvenor titubeó, luego explicó:

-Tratan de no caerse por el suelo.

A pesar de su intento de conservar la calma, la emoción hizo que le temblase la voz.

El otro no comprendió que lo que hacía era nuevo para él. Hacía largo tiempo que tenía el conocimiento, pero ésta era una aplicación práctica. Estaba haciendo algo que nunca se había hecho de esta manera. Había usado fenómenos de muchas ciencias, improvisando para someterlos a su intención y adaptarlos al ámbito donde operaba. Estaba funcionando, tal como él había esperado. Su saber, tan sólido y agudo, dejaba poco margen para el error. Pero la realidad concreta lo emocionaba a pesar del conocimiento previo.

McCann regresó y se sentó.

-¿El suelo se derrumbará? Grosvenor negó con la cabeza.

-Usted no entiende. El suelo no está modificado. Ellos se hunden en el suelo. Si siguen avanzando, caerán a través de él. -Se echó a reír-. Me gustaría ver la cara de Gourlay cuando

sus asistentes le informen. Ésta es su noción del globo del hiperespacio y la teleportación, con una idea tomada de la geología del petróleo y dos técnicas de química de plantas.

-¿Cuál es la idea tomada de la geología? -preguntó McCann, y se interrumpió-. Que me cuelguen. Se refiere al método para obtener petróleo sin perforar. Se crean condiciones en la superficie que atraen todo el petróleo de las inmediaciones. -Frunció el ceño-. Pero, un momento, hay un factor que...

-Hay muchos factores, amigo mío -dijo Grosvenor-. Repito, eso es material de laboratorio. Muchas cosas funcionan de cerca con muy poca energía.

-¿Por qué no usó estos trucos contra el gatito y el monstruo escarlata?

-Ya le he dicho. He preparado esta situación. Pasé muchas horas en vela instalando mi equipo, cosa que no tuve oportunidad de hacer contra nuestros enemigos alienígenas. Créame, si hubiera tenido el control de esta nave, no habríamos perdido tantas vidas en ambos incidentes.

-¿Por qué no tomó el control?

-Era demasiado tarde. No había tiempo. Además, esta nave se construyó años antes de que existiera la Fundación Nexial. Tuvimos suerte de conseguir un departamento a bordo.

-No sé cómo tomará la nave mañana, pues deberá salir de su laboratorio -dijo McCann. Miró la pantalla y dijo con alarma-: Han traído balsas antigravedad. Llegarán flotando a su piso.

Grosvenor no respondió. Ya las había visto.

27

Las balsas antigravedad operaban según el mismo principio que el motor de antiaceleración. La reacción que sufría un objeto cuando superaba la inercia era, según se había descubierto, un proceso molecular que no era inherente a la estructura de la materia. Un campo antiacelerador movía levemente los electrones en su órbita. Esto creaba una tensión molecular que resultaba en un reacomodam.iento pequeño pero general.

La materia así alterada actuaba como si fuera inmune a los efectos del aumento o disminución de velocidad. Una nave que avanzara con antiaceleración podía detenerse en pleno vuelo, aunque viajara a millones de kilómetros por segundo.

El grupo que atacaba el departamento de Grosvenor cargó sus armas en las largas y angostas balsas, trepó a bordo, sintonizó una intensidad de campo apropiada. Luego, usando atracción magnética, avanzó hacia la puerta abierta que estaba a sesenta metros.

Avanzaron cinco metros, redujeron la velocidad, se detuvieron, comenzaron a retroceder. Se detuvieron de nuevo.

Grosvenor, que estaba ocupado ante su tablero de instrumentos, regresó y se sentó junto al desconcertado McCann.

-¿Qué hizo? -le preguntó el geólogo.

-Como usted vio -.respondió Grosvenor-, ellos avanzaron apuntando imanes direccionales a las paredes de acero de delante. Yo instalé un campo repelente, lo cual no es nada nuevo. Pero esta versión forma parte de un proceso de temperatura más relacionado con el modo en que usted y yo mantenemos el calor corporal que con la física térmica. Ahora tendrán que usar propulsión de chorro, o hélices comunes, o incluso... remos -añadió con una carcajada.

-No se tomarán esa molestia -dijo McCann, mirando la pantalla-. Dispararán su proyector. ¡Será mejor que cierre la puerta!

-¡Espere!

McCann tragó saliva.

-Pero el calor entrará aquí. Nos asaremos. Grosvenor negó con la cabeza.

-Ya le he dicho, lo que hice forma parte de un proceso de temperatura. Con nueva energía, el ámbito metálico procurará mantener su equilibrio en un nivel más bajo. Mire.

El proyector térmico móvil se estaba poniendo blanco. Esa blancura hizo que McCann maldijera entre dientes.

-Escarcha -murmuró-. ¿Pero cómo...? Mientras miraban, se formó hielo en las paredes y los pisos. El proyector relucía en su funda escarchada, y una ráfaga helada entró por la puerta. McCann tiritó.

-Temperatura -murmuró-. Un equilibrio un poco más bajo.

Grosvenor se levantó.

-Creo que es hora de que vuelvan a casa. No quiero que les pase nada.

Caminó hasta un instrumento que había contra una pared del auditorio, y se sentó en una silla frente a un teclado. Las teclas eran pequeñas y de diversos colores. Había veinticinco por fila, y veinticinco filas.

McCann se acercó para mirar el instrumento.

-¿Qué es? -preguntó-. No recuerdo haberlo visto antes.

Con un movimiento rápido, ondulante, displicente, Grosvenor hundió siete teclas, luego tocó un interruptor. Se oyó una nota clara, suave, musical. Su melodía colgó en el aire varios segundos.

-¿Qué asociación le provocó eso? -preguntó Grosvenor.

McCann titubeó. Tenía una expresión extraña en la cara.

-Evoqué un órgano tocando en una iglesia. Luego eso cambió, y me encontré en un mitin político donde el candidato había provisto música rápida y estimulante para hacer felices a todos. -Se interrumpió, y dijo sin aliento-: Conque así es como usted podría ganar una elección.

-Uno de los métodos. McCann estaba tenso.

-Qué poder tremendo tiene usted. -Pues no me afecta-dijo Grosvenor.

-Pero usted está condicionado. No pensará condicionar a toda la raza humana.

-Un bebé es condicionado cuando aprende a caminar, a mover los brazos, a hablar. ¿Por qué no extender el condicionamiento al hipnotismo, las reacciones químicas, los efectos de la comida? Era posible hace cien años. Prevendría muchas enfermedades y padecimientos, las catástrofes que derivan de la incomprensión de nuestro cuerpo y mente.

McCann observaba el ahusado instrumento.

-¿Cómo funciona?

-Es una combinación de cristales con circuitos eléctricos. Usted sabe que la electricidad puede distorsionar ciertas estructuras cristalinas. Al organizar un patrón, se emite una vibración ultrasónica, la cual sortea el oído y estimula directamente el cerebro. Puedo tocar esto tal como un músico toca su instrumento, creando estados de ánimo que ninguna persona no entrenada puede resistir.

McCann regresó a su silla y se sentó. Había palidecido.

-Usted me asusta -murmuró-. Me parece antiético. No puedo evitarlo.

Grosvenor lo estudió. Luego se inclinó y afinó el instrumento. Apretó el botón. Esta vez el sonido era más triste, más dulce. Era persistente, como si incesantes vibraciones palpitaran en el aire, aun cuando el sonido se había disipado.

-¿Qué recibió esta vez? -preguntó. McCann titubeó de nuevo.

-Pensé en mi madre -dijo de pronto-. Tuve el súbito deseo de regresar a casa. Quería...

Grosvenor frunció el entrecejo.

-Eso es demasiado peligroso -comentó-. Si lo intensificara, algunos hombres regresarían a la posición fetal. -Hizo una pausa-. ¿Y qué hay de esto? Rápidamente compuso un nuevo patrón, tocó el interruptor. Obtuvo un sonido de cencerro con un tintineo suave en la lejanía.

-Yo era un bebé -dijo McCann-, y era hora de dormir. Cielos, tengo sueño. -No pareció notar que había pasado al tiempo presente. Bostezó involuntariamente.

Grosvenor abrió una gaveta y sacó dos auriculares de plástico. Le dio uno a McCann.

-Mejor póngase esto.

Se colocó el otro, mientras su compañero lo imitaba con evidente renuencia.

-Supongo que no sirvo para ser maquiavélico -dijo McCann-. Supongo que usted me dirá que ya se han usado sonidos para suscitar emociones e influir sobre la gente.

Grosvenor, que estaba sintonizando una perilla, se detuvo para responder.

-La gente cree que algo es ético o antiético según las asociaciones que acudan a su mente en ese momento, o cuando analiza el problema retrospectivamente. Eso no significa que ningún sistema ético tenga validez. Personalmente, suscribo el principio de que nuestra vara de medición ética debería ser aquello que beneficie a la mayoría, siempre que no incluya el exterminio, la tortura ni la negación de los derechos de los individuos que no se adaptan. La sociedad tiene que aprender a rescatar al hombre enfermo o ignorante. Fíjese que nunca he usado este aparato. Nunca usé la hipnosis, salvo cuando Kent invadió mi departamento... aunque por cierto me propongo hacerlo ahora. Desde que comenzó el viaje, pude haber traído gente aquí estimulándola de muchos modos insospechados. ¿Por qué no lo hice? Porque la Fundación Nexial elaboró un código ético para sí misma y sus egresados, y estoy condicionado por él. Puedo romper ese condicionamiento, pero sólo con gran dificultad.

-¿Lo está rompiendo ahora?

-No.

-Entonces me parece que es bastante elástico.

-Exacto. Cuando creo con firmeza, como ahora, que mis actos se justifican, no hay problema nervioso ni emocional interno.

McCann calló. Grosvenor continuó.

-Creo que usted me ve como un dictador que derroca una democracia por la fuerza. Esa imagen es falsa, porque una nave en curso sólo se puede dirigir con métodos cuasi democráticos. Y la mayor diferencia de todas es que al final del viaje seré responsable de mis actos.

McCann suspiró.

-Supongo que tiene razón -dijo. Miró la pantalla. Grosvenor siguió esa mirada y vio que los hombres con traje espacial trataban de avanzar empujando la pared. Sus manos se hundían en las paredes, pero había cierta resistencia. Avanzaban lentamente-. ¿Qué hará ahora?

-Me propongo dormirlos... así. -Tocó el interruptor.

El sonido de cencerro no parecía más fuerte que antes, pero los hombres del corredor se desplomaron.

Grosvenor se levantó.

-Eso se repetirá cada diez minutos, y tengo resonadores en toda la nave, para recoger las vibraciones y repetirlas. Venga.

-¿Adónde vamos?

-Quiero instalar un cortacircuitos en el principal sistema de interruptores eléctricos de la nave. Cogió el cortacircuitos en la sala de filmación, y poco después encabezaba la marcha por el corredor. Dondequiera que iban, había hombres dormidos. Al principio McCann lanzaba exclamaciones. Luego calló, con aire preocupado.

-Es duro creer que los seres humanos somos básicamente tan desvalidos -dijo al fin.

-Es aún peor de lo que usted piensa -respondió Grosvenor.

Estaban en la sala de máquinas, y él se arrastró hasta una hilera inferior del tablero eléctrico. Necesitó menos de diez minutos para instalar el cortacircuitos. Bajó despacio, y no explicó qué había hecho ni qué se proponía hacer.

-No lo mencione -le dijo a McCann-. Si lo descubren, tendré que bajar y poner otro.

-¿Piensa despertarlos ahora?

-Sí, en cuanto regrese a mis aposentos. Pero primero quiero que me ayude a llevar a Von Grossen y los demás a sus dormitorios. Quiero que se enfade consigo mismo.

-¿Cree que cederán?

-No.

Estaba en lo cierto. Así, a las 10:00 del día siguiente, apretó un interruptor que encauzaba la corriente eléctrica por el cortacircuitos que había instalado. En toda la nave, las luces parpadearon en una versión nexial del patrón hipnótico riim. Al instante, sin saberlo, cada hombre de a bordo estaba profundamente hipnotizado.

Grosvenor se puso a tocar su máquina inductora de emociones. Se concentró en pensamientos de coraje y sacrificio, de deber a la raza frente al peligro. Incluso elaboró un complejo patrón emocional que estimularía la sensación de que el tiempo transcurría mucho más rápido.

Luego activó la llamada general del comunicador de la nave y dio órdenes precisas. Tras dar las principales instrucciones, dijo a los hombres que cada cual respondería instantáneamente a una palabra clave sin saber cuál era esa palabra ni recordarla después. Luego indujo amnesia para que olvidaran la experiencia hipnótica.

Bajó a la sala de máquinas y extrajo el cortacircuitos.

Regresó a su habitación, despertó a todo el mundo, llamó a Kent.

-Retiro mi ultimátum -le dijo-. Estoy dispuesto a entregarme. De pronto comprendí que no puedo obrar contra los deseos de los otros miembros de la expedición. Me gustaría tener otra reunión, donde apareceré en persona. Naturalmente, me propongo pedir una vez más que libremos una guerra total contra la inteligencia alienígena de esta galaxia.

No se sorprendió cuando los ejecutivos de la nave, extrañamente unánimes en su cambio de opinión, convinieron en que las pruebas eran contundentes y que el peligro era urgente.

El director interino Kent recibió instrucciones de perseguir al enemigo implacablemente, sin consideración por la comodidad de los expedicionarios. Grosvenor, que no había alterado la personalidad general de ningún individuo, observó con ironía la renuencia con que Kent admitía que era preciso emprender esa acción.

La gran batalla entre el hombre y el alienígena estaba por comenzar.

28

El Anabis existía en un estado inmenso, difuso, amorfo, desperdigado por todo el espacio de la segunda galaxia. Se retorcía débilmente en mil millones de partes de su cuerpo, encogiéndose automáticamente para escapar del calor y la radiación destructiva de doscientos mil millones de soles ardientes. Pero se acurrucaba contra esa miríada de planetas, y abrazaba con hambre febril e insaciable el billón de puntos punzantes donde perecían las criaturas que le daban vida.

No era suficiente. El temible conocimiento de una inminente hambruna llegaba a los recovecos más lejanos de su cuerpo. Por doquier las incontables y tenues células de su estructura recibían mensajes anunciando que la comida no alcanzaba. Hacía tiempo que todas las células se arreglaban con menos.

Lentamente, el Anabis había comprendido que era demasiado grande, o demasiado pequeño. Había cometido un error fatal al crecer con tanto abandono en sus primeros días. En aquella época, el futuro parecía ilimitado. El espacio galáctico, donde su forma podía crecer sin pausa, parecía infinito. Se había expandido con el ímpetu y el regocijo de un organismo de origen inferior que cobra conciencia de un destino magnífico.

Era de origen inferior. En el opaco comienzo había sido sólo gas brotando de un pantano brumoso. Era un gas inodoro y sin sabor, pero en algún momento dio con una combinación dinámica. Y hubo vida.

Al principio era sólo una bocanada de niebla invisible. Sobrevolaba las aguas turbias y lodosas que lo habían engendrado, zigzagueando, zambulléndose, persiguiendo sin cesar y con creciente necesidad y lucidez, buscando estar presente cuando algo -cualquier cosa- moría.

Pues la muerte de otros era su vida.

Ignoraba que el proceso por el cual sobrevivía era uno de los más intrincados que había producido la química biológica natural. Su interés estaba en el placer y la exaltación, no en la información. Qué alegría sentía al abalanzarse sobre dos insectos que zumbaban en una furiosa lucha a muerte, envolverlos, y esperar, temblando en cada uno de sus gaseosos átomos, a que la fuerza vital de los derrotados se derramara con un cosquilleo en sus insustanciales elementos.

Hubo un período interminable en que su vida era sólo esa búsqueda de comida. Y su mundo era un estrecho pantano, un ámbito gris y nuboso donde vivía su existencia satisfecha, activa, idílica, obtusa. Pero aun en esa región de difusa luz solar creció inadvertidamente. Necesitaba más comida, más de la que podía obtener con la búsqueda azarosa de insectos moribundos.

Y así adquirió conocimiento, pequeños datos que congeniaban con el húmedo pantano. Aprendió qué insecto era el depredador, y cuál era la presa. Aprendió las horas de cacería de cada especie, y dónde acechaban los diminutos monstruos que no volaban. Los que volaban eran más difíciles de seguir. Pero, como el Anabis descubrió, también ellos tenían sus hábitos alimentarios. Aprendió a usar su forma vaporosa como una brisa que arrastraba víctimas incautas a su destino.

Su provisión de comida fue adecuada, luego más que adecuada. Creció, y nuevamente tuvo hambre. Por necesidad, fue consciente de que había vida más allá del pantano. Y un día, cuando se aventuró más lejos que nunca, se topó con dos bestias gigantescas y blindadas en la sangrienta culminación de una lucha a muerte. Sintió un prolongado hormigueo cuando la fuerza vital del monstruo derrotado corrió por sus entrañas, y la energía que recibió le brindó un éxtasis mayor del que había experimentado en toda su vida. En pocas horas, mientras el vencedor devoraba a su rival agonizante, el Anabis creció diez mil veces por diez mil.

Durante el día y la noche que siguieron, se extendió por toda esa jungla humeante. El Anabis desbordó océanos y continentes, y se expandió hacia donde las eternas nubes daban paso a la pura luz del sol. Luego, en los días de su inteligencia, pudo analizar lo que había ocurrido entonces. Cuando aumentaba de tamaño, absorbía ciertos gases de la atmósfera. Para provocarlo, se necesitaban dos agentes, no sólo uno. Estaba la comida que debía buscar. Y estaba la acción natural de la radiación ultravioleta del sol. En el pantano, muy por debajo de los estratos superiores de esa atmósfera cargada de agua, sólo recibía una cantidad diminuta de las necesarias ondas cortas. Los resultados eran pues diminutos y localizados, de alcances sólo planetarios.

Librodot

Cuando emergió de la bruma, estuvo cada vez más expuesto a la luz ultravioleta. La expansión dinámica que empezó entonces no se detuvo en milenios. En el segundo día, llegó al planeta más próximo. En tiempo mensurable, se propagó hasta los límites de la galaxia y buscó automáticamente el brillante material de otros sistemas estelares. Pero allí fue derrotado por distancias que no parecían ofrecer nada a su ansiosa y tenue materia.

Asimilaba conocimientos mientras asimilaba comida, y en los primeros días creía que los pensamientos eran suyos. Gradualmente comprendió que la energía nerviosa eléctrica que absorbía en cada escena de muerte incluía la materia mental de una bestia victoriosa y una bestia moribunda. Por un tiempo, ése fue su nivel mental. Adquirió la astucia animal de muchos cazadores carnívoros, y la destreza evasiva de los cazados. Pero aquí y allá, en diversos planetas, estableció contacto con un grado de inteligencia distinto: seres pensantes, civilización, ciencia.

Por ellos descubrió, entre muchas otras cosas, que al concentrar sus elementos podía abrir agujeros en el espacio, atravesarlos y salir en un punto distante. Aprendió a transportar materia de este modo. Comenzó a generar selvas en los planetas, porque los mundos primigenios brindaban la mayor cantidad de fuerza vital. Transportó grandes tajadas de mundos selváticos por el hiperespacio. Acercó planetas fríos a sus soles.

No bastaba.

Los días de su poder parecían sólo un instante. Cuando se alimentaba, crecía. A pesar de su enorme inteligencia, no podía alcanzar un equilibrio. Con espanto, comprendió que estaba condenado.

La llegada de la nave trajo esperanza. Estirándose peligrosamente en una dirección, seguiría a la nave al lugar de donde venía. Así iniciaría una lucha desesperada para conservar la vida saltando de galaxia en galaxia, expandiéndose cada vez más en la inmensa noche. Durante esos años, cifraría su esperanza en la posibilidad de crear más planetas selváticos, y en que el espacio no tuviera fin...

A los hombres no les importaba la oscuridad. El Beagle Espacial estaba posado en una vasta planicie de metal irregular. Cada portilla derramaba luz. Grandes faros alumbraban filas de máquinas que abrían enormes agujeros en el mundo de hierro. Al principio, el hierro se arrojaba a una sola máquina de manufacturación, que producía inestables torpedos, uno por minuto, y los lanzaba de inmediato al espacio.

Al amanecer de la mañana siguiente, la máquina empezó a fabricar más máquinas, y alimentadores robóticos arrojaban hierro crudo en, cada nueva unidad. Pronto, cientos y miles de máquinas manufacturaban esos oscuros torpedos. En números crecientes surcaban la noche circundante, desperdigando por doquier su sustancia radiactiva. Durante treinta mil años esos torpedos distribuirían sus átomos destructores. Estaban diseñados para permanecer dentro del campo gravitatorio de su galaxia, pero no para caer en un planeta o un sol.

Mientras la lenta y roja alborada de la segunda mañana iluminaba el horizonte, el ingeniero Pennons respondió a la llamada general.

-Ahora estamos produciendo nueve mil por segundo, y creo que podemos dejar que las máquinas terminen la tarea. Puse una pantalla parcial alrededor del planeta para impedir interferencias. Si localizamos otros cien mundos de hierro, nuestro inmenso amigo empezará a sentir un hueco en sus partes vitales. Es hora de ponernos en marcha.

Meses después llegó el momento en que decidieron que su destino sería la nebulosa NGC-50, 437. El astrónomo Lester explicó el porqué de la elección.

-Esa galaxia está a novecientos millones de años-luz. Si esta inteligencia gaseosa nos sigue, incluso su enorme yo se perderá en una noche que literalmente no tiene fin.

Se sentó, y Grosvenor se levantó para hablar. -Sin duda todos entendemos que no iremos a ese remoto sistema estelar. Tardaríamos siglos o milenios en llegar. Sólo queremos

que esta forma de vida hostil vaya allí a morirse de hambre. Podremos saber si nos sigue por el murmullo de sus pensamientos. Y sabremos que ha muerto cuando cesen estos murmullos.

Fue exactamente lo que ocurrió.

El tiempo pasó. Grosvenor entró en el auditorio de su departamento y vio que su clase había vuelto a crecer. Todos los asientos estaban ocupados, y habían traído varias sillas de salas contiguas. Inició su conferencia de la noche.

-Los problemas que enfrenta el nexialismo son problemas integrales. El hombre ha dividido la vida y la materia en compartimientos estancos de conocimiento y existencia. Y aunque a veces usa palabras que indican su conciencia de la totalidad de la naturaleza, sigue comportándose como si ese universo único y cambiante tuviera muchas partes separadas. Las técnicas que comentaremos esta noche...

Hizo una pausa. Miraba por encima de su público, y de pronto fijó los ojos en una figura familiar que estaba al fondo. Al cabo de un titubeo, Grosvenor continuó.

-Mostraremos cómo se puede superar esta disparidad entre la realidad y la conducta del hombre. Pasó a describir las técnicas, y en el fondo de la sala Gregory Kent tomó sus primeras notas sobre la ciencia del nexialismo.

Y, llevando su porción de civilización humana, el navío expedicionario Beagle Espacial aceleró a creciente velocidad en una noche que no tenía fin.

Ni principio.